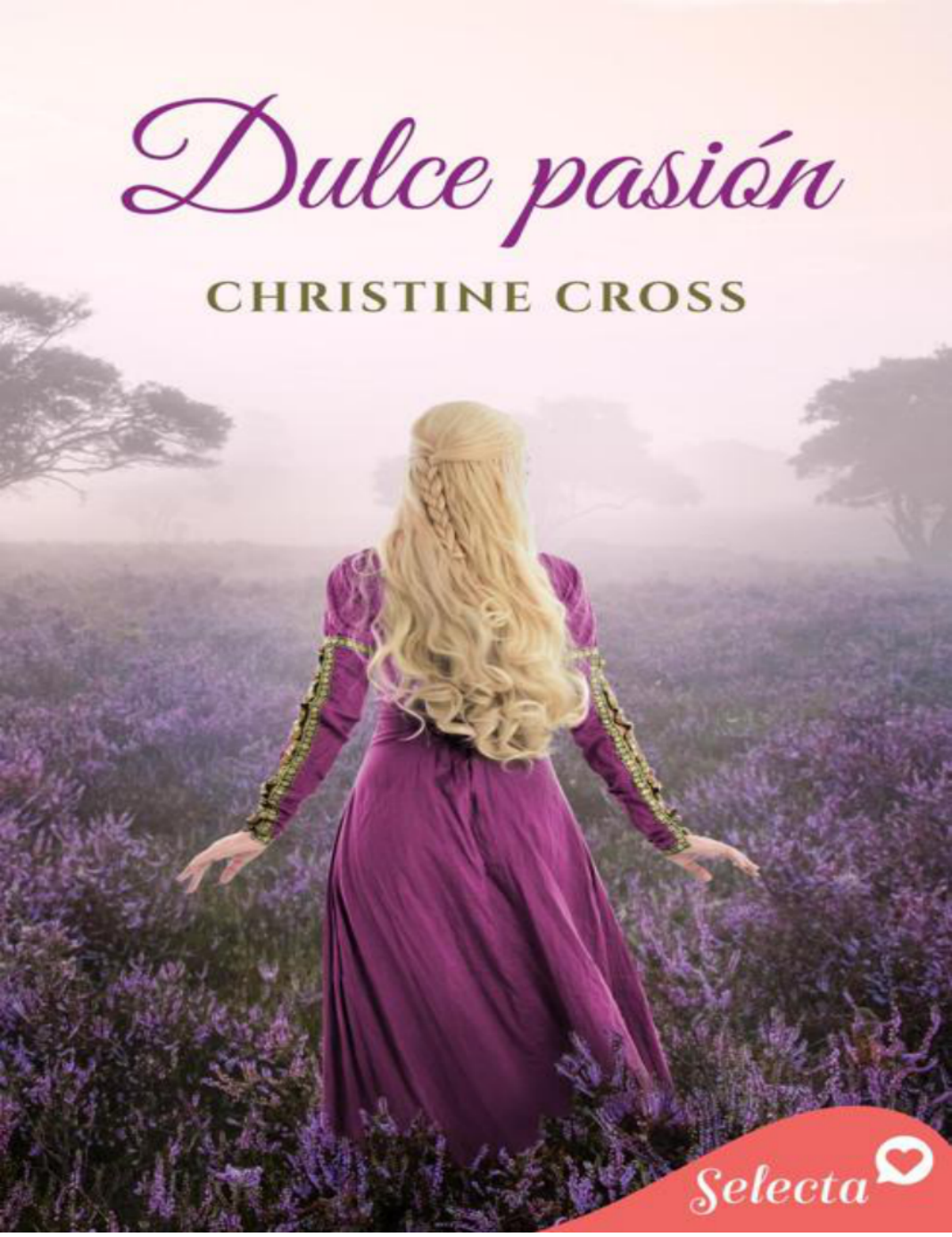
Dulce pasión

CHRISTINE CROSS



Selecta

Dulce pasión

Christine Cross

Selecta

Prólogo

Año del Señor de 1212
Northumberland, Inglaterra

El diablo la perseguía y los perros del Infierno aullaban a su alrededor. Un temblor recorrió su cuerpo y, durante unos instantes, el terror se apoderó de ella. Un sudor frío bañó su piel y sus músculos se tensaron hasta el punto de impedirle dar un solo paso.

«Todavía no me han encontrado», se recordó a sí misma. Aún tenía una oportunidad.

El esperanzador pensamiento diluyó la neblina que llenaba su mente, impidiéndole reaccionar, y desterró el entumecimiento que la aprisionaba en el lugar. Se giró y descubrió a Allard a unos pocos pasos de ella. Sus ojos del color del cielo, abiertos de par en par, mostraban miedo, un sentimiento que ningún niño de dos años debería conocer. Esbozó una sonrisa para tranquilizarlo y se llevó un dedo a los labios, instándolo a que guardara silencio. El pequeño asintió y ella acarició con ternura su cabeza de rubios cabellos ondulados.

Miró a su alrededor con frenesí. Necesitaba encontrar otra manera de salir de allí, ya que no podían hacerlo por la puerta principal, a riesgo de encontrarse con el barón Bertram y sus hombres. Si hubiesen partido temprano en la mañana, como había sido su deseo, no se encontrarían en ese brete, pero no había podido negarle a Allard su deseo de ver los caballos que se guardaban en los establos de la posada en la que habían pasado la noche. Por suerte, había traído consigo las escasas pertenencias que poseían.

El olor a heno era intenso y se mezclaba con otros aromas menos agradables, como el del estiércol. La paja se acumulaba en el piso superior, al que se accedía por una escalera de madera que había apoyada en un costado. Aunque podría resultar un buen escondite, también sería una temeridad subir hasta arriba con Allard; además, nada le garantizaba que no los buscasen incluso allí, pues el barón no era hombre que dejase nada al azar.

La desesperación comenzó a hacer presa de ella mientras el volumen de las voces crecía en el exterior y el sonido de las armaduras golpeaba el empedrado del patio. No podían salir por ninguna de las ventanas, y descartó también esconderse en alguno de los cubículos de los caballos, puesto que podía resultar peligroso si el animal se ponía

nervioso.

Notó un ligero tirón en la falda. Allard se había pegado a ella y ocultaba su rostro entre los pliegues de la burda tela, como si el hecho de no ver lo que había alrededor pudiese hacer que tampoco nadie lo encontrase a él. La lógica de los niños era sencilla, pero Emily necesitaba en esos momentos un milagro para que no los descubrieran.

«Te lo ruego, Dios mío, ayúdanos», suplicó en una oración desesperada al Creador.

Dejó en el suelo el saco con sus escasas posesiones, tomó en brazos a Allard y lo estrechó contra su cuerpo mientras lo mecía con suavidad. Cerró los ojos y una lágrima escapó de sus comisuras al percibir el temblor en su delgado cuerpo.

—¡Buscad a esa zorra, tiene que estar por aquí! Levantad cada piedra si es necesario, pero traédmela, ¡maldita sea!

El sonido de aquella voz, afilada y cruel, le provocó un estremecimiento. ¿Cuánto tardarían en entrar a los establos? Lo único que podía hacer era ocultar a Allard, quizá en algún rincón... Sacudió la cabeza. Conocía lo suficiente al barón para saber que sería capaz de golpearla allí mismo para obligarla a decirle dónde estaba escondido el niño, y aunque ella pudiera resistir los golpes, no quería que su hijo presenciara aquello. Además, si se la llevaban a ella, ¿cómo iba a dejarlo solo en aquel establo? Apenas tenía dos años.

Si no hubiera ido a visitar a su abuelo... Pero sir Walter de Lingwood ya era un anciano y su salud había disminuido a pasos agigantados en los últimos tiempos. No quería que la muerte lo alcanzara sin volver a ver a su bisnieto. Y aunque no cambiaría por nada los momentos pasados junto a él ni el consuelo que había recibido al llorar entre sus afectuosos brazos, había sido una ingenua al creer que Bertram no descubriría su presencia en el que había sido siempre su hogar. Debía haber puesto vigilancia al castillo, a pesar de que hacía más de un año que Allard y ella lo habían abandonado sin mirar atrás.

Con tan solo diecisiete años, había dejado la seguridad de la fortaleza y todo lo que le era conocido y amado para vivir oculta en las sombras. Sus padres habían muerto siendo apenas una niña, y ella había crecido al amparo del cariño de su abuelo, que la había mimado en exceso. Tal vez por eso cometió aquel error. Un único error que la había arrancado de la niñez, de las comodidades, el bienestar y el calor del afecto de cuantos la rodeaban para lanzarla a un mundo del que no sabía casi nada, siempre huyendo, con el temor de que la hallaran mordiéndole las entrañas. Pero en aquellos dos años ella había cambiado. Era una mujer más fuerte, más sabia, y, sobre todo, ya no se encontraba sola. Tenía a Allard.

—¡Eh, viejo, apártate de mi camino si no quieres que te ensarte con

mi espada!

El grito la trajo de vuelta al maloliente establo justo cuando la puerta de este se abría. La madera crujió, quejumbrosa por el esfuerzo, y una ráfaga de viento helado penetró en el interior. El invierno estaba siendo duro, y el frío de la noche había congelado los goznes, haciéndolos chirriar.

Apretó a Allard contra su pecho y buscó ansiosa cualquier herramienta que pudiera servirle como arma. Antes de que pudiera encontrarla, la puerta se cerró de nuevo. El anciano que acababa de entrar se detuvo y una chispa de comprensión apareció en sus ojos de un azul desvaído por el paso de los años. Asintió, como si supiera lo que necesitaba, y señaló al fondo del establo, donde reposaba una vieja carreta cargada de paja.

Emily suspiró, agradecida. Recogió el saco que había dejado en el suelo y se aprestó a seguir las indicaciones del hombre. Debía de tratarse de algún campesino que había pasado la noche en la posada, al igual que ella, y partía en ese momento para su hogar. A ella no le importaba dónde la condujese, siempre y cuando la alejase del barón.

—Allard, ahora debes guardar silencio para que los hombres malos no nos encuentren —le susurró al niño al tiempo que besaba su cabecita dorada.

El pequeño asintió con seriedad y se llevó el pulgar a la boca. Su corazón de madre se sacudió con dolorosa violencia al reconocer la vaciedad de sus palabras. Su hijo apenas reía, siempre con el miedo en su mirada, y tampoco hablaba. No jugaba ni corría, como otros niños, sino que se mantenía pegado a su falda en todo momento, como si temiera que los separaran.

Mientras lo acomodaba en la carreta, juró por lo más sagrado que haría todo cuanto le fuera posible por darle una vida normal, en la que pudiera comportarse como el niño que era, sin temores, y un hogar en el que crecer feliz hasta el día en que se convirtiera en un hombre. Tal vez entonces podría volver a Lingwood y reclamar lo que le pertenecía.

La carreta arrancó con una brusca sacudida y el relinchar nervioso de la mula. Avanzó unos pocos metros y se detuvo de nuevo.

El anciano descendió del pescante y se dirigió hacia la puerta para abrirla de par en par. Cuando lo hizo, volvió a su lugar y sacudió con fuerza las riendas del animal para que se moviera. El aire frío acarició su rostro ajado y anheló estar en ese momento en su hogar, junto al calor de la lumbre. Pensó en la carga que transportaba y se preguntó si la mujer y el chico tendrían dónde pasar la noche. Ella era muy joven, apenas una muchacha, y también hermosa, con esa cabellera dorada como los rayos de sol que ocultaba recogida en una trenza bajo el pañuelo. Sus rasgos eran delicados y su piel, blanca como la nieve;

no tenía aspecto de campesina. Fuera quien fuera, no se merecía caer en manos de los despreciables y crueles soldados que estaban destrozando la posada mientras la buscaban.

Decidió que era mejor no detenerse a cerrar la puerta del establo y seguir adelante para alejarse de allí. Supo que había hecho lo correcto cuando se cruzó con un par de hombres que entraron a revisar el lugar.

Emily, oculta en la carreta, apenas se atrevía a respirar. El olor punzante de la paja le raspaba en la garganta y una sensación de opresión le quemaba en el pecho. Percibió el momento en que salieron al exterior, porque el aire frío se coló por todos los recovecos, provocándole un estremecimiento. O tal vez fuera a causa de los sonidos metálicos, más nítidos en el exterior. Mantenía a Allard con la espalda pegada a su pecho, y comenzó a acariciar sus pequeñas y regordetas manos mientras depositaba besos suaves y tranquilizadores sobre su cabeza.

—¡Señor! En la posada no están. El posadero jura que la mujer y el niño partieron esta mañana temprano. —Escuchó que decía uno de los soldados.

El rugido de rabia del barón y el sonido del golpear del acero la hizo encogerse de terror. Cuando percibió el leve quejido de Allard se dio cuenta de que apretaba su cuerpo con demasiada fuerza. Aflojó su agarre y volvió a besar sus rubios rizos. Permitió que las lágrimas corrieran por sus mejillas para aliviar un poco el peso de la angustia en su alma. Pronto el barón Bertram quedaría atrás.

—¿Habéis registrado los establos?

—No hay nadie dentro, señor.

—¡Eh, tú, viejo! Detente. ¿Qué llevas ahí?

El corazón de Emily se detuvo un instante y luego empezó a bombear con tanto ímpetu que podía sentirlo en sus oídos. Comenzó a faltarle el aire y se mordió con fuerza el labio inferior para no desvanecerse. Notó el sabor metálico de la sangre, pero el dolor agudo despejó su mente.

—Es solo forraje para los animales, mi señor.

—¡Comprobadlo! —ordenó el barón a sus hombres.

El anciano miró con aprensión cómo uno de los soldados subía a la parte trasera y revolvía entre la paja sin ningún cuidado, arrojando gran parte al suelo mientras la aventaba con su espada. Pensó que había hecho bien en ocultar a la mujer y a su hijo en el cajón que formaba el pescante. Había tenido que dejar atrás una manta y algunas herramientas que guardaba en el interior, pero no se arrepentía. Un suspiro tembloroso escapó de su escuálido pecho cuando el soldado bajó de la carreta y le hizo un gesto para que continuase su camino.

El alivio aflojó todos los músculos de Emily y notó el sudor que bañaba su cuerpo. No se atrevió a decirle nada a Allard todavía, por si alguien escuchaba sus palabras. Poco a poco, el traqueteo de la carreta adormeció a su hijo.

No supo cuánto tiempo pasó antes de que se detuvieran. Cuando el anciano alzó la tapa del cajón, la luz hirió sus ojos, y entrecerró los párpados. Su cuerpo protestó al intentar moverse, pero apretó los dientes para resistir el dolor y, con cuidado, se puso en pie.

—¿Duerme? —preguntó el anciano.

—Sí. —Miró a su alrededor. Se encontraban fuera del camino, junto al lindero de un bosque—. ¿Dónde estamos?

—Cerca de la aldea de Cornhill, en el condado de Durham —respondió, señalando hacia un sendero que debía conducir al lugar. Luego se rascó la cabeza, indeciso—. No sabía si quería ir allí o tiene otro destino.

Emily había pensado mucho en ello. Si permanecía cerca del castillo de Lingwood, tarde o temprano la encontrarían. Tenía que irse lejos. Mucho más lejos. Contempló a su hijo antes de clavar una mirada decidida sobre el anciano.

—¿Cómo puedo llegar a Escocia?

Capítulo 1

Año del Señor de 1214
Tierras Altas. Escocia

Avanzó despacio entre la espesura. El leve crujido de una rama al partirse le advirtió de que su presa se hallaba cerca. Tomó una flecha del carcaj y la colocó en el arco, tensando la cuerda. Aguardó sin moverse mientras observaba una ligera agitación en los arbustos y escuchaba con atención el sonido de la hojarasca.

La pieza debía ser grande. El animal aún no había percibido su olor y se desplazaba confiado justo al otro lado del claro. Brodie se permitió esbozar una sonrisa de triunfo. Él sería el primero en volver con la caza y ganaría la apuesta con Gavin. Su lugarteniente, y el resto de los que componían la partida, habían preferido dirigirse hacia la parte noroeste del bosque, mucho más frondosa y rica en vegetación, pero él se había ido algo más al este, donde abundaban los riachuelos y una pequeña laguna mecía sus aguas al pie de una cascada. Su decisión había sido un acierto y estaba a punto de verse recompensada.

Las ramas de los matorrales se agitaron con brío frente a él y apuntó con el arco hacia allí, manteniendo su agarre calmado y suelto. Tiró del emplumado de la flecha, encajada en la cuerda, hasta que los nudillos de su mano rozaron su mejilla y esperó con la respiración contenida. «Un movimiento más y la presa será mía», pensó.

Un segundo y su velocidad de reacción fue lo que libró a Brodie de cargar con un peso en su conciencia cuando la flecha salió disparada rasgando el aire. El corazón latía furioso en su pecho y dejó que esa furia impregnara su tono de voz, como el restallido de un trueno, cuando salió de su escondite.

—¡¿Qué demonios haces aquí?!

Avanzó unos pasos y se detuvo al ver que el niño al que acababa de confundir con el jabalí que perseguía lo miraba aterrorizado. Sus ojos eran dos perfectas esferas, grandes y redondas, del color del cielo. El miedo que asomaba a ellas no le impidió empuñar contra él la pequeña espada de madera que sostenía entre sus manos. Tuvo que reconocer su valor, pues no debía de tener más de cuatro o cinco años.

El labio inferior de Allard tembló y tuvo que parpadear varias veces para no echarse a llorar ante aquel gigante que había aparecido de repente en el bosque, con un arco en la mano y una expresión

enfurecida en el rostro. Debería haber obedecido a su madre y a la tía Fiona y haberse quedado junto al lago, aunque se aburriera. No lo dejaban meterse al agua porque no sabía nadar, y su mamá no quería enseñarle porque decía que aún era pequeño y se podía ahogar.

Miró de nuevo al hombre y alzó la espada un poco más. No sabía usarla bien, porque nadie le había enseñado; además, todavía le faltaba fuerza. Algún día crecería. Se haría tan fuerte que podría defender a su madre.

—¿Eres uno de los hombres malos?

La pregunta que escapó de los labios infantiles, entre vacilante y temblorosa, le hizo fruncir el ceño. Se fijó en que vestía el tartán de los MacPherson.

—*Och*, muchacho, ¿acaso no reconoces a tu *laird*? Soy Brodie MacPherson. —Se presentó a sí mismo. Al ver que el chico no reaccionaba ante su nombre, quizá porque era demasiado pequeño para saber quién era o porque vivía demasiado alejado de la fortaleza, añadió—: ¿Cómo te llamas?

—A... Allard. —Dudó ante el tono autoritario.

—No titubees. ¿Es o no es ese tu nombre? —Lo vio asentir—. Bien, ¿y qué más?

El pequeño sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—No hay nada más.

Brodie imploró una paciencia de la que carecía. No tenía hijos, puesto que no se había casado, a pesar de la insistencia del Consejo, y tampoco se le daba bien tratar con niños. Él era un guerrero y prefería una espada en la mano y una buena pelea a tener que lidiar con esos pequeños monstruos que solo gritaban y correteaban por todos lados. Aunque aquel en concreto parecía un guerrero; un fiero y diminuto guerrero al que el miedo no le impedía enfrentarse a él.

—¿Quién es tu padre?

—Yo no tengo uno, solo a mi mamá y mi tía. No vas a hacerles daño.

La actitud belicosa del crío le habría provocado una carcajada si no fuera por el significado que encerraban sus palabras. Le sorprendía la desconfianza que emanaba de su pequeño cuerpo tanto como le molestaba, puesto que cualquier miembro del clan de los MacPherson debería poder sentirse seguro en sus propias tierras y no comprendía por qué no era así en el caso de Allard. Frunció el ceño, pensativo. Tendría que hablar con Gavin y averiguar quién era aquel chico, ya que no conocía a ninguna viuda que tuviese un hijo de esa edad.

—Si quieres atacarme —le dijo, clavando un extremo del arco en el suelo y apoyando las manos sobre el otro—, no deberías empuñar así la espada. Se te caería al primer golpe o te romperías la muñeca. Además, tienes que abrir más las piernas para mantenerte firme sobre la tierra y guardar el equilibrio.

Contuvo una sonrisa cuando el niño obedeció. Él tenía más o menos su misma edad cuando su padre comenzó a entrenarlo en el arte de la espada. Había sido un duro maestro. «Algún día serás el *laird* del clan. Si no sabes manejar con destreza la espada, más valiera que te sentases a tejer con las mujeres junto a la lumbre y dejases el puesto a otro», le había dicho en una ocasión en que se había quejado de los entrenamientos. Nunca más volvió a hacerlo.

—¿Y ahora? —preguntó Allard, ansioso, después de que el hombre permaneciese unos instantes en silencio.

Quería aprender a usar la espada, y aquel gigante era el primero que le había enseñado algo. Todavía no sabía si podía confiar en él, pero sí que podía escuchar sus consejos.

—Mantén tu mano derecha pegada a la guardia y... —se interrumpió de golpe y aguzó el oído, maldiciendo en su interior por haberse distraído.

—¿Qué es la guar...?

—Silencio.

Allard dio un respingo ante el tono brusco de aquella orden, a pesar de que no le había gritado, y se movió un paso atrás. El hombre parecía enfadado de nuevo, y pensó que quizá podría salir corriendo en ese momento y volver donde su madre. Cuando lo vio alzar el arco, se preparó para huir. Pero antes de que llevara a cabo su idea, él lo detuvo con una nueva orden.

—Quédate quieto. No te muevas.

Fue entonces cuando escuchó el crujido de unas ramas al ser pisadas. Tal vez su madre y la tía Fiona habían ido a buscarlo. Cuando lo encontrasen, lo regañarían por haberse escapado. O puede que su madre se asustase al ver al gigante. Siempre le decía que no debía hablar con desconocidos. Él no recordaba a los hombres malos que los habían perseguido cuando era más pequeño, pero soñaba a veces con ellos y se despertaba asustado.

Estaba a punto de desobedecer aquel mandato cuando un gruñido lo sobresaltó. Unos matorrales se agitaron al lado derecho de donde se encontraba y un enorme jabalí emergió de entre ellos al claro, deteniéndose al verlo. Sus ojillos se clavaron en él y Allard comenzó a temblar. Aferró la espada con fuerza, hasta que la madera dejó impresa su silueta en las palmas sudorosas de sus manos.

Brodie se movió muy despacio. Extrajo una flecha del carcaj y la colocó en el arco, tensando la cuerda. Apuntó hacia el animal, que batía el suelo con las pezuñas. Sabía que solo tenía una oportunidad, dada la distancia que mediaba entre Allard y el jabalí. Si fallaba, la embestida de la bestia mataría al niño.

Sin embargo, esta pareció perder el interés y volvió a hundir el hocico entre la tierra en busca de bellotas con las que alimentarse, a

pesar de lo cual él mantuvo el arco listo para disparar, pues conocía la naturaleza traicionera del jabalí. Fue una buena decisión. Un golpe sordo sobresaltó al animal cuando la espada de Allard se escurrió de entre sus manos, cayendo al suelo, y con un gruñido se lanzó contra el chico.

La flecha salió disparada de su arco y se clavó con fuerza en el cuello del jabalí, atravesándolo de parte a parte y desviándolo de su trayectoria con el ímpetu del impulso. Se colgó el arco a la espalda y atravesó el claro en unas cuantas zancadas mientras extraía de su bota derecha la *sgian dubh* como precaución, por si el animal no estaba muerto. Cuando llegó junto a él, vio que no iba a necesitarlo y guardó de nuevo el puñal.

Se volvió hacia Allard. Su cuerpo se estremecía con pequeñas sacudidas y clavaba los dientes con tanta fuerza en su labio inferior que, de seguir así, lo haría sangrar.

—Has sido muy valiente. Eres un auténtico guerrero MacPherson —declaró en un intento por tranquilizarlo, pero que pareció surgir el efecto contrario, puesto que sus ojos se humedecieron y unas lágrimas se deslizaron por las mejillas infantiles—. ¡Hey! ¿Qué es eso? Los guerreros no lloran. Al menos, no delante de alguien que pueda verlos —agregó, sintiendo compasión por el pequeño.

El movimiento del niño lo tomó por sorpresa. Allard se aferró a su pierna y hundió el rostro en los pliegues de su tartán de caza mientras sus pequeños hombros se agitaban con silenciosos e incontrolables sollozos. Una oleada de ternura lo invadió y carraspeó incómodo. No era propio de él dejarse arrastrar por un sentimiento de aquella naturaleza. Aun así, colocó una mano sobre su cabeza y acarició con cierta torpeza los rubios cabellos ensortijados.

Allard se fue serenando poco a poco. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se apartó un tanto avergonzado por haberse comportado como un llorón.

—¿Está muerto? —preguntó, echando un vistazo al enorme animal, aunque no quiso acercarse por si acaso.

—Pues claro que sí, chico. Brodie MacPherson nunca falla un disparo. —Se jactó, orgulloso.

—Cuando sea grande, quiero ser como tú —le dijo con un fervor cargado de admiración. Miró su altura imponente, que en ese momento ya no lo asustaba, y sus músculos pronunciados; si él fuese así de fuerte, nadie podría volver a hacerle daño a su madre—. ¿Me enseñas?

Brodie sintió un nudo en el estómago cuando vio el embeleso en los ojos infantiles. La gente del clan, su gente, lo respetaban; sus enemigos lo temían. Sin embargo, nadie lo había mirado nunca como el pequeño Allard lo hacía en ese momento, tal y como él había visto a

su padre cuando era un niño, con un deseo intenso de crecer rápido y de parecerse a él. Tragó saliva y clavó una rodilla en tierra, frente al niño, posando la mano sobre su delgado hombro.

—Puedo enseñarte a cazar, a blandir la espada o a cabalgar como el viento; puedo hacer de ti un hombre de verdad, un guerrero MacPherson —le aseguró con tono firme y convencido—. Pero no puedes ser como yo, chico, porque la auténtica fuerza y grandeza de un hombre se encuentra en su propio corazón, y nadie puede enseñarte a ser tú mismo. Lo aprenderás con el tiempo y con las situaciones a las que te enfrentarás en la vida, ¿comprendes?

Allard asintió, a pesar de que no había entendido todo lo que le había dicho, pero no quería decepcionarlo. Cuando vio que él se ponía en pie de nuevo y se dirigía hacia la presa que había cazado, tuvo miedo de que se marchara y no volviera a verlo. Nervioso, extendió su mano y sus dedos se aferraron a la lana del tartán, tirando de la tela.

—¿Cuándo me vas a enseñar?

Los ojos grises de Brodie penetraron a través de la angustia que emanaba del niño, presente en la tensión de su cuerpo y en sus labios temblorosos, que mordía de forma inconsciente. No era el simple deseo de aprender lo que movía al chico, había en su corazón una razón oculta que le otorgaba aquella voluntad indómita de querer ser fuerte. Se preguntó cuál sería el motivo, qué podía hacer que a tan corta edad se tuviera tal determinación. Él solo conocía dos: proteger a alguien o la venganza. Cualquiera de los dos era una carga ingente para tan pequeñas espaldas.

—Puedes venir cuando quieras al castillo. Yo mismo, o cualquiera de mis hombres, te entrenaremos.

—¿Me lo prometes? —inquirió esperanzado.

—¡Demonios, Allard! Debería darte unos azotes por insultar a tu *laird* de esta manera —gruñó Brodie, cruzando los brazos sobre el pecho, cubierto por una amplia camisa oscura. Sabía que lucía imponente, y le gustó que el niño no se amedrentara. Por el contrario, el gesto apretado de sus labios indicaba que no estaba dispuesto a ceder hasta arrancarle la promesa. Dejó escapar un suspiro—. Mira, muchacho, la palabra de un MacPherson es sagrada. Si falta a ella, pierde su honor. Un guerrero sin honor no merece llamarse hombre. Esa es la primera lección que debes aprender, ¿entendido?

—Sí. —Permaneció unos instantes pensativo, antes de añadir—: ¿Qué es el honor?

—Es cuando... —Se detuvo y sacudió la cabeza—. Te lo explicaré en otro momento —le aseguró. Sin embargo, pudo leer en sus ojos que no le creía. Extrajo una flecha del carcaj, partió el astil contra su rodilla y le entregó la parte del emplumado—. Esta es la señal de que cumpliré mi promesa. ¿Ves esta marca? Significa que esta flecha me pertenece.

Cuando vayas al castillo, a quien quiera que se la muestres, te llevará ante mi presencia.

Allard asintió mientras apretaba contra su pecho aquel regalo. Entonces recordó las enseñanzas de su madre.

—Gracias, señor.

Brodie le revolvió el cabello.

—Muy bien. ¿No crees que ya es hora de que vuelvas a casa? Tu madre y tu tía estarán preocupadas por ti. ¿Dónde vives? —le preguntó. Tenía curiosidad por saber quién era el padre del chico y si había alguien que se ocupara de su viuda y del niño.

Allard se removió inquieto. Su madre le había dicho que ninguna persona debía saber dónde vivían y que nunca debía contárselo a nadie. Aunque era difícil que pudiera hacerlo, ya que no le permitían salir de casa. De hecho, solo Fiona iba a la aldea cuando necesitaban comprar algo. Además, había escuchado a las dos mientras hablaban sobre que sería mejor que el *laird* no supiera que él y su madre vivían ahí.

Lo miró, sin saber bien qué responder, porque no quería decir una mentira. Tenía la sensación de que a él no le gustaría que lo hiciera.

El sonido que produjo el movimiento de unos matorrales provocó que ambos volvieran la cabeza. Brodie supo que no se trataba de ningún animal, pero antes de que echara mano al arco de nuevo, oyó la voz femenina.

—¡Allard!

Las ramas más cercanas al claro se sacudieron con intensidad y una figura se abrió paso entre ellas. Se trataba de una mujer mayor a la que no parecía adecuarse el tono dulce y melodioso que acababa de escuchar. Cuando vio al niño, corrió hacia él, se arrodilló a su lado y lo abrazó con fuerza.

—Allard, pequeño diablillo —le dijo, sacudiéndolo por los brazos—. ¿Sabes el susto que...? ¡Dios bendito! —exclamó cuando se percató del enorme jabalí que yacía cerca. Solo entonces descubrió también la presencia del hombre que había sido capaz de abatir a una bestia tan grande—. Mi señor.

Brodie había tenido tiempo de observarla y, finalmente, había caído en la cuenta de quién era la mujer: Fiona, la viuda de Munro MacPherson. El hombre había sido un guerrero fuerte y leal, y había muerto en una batalla contra uno de los clanes vecinos. Por lo que sabía, la viuda era también una buena persona. El único problema que veía en todo aquello era que Munro y Fiona no pudieron tener hijos, así que ¿de dónde demonios había salido Allard?

Capítulo 2

Fiona tragó saliva y observó con nerviosismo a su *laird*. Esperaba que Emily, que la estaba siguiendo de cerca, se mantuviera oculta y no se dejase ver. No le gustaban las mentiras —y estaba segura de que a Brodie MacPherson tampoco—, pero ya era demasiado tarde para rectificar.

Cuando algo más de dos años atrás llegaron a su puerta Emily y el pequeño Allard, con los pies casi destrozados de tanto caminar y tan delgados que tuvo miedo de que el niño muriera, no fue capaz de negarse a ninguna de las peticiones de la joven. Su historia la había conmovido y enfurecido a partes iguales; y aunque comprendía sus razones para que nadie supiera que se hallaba allí, habría preferido contárselo al *laird*. Él, sin duda, la habría acogido en el clan, porque no toleraba las injusticias. En ese momento, con sus profundos ojos grises clavados sobre ella, tuvo miedo de que pudiera leer en el fondo de su alma.

Bajó la cabeza y se enderezó con esfuerzo. Atrajo al pequeño junto a su costado, pasando una mano sobre su hombro. Habían aleccionado al niño sobre lo que debía decir en caso de encontrarse con algún desconocido en el bosque, pero no tenía la seguridad de que no fuera a hablar de más y la mentira se descubriera.

—Buenos días, *laird* MacPherson, os agradezco que hayáis salvado la vida de mi sobrino. —Un escalofrío la atravesó al pensar en lo que le podía haber pasado a Allard si él no hubiese estado cerca—. Estaba recogiendo unas hierbas y lo perdí de vista. Debió escaparse en ese momento.

Allard se removió a su lado, entre avergonzado y nervioso.

—No me escapé —protestó—, es que me aburría.

—Si quieres convertirte en un buen guerrero, lo primero que tienes que aprender es a obedecer órdenes —replicó Brodie, mirándolo con seriedad.

El niño frunció el ceño.

—Pero tú me has dicho que lo primero que tiene que aprender un guerrero es el honor —lo contradijo.

—¡Allard!, no debes cuestionar a tu *laird* —lo reprendió Fiona.

—¿Por qué no? Mamá y tú siempre me corregís cuando digo algo mal.

—Eso es distinto —repuso contrariada—. Él es...

Brodie alzó una mano para detener la discusión. No era esa cuestión

la que más le interesaba en ese momento.

—No tiene importancia —atajó—. ¿Eres la viuda de Munro MacPherson?

—Sí, lo soy.

—¿Y el chico?

Fiona desvió la mirada de los ojos del *laird* y la fijó en un punto indeterminado entre su hombro y el bosque que se extendía detrás de él.

—Es el hijo de mi sobrina —respondió con toda la firmeza que pudo, a sabiendas de que estaba mintiéndole y la mentira podría costarle cara—. Están de visita.

Brodie asintió, a pesar de que la explicación no lo satisfacía demasiado.

—¿A qué clan pertenecen?

—A ninguno, son ingleses. Mi hermana vive en Inglaterra.

Al menos en eso no mentía. Hacía años que su hermana se había instalado al otro lado de la frontera, lo que había propiciado que ella viajase hasta allí para visitarla y se quedase durante algunos años. En ese tiempo consiguió trabajo como sirvienta en el castillo de Lingwood. Cuando murió la madre de Emily, siendo ella apenas una niña, sir Walter le pidió que se ocupara de cuidar a la pequeña, puesto que era la más cercana en edad a ella. Así fue como se convirtió en su aya y llegó a quererla como a una hija. Hasta el día en que su hermana recibió una carta proveniente de su hogar. Su padre se encontraba enfermo y las necesitaba. Puesto que su hermana se había casado, solo regresó ella para cuidar de él en sus últimos años. Luego se casó con Munro y ya no volvió a saber de la pequeña Emily hasta el momento en que se presentó ante su puerta, convertida ya en una mujer y con un hijo en brazos.

Brodie pensó que aquello explicaba por qué el niño vestía el tartán de los MacPherson y no el de otro clan, también su aspecto delicado, como el de un querubín, y el acento más suave en su manera de hablar. Sin embargo, la mirada esquiva de la mujer le decía que estaba ocultando algo, igual que la madre de Allard —supuso que debía tratarse de ella— se escondía tras los matorrales que había frente a él. Aunque no le gustaba que le mintieran, la curiosidad de saber por qué lo hacían era más fuerte que su indignación.

—Mientras esté en las tierras de los MacPherson, es un MacPherson, así que tendrás que llevarlo a la fortaleza todos los días para que entrene con la espada. —Impartió la orden en voz alta y clara, consciente de que eso haría salir a la mujer inglesa de su escondite.

—Pero, mi señor, aún es un niño —protestó Fiona, cuyo semblante había palidecido.

Allard se revolvió, inconforme. No quería que le negasen aquella

oportunidad de volverse más fuerte y convertirse en el protector de su madre.

—No soy un niño, tía Fiona. Además, él me lo ha prometido y yo he dicho que sí, y un hombre siempre tiene que cumplir su palabra, ¿no es verdad? —inquirió, volviéndose hacia el *laird* con mirada esperanzada.

—Así es, muchacho —admitió Brodie, al tiempo que ocultaba una sonrisa. El chico era espabilado y aprendía rápido—. Prometí que te enseñaría a blandir la espada y eso haré. Empezarás mañana mismo.

—Mi hijo no empuñará una espada —espetó Emily indignada, apartando los arbustos para llegar al claro. Su vista se clavó por unos instantes en el jabalí muerto y la apartó con disgusto. Tomó a Allard por los hombros y lo atrajo contra su cuerpo, como si así pudiera protegerlo del *laird*.

Mientras buscaba angustiada al niño, había escuchado a Fiona gritar su nombre con alegría, y el alivio había inundado su corazón de madre. Enseguida se había apresurado hacia el lugar de donde procedía el sonido. Sin embargo, una voz grave, como el lamento del viento entre los árboles, la había sorprendido antes de llegar al claro. Obedeciendo a un impulso y al instinto forjado por el miedo que la había atenazado durante los últimos años, se había ocultado, acercándose de la manera más sigilosa posible para no ser descubierta y poder escuchar la conversación.

A través del follaje había divisado la figura alta y corpulenta del *laird*, y un estremecimiento había sacudido su cuerpo. En ese momento, mirándolo tan de cerca, pudo percatarse de que el hombre poseía una apostura salvaje. Su cabello ondulado tenía una tonalidad cobriza; su rostro, de mandíbula firme, estaba cubierto por una barba y bigote ligeros. Emanaba de él un aura de fuerza, de poder y, sobre todo, de peligro, que se adivinaba en la frialdad de su mirada gris. Comprendió por qué lo llamaban el Lobo de las Highlands. Sin embargo, no pensaba retirar sus palabras. Mantendría alejado a Allard de la violencia tanto como le fuera posible.

Brodie se dio cuenta de que, a pesar de la firmeza de su tono, la mujer temblaba. Desde luego, no le cabía duda de que se trataba de la madre del niño. Ambos poseían el mismo cabello rubio —aunque el de ella era largo y lo llevaba recogido en una trenza— y los ojos de un azul límpido. Mientras que Allard parecía un duendecillo del bosque, la joven asemejaba a una *sìdhichean*, un hada como las que aparecían en los cuentos que le narraba su madre de niño.

Quizá fue por el impacto de su belleza etérea, o bien por el miedo que desprendía su mirada, pero tardó en responder y su voz, cuando lo hizo, brotó de su garganta más brusca de lo que hubiera deseado.

—No me contradigas, mujer. El muchacho entrenará conmigo cada

mañana y se convertirá en un guerrero. Palabra de MacPherson.

Le sorprendió la reacción que ella mostró ante sus palabras, dando un paso hacia atrás, como si temiera que fuese a golpearla. Frunció el ceño con disgusto. Jamás en su vida le había levantado la mano a una mujer. A pesar del temor evidente que le profesaba, la vio apretar los labios con tal fuerza que se tornaron blanquecinos.

—No pienso...

Fiona apoyó una mano en el brazo de Emily y la detuvo antes de que completara la frase. No podían permitirse ofender al *laird*.

—El chico estará allí mañana.

Emily vio cómo el guerrero asentía satisfecho y un nudo de angustia le oprimió el pecho. Ni siquiera sabía de dónde había sacado el valor para oponerse a él y negarse a acatar su orden, incluso a sabiendas de que podría golpearla por ello. Aunque el MacPherson la intimidaba, tenía que reconocer que no había usado su fuerza para imponerse, como hacían sir Bertram y su hijo Giles. Un solo golpe con aquellos brazos de músculos prominentes podría matarla. Se estremeció ante el pensamiento mientras se dejaba conducir por Fiona de vuelta al lago, donde habían dejado las cestas con la ropa para lavar.

Justo antes de desaparecer entre la espesura, se volvió a ver de nuevo al *laird*. No se había movido del lugar y las estaba observando. Cuando sus miradas se cruzaron, su corazón golpeó con tal fiereza en el interior de su pecho que sintió que le faltaba el aire. Giró la cabeza con brusquedad y comenzó a caminar con más rapidez.

—Mamá, me haces daño —se quejó Allard.

Ella se dio cuenta de que apretaba su mano con demasiada fuerza y aflojó su agarre, pero el temor y el nerviosismo la hicieron reaccionar con dureza.

—Te has comportado mal, Allard, nos has desobedecido a Fiona y a mí. ¿Sabes lo que podría haberte pasado? Te he dicho muchas veces que no debes hablar con nadie.

—Lo... lo siento.

El sollozo tembloroso atravesó la espesa capa de miedo que nublaba su mente y detuvo sus palabras. Se arrodilló junto a su hijo y lo envolvió en un abrazo de calidez y ternura.

—Perdóname, Allard. Tengo miedo de que te suceda algo malo —le explicó—, eso es todo.

El pequeño se retiró un poco y la miró con los ojos húmedos.

—Por eso quiero ser más fuerte —declaró en un susurro—, para que no me pase nada y para protegeros a ti y a tía Fiona.

Emily se mordió el labio inferior para que el llanto que la ahogaba no se derramara por las comisuras de sus ojos. Esbozó una sonrisa trémula y rozó con los dedos la tersa mejilla de su hijo.

Fiona dejó escapar un suspiro y acarició los rubios cabellos del

pequeño.

—Algún día lo serás —le aseguró—. Tienes un corazón bueno y noble. Podrás conseguir todo lo que quieras.

—¿Incluso ser un guerrero como el *laird*? —inquirió esperanzado.

—Incluso eso.

Sus labios se curvaron en una suave sonrisa. Sin duda, Brodie MacPherson había impresionado al pequeño. No era para menos. Su envergadura, su destreza y la confianza en sí mismo que exudaba le otorgaban un aura que cautivaba a cuantos lo seguían. Había escuchado de boca de su esposo hazañas increíbles sobre él, que, aun siendo aquel un guerrero curtido, admiraba al joven *laird*. También sabía que era un hombre justo y un buen jefe del clan; atendía a todos, sin importar que fuesen ancianos, mujeres o niños.

Si Emily pudiera conseguir a alguien así como marido, no tendría que seguir ocultándose ni viviendo con el temor arañándole las entrañas. Pero comprendía que, después de lo que había vivido, fuese incapaz de confiar en un hombre, mucho menos de enamorarse de uno. Haría falta un verdadero milagro para que alguien lograra conquistar el corazón de la muchacha y desterrara con el amor y sus dulces caricias el miedo que quebrantaba su espíritu. Daría lo que fuera por volver a verla sonreír.

—¿Por qué le has dicho que Allard iría a entrenar? —le preguntó la joven cuando el niño se adelantó unos pasos por el camino.

Fiona suspiró.

—Es el señor del clan, Emily.

—¿Y eso significa que puede obligar a todo el mundo a cumplir sus deseos? —repuso con acritud.

—Los escoceses no son como los ingleses —le recordó ella.

Emily se detuvo y la miró. Sus ojos eran dos pozos de angustia.

—Son hombres —espetó con dureza, como si eso lo explicara todo—. Solo saben imponer su voluntad y usar la fuerza sobre quien no acepte inclinarse ante ella. No quiero que mi hijo se convierta en alguien así. No quiero que la violencia rija su vida.

Fiona dio un paso hacia ella y la abrazó, mientras maldecía en silencio al inglés que había destrozado el alma de la joven, aunque no había podido quebrar su voluntad. Acarició su cabello y la sintió temblar entre sus brazos.

—No todos los hombres son así. —Le habló con dulzura, esperando que sus palabras calaran hondo en su interior—. Tu abuelo es buena prueba de ello. Brodie MacPherson también lo es —añadió con tiento —. Tal vez sea rudo, como la mayoría de los escoceses, pero jamás usaría la fuerza contra una mujer. Es un hombre honorable, y eso es lo que le enseñará a tu hijo.

—Pero también lo adiestrará en el arte de la espada —se lamentó.

Sus ojos brillaban por las lágrimas contenidas.

La mujer la apartó un poco para mirarla y chasqueó la lengua. Emily necesitaba alguien que le mostrara lo que era el amor, pero también necesitaba comprender la realidad que la rodeaba. No podía vivir el resto de su vida encerrada en una cabaña, presa del miedo y de los recuerdos.

—¿Y no es eso bueno? Allard debería crecer fuerte y seguro de sí mismo, capaz de defenderse para que nadie pueda hacerle daño —le dijo con tono firme—. ¿Crees que le haces un bien manteniéndolo alejado de todo? Lo único que conseguirás será criar a un hijo débil y temeroso. Emily, los MacPherson son guerreros fuertes y valientes, y todos los clanes los respetan. Allard no hará nada que no haría cualquier otro niño del clan.

Emily se retorció las manos en el regazo. Sabía que Fiona tenía razón. También en el castillo de Lingwood había escuderos, niños y muchachos que se preparaban para ser caballeros.

—Es tan pequeño todavía.

—Quizá si aprende a defenderse pueda olvidar el miedo y superar las pesadillas que lo atormentan por las noches —señaló Fiona, sabiendo cuánto le preocupaba eso.

Sus palabras no fueron en vano. Vio cómo los hombros de la muchacha se hundían en una aceptación resignada y suspiró agradecida. El *laird* no era ningún tonto, y más valía que comenzasen a hacer las cosas bien si no querían tener problemas.

—Está bien, dejaré que ese hombre entrene a Allard. Pero si veo que alguna vez vuelve con alguna herida, yo...

—¡Mamá!

Emily se volvió sobresaltada. Al ver que su hijo sonreía, respiró hondo e intentó tranquilizarse. Comprendió en ese momento lo que Fiona trataba de decirle: no podía dejar que Allard se convirtiese en alguien como ella, un conejillo asustado que vivía su vida encerrado en una madriguera. Él tenía derecho a ser feliz, a tener amigos y jugar con ellos, a sentirse seguro y confiar en sí mismo.

—¿Qué es lo que sucede? —le preguntó, acariciando su cabello cuando se detuvo ante ella.

—Toma. —Sacó de detrás de su espalda, donde las había ocultado, un ramo de campanillas silvestres y se lo ofreció—. Siento haberme portado mal. No volveré a hacerlo. ¿Me perdonas?

Ella se agachó para que sus rostros quedaran uno frente al otro y acarició su mejilla con ternura. Allard había venido al mundo de forma inesperada, convirtiéndose en un regalo del cielo. Lo amaba más que a nada y no iba a permitir que nadie se lo arrebatara. Descubrió la preocupación y la incertidumbre que asomaron a los ojos del pequeño al ver que no respondía y se apresuró a hacerlo.

—Solo si me das un beso.

Golpeó con un dedo su propia mejilla y él plantó de inmediato sobre ella un beso húmedo mientras le rodeaba el cuello con sus bracitos.

—Ahora ya no estás triste, ¿verdad? —le preguntó cuando se separó de ella.

Emily sacudió la cabeza.

—No, no lo estoy. Porque un beso...

—... es la mejor medicina para curar el corazón —completó Allard sonriente, recordando lo que su madre le había enseñado.

Capítulo 3

Brodie rezongó para sí, mascullando una imprecación. La bestia pesaba casi tanto como él mismo y le dolían los brazos de arrastrarla hasta el lugar donde había dejado su caballo. Si alguien lo hubiera acompañado en la batida, habrían podido trasladarlo sin esfuerzo, en lugar de emplear tanto tiempo, como estaba haciendo él.

A pesar de todo, cuando llegó a donde se encontraba su montura, se dio cuenta de que el camino no se le había hecho tan largo, quizá porque no dejaba de pensar en Allard y en su madre.

—Ya has comido bastante, Feasgar —dijo mientras palmeaba el grueso cuello de su caballo. Su suave pelaje negro era el que le había proporcionado su nombre: «Noche»—. Ahora toca trabajar.

Se agachó para coger el jabalí que había cazado y todos sus músculos se tensaron cuando lo alzó con esfuerzo hasta la grupa. Feasgar bufó al sentir el peso, pero no se movió.

—Eso es, muchacho —lo alabó tras asegurar la bestia a la montura —. Volvamos a casa.

De un salto montó sobre el lomo del animal e hincó los talones en los ijares para ponerlo al galope. El viento le azotó el rostro y dejó escapar un grito de euforia que hendió el aire como el filo de una espada.

La visión de los verdes campos, en los que ya despuntaba el brezo, y las onduladas colinas que recortaban el horizonte lo inundaron de orgullo. Las tierras de los MacPherson, regadas con la sangre de sus antepasados, eran fértiles. El grano ya germinaba y pronto comenzarían a nacer las crías del ganado. Excepto por algunas incursiones de los clanes Gordon y Robertson, su gente vivía en paz.

Cuando divisó a lo lejos las primeras cabañas, tiró de las riendas y puso su montura al trote.

—Buenos días, *laird* Brodie —lo saludó una muchacha que cargaba un pequeño saco para dar de comer a sus animales.

—Buenos días, Muriel —respondió sin detenerse.

No quería sentar precedentes ni que se malinterpretara su amabilidad, ya que cualquier muestra de atención por su parte hacía que a las jóvenes casaderas se les llenase la cabeza de pájaros y fantaseasen con convertirse en la esposa del *laird*. A sus treinta y un años todavía estaba soltero —algo que el Consejo le reprochaba día sí y día también—, y así pensaba seguir durante mucho tiempo.

No tenía nada en contra del matrimonio, pero a él le bastaban su

espada y Feasgar para sentirse satisfecho. Amaba su libertad y la mantendría mientras le fuera posible. Si se casaba estaría atado a una mujer que le demandaría tiempo y atenciones. No necesitaba algo así. La anciana Isobel se ocupaba de que todo funcionase en la fortaleza, tanto en la cocina y las despensas como en lo referente a la limpieza de su hogar y de sus ropas; y si quería desfogarse, siempre había alguna viuda bien dispuesta para recibirlo en su cama.

Ese último pensamiento le trajo a la mente a la madre de Allard, y se dio cuenta de que no conocía el nombre de la muchacha. Había algo extraño en todo aquel asunto y pensaba averiguar de qué se trataba. Era demasiado joven para ser viuda —debía rondar los veinte años, tal vez—, aunque el niño había dicho que no tenía padre. Si procedían de Inglaterra y se encontraban solo de visita, como había dicho la viuda de Munro, ¿cómo es que el chico hablaba gaélico? Pero si se habían establecido allí, ¿por qué no le habían pedido permiso para hacerlo? Según las reglas del clan, solo el *laird* podía dar su conformidad para que alguien se instalase en sus tierras. Y él no se la hubiera negado.

Fuesen cuales fuesen los motivos que habían llevado a las mujeres a ocultarle la verdad, la averiguaría. Después, actuaría en consecuencia. Por el momento, entrenaría al muchacho, tal y como le había prometido. Una sonrisa se insinuó en sus labios al recordar la vehemencia con la que se había opuesto a él la muchacha. Pocos se atrevían a plantarle cara, pero ella lo había hecho a pesar de sus temores.

Casi sin darse cuenta había subido la colina y se encontró en el patio frente al torreón. Un muchacho acudió de inmediato a hacerse cargo de su montura. Cuando vio el jabalí en la grupa del caballo, dejó escapar un silbido de admiración.

—¿Qué quiere que haga con eso, señor?

—¡Travis, Duncan! —llamó a un par de guerreros que se hallaban junto a la puerta y que acudieron presurosos—. Ayudad a descargar esa pieza y llevadla a la cocina. Michael, tú ocúpate de atender a Feasgar.

—Lo haré.

El chico tenía trece años y se esforzaba por agradarlo en todo como una muestra de agradecimiento por haberlo cogido a su servicio. Siendo un niño había sufrido un accidente, la rueda de un carro le había pasado por encima, destrozándole la pierna izquierda y dejándole una cojera de por vida. Al no poder convertirse en un guerrero fuerte, tal y como deseaba, se había sumido en un profundo abatimiento del que él lo había arrancado trayéndolo a la fortaleza y nombrándolo su ayudante.

—¿Han vuelto ya Gavin y los demás? —le preguntó mientras Travis y Duncan descargaban el jabalí.

—Sí, señor, están aguardando en el gran salón.

El gesto de Brodie se torció en una mueca. Eso significaba que habían encontrado alguna pieza de caza, y debía ser buena, o no hubieran regresado tan pronto.

—¿Qué han traído?

—Un ciervo y algunos conejos —respondió el muchacho.

Él asintió y dirigió sus pasos hacia el torreón. Al menos no llegaba con las manos vacías. Subió los escalones y empujó la pesada puerta. Atravesó el vestíbulo y se dirigió hacia la izquierda, donde estaba situado el salón. Conforme se acercaba, pudo distinguir las voces de aquellos a quienes consideraba amigos y hombres de confianza.

—Tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre, Owen.

Brodie se detuvo en el umbral de la puerta y sonrió para sí. Owen era un muchacho joven, delgado y fibroso, y casi tan alto como él. Isobel siempre se quejaba de que él solo sería capaz de acabar con todas las existencias de la despensa.

—Propongo que cada quien coma lo que ha cazado. —Lo escuchó decir en respuesta a Alec.

Este gruñó y las carcajadas se perdieron en el alto techo del salón.

—Cuatro flechas para matar un mísero conejo —comentó Gavin—, muchacho, estás perdiendo tu destreza.

—Lo que está perdiendo es la cabeza por cierta mujer de cabellos de fuego —se burló Ken—, pero como no apunte mejor sus flechas, alguien le robará esa pieza. Tal vez lo intente yo —lo aguijoneó.

—¿Has oído, Alec? Si no te das prisa en cortejar a la muchacha, Ken se la quedará.

Este se encogió de hombros ante la provocación de Gavin.

—No tengo de qué preocuparme. Megan tiene buen gusto, y Ken es tan feo como el trasero de una mula —replicó.

Se oyeron las carcajadas seguidas de un estruendo. Brodie puso los ojos en blanco y decidió que sería mejor entrar antes de que destrozaran el salón. Excepto Owen, que contaba diecinueve, los demás tenían más de veinticinco años, pero a veces actuaban como si fueran niños.

Estaba a punto de descender los escalones que daban ingreso al salón cuando escuchó su nombre.

—¿Creéis que Brodie se haya perdido en el bosque?

—Quizá se ha encontrado con alguna ninfa y está retozando con ella mientras nosotros aquí desfallecemos de hambre —apuntó Owen con tono lastimero.

Gavin sacudió la cabeza.

—Es tan cabezota que puede pasarse todo el día buscando caza donde no la hay.

—También es demasiado orgulloso —señaló Alec, acompañando sus palabras con un asentimiento de cabeza—. No querrá reconocer que llevábamos razón cuando le dijimos que las buenas piezas estaban al noroeste del bosque. Deberíamos obligarlo a admitirlo.

Brodie escuchó algunos bufidos y una risa ahogada, y mudó el gesto divertido de su semblante por uno borrascoso, lo suficiente como para amedrentar a Alec.

—Y yo debería cortar vuestras lenguas, asarlas al fuego y servíroslas de desayuno por hablar mal de vuestro *laird* a sus espaldas —respondió al tiempo que entraba en el salón.

—Eres como el diablo —apostilló Ken, mirándolo con una sonrisa burlona mientras se inclinaba hacia atrás en su asiento de madera, que quedó en un precario equilibrio—, siempre apareces cuando se menta tu nombre.

—Pues ten cuidado con que te arroje al Infierno de un puntapié —le contestó. Al pasar junto a él, golpeó una de las patas traseras del taburete con la punta de su bota.

Ken cayó al suelo con un golpe sordo y soltó una imprecación.

—¿No has tenido suerte con la caza? —lo interrogó Gavin con una sonrisa maliciosa—. ¿Por eso estás de mal humor?

Brodie cruzó los brazos sobre el pecho y le dirigió una mirada cargada de arrogancia.

—¿Cuándo me has visto volver de una partida de caza sin traer una pieza?

—En eso lleva razón —admitió Alec.

—¿También te has encontrado con una ninfa del bosque? —Quiso saber Owen.

Él miró al muchacho. Estaba en esa edad en la que solo pensaba en retozar con alguna muchacha y en llenar su insaciable estómago.

—Una muy hermosa —le respondió.

—¿De verdad? —Escuchó una risa discreta y frunció el ceño. Observó el rostro de sus compañeros. Algunos hacían verdaderos esfuerzos por no soltar una carcajada, y supuso que el *laird* se estaba burlando de él—. ¿De qué color tenía el cabello? —lo interrogó con desconfianza.

—Rubio, y tan fino que sus hebras parecían hilos de oro. Sus ojos eran del color de las campanillas silvestres; y su piel, blanca como la nieve. —Se detuvo y carraspeó incómodo al darse cuenta de que todos lo contemplaban entre curiosos y sorprendidos. Se había perdido en el recuerdo de la muchacha y había hablado de más. Cambió de tema—. Creo que he ganado la apuesta. Acompañadme a las cocinas y lo veréis con vuestros propios ojos.

Salieron del salón y enfilaron el sombrío corredor que conducía a la zona de las despensas y de la cocina. Ken, Alec y Owen iban delante,

mientras que él se rezagó. Gavin se puso a su lado.

—¿Qué demonios era eso de la ninfa? —le preguntó este, arqueando una de sus rubias cejas—. ¿Con quién te encontraste?

Brodie lo observó de reojo. Las muchachas de la aldea consideraban guapo a Gavin, con su cabello como el trigo dorado y sus ojos del color del cielo en verano. Su cuerpo estaba bien formado, con músculos prominentes que se marcaban en su piel bronceada, y era de sonrisa fácil. Descubrió que prefería que él no supiera de la existencia de la inglesa, al menos por el momento.

—Si no recuerdo mal, tú tenías algún parentesco con Munro MacPherson, ¿no es cierto?

El hecho de que no respondiera a su pregunta sorprendió a Gavin. Conocía demasiado bien a Brodie para saber que él nunca mentiría, pero que no deseara revelar la identidad de la muchacha significaba que le importaba lo suficiente como para no exponerla, y, que él supiera, su *laird* no había manifestado interés en ninguna de las jóvenes de la aldea y nunca había tenido reparos en hablarle de sus escarceos amorosos.

A pesar de su curiosidad, sabía que no podía presionarlo para que le contara lo que había sucedido en el bosque, así que se limitó a responder a su pregunta.

—Era primo de mi padre, ¿por qué?

—¿Qué sabes de su viuda?

Gavin frunció el ceño mientras intentaba recordar si la mujer tenía el cabello rubio y los ojos del color que había mencionado Brodie. Hacía mucho tiempo que no la había visto y no se acordaba de esos detalles, pero había una cosa que sí sabía.

—Que es demasiado mayor para ti —respondió tajante—. Hay muchas otras viudas jóvenes que estarían dispuestas...

Brodie miró a su lugarteniente con curiosidad, preguntándose a qué demonios se refería. Cuando cayó en la cuenta, sacudió la cabeza entre exasperado y divertido.

—No digas estupideces —lo interrumpió—. Solo quiero saber si la viuda tiene familia.

El semblante de su amigo mostró alivio, y él no supo si echarse a reír o mostrarse irritado. Puede que fuera un poco rudo y careciera de esa delicadeza en el trato que tanto parecía atraer a las mujeres en Gavin, pero tampoco por ello le faltaba compañía femenina. Además, aunque no poseía los encantos de su amigo, algunas muchachas lo encontraban apuesto; si bien él, como *laird*, no tenía la misma libertad que los demás para dedicarse a los juegos de seducción, ya que cualquier palabra o gesto suyo podía dar pie a que creyeran que podían meterse en su cama.

—No la conozco demasiado —contestó, encogiéndose de hombros—.

Solo sé que no tuvieron hijos, pero puedo preguntar por ahí si tienen otros parientes. ¿Por qué te interesas de repente por la viuda?

—Me la encontré en el bosque, cerca del lago.

—Entonces ¿ella era tu ninfa? Ya decía yo que tanta perfección como habías descrito solo podía tratarse de un cuento.

El tono socarrón de sus palabras no afectó a Brodie.

—Puede que después del desayuno te necesite para entrenar un rato.

Gavin dejó escapar un gemido.

—Verás, es que después tengo algo que hacer —comentó, intentando buscar una excusa. Entrenar con Brodie cuando estaba molesto era una tortura. Nadie lo igualaba en el manejo de la espada. Terminaría con los músculos destrozados y puede que también con algún que otro hueso roto.

—Vaya, qué lástima. Pensé que andabas buscando pelea —se burló él.

Entraron en la amplia cocina. El aire estaba lleno del aroma del pan recién hecho y de especias. Alec, Owen y Ken se habían detenido frente a una de las enormes mesas de madera que ocupaba el centro de la estancia. Sus anchas espaldas impedían ver qué era lo que contemplaban con tanta atención.

—Gavin, ven a ver esto —lo llamó Ken, cuando escuchó el roce de sus botas contra el suelo de piedra—. Sin duda Brodie ha ganado la apuesta.

Él se acercó hasta donde se encontraban sus tres amigos y se abrió hueco entre ellos. Un silbido de admiración brotó de sus labios cuando vio la pieza que uno de los hombres que trabajaban en las cocinas había comenzado a despellejar.

—¡Qué demonios! —exclamó, volviéndose a mirar a Brodie, que se había cruzado de brazos y lucía en su rostro una sonrisa jactanciosa—. ¿Dónde has encontrado esa bestia?

—En la zona del bosque junto al lago, ¿dónde si no?

—Mañana iré...

—Mañana tendremos entrenamiento desde muy temprano —lo interrumpió Brodie con un gruñido, maldiciendo por haber revelado el lugar.

Gavin lo miró, un tanto sorprendido por aquella negativa, y se preguntó si en verdad su *laird* no se habría encontrado con una ninfa que lo había hechizado. Sonrió en su interior. Si la mujer era de carne y hueso, de un modo u otro averiguaría de quién se trataba.

Capítulo 4

Los gritos airados resonaban contra las paredes de piedra del torreón sur. La algarabía iba subiendo de volumen mientras los ancianos del Consejo discutían sobre la conveniencia de tomar medidas contra el clan Gordon, algunos de cuyos miembros habían realizado una incursión en tierras de los MacPherson y se habían llevado algunas ovejas.

Brodie ignoró las voces. Sabía que, antes o después, llegarían a un acuerdo sobre lo que debían hacer. Unas cuantas cabezas de ganado robadas no suponían nada; seguramente se trataba de algunos jóvenes deseosos de probar su valor. No pensaba iniciar una guerra por ello, aunque debían dar un escarmiento a los Gordon, para que no creyeran que se podía atacar a los MacPherson y quedar impunes. Sin embargo, le preocupaban mucho más los rumores que recorrían las colinas y páramos como pájaros de mal agüero: Guillermo el León, rey de Escocia, yacía en su lecho gravemente enfermo. Si moría, lo sucedería su hijo, Alejandro, pero el muchacho solo contaba dieciséis años. Los rumores decían que los clanes MacUilleim y MacHeths tenían intenciones de rebelarse para acabar con la monarquía. Si estallaba una guerra entre clanes, los ingleses bien podrían aprovechar para invadir Escocia.

Ese pensamiento le recordó su promesa de entrenar al pequeño Allard, que seguramente lo estaría esperando ya en el patio de la fortaleza. Se preguntó si lo acompañaría su madre, aunque la joven inglesa se había mostrado algo esquiva en su primer encuentro.

—Entonces, que así sea. ¿Estás de acuerdo, Brodie?

Él frunció el ceño y miró a Angus sin saber qué responder, puesto que no había prestado atención.

—Lo pensaré y os responderé más tarde —declaró. Tenía la intención de preguntarle después a Gavin cuál era la resolución que habían tomado.

Angus entornó los ojos y masculló para sí palabras ininteligibles. El anciano, que era el portavoz del Consejo, lo conocía desde niño y había sido uno de los mejores amigos de su padre. Estaba seguro de que se había percatado de su falta de atención, pero se limitó a sacudir la cabeza.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Hay otro tema del que queríamos hablarte.

—¿De qué se trata? —inquirió. Fuera lo que fuera, terminaría el

asunto con rapidez y daría por concluida la sesión del Consejo. Todo lo que deseaba en esos momentos era empuñar la espada, sentir su peso en la palma de la mano y poner todos sus músculos a trabajar.

El anciano rehuyó su mirada y se volvió hacia el resto de los hombres que componían el Consejo. Vio que la mayoría de ellos asentía, animándolo a continuar, y frunció el ceño. «¿Qué es lo que se traen estos viejos cuervos entre manos?», se preguntó.

Se giró hacia Gavin, que ocupaba un asiento a su lado, interrogándolo con la mirada, pero su amigo se encogió de hombros, tan perdido como él mismo.

—Brodie, eres nuestro *laird* y sabes cuánto te respetamos —comenzó a decir Angus con tono solemne—, al igual que lo hicimos con tu padre antes de ti. A pesar de tu juventud, has gobernado el clan con mano firme y nos has conducido a un periodo de paz y prosperidad. Por eso creemos que este es el mejor momento para que cumplas con tu deber.

—¿Mi deber? —inquirió él, un tanto perplejo. «¿Y qué demonios se supone que he estado haciendo hasta ahora?».

Se había convertido en *laird* a los veintidós, tras la muerte de su padre, y ni un solo día había descuidado sus obligaciones. Asistía a las reuniones del Consejo, presidía los juicios por litigios y desavenencias entre los miembros del clan y siempre estaba dispuesto a escuchar sus necesidades; además, supervisaba tanto la supervivencia de su gente como su defensa, entrenando junto con los guerreros. ¿Qué más se suponía que debía hacer?

El anciano asintió de forma enfática y clavó sus ojos azules en él. En otro tiempo, su mirada lo habría intimidado, pero ya había perdido su brillo acerado, aunque no su astucia.

—Así es. Todos coincidimos en que una alianza podría ser beneficiosa para el clan.

Brodie se acarició la barbilla, pensativo. La barba ligera que cubría su mentón y parte de sus mejillas le provocó un cosquilleo en las yemas de los dedos. Desde luego, aunque no la necesitaban, una alianza podría serles de utilidad, sobre todo si era con un clan poderoso. Si finalmente estallaba una guerra contra la monarquía o contra los ingleses, les vendría bien tener aliados.

—¿En quién estáis pensando?

Las tierras de los MacPherson lindaban con el territorio del clan Chattan y con los Cameron. Cualquiera de los dos sería una buena opción.

Miró a Angus y frunció el ceño, preguntándose por qué demonios tardaba tanto en responder. El anciano tironeaba de su espesa barba, que los años habían convertido en finas hebras de plata, y se removía inquieto. Tras unos instantes de duda, lo vio inspirar profundamente,

mientras el resto de los miembros del Consejo parecían contener el aliento.

—En el clan Maitland.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, envueltas en un tenso silencio. Todos aguardaron la reacción del *laird*, temiendo que se las devolviera convertidas en esquirlas de hielo, azuzadas por una cólera que no tardó en estallar.

—¡Maldita sea! ¿Acaso os habéis vuelto locos, ancianos? —vociferó Brodie poniéndose en pie y dedicándoles una mirada torva. La enemistad entre los Maitland y los MacPherson venía de antaño, de tiempos de su bisabuelo, y aunque no habían tenido problemas con el clan durante el tiempo que él llevaba como *laird*, eso no significaba que estuviera dispuesto a aliarse con ellos—. Tú, Magnus, y tú, Aldrich, ¿no fuisteis vosotros quienes empuñasteis la espada para combatir contra los Maitland después de que quemaron parte de nuestras tierras situadas al oeste?

Vio cómo los dos hombres asentían, pero antes de que pudiera continuar, Angus lo interrumpió:

—Deja por un momento tu cólera a un lado, muchacho, y escucha lo que tenemos que decirte.

Brodie se tragó la frustración que sentía y se dejó caer sobre el sitial. No podía ignorar al Consejo, esa fue una de las lecciones que le enseñó su padre: «*Armad ard in crand is móide co mór benaid na gaetha fris*[1]. Por eso debe aprender a inclinarse y a aceptar que depende de sus fuertes raíces para mantenerse en pie».

Paseó la mirada sobre cada uno de aquellos hombres, guerreros leales que habían luchado junto a su abuelo y su padre, y que lo habían apoyado y guiado a él como *laird*, y dejó escapar un suspiro.

—Está bien, os escucharé. Habla, pues.

Angus entrelazó las manos a la espalda y comenzó a caminar mientras buscaba la mejor manera de exponer el asunto.

—Yo luché al lado de tu padre contra los Maitland cuando apenas éramos unos muchachos —declaró. Su voz era firme y en sus palabras danzaba un matiz de orgullo—. Sé muy bien lo que les hicieron a los MacPherson y cuántas vidas perdimos. Pero el hombre que nos condujo a esa guerra ya no camina por estas tierras, y su hijo, Iain Maitland, no se parece a su padre. El *laird* es un gran guerrero, pero también es un hombre sensato.

—Sobre todo desde que se casó —apuntó Aldrich desde el fondo, recibiendo un coro de murmullos de aprobación.

El ceño adusto de Brodie se frunció aún más ante el comentario. ¿Desde cuándo estaban los ancianos al tanto de los asuntos familiares de los Maitland? Comenzó a sentir tirantez en los músculos de la espalda, donde la tensión empezaba a acumularse. ¿Acaso habían

tenido tratos con ellos a sus espaldas en su afán por formar una alianza?

—Así es —convino Angus, cabeceando varias veces—. A pesar de que se casó con una inglesa, el matrimonio dio estabilidad al clan y han seguido prosperando. Nadie duda de que es uno de los clanes más poderosos y respetados.

Gavin miró a su *laird* y torció el gesto en una mueca.

—Yo diría más bien que son temidos —le susurró a su amigo. La fiereza de los guerreros Maitland solo podía equipararse a la de los Buchanan.

Brodie estaba de acuerdo con él, aunque no le respondió. Le había sorprendido que Iain Maitland se hubiese casado con una inglesa, pero, sobre todo, estaba intentando descifrar a dónde pretendía llegar Angus con toda aquella palabrería.

—... descansamos en aquellos que vinieron antes que nosotros —estaba diciendo el consejero—, y otros descansarán sobre nosotros cuando estemos en nuestras tumbas. Por eso es nuestro deber dejarles a nuestros hijos y nietos un clan del que sentirse orgullosos y...

—¿Qué es lo que tratas de decir, anciano? —lo detuvo Brodie con cierta irritación.

Angus le dirigió una mirada airada por haberlo interrumpido.

—Bien, lo que queremos es que hagas una alianza con Iain Maitland, olvidando las enemistades pasadas. Pero si no estás dispuesto a dejar de lado esos viejos conflictos... —Se calló cuando Brodie soltó un bufido de burla. Luego carraspeó antes de proseguir con lo que de verdad le interesaba decir, aunque era la parte más difícil de aquel discurso—. Si no estás conforme con esto, te ofrecemos otra alternativa.

—¿Y cuál sería esa? ¿Aliarnos con esos demonios de los Buchanan? —espetó con sequedad—. Porque juro por el honor de mi espada que antes bajaría al mismísimo Infierno que aliarme con nuestros enemigos. Así que decidme, ¿qué otra opción me ofrecéis?

—Un matrimonio.

El silencio descendió sobre el salón, tan espeso que podía cortarse con el filo de una espada. Los doce miembros que formaban el Consejo tenían los ojos fijos en su *laird*, a la espera de que se desatara la tormenta, que estalló sobre sus cabezas con el estruendo de un trueno.

—¡Maldita sea! ¿Pretendéis que me case con una mujer del clan Maitland? —rugió, conteniendo la ira a duras penas.

—No se trata de eso. No vamos a decirte con quién casarte, muchacho —trató de calmarlo Angus—, eso es cosa tuya; pero si no estás dispuesto a que los MacPherson se alíen con un clan más poderoso, al menos queremos estar seguros de que nuestro clan tiene estabilidad y un futuro. Tienes ya treinta y un años, Brodie, y ningún

hijo que pueda liderar el clan. Se avecinan tiempos aciagos. El rey Guillermo está en su lecho de muerte y puede que estalle una guerra. ¿Qué sería de nuestra gente si te sucediera algo? Es tu deber como *laird*...

Brodie alzó una mano para detener aquel discurso.

—Sé muy bien cuál es mi deber, anciano —gruñó, furioso.

—Pues, entonces, atiende la petición del Consejo. Toma una decisión y háznosla saber, confiamos en que harás lo mejor para nuestro clan. Eso es todo lo que queríamos decirte.

Con estas últimas palabras, todos se levantaron y abandonaron el salón, dejando a Brodie a solas con Gavin. El silencio lo llenó todo, un silencio que le resultó opresivo, como si aquellas paredes de piedra gris que lo rodeaban se hubieran convertido en acusadores en el juicio que se celebraba en su conciencia.

—¡Maldición! —Golpeó con fuerza sobre el reposabrazos del sitial de madera y dio la bienvenida al dolor que se extendió desde su puño cerrado por todo su brazo—. ¡Esos viejos zorros astutos me han tendido una trampa! Sabían que yo nunca aceptaría unirme al clan Maitland.

—En verdad, han sido inteligentes —admitió Gavin, encogiéndose de hombros cuando recibió el impacto de aquellos ojos con nubes de tormenta.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Como tu hombre de confianza, te diría que comprendo sus preocupaciones, aunque no apruebe sus métodos para conseguir lo que quieren. Sin embargo, es cierto que no es mala la solución del matrimonio.

—Entonces, cásate tú —le replicó, molesto.

Gavin esbozó una sonrisa maliciosa.

—Yo no soy el *laird*.

Brodie se pellizcó el puente de la nariz. Tenía los músculos tensos y duros como las raíces de un árbol. Quizá un buen ejercicio de entrenamiento con la espada lo ayudaría a despejar la mente y a pensar con más claridad.

—Has hablado como mi hombre de confianza, ¿qué me diría el amigo? —Quiso saber.

Gavin lo miró con atención. Se conocían desde niños, habían aprendido juntos a manejar la espada y participado en incursiones, protegiéndose la espalda el uno al otro. Cuando Brodie se convirtió en el *laird* del clan MacPherson, lo nombró su lugarteniente. Para él era mucho más que su jefe o que un amigo, era un verdadero hermano.

—Creo que es hora de que dejes atrás el pasado —contestó con tono serio.

El gesto de Brodie se tornó borrascoso.

—¿Tú también crees que debería perdonar al clan Maitland? ¿Y qué pasa entonces con Douglas, Brogan, Ewan y todos los que cayeron en esa guerra?

—No fue Iain Maitland quien la provocó —le recordó él—. De todas formas, no es a eso a lo que me refiero, sino a ti. Es cierto que el clan necesita un heredero, y tú tienes derecho a formar una familia y ser feliz.

—No necesito una esposa para eso —rezongó, molesto—. Soy feliz tal y como vivo ahora.

En la mirada azul de Gavin se reflejó una profunda compasión, pues sabía que aquello no era del todo cierto. El padre y la madre de Brodie se habían amado profundamente, y la infancia de su amigo había transcurrido en un ambiente lleno de cariño y risas. Cuando Brodie cumplió once años, su madre volvió a quedar embarazada, pero el parto se complicó. Las parteras no pudieron hacer nada por salvar la vida de ella ni la de la criatura. Su padre, entonces, se sumió en una honda tristeza que afectó tanto a su hijo como al resto del clan. Con el paso del tiempo, Brodie se aferró a su espada para superar la pena, convirtiéndola en su único amor, pero sin percatarse de que un temor crecía a la sombra de su corazón.

—No todas las mujeres mueren en el parto —señaló, intentando hacerlo razonar, a pesar de saber que sería inútil—. Además, tu padre pudo haber superado esa tristeza, como han hecho muchos otros, pero no quiso.

Brodie le dirigió una mirada furiosa y dolida.

—Él la amaba. Es el amor el que trae todos esos pesares al hombre. No cargaré esa angustia constante sobre mis espaldas.

Sus palabras sonaron casi como un juramento, y Gavin supo que no podría contra su obstinación. Lo único que lograría sacarlo de ella sería aquello mismo contra lo que luchaba: el amor. Porque cuando este aparecía en el horizonte de la vida y se clavaba como una flecha en el corazón del hombre, nada podía hacer este por evadirlo. Además, Brodie estaba equivocado, el amor siempre traía más alegrías que pesares, solo que él había olvidado eso tras la muerte de su madre y había decidido no enamorarse ni formar una familia.

—Entonces ¿no vas a aceptar la propuesta del Consejo?

Brodie aferró su espada, que había apoyado a un costado del sitial, y apretó con fuerza la empuñadura, al tiempo que se ponía de pie y se dirigía hacia la entrada del torreón. Gavin lo siguió, esperando una respuesta que tardaba en llegar.

—No lo sé —respondió, finalmente, deteniéndose en el umbral—. No lo sé.

Una de las hojas del enorme portón se hallaba entreabierta. El aire que entraba era fresco, a pesar de que fuera brillaba el sol. El verano

tocaba a su fin. Pronto el otoño traería la lluvia, los cielos encapotados, los días más cortos y las noches oscuras al tibio calor del hogar.

Y él volvería a estar solo.

Capítulo 5

Abandonó el torreón de mal humor y se dirigió hacia el campo de entrenamiento. Necesitaba expulsar los demonios que lo acosaban. Los recuerdos que Gavin había despertado en él le mordían el alma, abriendo heridas del pasado que no cicatrizaban con el paso del tiempo.

La propuesta de los ancianos había encendido el fuego de la ira en sus venas. Sabía que podía negarse a aceptarla, al fin y al cabo era el *laird* y, como tal, el Consejo acataría su decisión. Pero entonces estaría imponiendo su voluntad por encima del bienestar de su gente.

«*Is beó nech tar éis a anma, ocus ní beó d'éis a einigh*»[2]. Las palabras que su padre le había dicho en su lecho de muerte las había mandado grabar en la hoja de su claymore, para que nunca olvidara por qué empuñaba esa espada: por su clan. Y los MacPherson necesitaban tener la seguridad de que si él moría, habría alguien adecuado que lo sucedería. De lo contrario, existía el riesgo de que estallase una lucha intestina para convertirse en *laird*.

Cuando llegó al campo de entrenamiento, Michael se acercó enseguida cojeando con torpeza. Sostenía en la mano la espada que solía usar en los entrenamientos.

—Buenos días, *laird*.

Brodie masculló un saludo y tomó la espada.

El sonido del entrechocar del acero flotaba en el aire, desafiando al canto de los pájaros que habían emprendido el vuelo casi antes del amanecer. Había tres campos en los que se preparaban los guerreros: uno para los veteranos; otro para los jóvenes, más inexpertos, deseosos de superar sus límites y ser reconocidos como valientes; y uno más para los niños, que comenzaban a aprender los rudimentos de la lucha con espada. Tanto Gavin como Owen, Ken y Alec eran instructores, ya que eran sus mejores hombres.

Echó un vistazo alrededor y no vio a Allard por ninguna parte. ¿Se atrevería la inglesa a desafiarlo?

—¡Maldita sea! —Se despojó de la camisa, que le entregó a Michael, y rotó los hombros. Sentía rígidos los músculos de la espalda desde la reunión con los ancianos—. Cormac, Fergus y Alasdair, hoy entrenaréis conmigo. Gavin, tú serás el primero en enfrentarte a mí.

Gavin farfulló una imprecación, aunque sabía que no podía negarse. Se quitó la camisa y tomó la espada que Alec le ofreció.

—¿Qué le has hecho a Brodie? —le preguntó este.

—¿Yo? ¿Crees que azuzaría a una fiera sabiendo que puede revolverse contra mí? No soy tan estúpido. Ha sido el Consejo —añadió tras unos instantes de silencio, mientras se ajustaba los brazaletes de cuero a las muñecas—. Quieren que se case.

Alec silbó por lo bajo.

—Espero que salgas de ahí de una sola pieza —comentó burlón, palmeando su hombro desnudo cuando pasó a su lado.

—Me aseguraré de hacerlo, aunque solo sea para borrar de tu feo rostro esa sonrisa —gruñó Gavin, adentrándose en el campo donde lo aguardaba Brodie.

—Has tardado demasiado —se quejó este cuando lo tuvo enfrente.

Él lo miró. Sus ojos grises poseían el mismo brillo acerado que la hoja de la espada que empuñaba y la misma determinación para matar. Le habían dado el sobrenombre del Lobo de las Highlands no solo por aquella perturbadora mirada que poseía cuando estaba enfadado, sino porque luchaba impulsado por un instinto natural y una fiereza capaz de aterrorizar a sus adversarios.

Tomó una honda respiración y abrió las piernas para afianzar los pies sobre el terreno y mantener el equilibrio.

—No sabía que tenías tanta prisa en darme una paliza.

Brodie no respondió a su comentario, y él apenas tuvo tiempo de alzar su espada para detener el envite de la claymore. Masculló un juramento cuando sus músculos protestaron por la dureza del golpe.

El choque de aceros restalló en el aire, arrancando chispas a las hojas bruñidas. Cuanto más se elevaban las voces metálicas, más se acallaban los murmullos de los guerreros, que comenzaron a rodearlos para no perderse el combate. Los más jóvenes seguían fascinados cada movimiento de su *laird*, mientras que los veteranos asentían y murmuraban su aprobación.

Gotas de sudor recorrieron la espalda de Gavin a causa del esfuerzo. Apenas había podido lanzar uno que otro ataque, pues la mayor parte del tiempo se había dedicado a evitar que la hoja lo tocase. Aunque las espadas no tenían filo, un golpe dado con fuerza podía provocar contusiones importantes y la rotura de algún hueso.

—¡Levanta la guardia! —le gritó Brodie, justo en el momento en que su espada encontró un hueco en la defensa de Gavin, golpeándolo en el brazo.

Este apretó los dientes con fuerza ante el dolor lacerante que recorrió su extremidad hasta el hombro y dejó escapar un gruñido cuando vio la sonrisa socarrona que esbozó Brodie. «Al menos, ya ha mejorado su humor», pensó. Apretó la empuñadura de la espada y afianzó los pies en el suelo. Detuvo sin problemas varios golpes, menos agresivos que los anteriores, y buscó el modo de burlar su guardia.

Después de varios contraataques, descubrió su oportunidad. Un pequeño resquicio a la altura de su cintura. Cargó con todas sus fuerzas, aun sabiendo que Brodie sería más rápido y detendría el golpe.

Lo que sucedió a continuación lo sorprendió. Algo distrajo al *laird*, que detuvo su espada. Gavin no pudo frenar el impulso de su ataque, dirigido con toda su fuerza. Aquel golpe iba a doler y podía causarle un gran daño si lo asestaba en la parte blanda de la cintura. Maldijo en su interior y trató de cambiar la dirección doblando la muñeca hacia abajo. La hoja de su claymore golpeó el muslo de Brodie. Un murmullo general rompió el silencio que había llenado el campo de entrenamiento hasta ese momento.

—¿Estás bien? —le preguntó, apoyando la mano en su hombro. Sintió la rigidez de sus músculos y vio cómo apretaba la mandíbula—. ¡Maldita sea! ¿En qué demonios estabas pensando para detenerte así en mitad de un combate?

—Ocúpate tú del entrenamiento —le respondió, con la voz enronquecida, sin apartar sus ojos de algún lugar fuera del campo.

Gavin lo siguió con la mirada mientras se alejaba y descubrió al otro lado de la valla que delimitaba el recinto a la viuda de Munro. La mujer llevaba a un niño de la mano, que se mecía nervioso sobre sus pies.

—¿Qué diablos ha sucedido? —Quiso saber Alec, situándose junto a él.

—Te juro que no tengo ni idea.

Vio cómo Michael se acercaba a Brodie y le entregaba un paño para enjugarse el sudor, como solía hacer cada vez que el *laird* se ejercitaba; luego se llevaba la espada de entrenamiento y cuidaba de mantenerla en buen estado, una tarea que se sentía orgulloso de realizar. En esta ocasión, sin embargo, Brodie ignoró al muchacho y avanzó hacia la viuda. Aún en la distancia, percibió la decepción en el rostro de Michael, y Gavin se preguntó, al igual que el día anterior, el porqué del interés por aquella mujer.

Brodie sentía el dolor palpitante en el muslo cada vez que avanzaba un paso y maldijo por haberse descuidado de esa manera. La culpa era solo suya. Cuando vislumbró la figura de Fiona al otro lado del campo, su mirada se perdió por detrás de ella y en los alrededores mientras se preguntaba si la muchacha no estaría escondida cerca, tal y como había hecho en el bosque. Le sorprendió el deseo que sintió de volver a verla, quizá para asegurarse de que no se trataba de un hada ni de un sueño, sino de una mujer de carne y hueso. El contundente golpe de Gavin lo había arrancado con dolor de sus ensoñaciones. De haber sido un combate real, podría haber perdido la pierna.

—Buenos días, *laird* —lo saludó Fiona con tono respetuoso. Luego le

dio un empujoncito a Allard para que hiciese otro tanto.

—Buenos días.

Brodie correspondió con una cabezada al saludo y contuvo una sonrisa al ver cómo los ojos del pequeño se abrían inmensos en el redondeado rostro infantil mientras recorrían con admiración los músculos de su torso desnudo. Pero detectó también en su mirada el mismo miedo que había vislumbrado en el bosque, cuando le había preguntado si él era uno de los hombres malos. La madre y el chico guardaban algún secreto, y él estaba dispuesto a descubrirlo.

—Veo que no has faltado a tu palabra —lo alabó.

—No lo he hecho y, además, también he traído esto. —Extrajo de una pequeña bolsa que llevaba colgada del cinturón el emplumado de la flecha que él le había entregado—. Vas a cumplir tu promesa, ¿verdad?

Brodie no se molestó por aquella muestra de desconfianza, pero no pudo evitar preguntarse cuál era el motivo de la ansiedad que había detectado en su voz. A Allard no lo movía la ilusión infantil, casi a modo de juego, de empuñar una espada como si fuera un gran guerrero; para él, aprender a luchar parecía tener un significado mucho más profundo.

—Cuando estés preparado podemos empezar —le aseguró.

Allard miró a Fiona y esperó a recibir su aprobación. Al verla asentir, sonrió y se adelantó un paso.

—Ya estoy listo. —Apenas pronunció las palabras, sus cejas se fruncieron en un ceño de desánimo—. Pero no tengo una espada de mi tamaño.

En la cabaña de Fiona había una sobre la chimenea, casi tan grande como la que el *laird* sostenía en su mano. Él se había subido en una ocasión a una silla para cogerla, pero era tan pesada que fue incapaz de levantar siquiera la empuñadura.

—Te buscaré una adecuada —lo tranquilizó Brodie. Luego miró a Fiona, que parecía nerviosa—. ¿Y su madre?

—Emily tenía que hacer algunas tareas —respondió con tono de disculpa y casi sin atreverse a mirar al *laird*. Cuanto más tiempo pasaran envueltas en aquella mentira, más difícil sería que el MacPherson las perdonase. Tendría que volver a hablar con Emily e insistirle en contarle la verdad y pedirle su protección antes de que él decidiera echarlas de sus tierras.

Brodie asintió.

—Puedes venir a por el muchacho al final de la mañana.

Fiona abrió la boca para protestar, ya que el niño era demasiado pequeño para ejercitarse durante tanto tiempo, pero la mirada acerada del hombre la hizo desistir. Cabeceó un asentimiento y miró al niño.

—Haz todo lo que te diga el *laird* —le recomendó.

—Sí, tía.

Cuando vio cómo se alejaba, el miedo trepó por su cuerpo y quiso salir corriendo detrás de ella. Nunca se había separado de su madre ni de su tía; además, el entrechocar de las espadas y los gritos de los hombres le trajeron a la mente las pesadillas que solían asaltarlo algunas noches. Sin poder evitarlo, su cuerpo se estremeció y las lágrimas acudieron a sus ojos. Apretó entre sus pequeños puños la tosca tela del tartán y bajó la cabeza para que él no lo viera llorar.

—Allard, mírame —le ordenó Brodie, dándole unos golpecitos con el dedo bajo la barbilla. No se había equivocado en sus suposiciones, un temor profundo sacudía al niño y asomaba a su mirada—. ¿Qué sucede?

No creía que su actitud se debiera al hecho de que su tía no se hubiera quedado con él. Su instinto le decía que había mucho más. Lo vio negar con la cabeza y morderse el labio para contener el llanto.

—Nada —respondió con un suspiro tembloroso.

Brodie hincó una rodilla en el suelo para ponerse a su altura y se tragó un juramento cuando su muslo herido protestó. Hizo caso omiso del dolor y apoyó la mano sobre el hombro del niño.

—¿Sabes?, es bueno tener miedo —señaló. Vio cómo sus ojos se abrían, sorprendido.

—¿Tú has tenido miedo alguna vez?

La incredulidad teñía sus palabras, y Brodie estuvo tentado de sonreír.

—Por supuesto. Solo un necio no lo tendría —aseguró—. El miedo nos mantiene alerta y nos prepara para enfrentarnos a los peligros y poder vencerlos.

—Pero yo no quiero tener miedo y tampoco quiero que mamá lo tenga —sollozó.

—¿Y de qué tienes miedo?

—Porque no soy fuerte, y no puedo ganarles si no soy fuerte. Y entonces el hombre malo le hará daño a mamá otra vez y ella llorará. Yo no quiero que llore —dijo, mientras gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Brodie limpió las huellas de aquel llanto con el pulgar. Sentía el estómago encogido, como si le hubieran clavado un puño. ¿Quién se había atrevido a hacerle daño a la inglesa?

—¿Qué te parece si comenzamos a entrenar para que te vuelvas más fuerte?

Allard lo observó. Él lo miraba como si estuviera convencido de que podía hacerlo, y tía Fiona le había dicho que confiara en el *laird*, así que asintió.

—¿Se tarda mucho en aprender?

Él se quedó pensativo unos instantes.

—Bueno, depende de lo listo que seas.

—Mamá siempre dice que yo soy muy listo —respondió, emocionado—. ¿Sabes que ya he aprendido a leer y a escribir? Puedo escribir mi nombre.

Brodie sonrió ante el orgullo del chico y se alegró de que el miedo hubiera desaparecido de su mirada. Todavía no conocía toda la historia que había tras la presencia de Allard y su madre en tierras de los MacPherson, pero tenía claras dos cosas: la primera, que estaban huyendo de algo o, más bien, de alguien; la segunda, pensó con rabia, era que Fiona le había mentido.

—Entonces, estoy seguro de que aprenderás rápido. ¿Quieres intentarlo?

Allard asintió solemne. Observó a Brodie mientras se ponía de nuevo en pie, como un enorme gigante. Sus brazos eran grandes, como las ramas de un árbol, y parecían capaces de arrojar una piedra a mucha distancia. Sin duda, el *laird* de los MacPherson era un hombre muy fuerte. Había visto cómo luchaba contra el otro guerrero, y cuando este lo había golpeado con la espada, no se había quejado ni había llorado. Mientras pensaba en ello, se le ocurrió una cosa. Tiró del tartán de Brodie para llamar su atención.

—Aunque sea listo, puede que tarde en aprender. Mientras me enseñas, ¿tú podrías proteger a mamá y a la tía Fiona? —le preguntó, con la esperanza bailando en sus ojos azules.

—Como *laird*, mi deber es proteger a cada uno de los miembros del clan —le explicó—, así que no debes preocuparte por ello. Lo haré también con tu madre y tu tía, y contigo. Además, mientras estéis en tierras de los MacPherson, nadie se atrevería a haceros daño.

—¿Nadie?

—Así es.

—¿Ni siquiera los ingleses? —Quiso asegurarse.

—Ellos mucho menos que nadie, muchacho. ¿No sabes que los ingleses temen a los escoceses? —le dijo, al tiempo que le guiñaba un ojo.

Allard negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque somos más grandes y más fuertes —respondió. Frunció el ceño al ver que su respuesta pareció decepcionarlo—. ¿Qué sucede?

—Yo no soy escocés.

—Por supuesto que lo eres —lo contradijo Brodie—. ¿Sabes lo que es esto? —preguntó, señalando la tela que cubría su pecho—. Es el tartán de los MacPherson, muchacho. Eso quiere decir que tú también eres uno de ellos.

Los ojos infantiles se iluminaron y Brodie sonrió. Comenzó a caminar hacia el campo de entrenamiento de los niños mientras pensaba que

hacía mucho tiempo que no se sentía tan en paz.

Capítulo 6

Sentía un dolor profundo en el pecho, una quemazón, como si le estuvieran aplicando un hierro al rojo vivo. Apretó el puño justo sobre ese lugar mientras sus ojos seguían la figura del *laird* y la del chico que lo acompañaba.

Michael no pudo evitar que sus labios se apretaran en un gesto de ira contenida. Brodie nunca había prestado atención a los niños que entrenaban en el campo, solo a él. Había sido el mejor en los entrenamientos. Si no hubiera sido por aquel maldito accidente, se habría convertido en un buen guerrero y quizá habría llegado a ser el lugarteniente del *laird*. A pesar de todo, Brodie había seguido cuidando de él y manteniéndolo a su lado. Sin embargo, aquel chico estaba robándole su lugar. Apretó los puños con fuerza.

—¿Quién es el muchacho? —Escuchó que le preguntaba Ken a Gavin.

Se volvió a mirar a este, que se encontraba apoyado sobre el cercado de madera y tenía el ceño fruncido. Él también quería conocer la respuesta. Lo vio encogerse de hombros y la decepción lo invadió.

—¡Michael! —Un brillo iluminó sus ojos al escuchar la llamada de Brodie. Se acercó cojeando hasta él.

—Sí, señor.

—Este es Allard —le presentó al chico—. A partir de ahora quiero que cuides de él.

—Pe... pero, señor, yo tengo que ocuparme de vuestras cosas, si no, ¿quién...?

Brodie alzó la mano, interrumpiendo sus palabras. No era habitual que Michael se opusiera a alguna de sus órdenes. Frunció el ceño, incapaz de comprender a qué se debía aquel cambio.

—No te preocupes por eso. Anda, consigue una espada para él —le pidió. Aunque lo vio asentir, también se percató de que sus hombros parecían haberse hundido un poco más y que se movía con más lentitud y cierta renuencia. Apoyó una mano sobre su hombro y apretó ligeramente—. Confío en ti.

—Está bien, señor. Cuidaré de él —musitó en voz baja—. Iré a buscar una espada.

—Ven, Allard. —Empujó con suavidad al chico y se dirigieron hacia el campo de entrenamiento. Owen se acercó a ellos—. Muchacho, este es Owen, él te adiestrará y te convertirá en un buen guerrero.

El niño se agarró a su tartán, encerrando la tela en un puño.

—¿No vas a enseñarme tú? Dijiste... —Apretó los labios en un puchero y el azul de sus ojos adquirió un brillo repentino.

Brodie cruzó los brazos sobre el pecho en un intento por defenderse de aquella mirada que hacía flaquear su decisión.

—Allard, soy el *laird*, tengo cosas importantes de las que ocuparme —le explicó con paciencia—. Owen es uno de mis mejores hombres y... ¡Demonios!, está bien, pero solo por hoy. —Capituló al ver el gesto suplicante en el rostro infantil, que mudó en uno de emoción en cuanto él aceptó—. Ve con Michael para que te dé una espada.

—Parece un inofensivo cachorrillo —comentó Owen cuando el niño se marchó corriendo.

—No te fíes de las apariencias, es astuto como un lobo —respondió él, sacudiendo la cabeza.

Owen observó a Brodie perplejo. No tanto porque en sus labios hubiese un amago de sonrisa, sino porque el *laird* no era hombre al que se le pudiese obligar a hacer algo que no quisiera. No sabía quién era aquel crío, pero estaba convencido de que ya había abierto una brecha en el muro tras el que Brodie protegía su corazón, y no tenía ni idea de si eso era bueno o malo.

Se quedó tanto tiempo contemplándolo en silencio que él lo miró y elevó una ceja inquisitiva.

—Me preguntaba si vas a poder entrenarlo con la pierna así —le dijo para salir del paso.

—Estoy bien.

—Deberías ponerte linimento —le aconsejó.

—Y tú deberías aprender a ocuparte de tus asuntos —repuso Brodie con tono áspero—. Vuelve con los muchachos.

Owen se encogió de hombros y entró de nuevo en el campo de entrenamiento. Él lo siguió con la mirada. Puede que no supiera mantener la boca cerrada para su propio bien, pero el chico estaba haciendo un buen trabajo como entrenador y los niños lo admiraban.

Se tocó el muslo y un dolor lacerante se extendió por la pierna. Apretó los dientes y masculló un juramento. Quizá tendría que ser menos obstinado y haberle hecho caso. Sentía la piel caliente y palpitante, y probablemente habría adquirido un tono púrpura. Dejó escapar un suspiro de resignación cuando Allard se acercó a él con Michael a la zaga.

—¡Mira, ya tengo espada! —le dijo, mostrándosela orgulloso. Era de madera y la hoja tenía un tamaño más pequeño de lo normal.

—Bien, muchacho, veamos qué tal sabes usarla.

Entró con él al recinto y comenzó a aleccionarlo.

Emily volvió a pasar el paño húmedo sobre la mesa de la cocina. Luego se detuvo y suspiró. ¿Era la cuarta? No, quizá era la quinta vez

que hacía lo mismo. Miró a Fiona, que estaba cortando unos vegetales, y la vio sacudir la cabeza.

—No seas terca, niña. Si quieres saber cómo está Allard, solo tienes que ir allá.

Ella apretó el paño entre sus manos, en un gesto nervioso, y luego volvió a pasarlo sobre la superficie de madera.

—No debería haber permitido que fuese —señaló, al tiempo que frotaba con fuerza—. ¿Y si le sucede algo?

—Estoy segura de que Brodie cuidará de él —la tranquilizó—. Además, no podíamos oponernos a la voluntad del *laird*. Bastante mal hemos hecho no diciéndole la verdad.

Todavía se sentía culpable y algo ansiosa frente a la perspectiva de que él las descubriera.

—No me fio de él. Sí, ya sé que me has dicho que es un hombre honorable —añadió al ver la mirada airada que le dirigió Fiona tras sus palabras—, pero...

—Pero ¿qué?

—Es demasiado arrogante —refunfuñó.

En realidad, no es que no se fiara de él, sino que había algo en aquel endemoniado gigante que la irritaba y la ponía nerviosa. Su gran tamaño y su fuerza le imponían, aunque lo que más la asustaba era su mirada clara y directa, tan penetrante que parecía clavarse en el fondo de su alma.

Fiona resopló.

—Muchacha, es escocés —señaló, como si eso lo explicase todo.

—Pues no me gusta.

Seguramente, en esos momentos, su antigua aya debía de pensar que su comportamiento era infantil y caprichoso, y tal vez tenía razón, aunque ni ella misma comprendía el motivo por el cual actuaba así ni por qué Brodie MacPherson le parecía un hombre tan peligroso.

—Emily, no te pido que te guste, solo que no lo contradigas —comentó la mujer.

Ella se sintió mal cuando percibió el tono cansado de su voz. Quizá era hora de dejar atrás los miedos; de creer, como insistía en asegurarle Fiona, que allí se encontraban a salvo, que el barón Bertram no los encontraría ni podría hacerles daño.

—Ya casi es la hora de la comida. Iré a buscar a Allard.

Fiona abrió los ojos sorprendida. Desde que llegaron a su casa, la joven no se había atrevido a ir más allá del bosque, siempre con el temor de que alguien pudiera hacerle llegar al barón inglés la información de dónde se encontraba. Que en esta ocasión se prestase para ir a la aldea la llenó de alivio. Tal vez iba recuperándose poco a poco de sus heridas internas, y aunque las cicatrices tardarían en desaparecer, lo harían con el tiempo. Solo así, Allard y Emily podrían

ser felices. El Buen Dios sabía cuánto se lo merecían.

—¿Estás segura? Quiero decir...

—Deseo hacerlo. Tú ya has hecho mucho por nosotros, no puedo seguir siendo una carga solo porque...

Fiona dejó de cortar la verdura, se acercó a ella y la envolvió en un abrazo maternal. Luego la miró y esbozó una sonrisa.

—No sois ninguna carga, al contrario, Allard y tú alegráis mi vejez —le aseguró convencida—. Sin vosotros me habría sentido demasiado sola en esta cabaña. Anda, ve. El chico se alegrará de verte.

Emily estrujó el paño entre las manos.

—Está bien. —Aceptó al cabo de unos segundos, al tiempo que se deshacía del trapo y del delantal que llevaba atado a la cintura y los dejaba sobre una silla—. Iré a recoger a Allard.

Sus palabras habían estado llenas de convencimiento cuando las pronunció ante Fiona, pero apenas llegó a la puerta su determinación flaqueó. La miró con una muda súplica en los ojos, y la mujer cedió con un suspiro.

—Te acompañaré —le dijo, dejando las verduras y quitándose el delantal—, pero no iré a tu lado, sino detrás de ti. Tienes que acostumbrarte a salir sola.

Conforme subía por el camino hacia la aldea, no pudo evitar que su mirada se deslizara constantemente por los alrededores, con el corazón golpeando con fuerza dentro de su pecho a cada paso que daba y el miedo arañándole las entrañas, a pesar de saber que Fiona se hallaba cerca. Se detuvo para inhalar una bocanada de aire e intentó tranquilizarse.

Era imposible que el barón supiera dónde se hallaban cuando ni siquiera su abuelo lo sabía. Las pocas cartas que le había enviado se las había hecho llegar por medio del anciano campesino de la aldea de Cornhill, el que los ayudó a escapar de la posada dos años atrás. Además, era probable que ya hubieran dejado de buscarlos. Tenía que creer en ello y comenzar a vivir con normalidad. Allard no se merecía una vida en las sombras solo porque ella arrastraba consigo fantasmas del pasado.

Continuó caminando y pronto alcanzó el final de la cuesta, donde aparecían las primeras cabañas de la aldea. En la más cercana había algunas mujeres reunidas en torno a una tina enorme en la que lavaban la ropa mientras charlaban y reían. Detuvieron la conversación y la miraron con curiosidad cuando pasó junto a ellas por el camino, pero no la saludaron. Se preguntó si algún día podría tener amigas con quienes reír y hablar del mismo modo despreocupado en que lo hacían ellas. Un suspiro quedo escapó de sus labios y retiró de su rostro un mechón que se había liberado de su trenza.

Cuando llegó a la aldea, le sorprendió el movimiento que había en sus calles y en la plaza. Los hombres se hallaban trabajando en sus comercios: zapateros, toneleros, curtidores de pieles, fabricantes de flechas, herreros... Y había también un pequeño mercado. Una mezcla de olores llenaba el aire, algunos más agradables que otros, pero todos ellos la transportaron a su infancia, a aquellos días en los que bajaba con su abuelo a la ciudad. El recuerdo le provocó un dolor agudo en el pecho y tuvo que detenerse a respirar, porque tal vez no volviera a ver a Walter.

Tenía que salir de allí. Alzó la mirada. Frente a ella, sobre la cumbre de la colina, la inmensa fortaleza de piedra gris se recortaba contra el cielo azul, tal y como le había dicho Fiona. Con paso apresurado, se alejó del lugar, sin saber si huía de cuanto la rodeaba o de sí misma. Conforme se acercaba al hogar del *laird*, pudo escuchar con claridad el sonido metálico de las espadas al entrechocar. Un estremecimiento la recorrió y tuvo que hacer un esfuerzo por continuar adelante. Miró hacia atrás, y al divisar la figura de Fiona se tranquilizó.

Delante de los cercados que delimitaban los campos de entrenamiento había algunos hombres y niños que observaban a los guerreros. Enseguida distinguió la cabellera rubia de Allard entre los pequeños luchadores y un torrente de alivio empapó su mente y calmó sus nervios. Se veía concentrado, intentando seguir los movimientos de sus compañeros. A su pesar, sonrió. Luego, casi sin querer, su mirada recorrió los otros dos campos, mientras se decía a sí misma que era tan solo por mantenerse alejada del *laird*.

Lo descubrió poco después, de pie junto a una de las cercas mientras hablaba con dos guerreros. Notó cómo sus mejillas se cubrían con un suave rubor cuando vio su pecho desnudo. El aliento se le quedó atrapado en la garganta al darse cuenta de que no era la única extensión de piel que mostraba.

—Por todos los... —No acabó la frase, como tampoco pudo apartar los ojos de aquel poderoso muslo.

El hombre había levantado un lado del tartán, entremetiéndolo en el cinturón de cuero que sujetaba la tela a la altura de la cintura, dejando casi toda la pierna a la vista. Parecía una columna firme. Los músculos se marcaban como si fueran nudos en el tronco de un árbol. De la rodilla hacia arriba, la piel lucía más blanca que el resto, excepto por una sombra oscura que atravesaba la parte superior del muslo.

—Deberías haberte puesto antes el linimento —señaló Gavin, meneando la cabeza ante la tozudez de su *laird*.

—Él tiene razón —lo secundó Ken. Luego añadió con tono burlón—: Te dio un buen golpe.

—Yo sí que voy a darte una buena patada en el trasero —gruñó Brodie. Si no se hubiese puesto a entrenar con Allard, forzando el músculo dañado, no habría tenido necesidad de ponerse el ungüento —. Además, sabéis que no me gusta cómo huele, a boñiga de caballo.

—Pues a mí me gusta —dijo Ken—, porque... Vaya, creo que me acabo de enamorar.

Brodie lo miró y alzó las cejas con incredulidad. Gavin, en cambio, se echó a reír.

—¿De la boñiga de caballo? —bromeó.

—No, de la muchacha más bonita que he visto nunca —respondió, sin apartar la mirada de donde la tenía clavada.

De haberse encontrado en cualquier otro lugar, probablemente ambos habrían ignorado las palabras de Ken, ya que solía enamorarse de cualquier cosa que llevara faldas, pero al campo de entrenamiento estaba prohibido que acudieran las mujeres, sobre todo las muchachas solteras, ya que suponían una distracción para los guerreros. Brodie se volvió para ver quién había incumplido sus órdenes. Sus ojos se cruzaron con los de Emily y sintió de nuevo esa especie de comezón en el pecho, igual que cuando la vio en el bosque por primera vez.

—Cierra la boca, Ken, o te van a entrar las moscas, y dejad de holgazanear los dos —les dijo antes de que sus pies, casi por voluntad propia, comenzaran a moverse hacia ella. Frunció el ceño cuando notó el latigazo de dolor que recorrió su pierna.

—Más vale que te vayas olvidando de la muchacha, Ken. —Escuchó que decía Gavin.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Nunca la había visto antes, si no está casada...

—Me parece que se trata de la ninfa de Brodie.

Este no alcanzó a escuchar la respuesta de Ken y tampoco le importó demasiado lo que pudiera decir. Las palabras de Gavin martillearon su mente. «Mi ninfa», repitió al tiempo que observaba a la muchacha. Sus mejillas estaban sonrosadas por la caminata y la brisa agitaba algunos mechones rubios de su cabello que habían escapado de la trenza. El sol del mediodía los hacía parecer hebras de oro.

—No deberías estar aquí, mujer —señaló, deteniéndose frente a ella.

Percibió el sobresalto ante su tono y su ceño se frunció aún más, molesto por el hecho de que ella evitaba mirarlo.

—He venido a llevarme a mi hijo —contestó, intentando que su voz no sonara demasiado temblorosa y sin saber muy bien dónde poner los ojos.

Había demasiada fuerza contenida en aquel cuerpo de músculos pronunciados y piel bronceada. El *laird* era mucho más grande que ese malnacido de Giles. Este la había golpeado en el rostro en una ocasión —antes de que el barón Bertram le indicara que no debía dejar huellas

visibles cuando la «educara»— y casi le había roto el pómulo. Si el MacPherson la golpeara, podría matarla.

—Mujer, mírame a los ojos cuando te hablo —le ordenó Brodie, procurando echar mano de toda su paciencia ante la muchacha, que se comportaba como un animalillo asustado. No sabía por qué, pero le molestaba que ella lo temiese—. ¿Y por qué te alejas cada vez que doy un paso?

—Tal vez sea porque vos oléis a boñiga de caballo y vais medio desnudo.

Capítulo 7

Emily inclinó la cabeza, lamentando de inmediato la imprudencia de sus palabras, y apretó con fuerza los puños a los costados a la espera de que llegara el golpe por no haber contenido su lengua. Su corazón latía con tanta rapidez que le causaba dolor en el pecho, y, con cada segundo que pasaba, la ansiedad se acrecentaba en su interior.

—Eso es por el ungüento —replicó Brodie con tono brusco, enfadado por la necesidad que sintió de justificarse frente a ella.

Cruzó los brazos sobre el pecho y la observó. Nunca había conocido a una mujer tan temerosa y no dejaba de preguntarse quién le había hecho tanto daño. Ella alzó la cabeza y pudo ver su mirada sorprendida. ¡Maldición, era preciosa! Sus ojos tenían el color de las campanillas salvajes que salpicaban los prados, coronados por unas pestañas largas; su piel poseía la tonalidad del melocotón y sus labios la de las cerezas. Siguió el movimiento de estos cuando ella los humedeció con la punta de su lengua y sintió un inoportuno tirón en la ingle.

—¿Estáis herido? —le preguntó Emily.

Bajó la cabeza en un intento por evitar la intensidad de aquella mirada gris que la ponía nerviosa, aunque contemplar su poderoso muslo desnudo no tuvo la virtud de tranquilizarla precisamente. Sin embargo, no apartó sus ojos de aquella mancha violeta que se extendía sobre la gruesa piel masculina, al menos hasta que él se la ocultó bajando el tartán y acompañando el gesto con un bufido.

—Esto no es nada. —En su voz no había un matiz de orgullo herido, tan solo la constatación de una verdad—. Puedes llamarme *laird* Brodie, mujer, o simplemente Brodie. ¿Cuál es tu nombre?

—Emily.

No comprendía a aquel hombre. Fiona le había dicho muchas veces que los escoceses no se parecían a los ingleses, y tenía razón, por lo menos en lo que se refería a su *laird*. A pesar de que lo había insultado, no había alzado su mano contra ella para golpearla —aunque podía deberse al hecho de que había demasiada gente alrededor—, y también había desechado su preocupación por él.

—¡Mamá!

El grito de Allard la asustó, pero al ver que se acercaba corriendo a ella con una sonrisa, dejó escapar un suspiro de alivio y su corazón aleteó en su pecho al escuchar su risa infantil. Contuvo las ganas de abrazarlo y estrecharlo contra su pecho.

—Allard, ya sabes que no debes gritar —lo reprendió con voz suave.

El pequeño se detuvo frente a ella, moviéndose presa de la excitación.

—Sí, mamá —aceptó con rapidez, más interesado en contarle lo que quería—. Mira, tengo mi propia espada, aunque no corta ni hace daño —se apresuró a decir, por si acaso pensaba que era peligroso tenerla y se la quitaba—; además, Brodie me ha enseñado cómo debo sujetarla y...

—Es *laird* Brodie —lo corrigió ella.

—Pero a él no le importa que lo llame así, ¿verdad? —le preguntó, volviéndose a mirarlo con ojos expectantes.

—Tienes mi permiso, chico —concedió él. Aún resonaba en sus oídos la manera en que ella había pronunciado su nombre, con un tono dulce y melodioso que en nada se parecía al rudo sonido gaélico.

—¿Lo ves? —repuso Allard ufano—. Hoy he aprendido muchas cosas y, ¿sabes qué, mamá? Brodie dice que si entreno todos los días me volveré muy fuerte y me convertiré en un gran guerrero, y entonces yo te protegeré a ti.

Emily sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Extendió una mano temblorosa y acarició su cabeza. Percibía sobre ella la penetrante mirada del *laird*. Esperaba que tomase las palabras de Allard como el deseo natural de un niño y no creyese que encerraban un significado más profundo.

Una sombra la cubrió de repente y alzó la cabeza. Se trataba de un guerrero joven, quizá tenía su misma edad, pero era casi tan alto como el *laird*.

—Buenos días, señora, yo soy Owen —la saludó, esbozando una sonrisa que resultaba contagiosa.

—Nadie te ha pedido que te presentes, muchacho —intervino Brodie con tono hosco.

Emily ignoró la molesta y maleducada intromisión del *laird* y dirigió al joven una inclinación de cabeza.

—Es un placer conocerlo, Owen.

—Él es quien nos enseña a los niños —apuntó solícito Allard, deseando prolongar más el tiempo entre los guerreros. Se había divertido mucho y cuando volviera a casa estaría de nuevo solo.

—Así es —confirmó Owen, mostrando sus dientes blancos y los hoyuelos que se formaban en sus mejillas cuando sonreía.

—Me alegro de saberlo.

Brodie puso los ojos en blanco al ver el alivio reflejado en el rostro de Emily. Todo el mundo cometía el mismo error al juzgar al muchacho por su apariencia juvenil y despreocupada, considerándolo inofensivo. Ciertamente inducía a engaño su talante alegre y expresivo, pero no en vano Owen formaba parte de su guardia de

confianza, pues se transformaba en un fiero guerrero cuando empuñaba una espada en el campo de batalla.

—Yo me ocuparé de cuidar de Allard, señora, no tiene que preocuparse por él.

—Se lo agra...

—Buenos días, señora.

Emily se volvió hacia el gigante pelirrojo que acababa de interrumpirla. No pudo decir nada, porque casi en el mismo momento otro hombre, de cabello castaño y unos preciosos ojos verdes, se colocó al lado del primero y también la saludó. De forma instintiva, se movió para alejarse de ellos.

—Me llamó Ken —dijo el pelirrojo. Luego señaló a su compañero—. Él es Alec. ¿Podría decirnos su nombre, señora?

—Soy...

—No necesitáis saber su nombre —intervino de nuevo Brodie con tono seco.

Ella le dirigió una mirada airada. Aquel hombre podría ser el *laird* del clan, pero, desde luego, era demasiado arrogante, grosero y maleducado. Si bien la cercanía de aquellos guerreros la ponía nerviosa, no corresponder a su saludo y presentación sería una falta de educación.

—Me llamo Emily —respondió, ignorando el ceño fruncido de Brodie y atrayendo a Allard hacia su costado.

—Es un nombre muy bonito, digno de una muchacha hermosa como vos —comentó Ken, desplegando sus encantos.

—Gracias. —No pudo hacer nada por controlar el temblor de su voz. Sintió el estómago revuelto a causa de la ansiedad que la asaltó y volvió a moverse—. Yo...

—Buenos días, señora.

«¡Por el amor de Dios! ¿Es que piensan presentarse todos los hombres que hay aquí?», gimió Emily en su interior cuando se agregó un nuevo guerrero. El recién llegado era también un hombre alto, y se preguntó si todos los escoceses serían así, descendientes de antiguos gigantes.

—Él es Gavin, el lugarteniente del *laird* —lo presentaron al unísono sus compañeros—. La muchacha se llama Emily —le informó Ken.

Ella inclinó la cabeza a modo de saludo. Las palabras se le habían quedado atascadas en la garganta. Se trataba sin duda de un hombre apuesto, de cabello rubio como el trigo y ojos del azul del cielo, pero le recordó demasiado a Giles y su corazón comenzó a latir con fuerza, atronando en sus oídos. Sentía que el pánico comenzaba a clavar sus garras sobre ella y le faltaba el aire para respirar. Las cuatro figuras que se cernían sobre ella le resultaron de pronto amenazantes y se movió un poco más, hasta que chocó contra un sólido muro. Volvió la

cabeza y vio que se trataba del *laird*. Él clavó sobre ella su mirada gris y asintió despacio.

Brodie se sentía satisfecho. Cada vez que se había presentado uno de sus hombres, la muchacha se había movido hacia él, quizá de forma inconsciente, buscando su protección. Con la llegada de Gavin, había temido que ella quedara deslumbrada con su atractivo físico, de rasgos más refinados; sin embargo, su presencia consiguió el efecto contrario, puesto que la muchacha había palidecido y sus pupilas se habían dilatado a causa del miedo. En ese momento la sentía temblar contra su pecho, y admiró su entereza y valentía para permanecer firme y aparentar una serenidad que no sentía.

—Ya podéis marcharos —les ordenó a sus hombres.

La voz grave del *laird* reverberó en el interior de su cuerpo. Emily podía notar en su espalda el calor que desprendía su pecho. Debería haberse sentido amenazada, envuelta por aquella poderosa figura, a pesar de que él no la tocaba; sin embargo, no era así. Por algún extraño motivo, se creyó a salvo. Quizá porque sabía que tenía autoridad sobre los cuatro hombres que la rodeaban y que estos lo obedecerían sin dudarlo, como así fue en cuanto él impartió aquella orden, despidiéndose de ella cada uno a su manera.

Cuando estuvieron lejos y su corazón recuperó su ritmo normal, se apartó de Brodie.

—Tenemos que irnos —señaló de manera general, sin atreverse a mirar al hombre—. Allard, despídete del *laird*.

—Hasta mañana, Brodie.

—Te espero aquí temprano, no llegues tarde —le recordó. Miró a Emily, que parecía un pajarillo a punto de echar a volar lejos de su jaula. Fuera lo que fuera que le había sucedido en el pasado, la había marcado profundamente. No iba a ser fácil que confiara en él. Cuando vio que se alejaba, la llamó—: Muchacha, ninguno de mis guerreros te haría nunca nada, son hombres de honor y yo respondo por ellos.

Ella se detuvo unos instantes, pero no se volvió a mirarlo, tan solo cabeceó un asentimiento antes de proseguir su camino. Brodie permaneció un rato con los ojos fijos en el sendero por el que ella había desaparecido. Se acarició la barbilla, pensativo. Tenía intención de llegar al fondo del misterio que envolvía a la joven, y cuando averiguase quién la había maltratado, mataría al malnacido con sus propias manos, decidió.

«Aunque antes tengo que estrangular a mis hombres», pensó malhumorado mientras caminaba de nuevo hacia el campo de entrenamiento.

—¡Ken, Alec, Owen, Gavin! —los llamó cuando llegó junto al cercado—. Parece que estáis muy en forma, puesto que os dedicáis a perder el tiempo charlando en lugar de estar ejercitándoos. Vamos a

ver si es cierto. ¡Venid conmigo y traed vuestras espadas! —Se volvió hacia uno de los hombres que estaba entrenando—. Duncan, ocúpate tú de todo.

—Os dije que se iba a enfadar por meter las narices en sus asuntos —les recordó Alec.

—Pero mereció la pena. —Owen soltó un suspiro soñador—. Es una muchacha hermosa.

Gavin le dio un golpe en el estómago, que apenas hizo mella en él.

—Cállate si no quieres que Brodie te corte en pedacitos.

—Apuesto a que Owen no dura un asalto —señaló Ken cuando llegaron a una explanada de tierra situada en la parte suroeste de la fortaleza, un poco más allá de los campos de entrenamiento, y que solían utilizar ellos para ejercitarse a solas.

—¿Quién empieza? —Quiso saber Alec.

Brodie se detuvo en medio de la planicie, con las piernas separadas y la claymore en las manos.

—Voy a ser magnánimo con vosotros —les dijo. Sus ojos emitieron un brillo acerado—. Venid los cuatro a por mí.

Gavin, Alec y Ken se estremecieron. Owen, en cambio, se adelantó emocionado.

—Pobre muchacho, no sabe lo que le espera —comentó Ken—. Me parece que aún no es capaz de reconocer esa mirada en el *laird*, la mirada del Lobo de las Highlands.

—Si hay que morir, que sea bajo su espada —sentenció Alec con tono resignado, entrando en la explanada. Ken y Gavin menearon la cabeza y lo siguieron.

—Me parece que hoy todos vamos a necesitar linimento —dijo este último.

Unos segundos después, el fuerte sonido del entrechocar del acero retumbó como el trueno en el aire tibio del mediodía.

Owen fue el primero en volver al campo de entrenamiento una hora después.

—¿Crees que nos estamos haciendo viejos? —le preguntó Alec a Ken, frotándose el adolorido costado, mientras seguía con la mirada el paso animado del muchacho.

Ni siquiera entre los cuatro habían podido derrotar a Brodie y todos habían recibido golpes cuando dejaron las espadas y comenzaron a pelear con los puños.

—Lo que creo es que Owen después llorará en su casa, como una niña —respondió Ken con tono hosco cuando escuchó la tonadilla que silbaba el chico.

Alec asintió. Aunque no estuviera de acuerdo con aquella apreciación, no deseaba enzarzarse de nuevo en una discusión, sobre todo cuando su compañero estaba de mal humor. Echó un vistazo

atrás y vio que Gavin se había rezagado con Brodie, así que decidió que sería mejor dejarlos solos.

—¿Qué me dices de tomar una jarra de cerveza y un buen estofado de cordero?

—¡Maldita sea! Me duelen todos los músculos —gruñó Ken—. Mejor que sean dos jarras, o un barril.

Gavin esperó a que sus amigos se hubieran alejado lo suficiente para hablar con Brodie. Decidió ser directo.

—¿Emily es la ninfa que conociste en el bosque?

El *laird* lo miró y una sonrisa burlona se insinuó en sus labios al ver el tono púrpura que comenzaba a adquirir la piel que rodeaba su ojo izquierdo.

—¿No quieres ponerte un poco de linimento? —inquirió mordaz.

—¡Maldición!, ese muchacho pega fuerte. —Rozó con las yemas de los dedos la zona hinchada.

Brodie se encogió de hombros.

—Te interpusiste en el camino de su puño.

—Si no te hubieras movido con rapidez, ahora serías tú el que luciría así —resopló con fastidio.

—Míralo por el lado positivo, ya puedes pedirle a una muchacha bonita que atienda tus heridas.

Gavin decidió aprovecharse de la pulla para conseguir la información que deseaba saber, puesto que él había evadido antes la pregunta.

—*Och!* No es mala idea. Quizá vaya a ver a Emily y le pida...

—Déjala en paz.

La orden brusca y cortante le dio a Gavin la respuesta que buscaba. Asintió para tranquilidad de Brodie.

—¿Te interesa la muchacha?

Aguantó la mirada borrascosa del *laird* y dejó escapar un suspiro inaudible cuando finalmente la apartó para mirar al frente.

—Me preocupa el chico.

Gavin aceptó aquella respuesta, a pesar de saber que no contenía toda la verdad. Era la primera vez que veía a Brodie interesado en una mujer y haría todo lo que estuviera en su mano por arrancarlo de las garras de ese pasado que lo estaba asfixiando.

—Están viviendo en la casa de la viuda de Munro —comentó, recordando que había visto llegar al chico con Fiona—, por eso me pediste esa información.

—¿Y bien? —le reclamó.

—Por lo visto, la viuda tiene una hermana que siendo joven se marchó a Inglaterra. —Escupió en el suelo tras pronunciar la palabra, como si deseara limpiarse la boca del sabor amargo que le producía aquel nombre—. Parece que se casó con un maldito inglés de la

frontera.

Brodie asintió.

—¿Tienen hijos?

Gavin se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo que mi padre perdió contacto con ellas. Dermont, el padre de Muriel, suele viajar con frecuencia a la frontera. Si quieres, puedo pedirle que consiga la información.

—Hazlo, y mantenme informado —le pidió.

Estaba convencido de que Emily no tenía ningún parentesco con Fiona. La muchacha se comportaba con refinamiento y poseía educación. Pero entonces ¿quién demonios era y por qué se ocultaba en las Highlands?

Capítulo 8

Fiona se quedó observando a Allard mientras se alejaba con Michael hacia el campo de entrenamiento. Hacía poco más de dos semanas que había comenzado a ejercitarse con la espada y su entusiasmo no había decaído ni un ápice.

Cada mañana se levantaba temprano y, casi antes de que ella hubiera terminado sus quehaceres, la aguardaba en la puerta. Subía el camino hacia la aldea hablando sin parar, con una energía envidiable, pues aunque ella no era tan mayor, cada vez le costaba más recorrer aquel sendero. «Tal vez no se trate del peso de los años, sino del peso de mi mala conciencia», pensó al tiempo que dejaba escapar un suspiro.

Al menos Allard era feliz, se dijo a modo de consuelo. A pesar de que Michael se comportaba un tanto hosco con él, el niño lo apreciaba; además, poco a poco había ido haciendo amigos, y el trato con el *laird* MacPherson —que dedicaba algo de tiempo cada día a entrenarlo— y con el joven Owen estaba dando sus frutos también, pues podía percibir en él una seguridad y confianza que antes no poseía, aunque algunas noches todavía lo despertaban las pesadillas.

Sí, Allard estaba cambiando. Al fin y al cabo era un niño y poseía esa capacidad de adaptarse a las cosas. No podía decir lo mismo de la madre. Cierto que sus heridas eran más profundas, pero había hecho de la cabaña su fortaleza y su refugio y, a su parecer, aquello le hacía más mal que bien. No obstante, tenía que reconocer el esfuerzo que hacía al ir a recoger a su hijo todos los días al campo de entrenamiento, aunque regresara a casa más tensa que la cuerda de un arco y tan nerviosa que en varias ocasiones tuvo que quitarle de la mano el cuchillo con el que cortaba las verduras para la cena por temor a que se lastimara.

El grito de uno de los soldados le hizo dar un respingo, sobresaltada, y la arrancó de sus cavilaciones. Siguió allí de pie durante unos minutos más, hasta que comprendió que solo estaba postergando lo inevitable. Inhaló una bocanada de aire y lo soltó despacio. Luego se recogió las faldas y enfiló el camino que conducía a la fortaleza.

Cuando se detuvo frente al enorme portón de madera, el corazón le latía con fuerza y sentía las piernas temblorosas. Le había insistido muchas veces a Emily en que el MacPherson era un hombre justo y honorable. En ese momento se lo repitió a sí misma, porque desde que le había comunicado que deseaba hablar con ella esa misma mañana,

no había dejado de pensar en lo intimidante que resultaba, sobre todo cuando la miraba con aquellos ojos grises que parecían penetrar su alma hasta los tuétanos.

Saludó a los guardias que se hallaban en la puerta y les dijo que el *laird* deseaba verla. La acompañaron al interior de la fortaleza y la hicieron aguardar en el vestíbulo. Dentro no era tan sombrío como había imaginado a raíz de lo que Munro le había contado en alguna ocasión. Claro que los hombres pocas veces se fijaban en los detalles, y a pesar de la sobriedad del recinto, ella pudo ver que se encontraba limpio y perfumaba el aire un aroma a lavanda.

—Fiona, ¿qué haces aquí?

Se volvió hacia la voz que la había sobresaltado y vio a Isobel. La mujer, delgada y enjuta como una espiga de trigo, se encargaba del cuidado del castillo ya en vida del anterior *laird*. A pesar de que era algo mayor que ella, todavía conservaba intacto el color cobrizo de su cabello, que llevaba recogido en un moño. Solo las arrugas de su rostro, igual que pequeños surcos abiertos para la siembra, hablaban del paso del tiempo.

—El *laird* MacPherson me ha mandado llamar —le respondió.

—Si le han avisado ya de que estás aquí, no se demorará. —Siempre había sido una mujer amable, de mirada bondadosa y sonrisa pronta, aunque también poseía un gran carácter—. Hacía mucho que no te veía. Me han dicho que todas las mañanas traes a un niño al campo de entrenamiento.

Fiona no deseaba mentirle. Nunca había sido una persona artera ni mentirosa y, aunque todo aquello lo hacía en bien de Emily y Allard, cada vez le costaba más comportarse así. Esperaba que el Buen Dios la perdonara.

—Te han dicho bien —respondió sin entrar en detalles y rogando porque la mujer no los pidiera.

Por suerte, unos pasos fuertes resonaron contra el suelo de piedra, anunciando la llegada del *laird*, e Isobel se despidió de ella.

—Buenos días, *laird* MacPherson —lo saludó, inclinando la cabeza en señal de deferencia.

Él tan solo asintió y le indicó con un gesto que lo siguiera. Cruzaron el vestíbulo y el gran salón, aunque Fiona no tuvo tiempo para contemplar los enormes tapices que cubrían las paredes y que preservaban el calor del lugar, ni se percató del olor a heno nuevo que desprendían las esterillas que tapizaban el suelo. Solo mantenía los ojos clavados en las anchas espaldas de Brodie mientras caminaba detrás de él a toda prisa y murmuraba oraciones al Todopoderoso.

Cuando llegaron al final de un estrecho pasillo, él abrió una puerta y Fiona entró en la estancia después de él. Se trataba de una habitación espaciosa, con una gran chimenea, tapices en algunas paredes y

escasos muebles, entre ellos una gran mesa de roble tras la cual colgaba sobre la pared el escudo de armas de los MacPherson y dos claymore cruzadas.

Agradeció que Brodie le indicase que tomara asiento, pues sentía las rodillas temblorosas. Aquel no era un salón cualquiera, sino el salón de los juicios, donde el *laird* escuchaba las quejas de los aldeanos y dirimía las disputas, dictando sentencias y estableciendo castigos.

—Mujer, quería hablar contigo acerca de tu sobrina —dijo Brodie, rompiendo el tenso silencio que flotaba en el aire.

Sabía que ella se encontraba nerviosa porque le había ocultado la verdad. Gavin no había conseguido todavía información al respecto porque, según le había dicho, Dermont no había regresado aún de la frontera. Pero ya habían transcurrido casi tres semanas desde que se encontró con Emily por primera vez y en los últimos días una idea se había instalado en su mente.

—¿Ha hecho algo mal, mi señor? —Se atrevió a preguntar Fiona. El rostro del *laird* resultaba impenetrable y no lograba discernir si se encontraba enfadado o no.

—Eso deberías decírmelo tú, mujer. ¿Por qué me habéis mentido?

Fiona dio un respingo, a pesar de que él no había alzado la voz; sin embargo, su tono profundo y grave era afilado como un cuchillo, y abrió una brecha en su conciencia, proporcionándole el alivio que necesitaba. Dejó escapar un suspiro.

—Sé que he faltado a las reglas del clan y estoy dispuesta a aceptar el castigo que deseéis imponerme, mi señor —respondió con calma—, pero todo lo he hecho para proteger a Emily y a Allard.

—¿De qué o de quién los proteges, mujer?

—Vos, mejor que nadie, comprendéis el significado del honor y la confianza. —Sacudió la cabeza, apenada—. No puedo traicionar a la muchacha, es como una hija para mí. Si deseáis conocer sus motivos para estar aquí, tendréis que preguntarle a ella.

Brodie asintió. Apreciaba la lealtad de la viuda, eso hablaba en favor de ella. La historia de Emily, fuera cual fuera, terminaría por conocerla. La muchacha se la contaría.

—¿Por qué no pedisteis permiso para permanecer en el clan?

—Ella tenía miedo.

—¿Miedo?

El tono airado del *laird* sonó a sus oídos como el gruñido de un lobo, y Fiona se estremeció.

—Es inglesa, mi señor —la justificó.

Sabía bien que esa explicación bastaría, pues aquellos hombres menospreciaban a los ingleses y los tenían por cobardes. Desde luego, eso no podía aplicarse a la joven, que había sido capaz de enfrentarse a sus miedos para huir del infierno al que la habían arrojado aquellos

hombres despreciables.

Deseó acabar ya con aquel interrogatorio. Aceptaría el castigo que le impusiera, pero no permitiría que expulsase a Emily y a Allard del clan.

Brodie observó pensativo a la mujer, que retorcía nerviosa los flecos de lana de su chal. Aunque había respondido con sinceridad a sus preguntas, le faltaba demasiada información. Él nunca había sido hombre que actuase sin ponderar bien todas las circunstancias, pero cada vez que se había encontrado con Emily cuando iba a recoger a Allard, se acrecentaba en su interior un fiero sentimiento de protección. Deseaba borrar de su mirada azulada el brillo que el miedo ponía en sus ojos.

Quizá se estaba precipitando y, con toda probabilidad, el Consejo no aceptaría su decisión, pero ¡qué demonios!, él era el *laird* del clan. Si podía decidir sobre los matrimonios de los hombres y mujeres MacPherson, ¿por qué no iba a poder hacerlo sobre el suyo propio?

Sin embargo, si no era cierta la historia de su parentesco, quizá tampoco lo fuese la de su viudedad. Por lo que había escuchado en alguna ocasión, los campesinos ingleses a veces se emborrachaban y golpeaban a sus mujeres. Emily podría haber huido y estar ocultándose de un mal marido; tal vez a eso se refería el chico cuando le había hablado de «los hombres malos».

—Allard me dijo que no tenía padre, ¿es eso cierto? —le preguntó, frunciendo el ceño.

—Así es, *laird* —contestó con tono firme y convencido. Porque si de algo estaba segura era de que ese malnacido de sir Giles no merecía ser llamado «padre» de un chico tan dulce como el pequeño Allard. Desde luego, no lo era a los ojos de Dios.

Brodie se levantó y el sonido de sus botas, que marcaban sus pasos contra el suelo de piedra, reverberó en la estancia. Tras un largo rato en silencio, finalmente se detuvo.

—Mujer, dile a la muchacha que esta tarde iré a hablar con ella.

Fiona se puso de pie con cierta brusquedad y se retorció las manos, nerviosa.

—Mi señor, no sea severo con ella —le suplicó—. Yo recibiré el castigo en su lugar. Ellos no tienen a dónde ir.

Brodie alzó la mano para detener su verborrea y dejó escapar un suspiro de cansancio. ¿Acaso pensaba que era un monstruo sin corazón? Puede que fuera un hombre duro, pero también era justo.

—Mujer, jamás dejaría a su suerte a una madre sola y a su hijo. —No tenía por qué dar explicaciones de sus actos, pero tal vez necesitaría una aliada en lo que pensaba hacer, por eso decidió revelarle sus intenciones—. Lo que quiero es proponerle una alianza a la muchacha.

Fiona parpadeó, confundida, y luego palideció. ¿Acaso el *laird* había descubierto que Emily era, en realidad, lady Emily de Lingwood, la nieta de un importante conde inglés? «Cálmate y piensa con claridad», se dijo a sí misma. Era imposible que el MacPherson poseyera esa información. De cualquier manera, pensó que sería mejor asegurarse.

—¿Una alianza, mi señor? —Lo vio asentir, pero, para su frustración, no añadió nada más. «¿Por qué los hombres son a veces tan parcos en palabras?», se lamentó. Apretó los labios antes de volver a abrirlos, atreviéndose a preguntar—: ¿Qué tipo de alianza?

Brodie frunció el ceño. ¿Acaso no había sido claro? Pero en la mirada de la viuda solo se leía una muda incomprensión.

—Pues el tipo de alianza que puede darse entre un hombre y una mujer —le respondió.

Había reflexionado mucho al respecto cuando Angus y algún otro miembro del Consejo habían acudido a hablar con él para insistirle en el casamiento. Su padre se revolvería en su tumba si decidía establecer una alianza con los Maitland, así que había resuelto tomar esposa, aunque la idea le revolvía el estómago. No estaba dispuesto a amar a ninguna mujer, aunque pudiera respetarla, y mucho menos tener hijos. No quería que le sucediese como a su padre ni volver a revivir aquel dolor que aún le quemaba el pecho.

Por eso, una vez que tomó la decisión, se dio cuenta de que Emily era la mejor opción. Conocía a casi todas las muchachas de la aldea y les tenía aprecio, mientras que por la inglesa solo sentía curiosidad, y aunque era bonita, no había peligro de que llegase a enamorarse de ella. Además, ella ya tenía un hijo. Allard podría convertirse en su heredero, llegado el caso, aunque para ello tuviera que pelearse con todos los miembros del Consejo.

Miró a Fiona, que lo observaba como si él fuese un lobo y ella un cervatillo sobre el que estaba a punto de abalanzarse para despedazarlo. Frunció el ceño, y la mujer pareció recomponerse. Se aclaró la garganta antes de responderle.

—Comprendo.

Fue lo único que se le ocurrió decir. ¡Por Dios bendito!, ¿el *laird* pensaba casarse con Emily? ¿Era esa una especie de castigo? Pero si apenas la conocía...

—Bien. Entonces, esta tarde pasaré por la casa.

Tras unos instantes de silencio, Fiona se percató de que acababa de despedirla. Realizó una leve inclinación de cabeza y se retiró.

Cuando salió de la fortaleza, agradeció la tibieza de los rayos de sol para combatir el frío del lugar, que se había instalado en sus huesos. Pronto recuperó el calor de su cuerpo, no así el de su espíritu, que se hallaba agitado. ¿Cómo iba a decirle a Emily que el *laird* MacPherson deseaba contraer matrimonio con ella? La muchacha se iba a negar, de

eso estaba segura.

Comenzó a descender por el sendero hacia la aldea mientras intentaba encontrarle un sentido a lo que acababa de escuchar. ¿Por qué, en nombre del cielo, querría casarse con ella? Sería mucho más lógico que lo hiciera con alguna de las muchachas del clan, a las que conocía bien. De todos era sabido que había varias jóvenes que lo perseguían con ahínco, entre ellas Muriel, nieta de uno de los miembros del Consejo.

Por más que le dio vueltas, no atinó a encontrar razón alguna que justificara su decisión. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más se acrecentaba en ella la sensación de que aquello era obra del Todopoderoso. Si esa unión se celebraba, Emily no tendría que preocuparse más por el barón y su hijo, ya que Brodie la protegería. Además, los dos eran jóvenes y el amor podría florecer entre ellos. Aunque no sabía si el *laird* sabría tratarla con ternura y delicadeza, parecía un hombre paciente, y paciencia era lo que iba a necesitar si deseaba ganarse la confianza y el corazón de Emily.

Al llegar a la plaza, se dirigió al mercado para conseguir un poco de pescado y alguna verdura. Caminó distraída, pensando en la mejor manera de plantearle a la muchacha el asunto. Ni siquiera fue consciente de lo que compró.

Cuando llegó a la cabaña y abrió la puerta, la recibió una vaharada de olor a pan recién hecho.

—¿Cómo te ha ido en el mercado? —le preguntó Emily a modo de saludo.

Fiona puso sobre la mesa de madera lo que había comprado y se dejó caer sobre una de las sillas mientras se frotaba la espalda, que le dolía. Ya estaba demasiado vieja para tantos problemas y quebraderos de cabeza. Observó a Emily, que se afanaba con la preparación de la comida. Había sido educada para ser la señora del castillo de Lingwood, aunque en ese momento ofreciese el mismo aspecto que cualquier campesina; sin duda, era digna de ocupar el lugar de esposa del *laird*. Si en algún momento acudían a la corte del rey Guillermo para presentar sus respetos, ella se desempeñaría muy bien.

—¿Ocurre algo, Fiona?

Percibió la inquietud en el tono de Emily y se dio cuenta de que no había respondido a su pregunta anterior.

—Perdona, solo estoy un poco cansada. —Se apresuró a tranquilizarla. No había querido decirle que Brodie la había mandado llamar esa mañana para no asustarla ni ponerla nerviosa.

—Lo siento, Fiona, debería haber ido yo al mercado —se disculpó Emily, sintiéndose culpable. Allard y ella eran una carga para su anciana aya, pero no tenían a nadie más de quien poder depender.

—No te preocupes por mí, niña. —La miró y dejó escapar un suspiro.

Aquella conversación no iba a resultar nada fácil—. ¿Puedes sentarte un momento? Hay algo de lo que necesito hablar contigo.

Capítulo 9

El silencio se prolongó durante un largo tiempo después de que Fiona le diese la noticia a Emily. El único sonido que se escuchaba en el interior de la cabaña era el fuerte golpeteo de la masa para hacer pan contra la mesa de madera. La muchacha estaba descargando toda su furia contra ella.

Fiona aguardó con paciencia una respuesta mientras la observaba. Era bonita y joven, tenía por delante toda una vida para ser feliz y olvidarse del pasado. Ella ya era vieja, y si le ocurriera algo, Emily se quedaría de nuevo sola, sin nadie a quien acudir.

—No. —El abrupto monosílabo fue acompañado de un golpe seco sobre la superficie de madera—. No pienso hacerlo. Tú misma deberías haberle dado mi respuesta.

—Sabes bien que no habría podido responder en tu nombre. Tendrás que hacerlo tú misma, pero te ruego que lo pienses bien.

Emily hundió los dedos en la masa para evitar que su antigua aya viera cómo temblaban. Las náuseas le revolvían el estómago y el corazón le latía con tanta fuerza que le causaba dolor.

—¿Qué hay que pensar? No quiero... no puedo casarme.

La viuda dejó escapar un suspiro. Comprendía el miedo de la muchacha, aunque mientras continuasen vivos ese canalla de sir Giles y su padre, tanto ella como Allard se encontrarían en peligro.

—Brodie puede protegerte de los ingleses —le dijo.

Ella dejó de amasar y la miró.

—Tal vez pueda protegerme del barón y sus hombres, pero ¿puede protegerme de él mismo?

Fiona tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta mientras contemplaba su semblante. La piel tersa de su rostro mostraba su juventud; sin embargo, en sus ojos brillaba un universo de sufrimientos y dolor más propios de una persona anciana que de una joven. Su corazón sintió pena por ella. Apretó los labios, decidida a utilizar todos los recursos y razones de que disponía para cambiar eso.

—El *laird*... los escoceses no son...

—Sí, ya me lo has dicho —la interrumpió—, ellos no son como los demás, pero siguen siendo hombres. —Desvió la mirada de nuevo hacia la masa. Tomó un cazo con agua y vertió un poco en un agujero que había abierto en el centro. Observó cómo la harina absorbía el agua, desapareciendo—. Fiona, si entrego mi libertad a cambio de

seguridad, quizá pierda las dos.

—O puede que ganes ambas —replicó. Se puso de pie con dificultad y se acercó a ella—. Emily, solo te pido que escuches su propuesta. Si te casas con el *laird*, el barón ya no tendrá poder sobre ti ni sobre tu hijo; si intentase algo contra vosotros, podría iniciar una guerra, y no creo que al rey Juan le interese comenzar una a causa de una mujer. También sir Walter estaría más seguro.

—La vida de mi abuelo no correrá peligro mientras nosotros estemos lejos.

Fiona sacudió la cabeza.

—No, niña, ¿no se te ha ocurrido pensar que pueden usarlo para hacerte volver? Cuanto más tiempo pasen sin encontrarte, más desesperados estarán. Y la desesperación engendra ideas del demonio. —Se santiguó ante la mención.

Emily se mordió el labio inferior, nerviosa.

—No se atreverían. Mi abuelo tiene su guardia de confianza... —La réplica murió en sus labios. Cuando abandonó el castillo de Lingwood no pensó en nada más que en huir, no había tenido en cuenta el bienestar de Walter y se sintió mal por ello.

—Siéntate —le propuso Fiona, tirando de ella hacia una banqueta—, te has puesto más pálida que un muerto.

Luego colocó un puchero de agua a calentar en el fuego de la chimenea y echó algunas hierbas. Un aroma dulzón inundó la estancia.

—¿Crees que he sido egoísta?

—¡Criatura del Señor, qué cosas dices! —Su mirada atormentada le dolió. Solo tenía veintiún años y demasiadas heridas en el alma—. No, no lo creo. Y estoy segura de que tu abuelo tampoco. Hiciste lo que debías para poneros a salvo a ti y al niño, pero no puedes huir toda la vida. Además, tienes que pensar en Allard, necesita un padre. Toma, bebe esto —le dijo, colocando frente a ella un tazón con té humeante. Acarició su rubio cabello y le colocó un mechón tras la oreja—. Escucha al *laird*, después decidirás qué hacer. Es un buen hombre, un guerrero fuerte, y también es bastante guapo.

Emily no pudo responder a su sonrisa de complicidad. Se limitó a hundir la nariz en el cuenco y tomar un sorbo de té, que le calentó las entrañas, alejando el frío que se había instalado en su cuerpo desde que Fiona le había dado la noticia.

No podía negar que Brodie era un hombre atractivo, pero Giles también lo era. Cuando lo vio por primera vez, con dieciséis años, le pareció el caballero más apuesto que había conocido nunca. Vestía y se movía con elegancia y seguridad, como si el mundo le perteneciera; sus labios sonreían siempre y su boca estaba llena de zalamerías y requiebros que derramaba constantemente. Le pareció un sueño

cuando él comenzó a dedicarle atenciones y a colmarla de halagos. Era demasiado joven como para comprender que él era un lobo disfrazado con piel de cordero.

—Está bien, escucharé lo que tenga que decir.

Fiona asintió satisfecha.

—Es todo lo que te pido.

A pesar de que había aceptado hablar con Brodie, conforme avanzaba el día se acrecentaba la inquietud de Emily. Preparó la comida e hizo pan como para alimentarse durante todo el invierno; limpió la casa varias veces y zurció las calzas de Allard. Cuando llegó el momento de recoger a su hijo, le rogó a Fiona que fuese ella a por él, ya que solo lograría ponerse más nerviosa si se encontraba con el *laird*. Durante ese tiempo, ella se dirigió al huerto que había en la parte posterior de la cabaña y se dedicó a airear la tierra para prepararla para la siembra.

—¡Mamá!

El corazón le dio un vuelco y se volvió hacia la puerta. Allard corría hacia ella con una enorme sonrisa en los labios.

—Espera, estoy llena de tierra —le advirtió al ver que iba dispuesto a arrojarse a sus brazos. Cosa que hizo, con tanto ímpetu que a punto estuvieron de caer los dos al suelo entre las risas de él—. Eres un pequeño diablillo —le dijo, golpeando con el dedo la punta de su nariz, dejándole una mancha de tierra.

—Tenía muchas ganas de verte, mamá. ¿Sabes por qué?

Emily se contagió de su sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque Bro... el *laird* Brodie —se corrigió— me ha dicho que lo estoy haciendo bien y que aprendo rápido —declaró orgulloso—. Pronto seré tan fuerte como él, ¿verdad que sí, mamá?

Ella se puso de pie y se limpió las manos en el delantal con el que protegía su falda, mientras trataba de controlar el extraño sentimiento que aleteaba en su estómago junto con el miedo y la ansiedad.

Allard aguardaba una respuesta. Le acarició la mejilla con ternura antes de pellizcársela ligeramente.

—Para eso primero tienes que comerte toda la comida que Fiona te pone en el plato —respondió, intentando mostrar un rostro serio—. Si no, te quedarás siempre así de pequeño.

—¿Tengo que comerme también las gachas?

Su tono lastimero casi la hizo echarse a reír. Allard las odiaba y refunfuñaba cada vez que se las servían en el plato, inventando cualquier excusa para evitar comerlas.

—Por supuesto.

Allard hizo una mueca de disgusto y se mordió el labio, pensativo.

Arañó la tierra con la punta del pie antes de atreverse a mirar a su madre.

—Si me como las gachas, ¿creceré y me volveré tan alto como Brodie?

Emily tragó saliva, nerviosa, y asintió.

—¿Te gusta el *laird*?

Al contrario de lo que esperaba, él no respondió de inmediato, sino que pareció reflexionar su respuesta.

—Sí —repuso finalmente—. A veces grita mucho, pero no se parece a los hombres malos. Se porta bien conmigo y me enseña muchas cosas. Además, algunas veces me acaricia la cabeza, igual que haces tú. Mamá, ¿tú crees que yo le gusto a él?

Ella esbozó una sonrisa temblorosa.

—Estoy segura de que sí, eres un niño muy bueno. —El gesto orgulloso de su hijo hizo que le doliera el corazón—. Anda, ve a lavarte las manos antes de sentarte a la mesa para comer.

Cuando se marchó, Emily se dejó caer sobre un banco de piedra que había al lado del pequeño jardín en el que había sembrado hierbas aromáticas y algunas flores, y se cubrió el rostro con las manos. No derramó ninguna lágrima, puesto que hacía mucho tiempo que las había agotado todas. Solo rezó, pidiéndole al Dios de los cielos que le mostrara el camino que debía seguir. Lo único que anhelaba era que Allard estuviese a salvo y fuese feliz, y estaba dispuesta a aceptar cualquier sacrificio con tal de que así fuera, incluso casarse con Brodie MacPherson.

Permaneció un rato allí sentada, contemplando las flores de brezo que ya comenzaban a marchitarse. Una suave brisa le agitó el cabello y le trajo aromas de mejorana, lavanda, eneldo y hierbabuena. Inspiró hondo y permitió que su cuerpo se relajara. Le había prometido a Fiona que escucharía al *laird* y eso haría. Después tomaría la decisión según lo que más favoreciese a Allard. Con esta resolución, se levantó y se dirigió a la cabaña, deseando que el tiempo transcurriese con rapidez.

Su deseo no se cumplió. Tras la comida, las horas parecieron dilatarse, y Emily temió, y anheló, que el *laird* no se presentara. Apenas había podido probar bocado, y conforme el sol avanzaba su trayecto en el cielo, su nerviosismo se acrecentaba.

—¡Mamá, Brodie viene por el camino, lo he visto! —comentó Allard excitado, entrando en tromba en la cabaña.

Fiona miró a Emily y vio sus ojos dilatados por el temor. Se acercó a ella y colocó una mano sobre su hombro, apretando con suavidad.

—Todo irá bien —le aseguró en un susurro. Luego se volvió hacia el niño—. Allard, tú y yo vamos a ir a dar un paseo.

—¿Por qué? —replicó él, contrariado—. Yo quiero quedarme.

—Porque el *laird* y tu mamá tienen que hablar, y...

—Fiona, mejor quedaos aquí —la interrumpió Emily.

Tenía la sensación de que el guerrero llenaría con su presencia toda la estancia y haría que se sintiera atrapada. No se equivocó. En ese momento él se detuvo en el vano de la puerta, colmándolo con su imponente figura, y la luz del atardecer pareció desvanecerse en el interior de la cabaña. Agachó la cabeza y cruzó el umbral. Un silencio denso inundó el ambiente y Emily tuvo la sensación de que las paredes se cernían sobre ella, oprimiéndola. El parloteo entusiasta de Allard quebró el silencio y disolvió la opresión.

—¿Has venido a verme? ¿Quieres que te enseñe mi casa? Le he dicho a mamá que me has felicitado porque estoy haciendo las cosas bien. ¿Verdad que las estoy haciendo bien?

Brodie sonrió ante la verborrea del niño. Alzó una mano y acarició su cabeza. Le gustaba sentir la suavidad de su cabello. Sus ojos se cruzaron un instante con los de Emily y se preguntó si sentiría lo mismo si frotara entre sus dedos algunos mechones de su cabellera dorada. Volvió a mirar al niño, que aguardaba inquieto su respuesta.

—Así es, muchacho —le contestó—, aunque aún te queda un largo camino por recorrer para convertirte en un auténtico guerrero y ser fuerte como yo.

Allard lo observó con seriedad.

—¿Tú comes gachas? —Quiso saber.

Brodie frunció el ceño con desconcierto y su mirada se dirigió hacia las dos mujeres. Vio que la viuda le dirigía un asentimiento, pero lo que atrajo su atención fue la suave sonrisa que se dibujó en los labios de Emily. Era la primera vez que la veía sonreír y fue como ver salir el sol tras un cielo de oscuros nubarrones. Una sensación extraña le pellizcó el pecho y todos sus músculos se tensaron ante el súbito tirón del deseo que experimentó.

Carraspeó, intentando centrarse de nuevo en Allard.

—Claro. Las gachas son buenas para ayudarte a crecer.

—¡Oh, demonios! —replicó Allard con tono de fastidio.

—¡Allard! —lo reprendió Emily al escuchar su lenguaje. Luego le dirigió una mirada reprobatoria a Brodie, como si él fuese el culpable de ello. Vio cómo el guerrero se encogía de hombros con indiferencia, y apretó los labios—. Si os parece bien, *laird*, podemos hablar fuera.

Brodie asintió y se apartó del vano de la puerta para que ella pudiera salir y precederla. Cuando pasó a su lado, se estremeció y sus músculos se tensaron. Emily olía a pan recién hecho, a tierra fresca y a flores, como si en ella se concentraran los aromas de su amada Escocia. Hizo una brusca inspiración y comenzó a seguirla.

No se alejaron demasiado de la cabaña, parecía no querer perder de vista el lugar. Cuando se detuvieron, mientras buscaba la manera de

exponerle lo que había ido a decir, la vio mirar en varias ocasiones en esa dirección, casi como si pensara salir huyendo en cualquier momento. Aunque intentaba aparentar calma, él podía ver con claridad que se encontraba nerviosa.

—Bien. Vos diréis sobre qué deseabais hablar conmigo —lo apremió ella ante su silencio.

—Mujer, todavía no me he comido a nadie —gruñó molesto Brodie al ver que ella daba un respingo y se echaba un paso atrás cuando él se acercó. Sacudió la cabeza y trató de invocar la poca paciencia que tenía para no moverse. Entrelazó las manos a la espalda para resultar menos amenazante. No le gustaba ver el miedo en sus preciosos ojos del color del cielo—. Soy un guerrero, no un bardo. No poseo elocuencia de palabra, así que hablaré con claridad. Sé que no sois la sobrina de la viuda de Munro y que tampoco estáis de visita en mis tierras. Me habéis mentido.

Emily reprimió un escalofrío, a pesar de que en el tono de él no había rastro de ira o enojo. Apretó las manos contra su regazo.

—Es cierto. —Negar sus palabras habría sido absurdo—. Lo hemos hecho. Pero Fiona también os explicó el porqué. Si deseáis castigarnos...

—¡Por todos los infiernos, mujer, no soy ningún bárbaro! —exclamó con indignación.

Se interrumpió al ver que ella se encogía sobre sí misma, casi esperando que la golpease. Frunció el ceño y dio unos pasos hacia atrás para darle más espacio. No le gustaba ver el miedo en sus ojos, mucho menos ser la causa de él. «No, no tiene nada que ver conmigo», se recordó a sí mismo. Alguien le había hecho mucho daño; los hombres «malos» de los que hablaba Allard la habían maltratado. Sintió una quemazón en las entrañas, mezcla de ira y deseo de venganza.

—No tenía intención de ofenderos, *laird* —logró pronunciar ella, recomponiéndose.

La había sorprendido ver que él se apartaba de su lado, como si supiera que tenía miedo de él y quisiera probarle que no le haría daño. Era más de lo que Giles había hecho nunca. Se atrevió a mirarlo. A pesar del gesto borrascoso de su rostro y del gris penetrante de sus ojos, como cuchilla afilada, mantenía una actitud tranquila. No había en él más arrogancia que la natural de su carácter. Sin duda sabía que no necesitaba usar la fuerza para demostrar su poder. Emanaba de su figura recia y musculosa un magnetismo irresistible que le provocó un cosquilleo en el estómago.

—Y yo no tengo intención de castigar a nadie —declaró Brodie con un matiz adusto en su tono—. Más bien he venido a proponeros un trato, una alianza que nos beneficiará a ambos.

Acababa de pronunciar las palabras que había ido a decir; sin embargo, el convencimiento que lo había acompañado al llegar allí de estar haciendo lo correcto para cumplir con el deseo del Consejo y, al mismo tiempo, no correr el riesgo de revivir el dolor y sufrimiento de su infancia comenzaba a desmoronarse. No tenía intención de enamorarse de aquella mujer, pero la mirada que ella posaba sobre él en ese momento le advirtió de que la muchacha era peligrosa.

Capítulo 10

Emily se llevó las manos al estómago para calmar las náuseas. Solo entonces se dio cuenta de que ni siquiera se había quitado el delantal, manchado de harina y tierra. Una risa histérica burbujeó en su garganta.

Como nieta de un conde, siempre había imaginado que sería en el castillo de su abuelo donde recibiría una propuesta matrimonial por parte de un apuesto y valiente caballero, que le traería costosos presentes y joyas, mientras ella vestía sus mejores galas. Aquel amago de carcajada se transformó de inmediato en lágrimas que velaron sus ojos y tuvo que parpadear para contenerlas.

¡Cómo dolían los sueños rotos y las ilusiones perdidas!

—¿Qué... qué tipo de alianza? —se obligó a preguntar, recordándose que todo aquello lo hacía por Allard, para que él pudiera gozar de un futuro dichoso.

—Una alianza matrimonial. Mujer, tu hijo y tú necesitáis protección y seguridad, y yo necesito una esposa.

—¿Cómo sabes eso...?

—Si me habéis mentido es porque os estáis ocultando de alguien. No conozco los motivos, pero espero que algún día podáis confiar en mí lo suficiente como para contármelos —señaló. No quería que pensara que Fiona le había revelado su problema. Demasiadas traiciones había sufrido ya la muchacha—. Este será un matrimonio de conveniencia. Yo me encargaré de cuidaros, a ti y a tu hijo. Ambos adoptaréis el apellido MacPherson, y Allard se convertirá en mi heredero.

El corazón de Emily se aceleró de repente, provocándole un ligero mareo. ¿Cómo podría su hijo ser el heredero del *laird*?

—¿No... no vais a querer hijos propios? —le preguntó en un susurro tembloroso.

—No.

El tono tajante y determinado la sorprendió, aunque no pudo evitar que el alivio la acariciase igual que una brisa fresca, llevándose una de sus preocupaciones y miedos. Si él no deseaba descendencia, eso significaba que no tendría que compartir su lecho.

—Entonces ¿qué es lo que queréis de mí?

—Lo que se espera de toda esposa. Os encargaréis de dirigir mi casa, como señora del castillo. Y bien, ¿aceptaréis mi propuesta?

Tal vez pecaba de impaciente, pero él, que jamás había huido cuando se enfrentaba a un enemigo, sentía flaquear su voluntad ante

su ninfa de ojos celestes. La vio morderse el labio, indecisa, y un latigazo de deseo sacudió su cuerpo. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para mantenerse firme en su lugar y no cruzar el espacio que los separaba para apoderarse de su boca y besarla hasta robarle el aliento.

Emily se mantuvo en silencio unos instantes. Sabía cuál debía ser su respuesta, por el bien de Allard. Sin embargo, había una promesa que necesitaba obtener antes de aceptar.

—Esta no es una decisión que pueda tomar yo sola, *laird*. Allard debe estar de acuerdo con ella, puesto que también le afecta. —Lo vio asentir. Una parte del peso que la oprimía dentro del pecho se alivió —. Si mi hijo acepta vuestra propuesta, yo lo haré también, pero con una condición. Necesito... necesito que me hagáis una promesa.

Brodie frunció el ceño.

—¿De qué se trata?

Ella bajó la mirada, aunque enseguida la alzó de nuevo y lo encaró, apretando los puños a los costados.

—Tenéis que prometerme que nunca me golpearéis delante de Allard ni le pondréis un dedo encima a mi hijo.

«¡Por Dios bendito!». ¿Acaso creía ella que sería capaz de levantarles la mano? Se sintió ofendido por ello, pero también furioso contra quien le había infligido aquellas heridas que le habían dejado cicatrices tan profundas. A pesar de que ardía en deseos de desmentir aquel juicio sobre él, estaba convencido de que ella no lo creería. Por eso, se limitó a cabecear un asentimiento. Si aceptaba su propuesta, le demostraría con hechos la clase de hombre que era.

—Palabra de MacPherson —declaró, al tiempo que se juraba a sí mismo que descubriría la historia que ella ocultaba y que haría pagar a los culpables el daño que le habían hecho.

Emily suspiró al ver que, a pesar de que parecía enfadado por su atrevimiento, él aceptaba sin levantar la voz para insultarla o la mano para golpearla. Aunque le temblaba el cuerpo entero, logró ordenar a sus pies que se movieran y recorrer la distancia que la separaba de la vivienda. Entró en la cabaña, seguida por él, que se detuvo a sus espaldas. Notó el calor de su cuerpo y el aroma a cuero que desprendía. Volvió a sentir que el espacio empequeñecía ante su poderosa presencia. Se apartó a un lado, alejándose de él, mientras pensaba cómo plantearle la cuestión a Allard.

Su hijo, subido sobre una pequeña banqueta, dejó de prestar atención a los *bannocks* que estaba cocinando sobre el fuego, con un poco de ayuda de Fiona, y se volvió hacia ellos luciendo una sonrisa en el rostro.

Se bajó del taburete, tomó uno de los panes que había dejado enfriándose en un paño sobre la mesa y corrió hacia ellos.

—¿Quieres? —le preguntó a Brodie, tendiéndoselo con orgullo—. Lo he hecho yo.

Brodie no lo dudaba. Los *bannocks*, panes de centeno o avena, solían ser planos y con forma redondeada u oval. Aquel tenía un contorno indefinido y era más grueso en unas partes que en otras. Aun así, lo tomó.

—Seguro que saben mejor que los que hace Isobel.

—¿Quién es Isobel? ¿Cocina bien?

—Es el ama de llaves del castillo —le explicó al niño, sin saber muy bien qué hacer con el pan, que estaba manchando sus dedos de harina —. Lleva conmigo desde que yo tenía más o menos tu edad.

Emily le quitó el *bannock* de la mano y buscó un paño limpio en el que poder envolverlo. Él la siguió con la mirada mientras se movía por la cocina. Su figura esbelta y los movimientos suaves y elegantes de sus manos la hacían parecer etérea, casi irreal. Besada por los rayos de sol que entraban por la ventana, que hacían que sus cabellos parecieran finos hilos de oro, le recordó aún más a un hada. La voz infantil de Allard lo arrancó de su contemplación absorta.

—¿No tienes una esposa que te prepare la comida?

Brodie lo miró.

—No, no la tengo. —Alzó la vista y sus ojos se encontraron con los de Emily—. Todavía —añadió sin apartar la mirada de ella.

Emily supo que no podía retrasar por más tiempo lo inevitable. Se acercó a su hijo y se agachó hasta ponerse a su altura.

—Allard... —Dudó unos segundos, mientras echaba hacia atrás uno de los mechones rizados del niño que caía sobre su frente—. ¿Te gustaría tener un padre?

El pequeño se encogió de hombros. Nunca había tenido uno.

—No sé.

Una vez había escuchado a Fiona y a su madre a escondidas. No lo había hecho a propósito, pero como estaban cerca de la ventana donde él jugaba al otro lado, las había oído. Recordaba que su tía había dicho que Giles era un hombre malo y que habría sido un mal padre para él. Lo había llamado «sanguijuela», aunque él no sabía qué quería decir esa palabra.

Emily se dio cuenta de que no había planteado bien la pregunta, así que lo intentó de nuevo.

—¿Te gustaría que el *laird* Brodie se convirtiera en tu padre?

Los ojos del pequeño se agrandaron y miró al guerrero lleno de admiración y entusiasmo. Sin embargo, de inmediato frunció el ceño y se acercó aún más a su madre.

—Él no es un hombre malo, ¿verdad? —le susurró nervioso al oído. Un susurro lo bastante alto como para que Brodie lo escuchara, aunque su semblante permaneció inalterable—. ¿Vendrá a vivir con

nosotros y con la tía Fiona?

Emily negó con la cabeza.

—Tendríamos que irnos con él al castillo.

Sus ojos se iluminaron con el brillo de la emoción; sin embargo, permaneció tranquilo, y a ella se le encogió el corazón. Le había enseñado desde muy pequeño que no debía gritar, ni reír o llorar en voz alta, y él había aprendido por instinto a conducirse con calma, como si supiera que algo malo ocurriría si no se comportaba así.

—Y si no nos gusta, ¿podemos volver otra vez aquí? —preguntó, nervioso. No quería ver llorar de nuevo a su madre.

—Allard, ven aquí —le ordenó Brodie, esforzándose para que su voz permaneciera serena. El miedo que emanaba tanto del niño como de Emily resultaba casi palpable, y la rabia bullía en su sangre por ello. Aguardó a que el pequeño se acercara hasta él y lo mirara. Entonces se agachó a su lado—. Tu madre y yo celebraremos un contrato matrimonial por un año y un día; si durante ese tiempo deseáis regresar a vivir a esta cabaña, no os impediré marchar. Pero juro sobre mi espada que voy a cuidar de vosotros y que nada ni nadie os hará daño mientras estéis conmigo, palabra de MacPherson.

El niño lo observó con una seriedad que no correspondía a su corta edad y asintió despacio.

—Entonces ¿puedo llamarte «papá»?

Brodie sintió que el pecho se le expandía de orgullo, una sensación extraña y desconocida. Cuando veía a los muchachos entrenar y alguno de ellos destacaba en el manejo de las armas, lo llenaba un sentimiento de satisfacción. Sin embargo, la emoción que lo había inundado como un torrente cuando Allard había usado aquella palabra era una mezcla de dolor y alegría. Apretó las mandíbulas para contenerla y asintió con una seca cabezada.

—Será un honor.

Emily se había distraído cuando vio al *laird* agacharse para ponerse a la altura de Allard, no solo porque le pareció un gesto cargado de ternura para un hombre tan grande como aquel, sino también porque el movimiento había provocado que la tela del tartán se apartase y pudiera echar un vistazo al poderoso muslo que asomó entre ella. A pesar de la vergüenza que la asaltó, no apartó la vista, aunque las palabras de él atraparon de inmediato su atención.

Había aguardado, con el corazón encogido, la respuesta de su hijo, y al escuchar su pregunta, sus ojos se humedecieron. Quizá habría preferido que no aceptara la propuesta del *laird*, pero se sintió orgullosa de la madurez que había demostrado. Quería que creciera para convertirse en un buen hombre. Volvió su mirada hacia Brodie y se dio cuenta de que, a pesar de que su rostro parecía cincelado en piedra, había en él una emoción contenida. Lo vio levantarse con

lentitud y apoyar una mano sobre el hombro de su hijo mientras clavaba sobre ella su mirada. Sabía lo que esperaba.

—Acepto vuestra propuesta, *laird* —declaró. Lamentó que su voz sonase temblorosa, no quería que él la considerase una cobarde.

—Bien. —Lo sorprendió el alivio que sintió al escuchar su respuesta. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba nervioso—. Hablaré con el Consejo y se decidirá la fecha. Te espero mañana en el campo de entrenamiento —le dijo a Allard a modo de despedida.

El chico tiró de la manga de su camisa.

—¡Espera! —Corrió hacia la mesa, tomó el pan que su madre había envuelto y se lo entregó—. Te dejas el *bannock*.

—Tienes razón. —Brodie sonrió y guardó el pan en su *sporran*—. Gracias —añadió, revolviéndole el cabello antes de abandonar la cabaña.

Emily se dejó caer sobre una silla, superada por la tensión que había estado conteniendo y por la debilidad repentina que la asaltó cuando vio la sonrisa del *laird*. Era la primera vez que lo veía sonreír y el corazón le había dado un vuelco en el pecho.

Fiona sirvió un poco de té en un pequeño jarro y se lo puso delante a la muchacha.

—Allard, ¿por qué no te vas a jugar un rato ahí fuera?

Él miró a su madre y se mordió el labio, preocupado. Se acercó a ella, pegándose a su cuerpo, y se aferró a sus faldas.

—¿Mamá? —inquirió con voz temblorosa. Tenía miedo, igual que sucedía en sus pesadillas, cuando soñaba que uno de los hombres malos le pegaba a su madre mientras él lloraba, sin poder ir a su lado porque otro hombre lo sujetaba, haciéndole daño—. ¿He... hecho algo malo?

—No, cielo, es solo que me duele la cabeza —le respondió, sintiéndose mal por haber hecho que se preocupase. Era demasiado pequeño para comprender lo que sucedía. Esbozó un amago de sonrisa y le acarició la mejilla—. ¿Por qué no vas al huerto y me traes algunos arándanos? Podemos hacer tarta y mermelada. Seguro que si como algo dulce se me pasará el dolor.

Allard asintió y salió corriendo en busca de las bayas. Emily lo siguió con la mirada y luego se volvió hacia la mujer.

—¿Qué he hecho, Fiona?

—Lo que deberías haber hecho hace tiempo, niña. —Tomó su mano y la apretó con cariño—. El *laird* es un buen hombre. Puede parecer un poco rudo, pero es como los mulos: terco, da coces y rebuzna fuerte, pero se vuelve dócil y tranquilo cuando le das una zanahoria.

Emily sacudió la cabeza y sus labios se curvaron en una leve sonrisa. Desde luego, no creía que aquella imagen le hiciera justicia al *laird*, aunque sí era cierto que parecía un buen hombre. Giles también se lo

había parecido cuando comenzó a cortejarla. Al principio la trataba con cortesía y delicadeza, pero luego su comportamiento fue cambiando y se volvió más frío y brusco. A veces le gritaba, enfadado, o la insultaba, si bien enseguida se arrepentía y le pedía perdón, alegando que tenía alguna preocupación. Ella siempre le creyó y lo disculpó, porque estaba enamorada. Había sido una necia. Demasiado inocente para comprender lo que pretendía.

Lo descubrió demasiado tarde. Un día en que su abuelo se hallaba fuera del castillo y ella se encontraba en los establos, atendiendo a su yegua preferida, Giles se presentó allí. La emoción por su visita pronto se trocó en temor, cuando él quiso besarla. Nadie la había besado nunca, así que accedió, dejándose llevar por el amor que sentía y por la curiosidad. No le gustó la rudeza que empleó con ella y que dejó sus labios magullados. Él quiso volver a hacerlo y, cuando se negó, comenzó a insultarla mientras la arrinconaba contra la pared de madera de uno de los cubiles que se encontraba vacío.

Quiso gritar, pero él le cubrió la boca con la mano y el terror la invadió. No importó cuánto se revolvió contra él, Giles era mucho más fuerte y la sometió. Mancilló su cuerpo y destrozó su alma y sus ilusiones juveniles. La golpeó con un puño para que se estuviera quieta, y ella agradeció la bendita oscuridad en la que se sumió.

Cuando despertó, adolorida y con la túnica hecha jirones, lloró abrazada a sí misma. Lloró hasta que no hubo más lágrimas que derramar. Durante días intentó escondérselo a su abuelo, pero Walter de Lingwood era un hombre perspicaz y de voluntad férrea, y logró arrancar de su pecho el secreto que guardaba tan celosamente. Entonces volvió a verter lágrimas, acunada en los brazos de su abuelo, por la niña que había dejado de ser.

—¡Emily! —la llamó Fiona por segunda vez, preocupada—. ¿Te encuentras bien?

Ella empujó hasta un rincón de su mente los aciagos recuerdos.

—Lo siento, estaba distraída. —Algunas de las palabras que había dicho el *laird* vinieron a su memoria—. Fiona, ¿por qué ha dicho que celebraremos un contrato matrimonial por un año y un día?

—Te ha ofrecido el *handfasting* —le explicó—. Es una antigua costumbre de nuestro pueblo. Una pareja se casa con la condición de vivir juntos durante un año y un día. Si durante ese tiempo les nace un hijo, el matrimonio quedará sellado. Sin embargo, si no tienen un heredero, el contrato matrimonial se disuelve y las partes quedan libres para volver a casarse si así lo desean. —Se quedó en silencio unos instantes antes de continuar—. El *laird* MacPherson ha sido muy considerado al escuchar la petición de tu hijo y daros la posibilidad de volver a esta casa, si lo deseáis, después de un año y un día. Creo que eso demuestra su buena voluntad.

«Solo un año y un día», repitió Emily para sí. Solo tendría que soportar ese tiempo, y mientras gozaría de su protección. Tal vez, incluso, podría pedirle a Brodie que los llevase, a Allard y a ella, a ver a su abuelo. Quizá sir Bertram y Giles, al saberla casada, la dejaran por fin en paz.

«Solo un año y un día», viviendo con aquel guerrero fuerte, arrogante y apuesto. El pensamiento hizo que su corazón latiera con rapidez.

Capítulo 11

Las voces se alzaron como una tormenta en el interior del gran salón del Consejo. Brodie, cruzado de brazos, prefirió no intervenir por el momento. Sabía que aquello iba a suceder en cuanto les diese la noticia, pero estaba dispuesto a arrostrar aquel mal rato con tal de conseguir lo que quería.

A su lado, Gavin se removió inquieto.

—¿No vas a decir nada?

Brodie se encogió de hombros.

—Prefiero que se cansen de gritar. —Emily estaba aguardando afuera, y no permitiría que entrara hasta que supiera con certeza que la tratarían con el respeto que merecía—. Tarde o temprano lo harán.

—La verdad es que se lo has puesto difícil.

Él alzó una ceja y dirigió a Gavin una mirada penetrante.

—¿Tú también estás en contra de mi decisión? —Su tono tenía un matiz afilado, si bien sabía que a su amigo no le afectaba. De hecho, este le dirigió una sonrisa.

—Sabes que siempre te apoyaré en todo —le aseguró. Además, estaba convencido de que aquella unión cambiaría el corazón de Brodie; de hecho, ya había comenzado a cambiarlo, o no estaría allí, dispuesto a enfrentarse al Consejo para casarse con la muchacha. A pesar de todo, no se privó del placer de molestarlo—. Aunque lo cierto es que habría preferido que no te casaras con ella, así habría podido intentar conquistarla yo.

El gesto duro que había nublado el semblante de Brodie desapareció cuando escuchó sus últimas palabras y una sonrisa burlona curvó sus labios.

—No tendrías ninguna posibilidad. A Emily no le gustan los niños bonitos como tú.

—Si me dejaras intentarlo...

—Hazlo y te juro que te sacaré la piel a tiras.

Fue el turno de Gavin de sonreír. Aunque Brodie intentase mostrarse indiferente, la muchacha le interesaba más de lo que dejaba ver. Mucho se temía que no solo los miembros del Consejo iban a lamentar esa boda, también lo harían algunas de las mujeres solteras del clan —y alguna que otra viuda—, que habían mantenido la esperanza de que el *laird* decidiese tomar esposa y ellas fuesen las elegidas. «Especialmente, Muriel», pensó. Cuando había ido a visitar a Dermont para pedirle que indagase sobre la parentela de la viuda de Munro

MacPherson, la muchacha lo había detenido antes de volver a la fortaleza para preguntarle por Brodie. Era, entre las jóvenes de la aldea, quizá la más bonita, y por eso mismo pecaba un poco de vanidad y arrogancia. Estaba convencida de que cuando el *laird* se decidiera a escoger esposa, la elegiría a ella. Decía que estaba enamorada de él —a pesar de que no había dejado de coquetear con él mismo mientras había permanecido en su casa— y que deseaba hacerlo feliz. Sin embargo, tenía la sensación de que lo que codiciaba en realidad era el título de señora del castillo.

«Cuando sus ilusiones se desvanezcan», reflexionó, «encontrará pronto otros brazos en los que consolarse».

—¡*Laird*!

Ambos se volvieron hacia Angus, que había alzado la voz, y se percataron de que el resto de los miembros del Consejo lo miraban en silencio.

—¿Qué sucede?

—¿No puedes reconsiderar tu decisión? —propuso el anciano, mientras todos asentían detrás de él.

—Dame una razón por la que debería hacerlo. Emily será una buena esposa para mí.

—¡Por todos los santos del cielo! —exclamó alterado. Su rostro apergaminado había enrojecido tanto que Brodie temió que sufriese un colapso—. ¡Es una inglesa!

—Lo es. —El gris de sus ojos se tornó frío al tiempo que paseaba su mirada por todos los presentes—. En este mismo lugar me dijisteis no hace mucho que el *laird* Maitland había tomado por esposa a una inglesa, a pesar de lo cual estabais dispuestos a hacer una alianza con él. ¿Acaso consideráis que vuestro propio *laird* es inferior a ese demonio de Iain Maitland?

—Sabes bien que no es eso lo que queremos decir —replicó Angus, frunciendo el ceño. La treta que habían usado para lograr que Brodie contrajese matrimonio y diese un heredero al clan se había vuelto en su contra—. Hay muchas jóvenes solteras en la aldea, podrías escoger a cualquiera de ellas.

Brodie negó con la cabeza.

—Ya he elegido. Cuando se celebre la ceremonia, la muchacha dejará de ser inglesa y se convertirá en una MacPherson. Me gustaría contar con la aprobación del Consejo, pero si no la tengo, actuaré con el derecho que me otorga ser el *laird* del clan.

El anciano dejó escapar un gruñido ininteligible y abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera decir nada, Aldrich se levantó de su sitial y le susurró algo al oído. Angus asintió.

—Nos gustaría hablar con la muchacha y decidir por nosotros mismos si es digna de convertirse en lady MacPherson —declaró con

firmeza—. Sabes que pronto tendrás que asistir a la corte, y no nos gustaría que ella nos avergonzase delante de nuestro rey. Si la consideramos adecuada, tendrás nuestra bendición; pero si no, nos permitirás que te presentemos otras candidatas y las tomarás en consideración para que una de ellas ocupe el puesto, a tu lado, como señora del clan.

En sus ojos azules había un brillo de satisfacción, como si hubiese encontrado la clave para derrotarlo. Brodie sonrió para sí. Estaba seguro de que nadie podría encontrar ninguna falta en Emily.

—Me parece justo. Sin embargo, seré yo quien tenga la última palabra, y vosotros acataréis mi decisión.

Angus se volvió para ver qué opinaban los demás miembros del Consejo y estos asintieron en conformidad a las palabras del *laird*.

—Que así sea.

Brodie miró a Gavin.

—Tráela.

Este se marchó para cumplir su orden.

Los nervios y la espera iban a acabar con ella, pensó Emily. Habían pasado tres días desde que aceptase la propuesta de Brodie, y esa misma mañana le había enviado un mensaje con Fiona, indicándole que debía presentarse al mediodía en la sala del Consejo.

La mujer le había explicado que este se hallaba formado por algunos de los ancianos más importantes de la aldea y que ejercían un papel primordial en el gobierno del clan y en las decisiones sobre la pueblo, si bien era el *laird* quien tenía la última palabra. Fiona le había dicho que, seguramente, debatirían sobre la conveniencia de aquel matrimonio y que desearían conocerla.

Lo que no esperaba era escuchar los gritos y voces que llegaban hasta ella a través de la gruesa puerta de madera que se hallaba cerrada. ¿Qué debía hacer si ellos no estaban de acuerdo con aquel enlace? Antes no le habría importado, quizá incluso habría preferido que la rechazaran, pero desde la última vez que había visto a Brodie en su cabaña no había dejado de pensar en su proposición. Cuanto más reflexionaba sobre ello, más se convencía de que era lo mejor para Allard.

—Siempre son así.

Ella se volvió hacia Alec, quien, junto con Ken, la había acompañado desde su casa hasta el torreón. En ese momento, ambos guerreros hacían guardia a su lado.

—¿A qué os referís?

Él señaló con el pulgar, sobre su hombro, el portón.

—Los ancianos del Consejo. Siempre son así, siempre gritan. Así que no deberíais tomároslo como algo personal si lo hacen frente a vos —

le explicó.

—Os agradezco la recomendación.

Intentó sonreír, mas no le resultó posible. La desconfianza horadaba su alma como una llaga purulenta; no importaba cuántas veces lavara la herida, esta se negaba a cicatrizar. Todavía se sentía incómoda entre aquellos gigantes y el temor se mantenía al acecho en su mente, a pesar de que no le habían dado motivos para ello y de que había sido testigo de lo bien que trataban a Allard.

Alec asintió. Había querido mitigar un poco el nerviosismo de la muchacha, aunque no estaba seguro de haber logrado nada. La miró con preocupación. No creía que fuese capaz de lidiar con los ancianos; lo más probable era que la intimidasen con su mal genio, sus ceños fruncidos y sus potentes voces que hacían temblar a los guerreros más jóvenes. Sacudió la cabeza con pesar y miró a Ken. Su amigo se encogió de hombros.

La puerta rechinó sobre sus goznes cuando comenzó a abrirse y los tres se giraron hacia ella. Gavin apareció en el umbral.

—Los ancianos quieren hablar con vos —le dijo a Emily—, pero no tenéis de qué preocuparos, Brodie estará a vuestro lado.

Ella asintió, aunque ese era, más que cualquier otro, su mayor motivo de preocupación. Presentarse ante los ancianos ni la incomodaba ni la asustaba. Había disfrutado en el castillo de Lingwood de muchas veladas con los amigos de su abuelo —caballeros de cierta edad que gruñían y se quejaban por todo, o que se comportaban como niños alegres y entusiastas— y había aprendido a manejarlos. Sin embargo, volver a ver a Brodie y tenerlo cerca de nuevo hacía que experimentara un aleteo en el estómago, fruto sin duda del nerviosismo y la aprensión.

Siguió a Gavin hasta el vestíbulo, y Alec y Ken entraron tras ella. Así, rodeada por aquellos tres enormes guerreros, recorrió el sobrio y penumbroso pasillo, alumbrado apenas por algunas antorchas, hasta llegar a la amplia sala circular donde se hallaba reunido el Consejo.

Gavin la guio hacia el centro y ella no se atrevió a mirar a Brodie cuando pasó a su lado. Se quedó de pie frente al grupo de ancianos que la observaron con el ceño fruncido. Ken y Alec se colocaron cada uno a un lado de ella. Asemejaban dos enormes columnas gigantes. No sabía si lo habían hecho para protegerla —como si necesitara defensa contra aquellos hombres de cabello y barba canos, de rostros curtidos por el sol y las batallas, y ojos sagaces— o para que no huyera.

Tres de los ancianos avanzaron con pasos decididos hacia ella.

—Hay que reconocer que es bonita. —Escuchó que susurraba uno de ellos, aunque su voz profunda resonó en la bóveda.

—Cállate, Magnus —le ordenó el que iba en el centro y que desprendía un aura de autoridad.

—¿Por qué, Angus? Solo he dicho la verdad —protestó Magnus—. ¿Es bonita o no es bonita?

—Puede que lo sea —concedió Angus a medias, dejando escapar un suspiro—, pero no está aquí para que juzguemos su belleza.

—Bueno, eso es cierto —terció el tercer anciano—, aunque debo dar también la razón a Magnus.

—Gracias, Aldrich.

Emily bajó la cabeza para que no vieran la sonrisa que había asomado a sus labios. Sabía que ellos podrían interpretarla mal. Sin embargo, se sentía muy aliviada al ver que aquellos hombres no eran muy diferentes a los amigos de su abuelo. Tal vez un poco más rudos, aunque ya se había percatado de que el carácter de los escoceses era tan agreste como sus paisajes.

—Alza la cabeza, muchacha, y míranos.

Ella no esperaba escuchar tan cerca aquella voz profunda como el restallido de un trueno y se sobresaltó. Dio un involuntario paso atrás y su cuerpo tropezó con un muro sólido. Unas manos grandes y fuertes se posaron sobre sus hombros y la mantuvieron firme.

—Angus, no le grites a mi prometida.

Las palabras de Brodie acariciaron su oído y le provocaron un estremecimiento. Tuvo la misma sensación que había experimentado en el bosque, cuando lo vio por primera vez, que su voz asemejaba al sonido del viento entre los árboles: dulce, profunda, tranquilizadora. Sin embargo, el calor de su cuerpo, tan cerca del suyo, la puso nerviosa, aunque no se atrevió a apartarse por miedo a ofenderlo. Decidió centrarse en los tres ancianos.

—No le he gritado, y si es tan débil que no puede... —Se interrumpió al ver la mirada afilada del *laird* y masculló sus quejas en voz baja—. Está bien. Me llamo Angus, muchacha, y soy el portavoz del Consejo de los MacPherson. Ellos son Magnus y Aldrich.

Emily aprovechó el momento para escapar del roce de las manos de Brodie. El calor que emitían había atravesado su piel, recorriendo su cuerpo hasta instalarse en su estómago. Dio un paso adelante, levantó ligeramente el ruedo de su falda y dirigió una reverencia a los tres ancianos.

—Es un placer conoceros, Angus, Magnus y Aldrich.

—Además de bonita, también es educada. —Oyó que comentaba Magnus complacido. Parecía el más dispuesto a favorecerla.

Porque a pesar de lo que había dicho Fiona, por las palabras de Angus había adivinado que no se encontraba allí solo para que la conocieran, sino para juzgarla. Se levantó con elegancia, cruzó las manos delante del regazo y se enfrentó a ellos con una mirada serena.

—No olvides que es inglesa —le recordó Angus a su amigo con un gruñido.

—Cierto, cierto —murmuró Magnus—. Eso es un gran defecto.

Emily estuvo tentada de poner los ojos en blanco, pero guardó la compostura, como le habían enseñado desde niña, y esperó las preguntas que sabía que vendrían a continuación. Podía sentir a su espalda la presencia de Brodie; era como esas rocas sólidas y firmes de los acantilados que resistían incólumes el paso del tiempo y las embestidas de las olas. «Confiable», esa fue la palabra que le vino a la mente. Y también «abrumadora», porque era como si tuviera el poder de envolverla por completo aun cuando no la estaba tocando.

—¿Cuál es tu nombre, muchacha?

La pregunta de Angus dispersó sus pensamientos.

—Emily de Lingwood —respondió, casi sin pensar. Lamentó de inmediato que su mente se hubiese distraído con la presencia del *laird*, ya que habría preferido ocultar su nombre.

—¡Por todos los demo...! —Angus se interrumpió de inmediato al ver la mirada de advertencia que le dirigía Brodie. Carraspeó y fijó sus ojos en la muchacha. Su semblante había palidecido, y pudo adivinar que no había tenido intención de revelar quién era. Se inclinó hacia la joven y bajó la voz—. ¿Sabe él quién eres?

Emily abrió los ojos, sorprendida. ¿Acaso el anciano había reconocido su nombre? El temor la embargó de pronto. Todo aquello era un error.

—Yo...

Angus le dio unas palmaditas tranquilizadoras.

—Ya veo que no. —Tomó la mano de la muchacha y tiró de ella para apartarla de los tres guerreros. Brodie no se movió de su lugar, pero Ken y Alec avanzaron al mismo tiempo que ella—. Vosotros dos, alejaos. ¿No os dais cuenta de que ponéis nerviosa a la muchacha? —los reprendió, al tiempo que les hacía un gesto con la mano para que retrocedieran—. Resolláis en su nuca como dos bueyes. Dadnos algo de espacio, necesito hablar con ella a solas.

Ken y Alec miraron a Brodie y este asintió.

—Ten cuidado con lo que dices, anciano —le advirtió.

Él sacudió la cabeza e ignoró la advertencia. Le hizo un gesto a Emily para que lo siguiera hasta un rincón.

—Emily de Lingwood —repitió cuando estuvieron a solas.

—¿Sabéis quién soy?

El miedo era patente en su voz, y Angus se preguntó qué diablos hacía la muchacha en las tierras de los MacPherson.

—Conocí a Walter de Lingwood hace mucho tiempo, cuando ambos éramos jóvenes guerreros —le explicó, sin entrar en detalles—. Era un hombre de honor, para ser inglés. Supo ganarse mi respeto y el favor de nuestro rey. ¿Vive todavía?

Emily asintió en silencio, las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Mi abuelo vive aún.

—¡Humm! Tu rostro me dice que no te has separado de él por propia voluntad. Tienes problemas —adivinó—. ¿Acaso es por ese bastardo de vuestro rey Juan?

—Por uno de sus vasallos.

Angus cabeceó un asentimiento y permaneció pensativo unos instantes. La alianza con uno de los ingleses más poderosos de la frontera no era un asunto desdeñable; además, la muchacha poseía una dulzura que, estaba seguro, suavizaría las aristas del carácter de Brodie y con la que tal vez podría ganarse su corazón. Clavó su mirada azulada en la joven y sonrió.

—Muchacha, tenemos una boda que preparar.

Capítulo 12

Había transcurrido casi un mes desde la reunión del Consejo. El tiempo había pasado con demasiada rapidez para Emily entre los preparativos para la ceremonia de boda, el miedo que la asaltaba a veces sobre su futuro y las charlas con Angus, que la había invitado a su hogar en dos ocasiones y a quien le había confiado la verdad sobre su historia, pues el anciano le recordaba mucho a su abuelo.

Una vez que le hubo contado el motivo de que se hallara viviendo en el clan de los MacPherson, su alma quedó en paz, libre ya de la carga que había soportado durante tanto tiempo. Aunque Brodie ignorase la verdad sobre ella y Allard, al menos un miembro importante del Consejo la conocía. Eso era suficiente.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué es lo que estás haciendo, criatura? —exclamó Fiona, escandalizada, cuando encontró a Emily en la cocina.

Esta golpeó la masa con fuerza.

—Preparando el pan. —Un jadeo de esfuerzo escapó de sus labios. Retiró un mechón de cabello que había escapado de su pañuelo y se le había pegado a la mejilla, y dejó sobre esta una mancha de harina.

—Eso puedo verlo, niña, pero no me refiero a eso —gruñó la mujer —. Deberías estar tomando un baño y vistiéndote. ¿O acaso has olvidado que hoy es el día de tu boda?

—¿Cómo podría olvidarlo? —Aporreó de nuevo la masa con fuerza innecesaria.

La noticia de su matrimonio con el *laird* se había extendido con rapidez por la aldea, de tal modo que casi la mitad de los habitantes de esta —mujeres en su mayoría— habían acudido a la casa con regalos y felicitaciones, guiados por la curiosidad. Fiona la presentó ante todos ellos como su sobrina, tal y como les indicó Brodie. A este apenas lo había visto, tan solo cuando subía al campo de entrenamiento para recoger a Allard.

No sabía por qué esto le molestaba tanto, quizá porque intuía que así sería el resto de su vida. Pero ¿no era eso lo que ella había deseado? No tener intimidad con él, sino solo gozar del privilegio de la protección de su nombre. A ella le bastaba con el amor de su hijo, no necesitaba a nadie más. A pesar de ello, las escasas atenciones de él la habían llevado a cuestionarse si en realidad iban a casarse. Tal y como Brodie había asegurado, aquello era tan solo un contrato.

Era una tonta por vivir de ilusiones. Siempre había imaginado que se desposaría en la capilla familiar de Lingwood, con los vibrantes

colores de sus vidrieras que atravesaría la luz, y llena de flores que perfumarían aquel santuario de piedra. Su abuelo la entregaría en el altar y ella vestiría su mejor túnica y las joyas de su madre. Una lágrima descendió por su mejilla y luego otra. Sus manos, temblorosas, dejaron de amasar el pan.

Fiona, que acababa de poner agua a calentar, se acercó a ella. Al verla llorar, la atrajo contra su pecho y Emily comenzó a sollozar, acunada entre sus brazos maternales.

—¡Schhh! No llores, mi niña, todo va a estar bien —le aseguró. Acarició su espalda y apretó los párpados para contener las lágrimas que asomaban a sus propios ojos—. Volverás a ver a tu abuelo y Allard crecerá feliz hasta convertirse en un hombre de honor.

Emily dudaba de la verdad de aquellas palabras, pero no la contradijo. No volvería a tener sueños y esperanzas inútiles. Se apartó de ella para limpiarse las lágrimas del rostro.

—Al menos tú me acompañarás en mi boda.

Fiona asintió.

—Y tu hijo también —le recordó—. Así que más vale que te des prisa para tomar ese baño antes de que se despierte. Bastante nervioso estará ya sin necesidad de que se dé cuenta de que has llorado.

—Tienes razón —convino. Allard era la única razón por la que hacía aquello, no debía olvidarlo—. Iré a la laguna.

Cogió lo necesario para lavarse y un lienzo, y se marchó. Cuando regresó de nuevo a la casa, Allard aún no se había despertado. Permitió que Fiona secara y peinara su cabello, junto al fuego de la cocina, e intentó dejar su mente en blanco y no pensar en nada, o terminaría arrepintiéndose del paso que estaba a punto de dar.

—Ya está. —Fiona miró su obra y asintió. El peinado era sencillo; le había hecho unas trenzas, enrollándolas alrededor de su cabeza a modo de corona. El resto de su melena dorada caía suelta por la espalda hasta las caderas—. Ahora el vestido. Ven conmigo.

Emily siguió a la mujer hasta su habitación y se detuvo, maravillada, cuando descubrió la túnica que había extendida sobre el lecho. La suave tela de terciopelo, de un tono rojo oscuro, tenía un intrincado bordado de oro en el borde de las amplias mangas y en el ruedo del traje, así como en el escote cuadrado. Un cinturón de finos eslabones de oro y unos zapatos, forrados también en terciopelo rojo que se ataban con finas cintas de color dorado, completaban el vestuario.

—¡Es preciosa! Pero creí...

—Te pedí una de tus túnicas para poder ajustar la mía a tu talle. La usé en el día de mi boda —confesó con nostalgia, deslizando las yemas de los dedos sobre el suave tejido—, y quería que la llevases tú en este día. Ven, vamos a ver si todavía tengo buen ojo para la costura.

La ayudó a quitarse las prendas que llevaba. Luego le puso una

camisola de lino y, sobre esta, la túnica. Emily se calzó los zapatos y, durante unos instantes, sintió que volvía a ser Emily de Lingwood, la hija de sir Robert y nieta de sir Walter de Lingwood.

—¡Mamá!

Las dos se volvieron hacia la puerta. Ninguna de ellas se había percatado de la presencia del niño. Tenía los ojos muy abiertos y la miraba como si fuera una aparición.

—¿No vas a darme un beso, pequeño dormilón?

—¿Y si la ensucio? —preguntó, temeroso, dando un paso adelante—. Estás muy guapa, mamá. Pareces una de las princesas de esas historias que me cuentas. Creo que a Brodie le vas a gustar mucho.

Emily no quería gustarle a aquel gigante rudo y arrogante, aunque no pudo evitar que el estómago le diese un vuelco al pensar en ello.

—Me conformo con gustarte a ti —le dijo, al tiempo que lo abrazaba y depositaba besos rápidos y breves en sus mejillas. Allard comenzó a limpiárselos y se echó a reír. Ella le peinó con los dedos el cabello revuelto—. Quiero que recuerdes que tú siempre serás mi caballero.

Allard asintió y acarició la mejilla de su madre.

—Brodie y yo cuidaremos de ti —le aseguró. Durante unos segundos frunció el ceño, como si estuviese pensando en algo, y entonces, con la sonrisa más hermosa que había visto nunca, añadió—: Palabra de MacPherson.

Emily intentó alegrarse con él, pero le resultó difícil por el peso de la tristeza y la culpa que le oprimía el pecho. Su hijo era el futuro conde de Lingwood, heredero del castillo y de las tierras aledañas, bosques y pastos que formaban parte del condado, así como también era señor de los campesinos y siervos. Sin embargo, se había adaptado con demasiada facilidad a aquel apellido escocés, lo mismo que a esa lengua poco refinada, y tenía miedo de que olvidara quién era en realidad y se convirtiera en uno de esos gigantes guerreros. «¿Y eso sería tan malo?», se cuestionó a sí misma. La imagen de Brodie acudió a su mente, provocándole un hormigueo, e hizo lo posible por alejarla de sí. No quería buscar una respuesta.

—Ven, diablillo, vamos a tomar un buen desayuno —le propuso Fiona a Allard al darse cuenta de que la joven necesitaba algunos minutos a solas—. Pronto comenzará la ceremonia y el día será largo.

Cuando abandonaron la habitación, cerrando la puerta tras ellos, Emily se sentó en el lecho y se cubrió el rostro con las manos, aunque no fue capaz de derramar más lágrimas. Un futuro incierto se extendía ante ella, un sendero que vislumbraba oscuro y, en cierto modo, aterrador, aunque también confiable y seguro. Y todo ello se debía al hombre que el Buen Dios iba a entregarle ese día como esposo.

Apenas un par de horas después, un rumor de pasos, risas y voces

llegó desde el exterior de la cabaña. Allard corrió a asomarse por la ventana.

—Viene mucha gente —informó a su madre y a Fiona. En su tono había una mezcla de entusiasmo y temor, que desapareció cuando pronunció las siguientes palabras—. ¡Es Brodie!

—Allard, apártate de la ventana —lo reprendió Emily.

Trató de ignorar el nudo que le apretó el estómago y centró la mirada en su hijo. Llevaba una camisa blanca limpia y vestía el tartán de los MacPherson. Se veía muy guapo, a pesar de que los pliegues que con tanto esmero le había hecho Fiona estaban ya torcidos. Al menos su cabello rubio aún se mantenía peinado.

Allard hizo un puchero de fastidio ante la orden de su madre, pero obedeció, retirándose con lentitud mientras echaba una ojeada al exterior.

—¿Por qué el *laird* lleva una cesta cargada con piedras? —le preguntó a Fiona, al tiempo que se sentaba en una de las sillas de la cocina, junto a su madre.

—Es la costumbre. El novio carga las piedras de un lado a otro de la aldea hasta que la novia le da un beso —le explicó al chico mientras desdoblaba el tartán del clan que colocaría sobre el hombro de Emily —, solo entonces sus amigos le permitirán dejar la cesta.

—¿Y si mamá no le da un beso?

—Entonces tendrá que cargar las piedras recorriendo todas las calles de la aldea.

Allard asintió, pensativo.

—No creo que a Brodie le guste eso, mamá, así que tendrás que darle un beso —señaló convencido—. ¿Lo harás?

«Por mí puede cargar esas piedras hasta que el Infierno se congele», pensó ella, entre nerviosa y molesta. Estiró los dedos, que tenía agarrotados sobre la túnica. Si seguía apretándolos con tanta fuerza, la tela se arrugaría.

Allard seguía aguardando una respuesta, con sus ojos castaños, llenos de inteligencia y una dulce inocencia, mirándola con fijeza. Estaba segura de que se daría cuenta de su miedo, así que trató de sonreír, aunque se sentía incapaz de responder.

—Claro que lo hará —contestó Fiona por ella. Le pidió con un gesto que se levantara y colocó el tartán de boda sobre su hombro izquierdo, cruzándolo sobre su pecho y atándolo a un lado de su cintura. Luego prendió con un alfiler un ramito de brezo—. Bueno, ya estás lista. Nunca creí que vería este día —añadió, limpiándose con un pañuelo las lágrimas que acudieron a sus ojos.

Se escucharon unos golpes sonoros en la puerta y los tres se volvieron hacia ella.

—Solicitamos que salga la novia. —Se escuchó una voz del otro

lado.

—Es el momento —comentó Fiona, dándole un ligero empujoncito a Emily, que no parecía dispuesta a moverse.

En realidad, estaba aterrada. Su corazón latía con violencia en el interior de su pecho y la opresión que sentía la privaba del aire que necesitaba para respirar. Pensó que, si salía por esa puerta, se desmayaría. En ese momento sintió la calidez de una mano pequeña que atrapó la suya. Bajó su mirada hacia Allard. Vio su sonrisa, animándola, y supo que él era la razón de toda su vida.

Se inclinó sobre su hijo, besó su cabeza de rizos dorados y acarició su mejilla con ternura.

—Haremos esto juntos.

—Pero yo no quiero casarme con Brodie —protestó el pequeño.

Emily se detuvo unos instantes. Abrió la boca y la volvió a cerrar sin pronunciar palabra. Solo cuando escuchó la carcajada de Fiona, permitió que sus labios se curvaran en una sonrisa. Tomó una inspiración y abrió la puerta.

El *laird* aguardaba delante de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. No comprendía por qué se sentía nervioso, al fin y al cabo aquello solo era un contrato. Se lo repitió un par de veces para intentar relajarse; sin embargo, en el momento en que se abrió la puerta de la cabaña y vio aparecer la figura de Emily, su cuerpo entero reaccionó a su presencia igual que una chispa de pedernal prendía la yesca.

Tuvo que obligarse a sí mismo a no moverse para recortar la distancia que los separaba. Si la primera vez que la vio en el bosque le pareció un hada, en ese instante le recordó a una de las antiguas diosas celtas que habitaron aquellas tierras. Su belleza parecía de otro mundo.

Tragó saliva y sus músculos se contrajeron a causa de la tensión mientras aguardaba a que ella se acercara para darle el beso que lo libraría de cargar las piedras, según la antigua tradición. Aunque, desde que había aparecido en el umbral de su puerta, tenía la sensación de habérselas tragado todas y de sentir su peso en el estómago. Clavó los ojos en los de ella y esperó.

Emily sintió el impacto de aquella mirada gris y se estremeció. Tuvo que reconocer que lucía muy apuesto con la camisa blanca, el tartán de bodas cruzado sobre el pecho y formando pliegues en la falda, y las botas altas, que permitían ver parte de sus fuertes pantorrillas. La brisa mecía su cabello cobrizo a media melena, despejando su atractivo rostro de rasgos marcados y mandíbula firme cubierta por una barba recortada.

Sintió el ligero apretón de la mano de Allard que tiró de la suya.

—Tienes que darle un beso —le recordó su hijo en un susurro.

Ella movió la cabeza de modo casi imperceptible en un gesto de asentimiento, aunque en realidad no deseaba hacerlo. No podía besarlo. No quería despertar recuerdos dolorosos y amargos. A pesar de todo, soltó la mano de Allard y avanzó, rogando que no le fallaran las piernas.

Evitó fijar la mirada en Brodie, en Gavin o en los otros guerreros —había descubierto que se trataba de la guardia personal del *laird*—, que formaban una muralla humana detrás de este, ni en la gente de la aldea que se había colocado a lo largo del camino, y la depositó sobre la preciosa yegua blanca de largas crines y cuello esbelto que esperaba paciente junto a Brodie. Sin embargo, cuando se detuvo frente a su futuro esposo, no tuvo más remedio que mirarlo. Antes de que perdiera el escaso valor que había reunido, apoyó las palmas de sus manos en el duro pecho de él y se alzó de puntillas para besarlo... en la mejilla.

Brodie gruñó cuando los aldeanos estallaron en vítores. «¿Qué demonios ha sido eso?», se preguntó, contemplando a la muchacha con el ceño fruncido. Ella mantenía la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre el regazo. Estas le temblaban de forma visible. Se tragó un juramento, molesto consigo mismo por haber esperado algo más de aquel beso y sentirse decepcionado. Quería probar la suavidad y dulzura de sus labios, que ella mantenía apretados en una fina línea; deseaba saborear el interior aterciopelado de su boca y lamer su piel, como una fruta prohibida.

—Será mejor que empecemos —comentó, dejando escapar un suspiro. Tendría que darle tiempo para acostumbrarse a él, aunque no demasiado o el miedo se enquistaría.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que pensaba hacer él, Emily se vio alzada de la cintura y colocada sobre la grupa de la yegua. Tuvo que morderse el labio para no gritar a causa de la sorpresa. No le daban miedo los caballos, sabía montar y estaba habituada a cabalgar, pero no había esperado que él la subiera sobre la montura de aquella manera tan... primitiva. Aún podía sentir el calor y la presión de sus manos fuertes sobre su cintura.

Mientras trataba de acomodarse a lomos del caballo, Brodie tomó impulso y subió tras ella. De inmediato sintió el calor de su cuerpo contra su espalda y sus músculos se agarrotaron por el terror que la asaltó cuando sus brazos la rodearon para tomar las riendas antes de azuzar al animal para que se pusiera en marcha.

Capítulo 13

Emily se aferró a las crines de la yegua para no caerse e intentó respirar con normalidad para controlar las náuseas que le sobrevinieron ante la cercanía de él. Se centró en el camino, de forma que su mente permaneciera ocupada en otra cosa que no fueran las sensaciones y los recuerdos que querían apoderarse de ella.

Se fijó en que todos los aldeanos se habían colocado en dos filas, flanqueando el camino. Todos lucían sus mejores galas, y las mujeres llevaban en los brazos ramos de brezo. Si no se hubiera encontrado tan asustada, probablemente habría apreciado más la maravillosa visión que suponía.

Poco a poco fue consciente de que, a pesar de la forma en la que cabalgaban, Brodie no la tocaba, excepto por el roce ocasional de su rodilla desnuda contra su muslo, y comenzó a relajarse. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que había dejado atrás a Allard y volvió la cabeza, solo para encontrarse con el amplio pecho del *laird*, que le tapaba la visión.

—Va montado con Gavin —le dijo él, como si supiera lo que la inquietaba—. Vienen detrás de nosotros.

Ella alzó el rostro hacia él unos instantes. Era un hombre que se veía cómodo consigo mismo. Su semblante exudaba una mezcla de arrogante orgullo, confianza y seguridad. Emily lo envidió por ello. Cuando él clavó su mirada sobre ella, enseguida apartó la suya.

—Gracias —respondió, al percatarse de que no le había agradecido por aliviar su preocupación.

Él emitió un sonido gutural, como una especie de gruñido, en señal de reconocimiento. No era hombre que derrochase las palabras; sin embargo, sus gestos decían mucho más, comprendió Emily en ese momento. Giles la había halagado desde el primer instante en que se conocieron, palabras que habían resultado ser vanas y huecas, una tela de araña que había tejido en torno a ella. Brodie, por el contrario, había sido parco en discursos, casi siempre rudo y directo, pero, de alguna manera, con él se sentía segura y libre. Además, «huele muy bien», pensó cuando la brisa que soplaba le trajo el perfume del brezo mezclado con el aroma a madera, a cuero y a algo más que no lograba identificar.

—Ya hemos llegado.

A ella le sorprendió que, perdida en sus pensamientos, no se hubiese dado cuenta de que el camino se terminaba. Al llegar a la plaza, su

asombro creció aún más. Habían colocado en el centro una pequeña tarima sobre la que se alzaban algunos postes, a modo de cenador, engalanados con guirnaldas y flores de brezo. Se accedía a ella a través de una pequeña escalinata, y todo alrededor la habían adornado con ramos de flores blancas que exhalaban un perfume dulce y penetrante.

Brodie descendió de la yegua de un salto y se detuvo frente a ella, tendiéndole los brazos para ayudarla a desmontar. Emily inspiró hondo y apoyó sus manos sobre los hombros de él. Cuando sintió aquellas manos grandes que abarcaban su cintura y la alzaban en vilo, como si no pesase más que una pluma, se estremeció. Una vez que sus pies tocaron el suelo, se volvió hacia la yegua y, tras permitirle que la oliera, se entretuvo en acariciar la testuz del animal en un intento porque su corazón recuperase un ritmo normal.

—¿Sabes montar? —le preguntó Brodie.

Maldijo en silencio que su voz sonase algo más ronca y espesa, pero le había costado un esfuerzo enorme no tocarla durante el trayecto de la cabaña a la aldea y no pegarla a su cuerpo cuando la ayudó a descender. El miedo que emanaba de ella era palpable, y empezaba a sospechar que su historia ocultaba algo más que un marido que la había golpeado.

Volvió a asaltarlo el deseo de protegerla y, junto a este, el de lograr que confiara en él, que abandonase sus miedos cuando se encontrara a su lado. Quería verla sonreír, que le sonriera a él, en lugar de apartar temerosa la mirada de su rostro.

—Sí, lo he hecho. Solía salir a pasear por los campos de alrededor de... —Se interrumpió al darse cuenta de que había estado a punto de desvelar uno de sus secretos. «Tengo demasiados», reconoció con pesar. Tal vez, como decía Fiona, tendría que ir contándole poco a poco la verdad. Aunque quizá en otro momento, se dijo—. ¿Tiene nombre? —le preguntó, intentando desviar la atención de su error, mientras palmeaba el cuello del animal.

—El que desees ponerle. Es tuya, como regalo de bodas.

Emily se volvió a mirarlo con aquellos ojos bellos e inocentes que encerraban algo cautivador. «Como una sensación de hogar», pensó.

—¿Mía? —Una emoción extraña le caldeó el corazón.

Brodie asintió. Los aldeanos iban llegando a la plaza y colocándose alrededor de la tarima para presenciar la ceremonia. Sus hombres también habían llegado, así que le hizo un gesto a Owen para que se ocupara de la yegua.

—Él se encargará del animal —le dijo a Emily cuando el muchacho se acercó y tomó las riendas—. El padre Patrick nos aguarda.

Ella se volvió, sorprendida por sus palabras, y el pánico trepó de nuevo por su estómago, su pecho y su garganta cuando comprobó que

él decía la verdad. Sobre la tarima había un monje, de aspecto delgado y fibroso, que parecía aguardar con paciencia a que todo el mundo ocupase su lugar. Miró hacia donde Owen se estaba dirigiendo con la yegua y descubrió allí a Allard, que le hizo un alegre saludo con la mano, y a Fiona. De inmediato se tranquilizó y supo que, en el momento en que subiera aquellos pocos peldaños de madera, ya no debería mirar atrás ni rumiar en su pecho arrepentimientos.

Alzó la cabeza con orgullo, imbuyéndose del valor que necesitaba para dar el paso, y se recordó a sí misma quién era, lady Emily de Lingwood, antes de aceptar la mano que Brodie le tendió para ayudarla a subir la escalera.

El padre Patrick la recibió con una afable sonrisa.

—Bienvenida, hija, ¿estás preparada para tu boda? ¿Necesitas que te escuche antes en confesión?

Brodie se plantó a su lado con los brazos cruzados.

—No lo necesita, padre. Ella no es una pecadora.

El sacerdote frunció el ceño, sin dejarse amilanar por la arrogancia prepotente del *laird*. Hacía tiempo que atendía espiritualmente a los guerreros MacPherson y, a pesar de que resultaban intimidantes, había llegado a apreciarlos, sabiendo que, en el fondo, no eran tan salvajes.

—No digo que lo sea —aclaró, dirigiéndole una sonrisa tranquilizadora a la muchacha—, pero puede que haya algo que desee confesar. No puedes negarle ese derecho, *laird* Brodie.

—Pues que lo haga después de la boda —espetó con tono seco. No le agradaba la idea de que el padre pudiera hacerle cambiar de opinión contándole ciertas cosas.

—Creo que eso tendría que decidirlo la muchacha —insistió el padre Patrick. Ignorando el gruñido de Brodie, se volvió hacia ella—. ¿Cuál es vuestro nombre, hija?

—Emily de Lingwood, padre —respondió, sorprendida de que el monje se atreviese a contradecir al guerrero.

—¿Sois inglesa? —le preguntó extrañado al escuchar el suave acento escocés.

—Es una MacPherson —declaró Brodie, molesto con tanta cháchara.

Se sorprendió al ver que Emily le dirigía una mirada reprobatoria y tuvo que contener la sonrisa que pugnó por asomar a sus labios. Prefería verla así que con miedo, sobre todo el día de su boda.

—Sí, padre, soy inglesa —repuso con educación, puesto que se trataba de un hombre de Dios—. Podéis proceder con la ceremonia, si gustáis.

—Espero que estéis segura de lo que hacéis, muchacha —masculló, sacudiendo la cabeza—. ¿Están presentes los testigos?

Brodie asintió e hizo un gesto. Enseguida Gavin condujo a Angus y a Fiona hacia el entablado. Emily contuvo la respiración, emocionada.

Fiona era como una segunda madre para ella y el anciano le recordaba a su propio abuelo, además del hecho de que conocía a Walter. Miró al *laird* y le dirigió una tímida sonrisa de agradecimiento.

Él sintió una sacudida en todo su cuerpo al verla, como si lo hubiera coceado un caballo. Si no hubiera parecido un salvaje, se la habría cargado sobre el hombro para conducirla a la fortaleza, lo que sin duda habría provocado que el padre Patrick echase tras él a todos los demonios. «Aunque, por una mujer así, merecería la pena caminar sobre el fuego del Infierno», pensó, contemplando la belleza de su perfil.

—Bien, comencemos entonces con la ceremonia —dijo el padre Patrick.

El estómago de Emily sufrió un vuelco y su corazón comenzó a latir con tanta rapidez que la sangre se agolpó en sus oídos. Intentó prestar atención al largo discurso en gaélico que pronunciaba el sacerdote, pero solo podía pensar en que, cuando este terminara, sería la esposa de Brodie. Lo observó de reojo y vio que fruncía el ceño, un gesto que era habitual en él cuando estaba molesto o impaciente, por lo que había podido descubrir.

Siguió observándolo durante un buen rato, preguntándose cómo sería su vida con él. Siempre había vivido con su abuelo. Poco después de descubrir que se hallaba embarazada, Walter la envió a un convento por temor a que sir Bertram, al conocer la existencia del niño, único heredero del condado, decidiese aprovechar la oportunidad para hacerse con las tierras que codiciaba desde hacía tiempo —de hecho, él estaba convencido de que había sido el barón el causante del accidente que les costó la vida a los padres de Emily—. Las religiosas la trataron bien, pero cuando Allard aprendió a caminar, ella sintió pena al comprender todo lo que su abuelo se estaba perdiendo, pues su hijo crecía muy deprisa, y deseó volver a Lingwood.

Fue un error. Cuando llegó al castillo, su abuelo se mostró emocionado, aunque poco después su alegría se trocó en preocupación. Sir Bertram y su hijo supieron de la existencia de Allard y se presentaron ante Walter para exigir que Giles y ella se casaran, bajo amenaza de acudir al rey Juan si se negaba, cosa que hizo su abuelo. Con la intención de protegerlos, quiso enviarlos a escondidas de vuelta al convento. Sin embargo, fueron descubiertos. Mataron a los soldados que los acompañaban y a ellos los condujeron al castillo del barón.

Los días que vivió con Giles, antes de que lograra escapar con la ayuda de una sirvienta, fueron una pesadilla. Al principio intentó persuadirla con palabras para que se casara con él, luego pasó a las amenazas y, finalmente, a los golpes, sin importarle que Allard

estuviera presente. Cuando ella descubrió que habían enviado una misiva al rey Juan para que permitiese aquel matrimonio a pesar de la negativa del viejo conde, supo que tenía que huir. Si no lo hacía, corría el riesgo de que su abuelo le declarase la guerra al barón —y con ello al rey Juan— o de terminar casada con Giles, el hombre al que había llegado a despreciar, y a temer, con toda su alma.

Abandonó sus recuerdos cuando Brodie se volvió hacia ella y alzó una ceja interrogante. Sintió que sus mejillas se teñían de rubor y centró su atención en el padre Patrick. Entonces se dio cuenta de que el sacerdote también la miraba como si aguardara algo. Se sintió confusa y comenzó a ponerse nerviosa. ¿Tenía que pronunciar ya los votos?

—El tartán, muchacha —le dijo el *laird*, emitiendo un suspiro resignado.

Ella miró la ancha franja de tela que llevaba cruzada al pecho, pensando si acaso se le habría torcido; sin embargo, estaba tal y como Fiona se lo había colocado. Dirigió a esta una mirada suplicante y la mujer se adelantó.

—Hombres —masculló al tiempo que desataba el nudo de su cintura —, creen que con solo una palabra basta para comprender lo que quieren.

Emily se horrorizó al ver que Fiona rasgaba el tartán, separando un listón, antes de volver a colocárselo sobre el hombro. Vio que Brodie hacía lo mismo con el suyo y le entregaba al sacerdote el trozo cortado al mismo tiempo que lo hacía Fiona.

El padre Patrick tomó ambos y los ató en un nudo por uno de los extremos, formando una sola cinta con los dos.

—Poned vuestra mano derecha sobre la del *laird* —le indicó a Emily. Cuando ella lo hizo, algo titubeante, colocó el listón alrededor de sus manos unidas—. Lo mismo que esta tela une vuestros cuerpos, que el amor y la bendición del Dios Todopoderoso una vuestras almas en una sola, de tal modo que participéis por igual de las tristezas y las alegrías, del dolor y el bienestar. Aprended a caminar juntos en la misma dirección, compartiendo las cargas. Que este vínculo se afiance día a día y el amor os haga más fuertes y más libres, y perdure hasta la eternidad.

Mientras escuchaba las palabras del sacerdote, Emily se sintió sobrepasada por lo que estaba haciendo. En ese momento, todo cuanto la rodeaba tomó una nueva dimensión: la cúpula de ramaje y flores sobre su cabeza, el aire perfumado a su alrededor, su vestido de novia, el ritual de la ceremonia y, sobre todo, la mano grande y cálida que sujetaba la suya con una delicada presión que le infundió paz y seguridad.

—Podéis pronunciar ahora vuestros votos —concluyó el padre.

—Yo, Brodie MacPherson, te tomo a ti, Emily de Lingwood, por esposa. Juro ante Dios que te protegeré siempre y cuidaré de ti. Te entrego mi respeto y mi confianza. Mi fuerza será tu fuerza; mi corazón y mi brazo te pertenecerán por el resto de los días que permanezcamos juntos.

Tras el silencio que siguió a sus palabras, Emily dejó escapar el aire que había estado conteniendo mientras clavaba su mirada en los ojos grises de él y pronunciaba sus propios votos, mucho más sencillos.

—Yo, Emily de Lingwood, te tomo a ti, Brodie MacPherson, por esposo. Prometo cuidar de ti y de tus cosas con dedicación, apoyarte en todo, respetarte y serte fiel.

El padre Patrick suspiró con resignación. Ninguno había hablado de amor. Por eso, mientras invocaba sobre ellos la protección de Dios para concluir la ceremonia, se atrevió a pedirle que, en el camino que estaban por iniciar, ambos encontraran el amor, de tal forma que al cabo de un año y un día, él pudiera celebrar la verdadera ceremonia nupcial en la capilla que el anterior *laird* había mandado construir al lado del castillo. Luego hizo sobre ellos la señal de la cruz, bendiciendo su unión.

Todo quedó en silencio, un silencio expectante que flotó en el aire junto con el aroma del brezo, y Emily se preguntó si todavía faltaba algo más por hacer.

—Muchacha, todos esperan que beséis a vuestro esposo —señaló el padre Patrick.

«Mi esposo». La palabra recorrió su piel y penetró en todos los recovecos de su cuerpo, acelerando su corazón. Se volvió hacia él y, sin poder evitarlo, su mirada se dirigió hacia los labios masculinos, perfilados por la ligera barba que cubría su mandíbula. El recuerdo de otra boca sobre la suya la asaltó y le sobrevinieron las náuseas. Cerró los ojos y se preguntó de dónde iba a sacar el valor para hacerlo.

Brodie sintió el temblor de la mano que el lazo del tartán mantenía unida a la suya y percibió la renuencia de ella a besarlo. Supuso que el malnacido de su anterior marido había logrado, con sus maltratos, que Emily temiese el contacto íntimo. Maldijo en su interior al hombre y juró que él borraría la impronta de ese miedo en su cuerpo.

Tiró con delicadeza de sus manos atadas y la atrajo contra su pecho, colocando su mano libre en la cintura de ella. La notó estremecerse como un pajarillo caído del nido y se obligó a ir despacio, a pesar del deseo que corría por sus venas. Clavó la mirada en sus labios, que ella humedecía arrastrada por el nerviosismo, e inclinó la cabeza con lentitud, dándole tiempo para que comprendiera sus intenciones. Esta vez no pensaba dejar que lo besara en la mejilla.

Emily tuvo un acceso de pánico cuando vio que él se disponía a besarla. Sin embargo, aunque hubiera querido, no habría podido

escapar, puesto que se hallaba por completo a su merced. Así que solo suplicó que acabase cuanto antes.

Primero sintió un ligero roce sobre sus labios, tan suave que creyó haberlo imaginado. Después percibió la calidez de la boca masculina sobre la suya, aunque su toque era delicado, apenas una presión. Se sobresaltó cuando la lengua de él humedeció la carne tibia de sus labios con una leve pasada que le provocó un cosquilleo e hizo que los entreabriese. Entonces Brodie aprovechó para colarse en el interior de su boca y ella se tensó, notando el impulso de rechazarlo. Sin embargo, la repulsa que esperaba sentir fue sustituida por una sensación extraña de bienestar. Un ligero mareo la acometía cada vez que la lengua que se movía en su interior en una danza lenta, rebosante de energía contenida, rozaba la suya propia, tentándola para que saliese a su encuentro.

Se aferró con su mano libre a la camisa de Brodie, sin saber si rogar para que se detuviera o para que no lo hiciera. Cuando él puso fin a aquel beso, ella se sentía temblorosa y vulnerable, y respiraba con dificultad. Se miró en sus ojos y descubrió en aquel mar grisáceo un brillo que nunca antes había visto, una estrella en el oscuro firmamento de su vida, una luz cálida que podía cambiar toda su existencia. Y tuvo miedo.

La sobresaltó el estruendo de los miembros del clan que estallaron en vítores por la nueva lady MacPherson.

Capítulo 14

Brodie le ofreció la mano a Emily para ayudarla a bajar de la tarima y ya no se la soltó. Era pequeña y parecía perdida dentro de la suya. Notó la suavidad de su piel y también la frialdad de sus dedos, y se los apretó con delicadeza.

Aquel beso lo había trastornado más de lo que le habría gustado reconocer, pero también había despertado en él muchas preguntas. Aún percibía el dulce sabor de ella en sus labios, embriagador y adictivo, con una mezcla de inocencia que no esperaba encontrar en una joven viuda. Y esto último era lo que mantenía su ceño fruncido.

Miró de reojo a Emily. Su palidez lo alarmó. Conforme los rodeaba la gente, ella se iba apretando contra su costado y pudo notar cómo temblaba; supuso que no se daba cuenta de la fuerza con la que ceñía su mano, a pesar de ser tan menuda. Echó un vistazo alrededor hasta que localizó a Gavin y le hizo un gesto con la cabeza. Lo vio asentir, comprendiendo lo que necesitaba, y se volvió hacia Emily.

—¿Te encuentras bien?

—Yo... —No, no se sentía bien. Había demasiadas personas alrededor de ella y no sabía dónde se encontraba Allard. ¿Y si le sucedía algo?—. Necesito...

—Owen está cuidando de Allard, no le ocurrirá nada.

Ella oyó sus palabras en medio de aquel incómodo zumbido que llenaba sus oídos y le sorprendió que se hubiera dado cuenta de su preocupación. También se percató de que había ordenado a Gavin, Ken y Alec que se colocasen a su lado, rodeándolos y manteniendo alejados, con su presencia, a los entusiasmados miembros del clan que celebraban sus esponsales. Se volvió a mirarlo y se perdió en la plácida calma de sus iris grisáceos. No llegaba a comprender a ese hombre. Por fuera parecía duro, rudo, salvaje e indomable; sin embargo, y a su modo, poseía una dulzura que la atraía. Era considerado, franco, se preocupaba por los suyos y, en ocasiones, mostraba un lado tierno y vulnerable que desdecía su fiereza.

—¿Por qué me tratáis así?

La pregunta brotó espontánea del interior de su alma, allí donde las atenciones de Brodie actuaban como un bálsamo sobre sus heridas, despertando sentimientos que no deseaba. Lo vio fruncir aún más el ceño, en un claro indicio de que se sentía confuso.

—¿Así cómo?

—¿Por qué os preocupáis por mí?

—Porque eres mi esposa.

Emily negó con la cabeza.

—Ya lo hacíais antes de que lo fuera. ¿Por qué?

—¿Es necesario que haya una razón?

Ella apretó los labios en señal de desacuerdo.

—Nadie hace nada sin ningún motivo —le aseguró. La vida le había enseñado esa lección.

Brodie dejó escapar un suspiro.

—Mi padre me adiestró desde niño en el manejo de la espada y me preparó para ser el *laird* del clan —le explicó mientras ascendían el camino que conducía a la fortaleza—. Cuando me entregó su claymore me recordó que la espada no servía para imponer la propia voluntad sobre los demás, sino para defender a los más débiles e indefensos y para proteger aquello que amamos. Me enseñó que mi brazo y mi corazón debían servir a los miembros del clan MacPherson. Y tú, mujer, te convertiste en uno de ellos en cuanto comenzaste a vivir en mis tierras... aunque fuera sin mi permiso.

Emily se ruborizó ante aquella última mención. Reflexionó sobre sus palabras. Puede que fueran ciertas, pero ¿de verdad podía existir alguien tan noble? Incluso su abuelo actuaba en ocasiones llevado por intereses políticos, si bien eso no quería decir que abusase de los demás. Se sentía confusa, y se preguntó si, en realidad, no estaba buscando alguna excusa para apartarse de aquel guerrero que sacudía sus incertidumbres como el viento las copas de los árboles. Tenía miedo de volver a confiar en un hombre, y su temor se acrecentó al darse cuenta de que deseaba poder hacerlo en él.

—Pero yo no soy... —Acababan de cruzar el patio que daba acceso al castillo y los muros de piedra gris se alzaron imponentes ante ella. Un estremecimiento recorrió su cuerpo y volvió a centrarse en Brodie—. Quiero decir, por qué...

Un jadeo de pánico escapó de sus labios cuando él la levantó del suelo y la tomó en brazos.

—Piensas demasiado, esposa mía —la reprendió mientras la mantenía pegada a su pecho y atravesaba con ella el portón principal, que había sido adornado con guirnaldas.

—¿Qué hacéis? —exclamó Emily horrorizada. Él era demasiado alto, demasiado sólido y muy cálido. A pesar de todo, se aferró a su cuello. Vio la sonrisa burlona que asomó a los labios masculinos y sintió un revoloteo en el estómago—. ¡Bajadme ahora mismo!

—No puedo. Como *laird*, tengo que respetar nuestras costumbres y tradiciones, y pasar el umbral de la casa con la novia en brazos es una de ellas. ¿No crees que daríamos mal ejemplo?

Emily apretó los labios al ver que él le guiñaba un ojo, y no pudo evitar que la asaltara el mal humor al mismo tiempo que un rubor

cubría sus mejillas cuando observó por encima de su hombro los rostros sonrientes de los guardias que los seguían.

—Pues ya hemos entrado, ahora podéis bajarme —le pidió en un susurro.

El cuerpo de Brodie se tensó cuando el cálido aliento de ella rozó su oreja. Deseó volver la cabeza y atrapar sus labios de nuevo. Quería saborearla despacio y arrancar suaves gemidos de su deliciosa boca. Sabía que no podía hacerlo, o ella volvería a asustarse, así que se limitó a apretarla más contra su pecho, embriagándose de su aroma.

—No hasta que me llames por mi nombre, mujer, y dejes de tratarme de vos.

Emily se sentía mortificada, porque él se había detenido en medio del enorme salón comedor y los sirvientes que estaban terminando de aderezar las mesas para el banquete los miraban entre curiosos y divertidos.

—Por favor, os lo ruego —le suplicó, cohibida por ser el centro de atención, ya que el salón se iba llenando poco a poco con los comensales. Al encontrar su mirada, se dio cuenta de que no parecía dispuesto a ceder—. Por favor..., Brodie —repitió, dejando escapar las palabras en un trémulo suspiro.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad, esposa mía? —le dijo mientras la depositaba con lentitud sobre el suelo y sonreía satisfecho.

Ella apenas pudo concentrarse en darle una respuesta. Aquella manera de sonreír lo convertía en un hombre sumamente atractivo y hacía que su corazón latiese a un ritmo apresurado. Desvió la mirada y buscó a Allard en aquel mar de rostros que la rodeaban. Por un instante, sus ojos se cruzaron con los de una joven. Era muy hermosa, de cabello negro y figura voluptuosa. Pero lo que le llamó la atención fue el desprecio que desprendía su mirada y que provocó un nudo en su estómago.

La visión de Allard, que apareció en ese momento de la mano de Fiona, disipó aquella sensación extraña que la había asaltado. Su hijo sonreía y caminaba dando pequeños brincos a causa de la excitación. Se volvió hacia Brodie, quien seguramente continuaba aguardando su respuesta, y se dio cuenta de que él tenía la mirada clavada en Allard. En el gris de sus ojos había un brillo de afecto y ternura. Emily sintió que su corazón se expandía en su pecho. «Tal vez lo he hecho bien», reflexionó. Quizá no se había equivocado al aceptar la propuesta del *laird*. El tiempo lo diría.

Brodie apartó la mirada del niño y la posó sobre la madre. Sus ojos azules como el cielo escocés se hallaban fijos sobre él, y pudo percibir en ellos algo parecido a la calidez justo antes de que desviara la vista. De buena gana la habría vuelto a besar, pero el salón comedor se había llenado ya con los principales invitados al banquete —para el

resto de los miembros del clan se habían dispuesto mesas con comida en el patio principal, frente a la fortaleza— y aguardaban a que diese comienzo la celebración. Además, aún quedaba una cosa importante por hacer.

—Emily, ¿te ha explicado Angus lo que debes hacer ahora?

Ella recordó a lo que se refería y asintió. Cuando Brodie le hizo un gesto a Gavin y este mandó callar a los comensales, se inclinó en una reverencia ante el *laird* para recitar el juramento de lealtad. Lo había escuchado cientos de veces de los vasallos de su abuelo, pero nunca imaginó que un día le tocaría pronunciarlo a ella en medio de un silencio ostensible.

—Yo, Emily de Lingwood, en este día juro por mi fe lealtad al *laird* del clan MacPherson. Prometo conducirme con honor y dignidad en todo lo referente a sus mandatos y voluntad, obedeciendo las legítimas órdenes concernientes al clan. Y juro ser fiel a las leyes y costumbres del clan, y servirlo según mis conocimientos y capacidad.

—Que todos aquí sean testigos de que yo, Brodie MacPherson, *laird* del clan MacPherson, escucho y acepto tu juramento de fidelidad, prestado de buena fe. A su vez, me comprometo a defenderte y apoyarte a ti y a los tuyos, con palabras, hechos y fuerza. Aquellos que se mantengan fieles a este juramento serán recompensados con nuestro favor. Aquellos que olviden este juramento y rompan la fe depositada en ellos serán recompensados con nuestro juicio y nuestra terrible ira. Ahora, levántate y vive tu vida guardando el honor y la cortesía por encima de todo.

Tras las palabras de él, ella se alzó y sus miradas se entrelazaron. Durante unos instantes, solo pudo oír el latido de su propio corazón, y tuvo la sensación de que si hubiera podido escuchar el de Brodie, ambos latirían al unísono. Se habían unido, primero, ante Dios, y ahora ante los miembros del clan. Era como si se hubiese creado entre ellos un vínculo casi tangible, de forma que podía sentir dentro de sí una fuerza que tiraba de ella hacia él. Un estallido de vítores rasgó el aire y Emily jadeó, permitiendo que el oxígeno llegase a sus pulmones. Solo en ese momento se dio cuenta de que, con la mirada puesta en Brodie, casi se había olvidado de respirar.

Él le tendió una mano y ella depositó la suya encima, permitiendo que la condujera hacia los asientos principales de la alargada mesa que presidía el comedor. El resto de las mesas se apilaban alrededor, en forma de u, dejando un amplio espacio en el centro del salón. Se acomodó sobre el banco de madera, a la izquierda de Brodie, mientras que Gavin lo hizo a su derecha. Junto a ella se sentó Angus, seguido de Allard, que se removía inquieto en su asiento, y Fiona.

Le habría gustado que esta se sentara a su lado, porque estar acomodada entre los dos hombres la ponía nerviosa. Por suerte,

Brodie se hallaba entretenido hablando con Gavin. Observó al resto de comensales mientras ocupaban sus asientos. No conocía a casi nadie y se sentía como una intrusa. Se preguntó qué pensarían de que su *laird* se hubiese desposado con una mujer inglesa que, además, tenía un hijo. Probablemente no les agradaría la idea, a pesar de que el Consejo había aprobado la decisión de Brodie.

Su mirada recayó sobre un grupo de mujeres que charlaban animadas en una de las mesas cercanas a la que ocupaban Alec, Ken, Owen y otros guerreros. Ken les dijo algo y ellas se echaron a reír.

—Angus —llamó al anciano. Este se inclinó hacia ella para poder escucharla en medio de la algarabía que llenaba el salón—. ¿Quién es la joven que está hablando con Ken?

Él volvió la cabeza y escudriñó el comedor.

—Se llama Muriel. Es hija de Dermont y nieta de Aldrich.

—Es muy bella. —Tenía una larga melena negra que sujetaba en una trenza adornada con flores silvestres, un rostro ovalado de cutis rosado y labios sensuales, y unos ojos de un azul intenso—. ¿Está casada?

Angus se rascó la barba, como si tuviera dudas sobre la conveniencia de decir lo que sabía al respecto o guardar silencio. Al final dejó escapar un suspiro y se acercó para hablarle en voz baja.

—No lo está. Creo que tenía la esperanza de que el *laird* la escogiera por esposa. —Se encogió de hombros y añadió—: Como algunas otras jóvenes de la aldea.

Emily asintió. Esa debía de haber sido la razón por la que le había dirigido antes aquella mirada de desagrado, pensó. Como bien había supuesto, no todo el mundo estaba de acuerdo con la decisión de Brodie.

—Mamá.

—¿Qué ocurre, Allard? —le preguntó, preocupada, al ver el gesto afligido en su rostro infantil.

—¿Puedo sentarme con Michael y Owen?

Suspiró aliviada al saber que solo se trataba de eso; era normal que Allard prefiriera estar acompañado por gente más joven. Abrió la boca para responder, pero se dio cuenta de que ya no le correspondía a ella tomar esa decisión.

—Tienes que preguntarle al *laird*.

Él cambió el peso de un pie a otro, nervioso, y asintió. A Emily se le encogió el corazón al verlo así. La situación había cambiado mucho para los dos y ambos tendrían que aprender a adaptarse.

Viendo que Allard no se atrevía a interrumpir la conversación de Brodie y que ni él ni Gavin parecían darse cuenta de la presencia del niño, se atrevió a intervenir.

—Brodie. —Lo llamó por su nombre, como él le había pedido, para

intentar paliar la contrariedad que pudiera suponerle la interrupción y evitar que se enfadara.

Notó la tensión que agarrotó sus músculos cuando tocó su espalda con la mano para atraer su atención, y tuvo miedo de su reacción. Sin embargo, cuando se giró hacia ella, su semblante solo mostraba el ceño fruncido, tan habitual en él que ya no la intimidaba tanto. La luz de las antorchas incidía en sus ojos grises, bañándolos de motitas doradas que le otorgaban calidez a su mirada. Sintió un temblor en sus entrañas, como un fuego líquido que se expandía por su cuerpo. Sin poder evitarlo, su vista se desvió hacia sus labios y se descubrió a sí misma pensando que no le importaría que volviera a besarla, porque su beso había borrado, en cierta medida, el recuerdo de los de Giles.

La voz profunda de él la arrancó de sus pensamientos y se sonrojó al darse cuenta de los derroteros que había tomado su mente.

—¿Qué sucede?

A pesar de haberle dado la espalda, Brodie había sido consciente en todo momento de la presencia de su esposa. Cuando ella había pronunciado su nombre con aquel tono dulce y cautivador, sintió el tirón del deseo en su ingle, y cuando lo tocó, todo su cuerpo reaccionó como si le hubieran aplicado un hierro al rojo vivo. Deseó poder sentir el roce suave y delicado de su mano sobre su piel ardiente, enredar los dedos en sus cabellos de seda y atrapar en su boca los gemidos femeninos mientras se hacían el amor el uno al otro.

Ella era una hechicera que lo había embrujado. Sin embargo, estaba seguro de que una vez que hubiera saciado su deseo, su vida retornaría a la normalidad y podría concentrarse de nuevo en su espada y en sus obligaciones, como debía de ser. Como había jurado que sería toda su vida.

Apartó la mirada de Emily y la centró en Allard, que se removía nervioso en el sitio. Su madre le dio un ligero empujón para que hablara.

—¿Puedo sentarme en la mesa con Michael y Owen? —preguntó por fin, después de un silencio en el que había intentado reunir el valor necesario para hacer su petición, ya que no sabía si Brodie se enfadaría por no querer sentarse a la mesa con él.

—Si es lo que deseas, puedes hacerlo.

Allard soltó el aire de golpe y sonrió con el ánimo más tranquilo.

—Gracias, Brodie.

Tanto Emily como él lo siguieron con la mirada hasta que se encontró acomodado entre sus nuevos amigos.

—Lo has criado bien —le dijo a ella, volviéndose a mirarla—. Se convertirá en un gran hombre. Su padre estaría orgulloso de él —declaró con intención. Quería que confiara en él; no deseaba que ese matrimonio se fundase sobre secretos o medias verdades.

Emily apretó los puños sobre el regazo y el estómago se le revolvió al escuchar sus últimas palabras.

—Ese hombre solo se aprecia a sí mismo —espetó con un matiz de repulsa y odio en su tono.

No fue consciente de su desliz, pero Brodie sí, y su ceño se hizo más profundo al darse cuenta de que ella había usado el presente. Quiso creer que Emily no se habría casado con él sabiendo que su esposo estaba vivo, ya que la bigamia era un pecado que la Iglesia castigaba con dureza. Tampoco Fiona lo habría permitido. Pero si no se trataba de una mujer viuda, como había creído en un principio, eso significaba que ella se había entregado a un hombre que luego la había engañado, negándose a desposarla.

El pensamiento de que Emily hubiese amado a un hombre, arrojándose en sus brazos para luego ser despreciada, provocó en él una ira visceral. De haberlo tenido delante en ese momento, lo habría golpeado sin piedad.

—Todos aguardan a que dé comienzo el banquete —le recordó Gavin a su lado.

Brodie controló su rabia y asintió con una seca cabezada. Después le hizo un gesto a Isobel, que esperaba su señal para que entrasen los siervos con los platillos.

Capítulo 15

La comida había sido abundante y la bebida había corrido entre los comensales como un río fuera de cauce, desencadenando que el volumen de las voces aumentase en el interior del salón.

Emily acusó el cansancio que el nerviosismo del día y el desvelo de la noche anterior le habían provocado. De buena gana se habría retirado del banquete, pero sabía que no podía hacerlo sin el permiso de Brodie, y no deseaba pedírselo. Además, Allard parecía estar disfrutando, lo había visto sonreír en diversas ocasiones con lo que fuera que le contaban Owen, Alec y Ken. Su hijo se había ganado el corazón de aquellos curtidos guerreros, que lo cuidaban y se preocupaban por él, y tuvo que reconocer que todo se lo debía a Brodie.

Él se puso de pie en ese momento y, poco a poco, el salón quedó en silencio.

—Me gustaría hacer un brindis —propuso, levantando su copa. Todos los invitados elevaron la suya—. Por lady MacPherson. Espero que todos mostréis hacia ella la consideración y el respeto que merece como mi esposa y señora del clan. Alzad las copas en su honor y bebed. *Slàinte mhath!*

—¡Larga vida al *laird* y a su esposa!

Las voces llenaron el lugar y se escuchó el entrechocar de las copas. Emily se puso nerviosa cuando todas las miradas convergieron sobre ella.

—Y ahora, ¡que comience el baile!

Los músicos, que se hallaban en un rincón aguardando la señal, comenzaron a tocar los instrumentos. Las notas de una alegre melodía flotaron en el aire y el ambiente se volvió festivo. Algunas parejas salieron al centro del salón y comenzaron a bailar al son de la música mientras el resto los acompañaban con las palmas.

Emily comenzó a relajarse en su asiento, olvidando por unos instantes que el motivo de la celebración eran sus esponsales. Recordó las veladas en el castillo de Lingwood: los bailes, la música del laúd y de la flauta, las joyas que lucían las damas, el aroma de las flores y de la cera, la galantería de los caballeros... Su abuelo solía decirle que ella era la flor más preciosa entre todas las damas. El recuerdo le puso un nudo en la garganta.

—¿Sabes bailar, muchacha?

Se volvió hacia Angus, con el que había conversado durante algunos

momentos de la comida. Se había percatado de que entre Fiona y el anciano existía una cierta tensión que se fue convirtiendo en malestar conforme avanzó el tiempo. Quizá por eso se había dirigido en ese momento a ella, o tal vez fuese porque había visto la melancolía en su mirada.

Sus ojos se desviaron hacia los aldeanos que danzaban. Se movían con pasos rápidos y enérgicos, combinados con giros y cambios de dirección. Con cada vuelta y salto que daban las parejas, los hombres dejaban ver sus muslos, delineados por músculos poderosos, y los tartanes se agitaban, creando un espectáculo digno de verse.

—Sé bailar, pero desconozco este tipo de danza.

—Es un *reel* escocés, muchacha.

—Parece difícil.

Angus se acarició la barba.

—En mis tiempos fui un gran bailarín, aunque ahora estos pobres huesos no me dejarían enseñarte. Pero...

Se interrumpió al ver acercarse a algunos aldeanos que aprovecharon el momento para ofrecer sus parabienes a la pareja. Emily se esforzó por sonreír y por recordar los nombres de los que le eran presentados.

—Aldrich, ¿qué demonios haces? La muchacha ya te conoce.

—¿Acaso se te ha secado el cerebro o has perdido la vista? Mira quién me acompaña —refunfuñó el consejero—. Mi nieta desea presentar sus respetos. Lady MacPherson, esta es mi nieta Muriel.

Emily miró a la muchacha y sintió envidia, no de su belleza, sino de la seguridad y confianza que emanaba de ella. Creyó ver un brillo de burlona superioridad en el azul de sus ojos, que acompañó a la sonrisa fría que le dirigió.

—Me alegra conoceros, lady MacPherson. Sois muy afortunada, ya que habéis conseguido lo que ninguna otra mujer de la aldea pudo lograr. Algún día me gustaría que me contaseis qué artes usasteis para persuadirlo. —Su mirada se posó en Brodie, que hablaba en ese momento con un aldeano. Lo contempló de tal manera que hasta Emily notó el rubor en sus propias mejillas. Luego se volvió de nuevo hacia ella, inclinándose junto a su oído—. Os aseguro que disfrutaréis en vuestro lecho, porque es un amante fogoso y exigente —añadió en un susurro, para que solo ella pudiera escucharlo.

Emily mantuvo la compostura, aferrándose a los buenos modales que le habían enseñado, a pesar de que sentía una quemazón en el pecho.

—Muriel.

La voz de su esposo resonó como un latigazo y tuvo que emplear toda su voluntad para controlar el sobresalto que le produjo. «Miedo», se dijo a sí misma. Sí, era miedo, y no celos, el sentimiento que habían despertado en ella las últimas palabras de la joven y que se había

instalado en su pecho. Se dio cuenta de que sus manos temblaban y las ocultó bajo la mesa de madera, apretándolas contra sus muslos.

—*Laird* Brodie, me dijisteis que no teníais intención de casaros —le reprochó Muriel con un mohín coqueto en los labios que atraía la atención hacia ellos—, aunque supongo que algo debisteis encontrar en vuestra esposa para aceptar...

—Cuida tus palabras, Muriel —le advirtió Brodie.

Sabía que la muchacha había esperado que la eligiese a ella como lady MacPherson, confiada en su posición como nieta de un miembro del Consejo y, sobre todo, en su seductora belleza. Advirtió la intranquilidad de Emily y cubrió con su mano las de ella, que mantenía sobre su regazo, para apaciguarla. Muriel tenía una lengua afilada y venenosa, por eso siempre había mantenido las distancias y evitado comportarse de manera que pudiera inducirla a creer que podría haber algo entre ellos.

—No he pretendido ofenderos, *laird*, ni tampoco a lady MacPherson. De hecho, espero que podamos ser buenas amigas. —Se volvió hacia ella y le sonrió—. Os ayudaré con cualquier cosa que necesitéis. Siendo inglesa, no estaréis acostumbrada a la vida en un clan.

—Sois muy amable, Muriel —respondió, ignorando el tono despectivo con el que había mencionado sus orígenes, aunque no pudo ignorar, del mismo modo, la calidez de la palma que cubría la suya.

Para ser la mano de un guerrero acostumbrado a empuñar la espada, su agarre era firme pero suave al mismo tiempo, y había disipado el miedo que crecía en su pecho, convirtiéndolo en una sensación de bienestar. Los nudillos masculinos rozaron su muslo cuando él entrelazó los dedos con los suyos y le provocaron un hormigueo que se extendió por su piel y se concentró en el vértice de sus piernas. Su corazón comenzó a latir con rapidez. Sintió sus labios secos y se los humedeció con la lengua.

—Vamos, Muriel —le dijo Aldrich, tirando del brazo de la muchacha, un tanto molesto por su falta de contención—, dejemos que los demás ofrezcan también sus respetos. Podrás visitar a lady MacPherson en el castillo cuando quieras.

Emily deseó sinceramente que no lo hiciera. Podía comprender los celos de la joven, pero no le agradaban las personas mezquinas que deseaban siempre salirse con la suya, porque gracias a Giles había aprendido que no les importaba usar cualquier medio para conseguirlo.

—Lo siento —dijo de pronto Brodie—. Espero que no haya dicho nada que te haya molestado. No es mala muchacha, pero a veces tiene el temperamento de una gata arisca.

Ella sacudió la cabeza. No deseaba causarle problemas a la joven y ganarse aún más su enemistad. Por su mente cruzó un pensamiento:

¿Brodie la habría besado también?

—Supongo que, en cierto modo, tiene razón. Si necesitabais una esposa, podríais haber escogido a cualquiera entre las mujeres de la aldea. Además, Muriel es muy bella —añadió con intención mientras observaba su reacción.

Su semblante no varió de expresión, pero percibió la tensión en su mano, que apretó la suya con más fuerza. Aunque no le hacía daño, transmitía una furia contenida, y deseó en ese momento haber permanecido en silencio, tal y como hacía él.

Brodie no supo qué responder. Las palabras de ella le habían hecho caer en la cuenta de que, si bien deseaba que Emily le otorgara su confianza, él no parecía dispuesto a ofrecerle la suya, puesto que se había guardado para sí el motivo de aquella boda. Sin embargo, no estaba seguro de si sería capaz de compartir con ella el pasado y lo sucedido con su madre.

La miró mientras ella aguardaba una contestación. La belleza de su esposa no era como la de Muriel, salvaje y perfecta, sino dulce y plácida como la brisa en verano; cautivadora como un amanecer, como uno de esos hermosos paisajes de su amada Escocia que uno nunca se cansaba de mirar. Por toda respuesta, se encogió de hombros, y maldijo en su interior cuando ella se liberó del agarre de sus dedos y retiró sus manos.

Estaba a punto de decir algo cuando se vio interrumpido por la presencia de sus amigos. Alec, Ken y Owen se habían detenido frente a ellos, con las manos enlazadas a la espalda.

—¿Qué sucede? —Su tono sonó hosco a causa de la interrupción, aunque ellos, habituados como estaban, no se inmutaron.

Owen esbozó una enorme sonrisa, y Emily, al verlo, pensó que se convertiría en todo un conquistador dentro de unos pocos años.

—Nos gustaría bailar con lady MacPherson, *laird*.

Brodie gruñó algo ininteligible y se volvió hacia Emily, que tenía los ojos muy abiertos y paseaba su mirada de uno a otro como si tratara de discernir si aquello era una broma o no. El rubor teñía sus mejillas de un suave tono rosado y su semblante manifestaba una emoción contenida: deseaba bailar, aunque tal vez no se atrevía a hacerlo. Se preguntó quién le había robado las ilusiones a la muchacha, quién había sido el malnacido que había marchitado la sonrisa en sus labios y derramado en sus ojos un poso de amargura.

—Pero yo...

—Nos ha dicho un pajarito que bailáis muy bien —añadió Ken, guiñándole un ojo.

Emily buscó a Allard con la mirada. Este sacudió la cabeza en un repetido asentimiento, animándola a participar en la danza. Su corazón se llenó de amor por él. Su hijo nunca la había visto danzar,

pero recordaba bien lo que ella le había contado sobre los bailes en Lingwood.

Un súbito entusiasmo recorrió su cuerpo ante la posibilidad de volver a gozar de una velada de diversión, sin preocupaciones ni dolorosos recuerdos. Sin embargo, comprendió que no sería apropiado bailar con los guerreros sin haberlo hecho antes con su esposo. Tal vez ni siquiera le agradara la idea de que lo hiciera. Apretó las manos en su regazo y se volvió hacia él.

—¿Vos no queréis bailar? —se atrevió a preguntar.

—Seguramente querría, mi señora —intervino Gavin con solicitud. Una sonrisa burlona curvaba sus labios—. El problema es que no sabe hacerlo y carece de destreza. ¡Uf! —gruñó cuando Brodie le clavó un codo en el estómago por bocazas.

Emily lo contempló entre horrorizada y fascinada. Nunca había conocido a un hombre que no supiese desenvolverse en los bailes de la corte.

—¿Es cierto que no sabéis bailar?

Brodie se cruzó de brazos, incómodo con aquella situación.

—Soy un guerrero —espetó con tono molesto.

Emily se mordió el labio para evitar sonreír. Aquella debía de ser su excusa favorita —y quizá la única— para todo aquello que no se le daba bien hacer, puesto que ya la había escuchado en alguna otra ocasión, como cuando le propuso aquel matrimonio. No quiso decirle que los caballeros ingleses manejaban la espada con la misma destreza con la que danzaban en los bailes palaciegos, porque imaginó que no le gustaría que lo comparase con ellos. Además, era un hombre orgulloso y tampoco se tomaría a bien hacerle notar que los hombres de su guardia, que la habían invitado a bailar, también eran guerreros.

—Una vez, en un baile de la corte, pisó a una dama y esta abandonó la danza antes de que terminase de sonar la música —comentó Ken, ignorando la mirada furiosa que le dirigió el *laird*.

—Quizá la dama se sintió indispuesta por algún motivo —señaló Emily, tratando de suavizar la situación—. Que te pisen una vez no es...

—Oh, pero es que no fue en una sola ocasión, fueron diez —apuntó Alec—. Las contamos.

Brodie dejó escapar un gruñido desdeñoso, pero no dijo nada y permitió que sus amigos siguieran burlándose de él al ver que Emily se cubría la boca con la mano en un intento por ocultar la sonrisa que había florecido en sus labios. Además, era la primera vez que la veía conversar de forma distendida, sin mantener la guardia alta, y eso le agradaba, aunque significase aguantar las mofas de sus hombres. Ya se vengaría en el campo de entrenamiento.

—En otra ocasión, pisó la cola de la túnica de otra dama. —Quiso

contribuir Owen—. Del tirón le arrancó el tocado... y la peluca que llevaba.

Emily no pudo contener una carcajada al imaginar la situación, aunque de inmediato la cortó, temerosa de la reacción del *laird*. Cuando lo miró, descubrió en su rostro el esbozo de una suave sonrisa que trataba de contener, y su corazón aleteó en su pecho.

—¿De verdad sucedió lo que cuentan?

—Esposa, tienes mi permiso para bailar con mis hombres si así lo deseas —declaró, evadiendo responder directamente a su pregunta—. Al menos con ellos los dedos de tus pies se encontrarán a salvo.

—Pero no sé bailar este tipo de danza. —Había visto los pasos cuando Fiona intentó enseñarle a Allard a bailar, aunque no los recordaba bien.

—Yo os enseñaré —le dijo Owen, ofreciéndose el primero—, es muy sencilla.

Emily dudó solo unos instantes; sin embargo, ya fuese por el vino que había bebido o por la mirada rebosante de calidez de Brodie, que la animaba a intentarlo, se levantó y rodeó la mesa para incorporarse a la danza mientras el sonido de las gaitas, flautas y tambores llenaba el ambiente junto con los vítores y las palmas de los comensales cuando la vieron unirse a la celebración.

Brodie no apartó su mirada de ella, mientras contemplaba la gracia con la que bailaba. El movimiento que agitaba su rubia cabellera le resultó tan hipnótico como cuando observaba las llamas danzando en la hoguera.

—Me has sorprendido —le dijo Gavin al cabo de un rato—, creí que los golpearías a los tres por las burlas, pero te has contenido.

—Es el día de mi boda —comentó a modo de explicación. Luego sus labios dibujaron una mueca burlona—. Pero no debes preocuparte, se trata solo de un aplazamiento del castigo. Pienso desquitarme pronto.

—Te gusta.

Brodie no necesitaba explicación para aquella sencilla frase, sabía a lo que se refería Gavin, o, más bien, a quién.

—Así es —respondió con la verdad. Él lo conocía lo suficiente como para ocultarle lo evidente—. Pero eso no significa que vaya a enamorarme de ella. Esta es solo una alianza que nos beneficia a ambos.

—¿Crees que puedes mandar sobre el amor igual que gobiernas sobre el clan?

La incredulidad de su tono molestó a Brodie.

—He cumplido con lo que pedía el Consejo, eso es todo. Ya te he dicho que no pienso enamorarme —repuso con aspereza.

Gavin sacudió la cabeza. Quizá aquel no era el momento adecuado para hacerle saber que ya se había enamorado de su esposa. Tendría

que dejar que se percatase por sí mismo. «Solo espero que no tarde demasiado», pensó mientras veía acercarse a la muchacha, acompañada por Alec. Tenía el rostro sonrosado y parecía más relajada. Cuando ella miró a Brodie, algo resplandeció en el fondo de sus ojos azules. Deseó que ambos aceptasen pronto sus sentimientos. La Providencia había unido sus destinos, y los dos merecían disfrutar de la felicidad.

Capítulo 16

Emily se acomodó de nuevo junto a Brodie. A pesar de que se sentía sudorosa, no podía dejar de sonreír. Hacía mucho tiempo que no experimentaba esa felicidad y pensó que tal vez podría acostumbrarse a ella, podría olvidar el pasado y, simplemente, comenzar a vivir. Miró al *laird*. «Junto a él, como su esposa», pensó.

Él le sonrió, y su corazón, que latía apresurado a causa del ejercicio físico que acababa de realizar, se detuvo un instante antes de ponerse de nuevo en marcha con un ritmo diferente. Era como si danzara dentro de su pecho siguiendo una melodía propia, llena de magia.

—Lo has hecho muy bien, esposa.

Las palabras de él provocaron en ella un agradable calorcillo, algo que le sorprendió, puesto que no eran elocuentes ni brillantes, sino el halago más simple que había recibido en su vida. Los caballeros que se hospedaban en ocasiones en Lingwood solían colmarla de elogios, tal y como había hecho Giles. Lisonjas aderezadas bellamente que ella agradecía por considerarlas sinceras. Sin embargo, ninguna de ellas la había hecho sentir tanto como las que acababa de escuchar.

—Gracias.

Brodie se inclinó hacia ella y le habló al oído.

—Tal vez podrías enseñarme a bailar cuando estemos a solas.

Emily se estremeció cuando sintió su cálido aliento en la oreja. Casi dio un brinco en su asiento al notar la humedad sobre la piel sensible del lóbulo. ¿Él la había lamido? «No, debo haberme equivocado», se tranquilizó a sí misma. ¿Por qué iba a hacer eso Brodie, como si fuera un animal? Sacudió la cabeza, confundida.

—¿No lo harás? —inquirió él. No le sorprendió su negativa, casi la había esperado, pero en cambio sí le había sorprendido el dulce sabor de su piel, que había avivado su deseo por ella. Si por él fuera, se la habría llevado en ese momento al lecho.

—No, quiero decir... No era eso lo que pretendía —se disculpó, ansiosa, sin saber muy bien cómo salir de la situación. Cuando lo vio sonreír, burlándose de su nerviosismo, le habría gustado darle un puntapié en la pantorrilla—. Resultaría difícil enseñarle a bailar a un asno —masculló antes de que pudiera evitarlo.

Al darse cuenta de lo que acababa de decir, se volvió hacia él, asustada. La ronca carcajada que brotó de la garganta masculina la sorprendió. Fue un sonido cálido que espesó la sangre en sus venas y le provocó un aleteo en el estómago. Un hormigueo descendió por su

vientre y se instaló en el centro de su femineidad, arrancándole un pequeño jadeo y la necesidad de algo a lo que no supo dar nombre.

Cuando Brodie la miró, con una hermosa sonrisa pendiendo de sus labios, sobre el mar de plata de sus ojos brillaba una constelación de estrellas iluminadas por el fulgor de las antorchas. En ese instante se olvidó de los invitados que llenaban el salón, del sonido de la música mezclado con los cantos que entonaban los comensales, del entrechocar de las jarras, de su pasado y del futuro que la aguardaba. Todos sus sentidos se centraron en él, en el rudo guerrero que con cada gesto le regalaba un trocito más de confianza en sí misma, en el hombre que se había convertido en su esposo para protegerla.

—Eres una mujer especial, Emily MacPherson.

Sus palabras atravesaron el velo de su incertidumbre y un suspiro trémulo escapó de su boca cuando él tomó uno de los mechones de su cabello y lo colocó con suavidad detrás de su oreja, prodigándole una delicada caricia que descendió por su cuello. Su pulgar le rozó la barbilla y se deslizó sobre su labio inferior.

El estruendo de una voz, semejante al sonido de una trompeta, que se elevó por encima del resto de las voces rompió el hechizo en el que él la había atrapado.

—¡Que baile el *laird*! —gritó Ken.

De inmediato, otro coro de voces se unió a la suya, junto con el golpeteo de las manos sobre las mesas de madera.

Brodie se apartó de Emily y se levantó, mascullando un juramento. Ella se había mostrado, por primera vez, tan dócil bajo el roce de su mano que había estado a punto de besarla. «Al menos el ejercicio me ayudará a calmar esta maldita erección», pensó.

Tomó su jarra, que estaba medio llena, y la apuró de un solo trago. Luego se volvió hacia Emily. En sus ojos había una chispa de diversión.

—Esposa mía, voy a demostrarte que hasta un asno puede aprender a bailar si tiene un buen maestro.

Ruborizada ante el recuerdo de su impertinente comentario, lo observó mientras rodeaba la mesa principal y caminaba hacia el centro del salón con paso seguro y decidido. Ken y Alec sacaron unas espadas. El estómago le dio un vuelco a causa del miedo.

—¿Van a luchar? —le preguntó a Angus, nerviosa.

—No, muchacha. ¿Acaso no has oído que Brodie va a bailar? —repuso, mirándola con el ceño fruncido.

—Pero... —Se interrumpió al ver que los guerreros depositaban las espadas en el suelo, formando un aspa con ellas—. ¿Qué hacen?

—*Och*, muchacha, preguntas demasiado.

—Viejo chocho e ignorante —lo interpeló Fiona, propinándole un manotazo en el brazo—, si le explicaras las cosas desde el principio no

andaría haciendo preguntas.

El rostro de Angus se tornó rojizo.

—¿A quién llamas «viejo chocho»? —replicó, dirigiendo a la mujer una mirada enfadada que ella ignoró.

—Se trata de la *Ghillie Callum*, la danza de las espadas. Es una danza de guerra muy antigua, dicen que se remonta a los tiempos del rey Malcolm Canmore y que este la bailó por primera vez para celebrar su victoria en una batalla —le explicó—. Desde entonces, se convirtió en una tradición.

—Se creía que si un guerrero podía completar la danza sin tocar las espadas —añadió Angus, deseoso de demostrar que no era tan ignorante como creía Fiona—, era un buen augurio de que saldrían victoriosos en la batalla venidera. Sin embargo, tocar o desplazar las espadas era un mal presagio e indicaba la derrota e incluso la muerte.

Emily vio cómo otro par de hombres llevaban otras dos espadas y las colocaban junto a las otras.

—Gavin, ven aquí. —Oyó que llamaba Brodie.

—¿Vas a desafiarme, *laird*? —le dijo este al tiempo que se levantaba y acudía a su lado entre los aplausos y vítores de los presentes.

Ambos se colocaron delante de las espadas, frente a ella, y el silencio se apoderó del salón, tan denso que parecía cuajar el aire. Miró a Gavin, que le guiñó un ojo, y luego su vista se centró en Brodie. Se había arremangado la camisa, mostrando unos antebrazos musculosos que mantenía doblados, apoyadas las palmas de las manos sobre las caderas.

El sonido fuerte, vibrante y melodioso de una gaita rompió el silencio. Tanto Brodie como Gavin doblaron la cintura en una reverencia y comenzaron a brincar en el sitio. Luego, con pasos ágiles y precisos, se fueron desplazando hacia la derecha, deteniéndose ante cada ángulo entre las espadas y ejecutando unos pasos hasta completar la vuelta. Cuando volvieron a su lugar original, se desplazaron hacia el interior de las espadas. El timbre rico y resonante de la gaita acompañaba los movimientos de los dos hombres, que se volvieron cada vez más rápidos saltando entre las hojas de las espadas, junto con las palmas de todos los presentes que animaban a uno y a otro por igual.

Emily comprendió que se requería una enorme destreza y habilidad para realizar aquellos pasos sin tocar las claymore.

—Muchacha —la llamó Angus, requiriendo su atención—, ¿te has fijado en que ninguno de los dos baila de espaldas a las espadas? Lo hacen siempre mirando al centro. Eso es porque solo un tonto le daría la espalda a un arma. Hay que enfrentarse al peligro y a las dificultades viéndolos a los ojos.

Ella asintió, sin despegar la mirada de los ágiles pasos de los

guerreros y del modo en que se alzaban los tartanes con cada salto, dejando ver los músculos de sus fuertes piernas en tensión por el esfuerzo. Aunque estuviera concentrada en la danza, había comprendido la recomendación velada del anciano consejero: debía enfrentar a Brodie, contarle la verdad; si no lo hacía, él podría convertirse en un arma contra ella.

El ritmo de la música pareció acelerarse una vez más, al igual que los pasos de los bailarines. La excitación burbujeó en el ánimo de cuantos los contemplaban, incluso ella misma se contagió y apretó los puños con fuerza. Gavin falló en uno de los saltos y la punta de su bota movió una de las espadas, provocando un tintineo al roce con su pareja. La gente estalló en vítores por la victoria de su *laird*, que se detuvo, sudoroso y sonriente, mientras algunas personas se acercaban a felicitarlo.

Emily descubrió entre ellas a Muriel. Apretó los labios con desagrado cuando vio cómo se pegaba en exceso al *laird*, casi recargando su cuerpo contra el de él, y apoyando las manos sobre su hombro y su pecho, le susurraba algo al oído. Brodie asintió, distraído, y entonces su mirada voló hacia ella. Su corazón se aceleró mientras lo veía abrirse paso entre quienes lo rodeaban y caminar hacia ella con la seguridad y arrogancia de un vencedor.

—¿Qué te ha parecido, mujer? —le preguntó cuando se detuvo frente a ella.

Tal vez fue porque entre ellos se extendía la amplia franja de la mesa, separándolos, o porque él le infundía confianza; fuese cual fuese el motivo, sintió deseos de volver a ser la Emily divertida y segura que era antes de Giles, y no la sombra temerosa y asustadiza en la que se había convertido. Sus labios se curvaron en una ligera sonrisa, esperando no errar en la percepción que tenía de Brodie.

—Lo has hecho bien, esposo —dijo, remedando las palabras que él le había dirigido.

La sonrisa que apareció en los labios masculinos estaba cargada de orgullo y vanidad; y a pesar del sudor que perlaba su frente y bañaba su cuerpo, pegándole la camisa al cuerpo, le pareció el hombre más atractivo que había conocido nunca.

Brodie buscó con la mirada a Isobel y le hizo un gesto. Después volvió a centrarse en Emily. Si seguía contemplándolo de aquella manera, no esperaría a darse un baño, se la echaría al hombro y se la llevaría a la cama para hacerle el amor hasta el amanecer.

—Esto se alargará hasta la madrugada, Allard y tú podéis retiraros a la alcoba. Yo iré a tomar un baño —le explicó—. Isobel os acompañará. —Señaló a la mujer, que se había colocado a su lado.

Emily se sintió agradecida por su consideración. Él debía de haber notado su cansancio, por eso le permitía retirarse. Miró a Allard.

Hacía rato que su hijo debería haber estado en la cama, y, a pesar de la excitación por la celebración, ya comenzaba a cabecear.

—Gracias. Entonces, con vuestro permiso, nos retiraremos.

Se puso en pie y Fiona lo hizo al mismo tiempo que ella.

—Será mejor que yo también vaya, para ayudar a acostar a ese diablillo de Allard.

Ella le dirigió una mirada de agradecimiento. Aunque le habían presentado a Isobel y le había parecido una mujer agradable, todavía no se sentía cómoda con ella. La siguió hasta la puerta del salón y aguardaron fuera hasta que llegaron Fiona y Allard. El niño iba refunfuñando porque no quería dejar la fiesta, a pesar de que arrastraba los pies. Al verla se animó de nuevo y corrió hasta ella.

—Me he divertido mucho, mamá, y ¿sabes qué?

—¿Qué? —le preguntó, conteniendo una sonrisa.

—Que me ha gustado el baile de Brodie, ha sido genial, ¿a que sí?

Sus ojos azules brillaban como dos estrellas, y Emily comprendió que Allard le tenía un gran cariño al *laird*. Se sintió un poco celosa de él. Hasta aquel momento, el afecto de su hijo había sido solo suyo y de Fiona, pero esta había tenido razón, Allard necesitaba un padre. Le acarició el cabello y asintió, dejando escapar un suspiro.

—Sí, lo ha hecho muy bien.

—Tú también, mamá —se apresuró a decir él, malinterpretando el suspiro—. Bailas tan bien como me había dicho el abuelo.

Emily se entristeció ante la mención de Walter. ¿Qué pensaría de lo que había hecho? Quizá no aprobaría la idea de que se hubiese casado con un escocés de las Tierras Altas.

Sus pensamientos se dispersaron con la conversación de Allard, que no dejó de hablar mientras subían las escaleras de la torre del homenaje, donde se encontraban los aposentos. Cuando llegaron al estrecho corredor, Isobel se detuvo frente a una de las puertas.

—Esta será tu habitación, Allard —dijo al tiempo que abría la puerta —. Era la que ocupaba el *laird* cuando tenía tu edad.

Él contempló emocionado el interior, pero no se atrevió a entrar y miró a su madre. Emily asintió, aunque tenía miedo de dejarlo solo en un cuarto desconocido. Sin embargo, al verlo tan contento se dio cuenta de que Allard no podía seguir creciendo a la sombra de sus temores, necesitaba ganar confianza en sí mismo.

—Yo me quedaré con él y lo acostaré —comentó Fiona junto a ella.

—No debéis preocuparos por el niño, lady MacPherson, estará bien. —Isobel le sonrió para tranquilizarla, al tiempo que proseguían su camino por el corredor—. Además, vuestros aposentos se encuentran cerca del suyo.

Pasó de largo otra habitación y se detuvo un poco más adelante, frente a otra puerta. La abrió, invitándola a pasar. Emily entró y

observó la estancia. Era amplia y bastante sobria, aunque el sol del atardecer que entraba por la ventana teñía de dorado los muebles de madera oscura, otorgándole calidez al lugar. Supuso que la alcoba que había entre la de Allard y la suya era la de Brodie, y se preguntó si sería igual que esta.

—Es muy bonita —le dijo a Isobel.

La mujer chasqueó la lengua.

—No es necesario que embellezcáis la realidad. El lugar es funcional, como todo en este castillo. Hace falta la mano de una mujer aquí, lady MacPherson. No es fácil vivir entre guerreros.

Emily sonrió. Su carácter franco le recordó a Fiona.

—Por favor, llamadme Emily —le pidió.

—Entonces, vos debéis llamarme Isobel. Venid, he pedido que os preparasen un baño y me he tomado la libertad de ordenar vuestras ropas. —Tomó una larga camisola blanca de uno de los arcones que había en un rincón y se dirigió hacia un biombo. Emily pudo ver que detrás había una tina con agua humeante—. Os ayudaré a quitaros la ropa y a lavaros.

Tal vez en otro momento hubiese declinado su ofrecimiento, pero se sentía cansada a causa de los acontecimientos del día y solo deseaba acostarse.

—¿Cuánto tiempo hace que habitáis en la fortaleza? —le preguntó mientras la despojaba de la túnica y del resto de las prendas que llevaba y entraba en el agua. El calor penetró en su cuerpo y sus músculos se relajaron.

—Vine a trabajar cuando era apenas una niña, ayudaba en la cocina y a lavar la ropa. Cuando el anterior *laird* se desposó, lady MacPherson me tomó a su servicio. Fue una época muy feliz. Los señores se amaban mucho; y cuando nació Brodie, el lugar se llenó de alegría. —Sonrió ante los recuerdos y comenzó a narrarle anécdotas de la infancia del *laird*.

Cuando terminó de bañarse, Isobel la hizo sentarse frente a la chimenea, que permanecía encendida, ya que, a pesar de los tapices que cubrían las paredes de piedra, la habitación se enfriaba enseguida, pues el sol del otoño no era demasiado fuerte. Hacía mucho tiempo que nadie le peinaba el cabello y se permitió disfrutar de ello.

—¿Qué sucedió con lady MacPherson? —Quiso saber después de que la mujer aludiese por segunda vez a una tragedia. Isobel dejó de peinarla un instante y la oyó suspirar.

—Murió durante el parto, ella y la criatura que esperaba —respondió tras un silencio—. El *laird* no volvió a ser el mismo. Su corazón se rompió el mismo día que murió su esposa. Se encerró en su tristeza y descuidó sus obligaciones para con el clan y también para con su hijo, a quien dejó solo siendo aún un niño.

Emily lamentó lo sucedido y pudo comprender por qué Brodie no deseaba tener hijos. Muchas mujeres morían durante el parto, a causa de complicaciones. Ella tuvo suerte de que la madre superiora del convento llamase a una partera cuando le llegó el momento.

—Debió de ser duro para él.

—Sí, lo fue —convino Isobel—. Perdió la alegría y tardó mucho en volver a sonreír. Es un buen hombre —añadió—. Os tratará bien.

Emily no dijo nada. Ella había terminado de peinarla, y le extrañó que no le hubiese hecho una trenza para dormir. «No importa, me la haré yo misma», pensó. Su cabellera era demasiado larga, si no la ataba se le enredaría mientras dormía.

—Muchas gracias por vuestra ayuda, Isobel.

—Es un placer, lady Emily. Cualquier cosa que necesitéis, podéis confiar en mí —le aseguró mientras se dirigía a la puerta—. El *laird* no tardará en llegar.

Emily sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

—¿En llegar? —repitió, sin saber bien qué decir.

—Así es, estos son sus aposentos. Que paséis una buena noche.

Apenas pudo escuchar las últimas palabras a causa del zumbido que llenó sus oídos cuando el corazón se le aceleró, golpeando dentro de su pecho como si quisiera escapar de él.

Capítulo 17

Brodie terminó de subir la cuesta con las últimas luces del atardecer. Las antorchas ya estaban encendidas y una suave melodía se elevaba desde la plaza de la aldea, donde su gente seguía celebrando su matrimonio. Llegaba hasta él el aroma del cordero asado y las risas y voces de los aldeanos.

Tiró de las riendas de Feasgar y tomó un camino secundario para llegar a la fortaleza.

Había ido al lago a bañarse y había preferido que nadie lo acompañase —a pesar de las protestas de Gavin— porque necesitaba reflexionar. Se había casado, presionado por el Consejo, y tal vez fuese porque se trataba tan solo de un matrimonio por un año y un día, pero la situación no le agobiaba tanto como habría imaginado. Por el contrario, se sentía con una energía renovada y lo asustaba la necesidad que sentía de Emily.

Frunció el ceño, molesto por esa debilidad. Estaba seguro de que, una vez que la tomase esa noche, se le pasaría. Desmontó cuando llegó a los establos y se encargó él mismo de meter a Feasgar en el cubil después de cepillarlo. Tomó entre sus manos la testuz del caballo y apretó su frente contra la del animal.

—¿A quién pretendo engañar, amigo mío? —comentó, dejando escapar una exhalación. Había cabalgado como un loco hasta el lago y se había bañado en menos tiempo del que tardaba el padre Patrick en recitar el *oremus*. No hacía más que unos minutos que había dejado a su esposa y ya quería volver a verla—. ¡Maldición! Es solo deseo.

Feasgar bufó como si se estuviera burlando de él.

—Deberías darme la razón, muchacho —le dijo, palmeando su cuello —. Soy tu *laird*.

El caballo reculó unos pasos y soltó un agudo relincho mientras coceaba el suelo.

—Está bien, no te enfades. Somos compañeros, ¿te gusta eso más?

Él movió la cabeza en un asentimiento y luego se aproximó al cubil contiguo, donde se encontraba la yegua que le había regalado a Emily.

—Te gusta, ¿eh, muchacho? Tal vez podríamos salir juntos un día a dar un paseo, ¿qué te parece?

Podría llevar a Emily a la gran cascada o a los pastos del norte, donde los campos de brezo púrpura y amarillo cubrían las faldas de las montañas y resaltaban contra el verde y marrón de la tierra. Aunque tendrían que ir antes de que terminase el otoño, cuando el

arbusto perdía sus flores.

Echó un último vistazo a Feasgar antes de abandonar los establos. Suponía que ya había dejado pasar tiempo suficiente para que su esposa se preparase. Atravesó a grandes zancadas el espacio que lo separaba de la fortaleza y evitó cruzar el salón principal para que nadie lo detuviera. Se dirigió al corredor que desembocaba en las escaleras que conducían a la torre del homenaje.

—¡*Laird* Brodie!

Fiona dio gracias al cielo por haberlo encontrado. Los nervios le habían agitado las entrañas cuando bajó a las cocinas a por un jarro de leche caliente para Allard y había escuchado de los sirvientes que el *laird* y Emily compartirían la alcoba. Puesto que Isobel todavía se hallaba en la estancia, no había querido subir a hablar con Emily, ya que no podría hacerlo con libertad delante de la mujer, pero la Providencia le había puesto en su camino a Brodie.

—¿Qué quieres, mujer?

Ignoró el ceño fruncido de este y se armó de valor. No iba a permitir que la muchacha volviera a sufrir.

—*Laird*, quisiera pediros algo... —titubeó al comprender que no podía decirle la verdad, no le correspondía a ella desvelar los secretos de Emily—. Os ruego que tengáis paciencia y seáis considerado y suave con lady MacPherson.

—Mujer, me estás ofendiendo. ¿Crees acaso que voy a comportarme como un salvaje? —gruñó enfadado—. Ocúpate de tus propios asuntos.

—Mis disculpas, *laird*, no pretendía ofenderos. —El corazón le latía alborotado en el pecho, pero al menos había logrado que él escuchase sus palabras—. Me retiraré entonces.

Se dio la vuelta para marcharse, pero la voz de él la detuvo.

—¿Y el niño?

Fiona se volvió para mirarlo.

—Las emociones de hoy lo han agotado. Iba a subirle un poco de leche, aunque es probable que ya se haya dormido cuando yo llegue.

Lo vio asentir, satisfecho, y continuó su camino hacia las cocinas. Cuando ya se había alejado, flotaron hasta ella sus palabras.

—La trataré bien, mujer.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Era todo lo que podía hacer por Emily. Rogó al Buen Dios que la atracción que había visto nacer entre ellos se trocase en un amor sólido y profundo que les trajese a ambos la felicidad.

Brodie subió la escalera dándole vueltas en su mente a la petición de Fiona. Había cosas en la historia de Emily que no encajaban. Era como intentar trazar una ruta entre dos puntos sobre un mapa cuando no

estaban marcados los principales lugares.

Llegó a la puerta de la alcoba y se detuvo un instante. Aquel había sido siempre su santuario, un lugar para él solo, y ahora debía compartirlo con su esposa. Tomó una honda inspiración y entró. Emily se hallaba delante del fuego del hogar, vestida tan solo con una camisola. El rubio cabello le caía en cascada por la espalda casi hasta la mitad de los muslos. Se giró al oír el ruido de la puerta y él tuvo una visión fugaz de su figura al contraluz de las llamas de la chimenea: las dulces curvas de sus senos enhiestos que él deseaba introducir en su boca y saborear despacio, y el vientre plano que culminaba en el valle oculto entre sus muslos, en cuya calidez anhelaba introducirse.

Mantuvo su semblante tranquilo, para que ella no advirtiera el crudo deseo que lo embargaba, y comenzó a retirar el tartán que cruzaba su pecho. Lo dejó sobre un arcón y se acercó a Emily.

—Eres una mujer hermosa —susurró con tono ronco mientras sostenía fascinado entre sus dedos un mechón de su cabello. Era suave al tacto y se estremeció al imaginarlo rozando su piel desnuda.

Emily apretó con fuerza los puños, clavándose las uñas en las palmas de las manos para controlar el miedo que la asaltó. El corazón le latía con fuerza en el pecho y su respiración se había agitado.

—¿Qué queréis? —se atrevió a preguntarle. Confiaba en que él cumpliera su promesa.

—Quiero besar cada rincón de tu cuerpo y probar el sabor de tu piel.

Rozó su mejilla con los nudillos y ella se encogió ante el gesto. Brodie frunció el ceño cuando se alejó de él, como si le desagradara que la tocase.

—Pe... pero vos dijisteis que no deseabais tener hijos. ¿Acaso mentíais?

La perplejidad inicial dio paso al malhumor en Brodie y respiró hondo para controlar su temperamento, recordando las palabras de Fiona.

—Yo no miento, muchacha. Pero el que no quiera tener hijos no significa que no podamos dar y obtener placer mutuo.

La manera en que ella lo miró al pronunciar aquellas palabras fue como si le hubiesen asestado un puñetazo en el estómago. Era como si no supiera de lo que estaba hablando. Él había estado tan centrado en sus propios deseos que no se había detenido a considerar nada más, y solo en ese instante, contemplando su rostro, se percató de la verdad. No era el desagrado lo que la impulsaba a alejarse de él, sino el pánico que experimentaba una presa acorralada por una jauría de caza. Tenía las pupilas dilatadas por el miedo, su rostro había palidecido y unas finas gotas de sudor perlaban su frente.

—¡Maldita sea! ¡Hijo de...!

El exabrupto provocó que ella se encogiera aún más sobre sí misma, como si temiera que la fuese a golpear. Entonces todo comenzó a cobrar sentido en su mente y una ira ciega lo invadió. Apretó los puños con fuerza y le dio la espalda, alejándose para no asustarla.

Se entretuvo en doblar el tartán que había dejado sobre el arcón mientras sopesaba lo que debía hacer. Estaba muy enfadado. Con ella, por no contarle la verdad, y consigo mismo, por no haberse dado cuenta de la situación. A pesar de todo, no podía abandonar la alcoba. Si lo hacía, Emily permanecería la noche entera en vela, asustada. Pero tampoco era el momento de pedir explicaciones. Dejó escapar un resoplido de frustración.

Emily era consciente de la furia que emanaba del cuerpo de Brodie, aunque, sin saber bien el porqué, estaba convencida de que no la dirigiría contra ella. Tendría que haberle contado la verdad; sin embargo, no había tenido valor para hacerlo y solo se había aferrado a la promesa que él le había hecho. Sus palabras la habían aterrado en un primer momento, pero al ver su reacción y cómo se había apartado de ella, le dio miedo de que pudiera romper aquel matrimonio y echarla del clan. Se preguntó si era verdad lo que él decía, si era posible encontrar placer en yacer con un hombre. Sus recuerdos estaban llenos de dolor y amargura. A pesar de todo, se dio cuenta de que no quería perder a Brodie.

—¿Podrías besarme una vez, Brodie?

Odió el temblor de su voz, pero al menos se había atrevido a pedírselo. Aguardó su respuesta con la respiración contenida. Cuando él se volvió hacia ella, con una mirada indescifrable en sus ojos grises, se arrepintió de su atrevimiento. Sin embargo, intentó mantenerse firme, aunque sentía los músculos agarrotados por la tensión y una opresión creciente en el pecho que la obligaba a hacer respiraciones rápidas y superficiales.

Finalmente, Brodie se acercó despacio y ella se obligó a no retroceder.

—¿Eso es lo que quieres? —le preguntó él, consciente del esfuerzo que debía suponerle hacer aquello si no se equivocaba en sus deducciones, y estaba convencido de que así era. La inocencia de Emily no era fingida, como tampoco lo era el miedo que supuraba de ella como una herida sin cicatrizar.

La vio asentir en respuesta y se aprestó a cumplir su deseo. Con suavidad, apoyó la mano en el costado de su cuello, donde su pulso latía con fuerza salvaje, y le masajeó la nuca con las yemas de los dedos. Después se inclinó con lentitud sobre ella, dejando que se acostumbrase a su cercanía, y rozó sus labios con los suyos. Se separó un poco y vio que tenía los ojos cerrados y las líneas de tensión en su semblante se habían suavizado. Volvió a besarla entonces,

humedeciendo sus labios con ligeros toques de su lengua, hasta que ella los entreabrió y él penetró en la dulzura de su boca.

Hizo un esfuerzo por controlar la pasión que lo desbordó y se dedicó a explorar el cálido interior aterciopelado, provocando una respuesta con las caricias de su lengua sobre la de ella. Percibió el momento en que Emily se relajó bajo la suave presión de sus labios. El ronco gemido que escapó de su garganta lo acicateó y quiso más de ella. Colocó las manos sobre su cintura con delicadeza, sin ejercer fuerza. El calor de su piel atravesó el delgado tejido de la camisola y lo sintió arder en sus manos y tirar de su entrepierna.

Dentro de Emily se había desatado una tempestad de sensaciones desde el momento en que notó el suave roce de los labios de Brodie. Sentía miedo y no pudo evitar un estremecimiento, pero también experimentaba otras cosas que no alcanzaba a comprender. Era como si un fuego líquido recorriese su cuerpo, haciendo hormiguear sus senos y dejando una sensación cálida en su vientre.

Notó las manos de él abrazando sus caderas, pero la presión era ligera, y aunque la asustó en un primer momento, pronto se olvidó de su temor cuando su piel se erizó ante el contacto seductor de la boca masculina. Sin embargo, cuando Brodie se acercó más a ella y el espacio entre sus cuerpos se desvaneció, el pánico se desató en su interior al percibir el roce de su abultado miembro. La bilis le subió a la garganta y el aire escaseó en sus pulmones. Comenzó a retorcerse nerviosa entre sus brazos. Él era demasiado grande y fuerte, podría dominarla con una sola de sus manos. Quiso gritarle que se apartara de ella, pero la voz, esclava de su miedo, no brotó de su garganta.

Brodie comprendió que algo no marchaba bien cuando advirtió la rigidez en el cuerpo de Emily. Los dulces gemidos que había emitido hasta ese momento se habían transformado en quedos sollozos, como los de un animal asustado.

Se apartó de ella despacio y le dio la espalda. No quería que viera la máscara de furia que cubría su rostro. Encontraría al malnacido que le había hecho aquello y le arrancaría las entrañas con sus propias manos. Respiró hondo para calmarse.

—¿Brodie?

El temblor de su voz al pronunciar su nombre le arañó el corazón, dejándolo en carne viva. Cerró los ojos y controló su furia.

—Ha sido un día largo y cansado, será mejor que durmamos. Acuéstate, mujer.

Fue consciente del largo titubeo de ella y del leve sonido de sus pies sobre la alfombra que cubría el suelo de piedra. Cuando se dio la vuelta, la vio subida al alto lecho. El azul brillante de sus ojos destacaba contra la palidez de su rostro. Lucía como una niña asustada y perdida. La realidad lo golpeó con fuerza y estranguló en su

garganta el bramido de ira que pugnó por salir de ella. Allard tenía alrededor de cinco años, así que Emily debía haber sido poco más que una niña —tal y como se veía en ese momento— cuando todo sucedió.

Se acercó al lecho con movimientos tranquilos y se sentó para quitarse las botas. Luego se acostó vestido sobre las ropas de cama y se cubrió los ojos con el antebrazo. Tenía mucho en qué pensar.

—Brodie, yo...

—Duérmete, esposa.

Emily agradeció aquel aplazamiento. Había querido contarle sobre su pasado y el motivo por el que huía al ver la manera en que él había reaccionado a su extraño comportamiento, no solo no la había golpeado para forzarla a aceptar sus atenciones, sino que incluso se había retirado para darle espacio y que no se sintiera amenazada. Sin embargo, las palabras se negaban a salir. Era como si una losa le oprimiera el pecho y no le permitiera hablar.

Se dio la vuelta en el lecho, ofreciéndole la espalda, temerosa con cada sonido y movimiento que él realizaba. No supo cuánto tiempo pasó así, inmóvil, mirando la pared, percibiendo cada cambio en la respiración de Brodie. Las llamas del hogar casi se habían consumido y las sombras parecían acechar por todas partes.

El colchón onduló y supo que él se había movido. Cerró los ojos con fuerza y contuvo la respiración, aunque estaba casi segura de que Brodie podría escuchar el atronador latido de su corazón. Se mordió el labio para no gritar cuando percibió el calor de él a su espalda, demasiado cerca, y no pudo evitar que una lágrima resbalase por su mejilla.

—¿Emily?

Ella escuchó el susurro, aunque no respondió. Intentó controlar el miedo mientras se repetía a sí misma que todo iba a estar bien, que Brodie no era como Giles. Puede que frunciera el ceño y alzase la voz, pero no le había levantado la mano. «Tengo que creer que él es diferente», se advirtió a sí misma. Necesitaba creerlo, porque estaba cansada de combatir sola contra sus demonios.

Notó que él tomaba un mechón de su cabello y lo sostenía entre los dedos. Apretó los puños con fuerza, estrujando la sábana de lino, cuando su cálido aliento le rozó la oreja, y el corazón se le detuvo en el pecho al sentir el roce de sus labios sobre su sien. Fue un beso dulce, tierno, como los que ella le prodigaba a Allard cuando él dormía. Los ásperos nudillos de Brodie acariciaron su mejilla y no pudo controlar el estremecimiento que la recorrió.

Brodie sabía que Emily no dormía, la tensión en su cuerpo era palpable y el ritmo de su respiración estaba descompasado. Apenas discernía los rasgos de su rostro en la penumbra de la alcoba, pero las brasas que aún atizaban el fuego le permitieron ver el brillo de una

lágrima.

—Yo te protegeré, Emily —susurró junto a su oído—. Juro por mi vida que no permitiré que nadie vuelva a hacerte daño, ni siquiera yo mismo. Palabra de MacPherson.

Se giró hacia el otro lado del lecho y se sentó en el borde para calzarse de nuevo las botas. Después, abandonó silenciosamente la estancia.

Capítulo 18

Brodie recorrió el pasillo y descendió las escaleras de la torre. Una neblina roja cubría sus ojos y su corazón retumbaba en el pecho con la misma fuerza con la que lo hacía durante las batallas. Se pasó los dedos entre el cabello, mascullando un juramento.

Tendría que haberse dado cuenta antes por los comentarios de Allard, por las reacciones de ella. Sacudió la cabeza. Aquello ya no importaba, la cuestión era qué debía hacer a partir de ese momento. No conocía la historia completa y no estaba seguro de que Emily se la fuese a contar. Necesitaba pensar.

Caminó por el pasillo y llegó al salón. El silencio y las sombras se habían apoderado de la fortaleza. Hacía rato que todos se habían marchado a sus casas. Cruzó la estancia. Una copa rodó cuando la golpeó con el pie, produciendo un leve tintineo. Arrastró una silla y la colocó frente a la chimenea. Removió los rescoldos con el atizador y los leños chisporrotearon en el hogar cuando el fuego prendió de nuevo.

Ni siquiera se percató de la presencia de Michael, acurrucado en un rincón del salón. Su mente se hallaba sumida en un caos profundo. Los pensamientos, como negros nubarrones, habían desatado una tormenta en su interior. Alzó el brazo y tomó la claymore que descansaba en un soporte sobre la repisa. Dio la bienvenida al peso del acero sobre su mano, porque le recordaba lo que era: un guerrero, y para qué vivía: para luchar y proteger a los suyos.

Se dejó caer sobre el asiento, con la espada sobre los muslos y las piernas estiradas, de forma que sus botas casi rozaban los troncos humeantes, y se sumió en sus pensamientos mientras contemplaba la danza de las llamas. Acarició la fría hoja de la claymore, sintiendo bajo las yemas de sus dedos la inscripción que su padre había mandado grabar en ella. «*Is beó nech tar éis a anma, ocus ní beó d'éis a einigh*»[3].

A Emily le habían arrebatado el honor y la honra, y a pesar del miedo que aún ardía en sus entrañas, había luchado para sobrevivir. Su esposa llevaba dentro un alma guerrera. «Su esposa». Pensar en ello le dolió. Era como si le hubieran abierto una herida en el pecho. No importaba el cuándo ni el dónde, pero se vengaría del bastardo que le había hecho aquello a Emily.

Escuchó el sonido de unos pasos, pero no se volvió. Deseaba estar a solas.

—¿Tan mal lo has hecho en tu noche de bodas que tu esposa te ha echado de la alcoba? —se burló Gavin, acercándose al *laird*. Brodie lo miró solo un instante, antes de volverse de nuevo hacia la lumbre, y lo que vio en sus ojos lo sobrecogió. Había en ellos dolor, angustia y sed de sangre. Parecía una fiera acorralada, capaz de herir y matar para sobrevivir. Le extrañó que no lo hubiera atravesado con la espada que empuñaba con tanta fuerza que sus nudillos se habían vuelto blancos —. ¿Qué ha sucedido?

Tomó un taburete y se acomodó junto a la chimenea, aunque a una distancia prudente del *laird*. Solo había visto así a Brodie una vez, cuando murió su padre. Ese día fue como si le hubiesen arrebatado lo único que poseía y le importaba en el mundo. Había tanta ira y dolor en su interior que temió que lo destrozase todo, incluido a sí mismo. Se preguntó qué había podido hacer la muchacha para llevarlo a aquel estado, pero la respuesta tardaba en llegar. El silencio que lo rodeaba era denso y pesado como una losa. Se limitó a aguardar con paciencia hasta que Brodie estuviera preparado para decírselo.

—Creo —habló tras un largo momento— que abusaron de mi esposa, algún bastardo malnacido la forzó.

El tono ronco y grave rebosaba de ira contenida. Gavin sintió como si lo hubieran golpeado en el estómago y apretó los puños con fuerza.

—¡Hijo de perra! —espetó furioso. Puesto que Allard tenía unos cinco años, ella no debía de tener más de dieciséis cuando sucedió—. ¿Te ha dicho quién fue?

—No me ha contado nada.

Gavin comprendió lo que quería decir y asintió, a pesar de que él no lo estaba mirando. Se había percatado de que la muchacha se ponía nerviosa cada vez que él o alguno de los guerreros se acercaban demasiado a ella, pero había supuesto que se debía a que la intimidaban su altura y complexión, ya que era menuda. Pensar en lo que había vivido le revolvió el estómago.

—¿Qué piensas hacer?

—Encontrar al bastardo y arrancarle el corazón.

El timbre de su voz sonó lúgubre, igual que el ulular del viento entre los árboles durante el invierno. Sus palabras eran un juramento.

—Iremos contigo.

Brodie negó con la cabeza.

—Esto solo me atañe a mí. Además, una partida de guerreros en tierras inglesas llamaría demasiado la atención.

Gavin no estaba de acuerdo con esa decisión, pero no pensaba decírselo. Cuando llegase el momento, estarían a su lado, como siempre había sido, como debía ser. De cualquier modo, y a pesar de comprender la necesidad de Brodie, también se daba cuenta de que había otros asuntos más importantes. Apenas llevaba casado un día,

no podía marcharse, abandonando a la muchacha y al niño, para lanzarse a una búsqueda que quizá duraría meses. Además, se acercaba el invierno y pronto la nieve lo cubriría todo y cerraría los pasos de montaña. Había que aprovisionarse para los duros meses que les aguardaban.

—Sabes que envié a Dermont a recabar información sobre tu esposa —le recordó—. Aguarda hasta que llegue con ella y después decidirás qué hacer. Tampoco debes olvidarte de Emily y de Allard, ellos te necesitan para adaptarse al clan.

—El chico me dijo que quería convertirse en un guerrero fuerte para proteger a su madre de los hombres malos. Gavin, a Emily no solo la forzaron, también la golpearon, por eso huyó de Inglaterra. —El fuego crepitó en el hogar y se escuchó el chasquido de un leño al partirse—. ¿Cómo puedo pedirle que confíe en mí, que se quede a mi lado?

Gavin lo miró y se preguntó si acaso era consciente de lo reveladoras que eran aquellas palabras acerca de sus sentimientos por la muchacha.

—Pero ella aceptó libremente tu propuesta de matrimonio.

Brodie dejó escapar una carcajada amarga.

—Sí, ¿y sabes qué condición me puso para hacerlo? Que no la golpease delante de su hijo.

—¿Por qué no le pides a la viuda de Munro que te cuente la verdad?

—No lo hará —le aseguró, convencido—. Puede que yo sea su *laird* y me deba obediencia, pero la lealtad de su corazón es para mi esposa.

—Entonces, espera a Dermont.

Brodie se quedó pensativo unos instantes y luego asintió. El padre de Muriel era un hombre confiable y seguramente investigaría a fondo el asunto. Además, tras haberse desahogado con Gavin, la ira en su interior había ido menguando, y se dio cuenta de que no deseaba separarse de Emily ni de Allard. Quería que ella confiara en él, que no le temiera. Se ganaría su corazón para que se entregase a él por voluntad propia. Y entonces le enseñaría cuál era la verdadera relación entre un hombre y una mujer: la que se basaba en el respeto mutuo y en la sinceridad, la que buscaba apoyar y complementar al otro, la que nacía de un afecto otorgado con libertad y en la que se obtenía placer físico tanto como se daba. Esa era la relación que habían mantenido sus padres y la que quería para sí mismo.

—Está bien, esperaré sus noticias.

Al menos lo haría mientras no lograse que Emily confiase lo suficiente en él para contarle todo.

—Deberías intentar dormir un poco —le aconsejó Gavin, levantándose del asiento—. Mañana tenemos que salir temprano para visitar las aldeas del sur, junto a la frontera.

El clan Robertson les había creado algunos problemas a los

campesinos y necesitaban controlar hasta dónde llegaba el daño. Si se trataba de pequeñas escaramuzas, podrían solucionarlo con rapidez, pero si habían quemado graneros o dañado a los aldeanos, tendrían que tomar represalias. Las gentes de la aldea, especialmente los ancianos, querrían hablar con Brodie personalmente.

—Lo sé. No me olvido de mis responsabilidades —gruñó este. Observó a su amigo mientras cruzaba el salón. Lo detuvo antes de que atravesara la puerta—. Gracias, Gavin.

Continuó contemplando el fuego durante algún tiempo más. Finalmente se levantó y alzó la espada hasta la altura de sus ojos. La hoja bruñida despedía reflejos anaranjados, como si estuviese bañada en fuego. El mismo que ardía en su mirada y le quemaba las entrañas.

—Juro sobre esta espada, por la sangre de mis antepasados, que no descansaré hasta que alguien pague por los pecados cometidos contra mi familia.

Colgó de nuevo la claymore sobre la chimenea y abandonó el salón. Atravesó el corredor, apenas iluminado por las antorchas, y se detuvo al pie de las escaleras que conducían a la torre del homenaje. «Tal vez debería buscar otro lugar donde pasar la noche», pensó, así Emily podría descansar tranquila. Aunque enseguida desestimó la idea. No podía ir con sus hombres, porque generaría rumores que la noche de sus nupcias prefiriese dormir entre guerreros que con su propia esposa.

Comenzó a subir los peldaños con desgana. Había alguna alcoba vacía en la torre, pasaría en ella la noche, aunque la cama fuese algo estrecha. Cuando estaba a punto de alcanzar el pasillo, un alarido procedente de uno de los aposentos le heló la sangre. Subió los últimos escalones de dos en dos y echó a correr hasta alcanzar la puerta de Allard. La empujó y cedió de inmediato, ya que no se encontraba cerrada.

La estancia se hallaba iluminada por los rescoldos de la lumbre del hogar y por un par de candiles que colgaban de la pared de piedra y que permanecían encendidos. Allard se retorcía en el lecho, atrapado en una pesadilla. Golpeaba las sábanas como si luchara contra un enemigo invisible.

Se acercó al lecho en un par de zancadas y se sentó junto a él al tiempo que intentaba sujetarlo para que se tranquilizara. Tenía el rostro surcado de lágrimas y se debatía con furia mientras su pequeño cuerpo temblaba. Volvió a gritar. El miedo rasgaba su garganta en un sonido casi inhumano.

—¡Allard! — lo llamó, sacudiéndolo para que despertara.

Al contrario de lo que supuso, Emily cayó rendida una vez que Brodie abandonó la estancia y todo quedó en silencio. Las emociones que la

embargaban, poderosas como eran, la habían sumido en un duermevela agitado que terminó en un sueño profundo cuando el cansancio la venció.

No supo cuánto tiempo llevaba dormida cuando algo la despertó. Se incorporó con el corazón agitado y se aferró a las sábanas con fuerza. El lado de Brodie se hallaba vacío. Rozó el lino y descubrió que estaba frío. No había pasado la noche allí. Escudriñó la habitación en penumbras y no vio a nadie. Entonces lo escuchó: un grito de puro terror.

—¡Allard!

Se levantó angustiada y atravesó la alcoba descalza, sin preocuparse por coger alguna prenda con la que cubrirse. Recorrió el pasillo y llegó hasta los aposentos que ocupaba su hijo. La puerta se encontraba abierta y se detuvo en el umbral cuando miró hacia el interior. Brodie estaba sentado en la cama y abrazaba a Allard, que se aferraba a su cuello con sollozos desgarradores.

—Tranquilo, estoy aquí, hijo —le decía, acariciando su espalda—. Estoy aquí. No voy a permitir que te pase nada.

—Los... los hombres malos...

—Aquí estás a salvo —le aseguró. Lo apartó un poco y limpió con el pulgar los restos de lágrimas de sus mejillas—. Yo voy a protegeros a ti y a tu madre.

Allard lo abrazó de nuevo y hundió el rostro en el hueco de su cuello.

—¿Pa... palabra de M... MacPherson?

—Palabra de MacPherson.

Durante unos instantes le pareció que el mundo se detenía en aquella imagen: su hijo en brazos del guerrero, que le acariciaba la espalda con ternura al tiempo que le murmuraba palabras al oído. Emily ahogó un sollozo en su pecho, mientras las lágrimas descendían por sus mejillas, y se cubrió la boca con la mano. Un leve gemido escapó de su garganta. Brodie se volvió hacia la puerta y la vio. En sus ojos grises, la dulzura se hizo mirada y supo, sin lugar a dudas, que el Buen Dios había guiado su destino hasta aquel hombre arrogante y orgulloso. En su corazón brotó una pequeña esperanza, una llama que iluminó los oscuros rincones de su alma.

Sin hacer ruido, se retiró. Aunque le habría gustado abrazar a su hijo, Allard no la necesitaba en ese momento. Regresó a la alcoba y permaneció de pie frente a la chimenea. Cuando la puerta se abrió, poco después, dio un ligero respingo, ensimismada como estaba en sus pensamientos mientras contemplaba las brasas que aún ardían en el hogar. Se giró y vio a Brodie. Este la observó un momento y luego, sin pronunciar palabra, se dirigió al lecho, donde se sentó para quitarse las botas.

—Es tarde, Emily —le dijo con tono cansado.

Ella se mordió el labio inferior, intentando ordenar sus pensamientos y la maraña de sentimientos enredados como un ovillo en lo profundo de su corazón. Él se había tumbado sobre el lecho y permanecía vestido. Sabía que lo hacía en consideración a ella y añadió otro motivo de agradecimiento a todos los que ya le debía.

Dejó escapar un trémulo suspiro y caminó hasta la cama. Alzó las sábanas y se hundió en el colchón de plumas. Aunque la respiración de él era acompasada, sabía que estaba despierto y que tendría cientos de preguntas para las que solo ella tenía todas las respuestas. Había demasiadas cosas que decirle, pero no le resultaba fácil. Todos aquellos años, desde que abandonó el castillo de Lingwood y dejó atrás a su abuelo, había luchado sola contra sus miedos y sola había soportado el dolor de los recuerdos. Por eso, en aquel momento, todo lo que deseaba era que Brodie la envolviera con sus brazos fuertes, igual que había hecho con Allard, y le dijera también a ella que todo iba a estar bien, que él derrotaría a sus miedos y acabaría con su dolor.

—Brodie...

Su voz tembló en un sollozo y odió mostrarse tan débil. «Al menos tengo que ser capaz de decirle una única palabra», pensó al tiempo que tomaba aire para proseguir. Sin embargo, él la interrumpió primero:

—Ven aquí, Emily. —Lo escuchó decir.

Sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra y pudo ver cómo él se giraba hacia ella, con los brazos abiertos. El llanto brotó de sus ojos, suave y purificador, y se movió hacia el *laird*. Las sábanas impedían que sus cuerpos se tocaran, pero pudo sentir la fuerza y el peso de su brazo cuando la rodeó con ellos. Acomodó la cabeza contra su pecho y dejó que las lágrimas fluyeran libres y suavizaran las cicatrices de su alma.

Bajo su oído pudo escuchar el latido firme y rítmico del corazón de Brodie. El sonido atravesó su piel y corrió por sus venas hasta que su propio corazón se acompasó al de él. Dejó que aquel sonido la acunase y cerró los ojos.

—Gracias —musitó antes de que el sueño la reclamase.

Le pareció que Brodie decía algo, aunque no entendió sus palabras, y percibió el ligero roce de sus labios en su cabello. Un suspiro de placer estremeció su garganta y se quedó dormida.

Capítulo 19

Todavía brillaba la luna en el cielo oscuro cuando Brodie se despertó, con todos los músculos entumecidos y con el frío del inminente amanecer mordiéndole la piel. Podía sentir sobre su pecho el suave peso de la cabeza de Emily. Algunos cabellos habían escapado de su trenza. Tomó un mechón y lo frotó entre las yemas de sus dedos. Se lo acercó a los labios y lo asaltó un dulce aroma a flores.

Dejó escapar un quedo gemido cuando su erección matutina brincó de alegría. Aquello no podía ser bueno para su salud. Procurando no despertarla, la movió con cuidado y bajó del lecho. Se dirigió hacia la chimenea y removió las brasas, añadiendo un tronco para que la lumbre prendiera de nuevo. Luego se quitó la ropa y se aseó un poco. El agua de la jarra estaba helada, pero lo agradeció. Necesitaba despejarse antes de encontrarse con sus hombres.

Se vistió con ropa limpia y se calzó las botas. Caminó hasta la puerta de la alcoba con paso decidido y retiró la tranca; sin embargo, se detuvo antes de abrirla y apoyó la frente contra la madera.

—¡Condenación! —masculló en voz baja.

Volvió sobre sus pasos y se acercó hasta el lecho. Contempló a Emily. Su semblante sereno reflejaba un sueño tranquilo. Lucía muy joven, demasiado para todo lo que había vivido. Hincó una rodilla en el suelo y extendió una mano hacia ese rostro, que asemejaba el de un ángel. Se detuvo a mitad de camino y la apretó en un puño, indeciso, antes de llegar siquiera a rozarlo. Aunque enseguida venció sus dudas y acarició con delicadeza su frente, retirando mechones de su rubio cabello. Se inclinó y rozó su piel tibia con los labios. De los de ella escapó un suspiro quedo.

Brodie se levantó y cruzó la estancia a grandes zancadas, enfadado consigo mismo. No tenía ni idea de por qué había sentido la necesidad de hacer aquello. Abrió la puerta y salió, cerrándola con suavidad. Avanzó por el pasillo y se detuvo para echar un vistazo a Allard, que dormía tranquilo.

Cuando llegó al comedor, sus hombres ya estaban dando buena cuenta del desayuno que había preparado Isobel. Los siervos se habían levantado temprano y habían limpiado el salón, eliminando los últimos vestigios de la celebración del día anterior.

—*Och!* Parece que alguien ha pasado una buena noche —se burló Ken al ver aparecer a Brodie.

—Si hubiese sido yo quien se hubiera casado, nadie me habría

arrancado del lecho al día siguiente —declaró Alec tras dar un sorbo a su jarra de cerveza.

—No, claro, tu esposa te habría echado a patadas de él. Roncas como si llevaras dentro una piara de cerdos —apuntó Owen, divertido, ganándose una buena colleja por parte de Alec.

—¿Qué vas a saber tú, si eres un polluelo que aún no ha probado el grano? —bufó este.

—Apuesto a que ni siquiera se le levanta —bromeó Ken, que entrechocó su jarra con Alec en un brindis, celebrando la broma.

—¿Quieres verlo?

Owen arqueó las cejas un par de veces mientras comenzaba a subirse despacio el tartán, mostrando un fuerte muslo.

—¡Por el amor de Dios, dejadlo ya! Vais a hacer que se me revuelvan las tripas —gruñó Gavin. Echó un vistazo de reojo a Brodie mientras este ocupaba su lugar. Parecía concentrado en algún pensamiento que solo él conocía, aunque no se veía tan agitado como la noche anterior —. ¿Todo bien? —le preguntó cuando se acomodó junto a él.

Brodie asintió, luego miró a sus hombres.

—Si tenéis tiempo para charlar como viejas cotorras es que ya habéis terminado el desayuno, así que poneos en marcha y preparad lo necesario para la partida.

Alec y Ken refunfuñaron, aunque obedecieron de inmediato. Owen también se puso en pie, pero no se apartó de la mesa.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le preguntó Gavin, frunciendo el ceño al ver que colocaba en el hueco de su codo una hogaza de pan, unas rodajas de queso y algunas frutas.

—Es que siempre me da hambre después —respondió, acompañando sus palabras con un encogimiento de hombros e introduciendo una manzana en su boca antes de seguir a sus compañeros.

Gavin lo siguió con la mirada mientras abandonaba el salón y sacudió la cabeza, resoplando con frustración.

—El estómago de ese muchacho es un pozo sin fondo.

—Tú eras igual a su edad —le recordó Brodie.

Al ver que el *laird* sonreía, su ánimo se tranquilizó. Se quedó pensativo unos instantes.

—¿Vas a decírselo?

Brodie sabía a qué se refería. No deseaba airear el pasado de Emily, pero confiaba en sus hombres y en que guardarían el secreto. Además, quizá necesitaría su ayuda en algún momento.

—Lo haré después de escuchar a Dermont. Quiero estar seguro de que no me he equivocado.

—¿Emily no te ha contado nada?

—Todavía no —admitió con renuencia—, pero es cuestión de tiempo.

—Y de paciencia —añadió Gavin. No quería que se precipitara y cometiera con ella un error que resultara irreparable—. Mañana me pasaré por la casa de Muriel para ver si hay noticias de Dermont.

Él asintió y se puso en pie. Quería partir cuanto antes. Necesitaba poner un poco de distancia con Emily, sentía que se le estaba metiendo bajo la piel, que su presencia le calentaba las entrañas y cambiaba el ritmo de su corazón. Y no deseaba nada de eso.

Cogió su espada y se aferró a ella como si fuera lo único real en el mundo, luego se dirigió a los establos en busca de Feasgar. Cuando llegó, Michael ya tenía preparada su montura.

—Lo he cepillado y he revisado las herraduras —le comentó el chico, ansioso por agradar.

Brodie palmeó el cuello de su caballo.

—Te cuidan bien, ¿eh, amigo? —Luego se volvió de nuevo hacia el muchacho, que aguardaba alguna orden más—. Michael, desde ahora quiero que te ocupes de Allard, ya no me atenderás a mí.

—¿Por qué? ¿He hecho algo mal? —preguntó, ansioso, apretando los puños con fuerza. Su rostro había palidecido un poco—. ¿Es porque no soy demasiado rápido? Me esforzaré más, yo...

—No tiene nada que ver con eso —lo interrumpió Brodie—, es solo que Allard necesita más ayuda que yo.

—Pero yo quiero estar con vos, no quiero cuidar de un mocoso que...

—Cuida tus palabras, muchacho. Allard es el hijo de tu *laird* y debes respetarlo como tal —le espetó con cierta dureza.

—Sí, *laird* Brodie.

Al ver que el chico agachaba la cabeza, dolido, dejó escapar un suspiro. Tal vez lo había consentido en demasía, aunque podía comprender sus sentimientos. Colocó una mano sobre su hombro y apretó ligeramente.

—Michael, te estoy pidiendo que lo protejas como a mí mismo. Es una tarea que no confiaría a cualquiera —le aseguró—. Sé que lo harás bien y no permitirás que le suceda nada. Pero si no te sientes capaz de llevar adelante esta encomienda, entonces se la daré a Owen.

—Puedo hacerlo —respondió con convicción.

Brodie asintió. Sabía que la mención del joven guerrero al que admiraba sería suficiente para convencerlo.

—Bien, entonces procúrate una espada y mantén su hoja pulida y afilada.

Michael abrió los ojos, sorprendido. Desde que tuvo el accidente, no había vuelto a empuñar una espada para luchar, dedicado como estaba a las sencillas tareas que le encomendaba el *laird*. Solo llevaba consigo una daga, aunque no necesitaba más, ya que casi nunca abandonaba la fortaleza.

—Eso... eso quiere decir...

—Que eres la guardia personal de Allard.

—Gracias, señor, no os defraudaré —repuso con entusiasmo.

—No espero menos de ti, Michael.

El chico asintió y lo observó mientras subía a su montura y abandonaba los establos para reunirse con sus hombres, que lo aguardaban fuera. Caminó cojeando hasta la puerta y los vio marchar. Se frotó el pecho, donde sentía una ligera quemazón provocada por el sentimiento agridulce que dominaba su corazón. El *laird* lo había ascendido de ayudante a guardia personal, pero él habría dado con gusto su otra pierna con tal de que él lo hubiera llamado «hijo». Había estado a su lado muchos años, sirviéndole y haciendo todo lo posible para que se sintiera orgulloso de él; en cambio, el mocoso inglés no había hecho nada digno de merecer el cariño de Brodie, sin embargo, se lo había ganado sin esfuerzo, lo mismo que el título que él había acariciado en sueños más noches de las que podía contar.

—¡Maldita sea! —masculló, con las lágrimas atrapadas en su garganta.

Se tragó la rabia que aquel pensamiento le provocaba y apretó los puños a los costados. Lo mejor sería que, tal y como le había ordenado el *laird*, consiguiera una espada.

Emily contempló desde la ventana la partida de su esposo con sus hombres. Probablemente pasaría todo el día fuera, y no supo si eso la alegraba o no. Brodie era un hombre extraño, pensó. Aunque quizá no fuese esa la palabra adecuada para describirlo. Más bien, diferente. No se parecía en nada a los hombres que había conocido, mucho menos a Giles. Puede que estos ostentasen el título de caballeros, pero no poseían ni la mitad de la nobleza que había en el corazón de Brodie.

Se llevó una mano a la frente y rozó con las yemas el lugar donde aún podía sentir la suavidad de los labios de él. Su ternura le resultaba desconcertante y, al mismo tiempo, le provocaba un hormigueo que despertaba en ella una sensación placentera. ¿Cómo sería yacer con él?

Se apartó de la ventana y se dirigió hacia el biombo tras el que se hallaba el orinal. Después de aliviarse, vertió agua de la jofaina en la palangana y se lavó el rostro. Algunas gotas descendieron por su cuello y bañaron sus senos. Durante unos instantes imaginó que Brodie las recogía con sus labios y las lamía con su lengua, con lentas pasadas, y todo su cuerpo comenzó a arder ante ese pensamiento. Ella introdujo la mano por el cuello de la camisola para retirar la humedad y aquel sencillo roce le produjo un cosquilleo que bajó por su estómago hasta el centro de su femineidad.

Retiró la mano, asustada, y se mordió el labio inferior al darse cuenta de que habría querido que fuesen las manos de él las que la

tocasen de aquel modo. Se apresuró a retirar la camisola y a vestirse con una de las túnicas sencillas que sacó del arcón. Se peinó, recogiéndose el cabello en una trenza, y salió de la alcoba.

Cuando llegó a las cocinas, Fiona se encontraba allí, amasando la harina para cocer el pan mientras otros siervos se afanaban en sus quehaceres. Todos la saludaron con una respetuosa inclinación de cabeza.

—¿Y el niño?

—Aún duerme —le respondió.

—Te prepararé el desayuno —le dijo Fiona, al tiempo que se limpiaba las manos con un paño—. ¿Qué vas a hacer hoy?

Emily se encogió de hombros. La vio moverse con soltura, como si ya se hubiera acostumbrado a aquel espacio, mientras preparaba una rebanada de pan, algo de queso, fruta y un plato de gachas.

—No lo sé.

¿Qué se suponía que debía hacer como esposa del *laird*? Si se hubiera desposado con un caballero inglés, probablemente pasaría la mañana en la sala de costura, bordando o tejiendo algún tapiz. Sin embargo, creía que ese no era el tipo de esposa que le agradaría a Brodie y, por alguna razón sobre la que no deseaba reflexionar en ese momento, quería agradarlo.

—Podemos ir al mercado, si quieres. Hay algunas cosas que necesitamos.

—Pero Allard...

—No te preocupes por él, Michael ha estado aquí y me ha dicho que el *laird* le ha encomendado cuidar del niño —le explicó—. Es bueno que esté con alguien cercano a su edad.

Emily se retorció las manos en un gesto involuntario de nerviosismo. Sabía que Fiona tenía razón. Tarde o temprano tendría que permitir que Allard viviera como cualquier otro niño; además, supuso que no se demorarían demasiado en el mercado.

—Está bien —aceptó.

Cuando terminó de desayunar, subió a verlo. No quería que se asustara si acaso la buscaba al despertar y no la hallaba en la fortaleza. Entró en su alcoba y se acercó al lecho. Dormía tranquilo, aunque en su rostro quedaban rastros del llanto de la noche anterior. A su mente acudió la imagen de Brodie abrazando a su hijo y su corazón se estremeció con algo semejante al cariño. «Tengo que contarle la verdad», reflexionó. Él merecía saberla. Quizá esa misma noche, cuando volviera, hablaría con él.

Acarició el cabello del pequeño y lo sacudió ligeramente hasta que abrió los ojos.

—¿Mamá?

—Allard, voy a ir al mercado con Fiona.

—¿Y Brodie?

Ella dejó escapar un suspiro. Su hijo le había entregado ya su corazón al guerrero; se preguntó si ella sería capaz también de darle el suyo.

—Se ha marchado temprano, pero Michael se quedará contigo. —Lo vio bostezar y se inclinó para besar su frente—. Duerme un poco más, cariño.

Antes de abandonar la alcoba, Allard se había vuelto a quedar dormido. Descendió las escaleras y se dirigió hacia el portón de entrada, donde Fiona la aguardaba fuera. Conforme se acercaba, oyó su voz.

—He dicho que no es necesario. —Sonaba molesta.

—Pero no puedes impedir que lo haga, mujer. Es mi derecho pasear por donde yo quiera.

—Yo no te impido que pasees por donde te plazca, viejo cascarrabias, siempre y cuando no sea a mi lado.

Emily salió y descubrió que era con Angus con quien Fiona discutía.

—Buenos días, Emily —la saludó este, acercándose a ella—. He pensado que sería bueno dar un paseo hasta el mercado, y como sé que vais hacia allá, os ofrezco mi compañía.

—No la necesitamos —rezongó Fiona.

Angus frunció el ceño y le dedicó una mirada severa, aunque el brillo que había en esta delataba que se estaba divirtiendo.

—Nadie te ha preguntado, mujer. —De inmediato se volvió hacia Emily—. Podemos irnos cuando gustes, muchacha. Será un placer conversar contigo durante el camino.

Emily dudó de esta última afirmación, ya que ni siquiera había sido capaz de devolverle el saludo y, mucho menos, iniciar una conversación, pues Fiona y él continuaron con el intercambio de quejas y pullas mientras descendían la cuesta hacia la plaza. Por la manera en que se trataban el uno al otro, comprendió que debían de haberse conocido bien en otro tiempo, y decidió que le pediría a Fiona que le contase acerca de su relación con él.

Cuando llegaron al mercado, se desentendió de ellos y comenzó a pasearse por los diversos puestos. Le sorprendió que, aunque algunas gentes la miraban aún con recelo, la mayoría la saludó con amabilidad y una sonrisa.

Se detuvo junto a un puesto que vendía fruta y verdura. Seguramente todo aquello se cultivaba en las tierras aledañas a la aldea.

—Buenos días, lady MacPherson.

—Buenos días, Muriel —respondió con educación, volviéndose hacia la joven, aunque no le agradara especialmente.

—Esta mañana vi pasar por mi puerta al *laird* Brodie. No pensé que

abandonaría tan pronto el lecho nupcial —señaló en voz baja—. ¿Acaso no quedó satisfecho y necesitaba más ejercicio? Es un hombre con apetitos saludables y puede ser difícil de complacer.

Emily apretó los puños ante la mirada que ella le dirigió, contemplándola de arriba abajo como si ella no fuera suficiente para él.

—No creo que eso sea de vuestra incumbencia, al fin y al cabo, su esposa soy yo y no vos.

Vio el destello de rabia que cruzó los ojos de la muchacha y se preguntó si no habría sido más sensato evitar hacerse enemigos. Por eso se sorprendió cuando Muriel bajó la cabeza como si se sintiese apenada.

—Me disculpo con vos, lady MacPherson, no pretendía ofenderos —le aseguró contrita—. Tenéis razón, solo puedo achacar mi conducta a mi deseo de ver feliz a Brodie, quiero decir, a nuestro *laird*. Os ruego que me perdonéis.

—Acepto vuestras disculpas —respondió, si bien no estaba segura de que fueran sinceras.

O tal vez ella no quería creerlas por el trato familiar que le dispensaba a su esposo, llamándolo por su nombre. Aún recordaba el comentario que le había hecho durante el banquete, y volvió a preguntarse si acaso habían sido amantes.

—Sois muy amable. ¿Estáis buscando alguna fruta o verdura en concreto? —le preguntó, observando la mercancía del puesto—. Si lo que queréis es agradar a vuestro esposo, os recomiendo que os llevéis algunas moras. Son su fruta favorita.

Emily miró las que tenía el puesto. Se veían apetitosas. A su abuelo también le encantaban, sobre todo el pastel que preparaba con ellas. Quizá podría cocinarle uno a Brodie como agradecimiento.

—Os agradezco la sugerencia.

—No hay de qué, lady MacPherson. Cualquier cosa que deseéis saber sobre vuestro esposo, podéis preguntarme. Que tengáis un buen día.

Ella le dirigió un asentimiento de cabeza a modo de despedida, puesto que estaba demasiado ocupada mordiéndose la lengua para poder hablar. Sus palabras le habían escocido, pues era cierto que no conocía casi nada sobre Brodie.

«Bien, al menos ahora ya sé cuál es su fruta favorita». Empezaría por eso y trataría de acercarse poco a poco al hombre con el que había unido su vida y, tal vez, su alma y su destino.

Capítulo 20

Después de la comida, mientras Allard dormía un rato y los siervos se hallaban descansando, Emily aprovechó para cocinar el pastel. Le agradó la soledad y el silencio, que le permitió reflexionar sobre la maraña de sentimientos que llenaban su corazón.

—¿Qué estás preparando? —le preguntó Fiona, entrando en la cocina y acomodándose sobre una banqueta con un suspiro.

—Un pastel de moras.

—No deberías darle tanto dulce a Allard, se le pudrirán las tripas —le advirtió la mujer—. Es demasiado goloso.

Emily concentró la mirada sobre la masa de harina, mantequilla y huevos que estaba amasando.

—No es para Allard. Bueno, al menos no todo —respondió en un tono suave, que delataba una súbita timidez.

Fiona vio el rubor que coloreó las mejillas de la joven y sus labios dibujaron una sonrisa de satisfacción.

—¡Oh, vaya! ¿Es para el *laird*?

—Solo quiero agradecerle por lo bien que ha tratado a Allard y...

—Te gusta —la interrumpió ella.

Emily se entretuvo mezclando las moras que había comprado con algunos arándanos, copos de avena que había puesto a macerar en un poco de whisky de malta y queso *crowdie* para hacer el relleno.

—No lo sé —contestó tras unos instantes de silencio—. Creo que sí. Es bueno con Allard y muy protector. Se preocupa por él. Me parece que le ha tomado cariño.

—¿Y cómo se porta contigo?

La sencilla pregunta trajo a su mente recuerdos vívidos de los besos de Brodie y su corazón se aceleró en respuesta. Detuvo la labor que estaba realizando y enfrentó la mirada de su vieja aya. Había cosas que deseaba saber y solo podía recurrir a ella.

—Fiona, ¿cómo fue estar casada con Munro?

—¿A qué viene ahora esa pregunta, niña? —Al ver la determinación en su mirada azul, dejó escapar un suspiro—. Era un guerrero magnífico y un buen hombre. No se prodigaba en palabras cariñosas, pero supo demostrar su afecto a través de gestos sencillos, llenos de delicadeza y ternura. —Sonrió con nostalgia al recordar a su esposo—. Aprendí a quererlo con el tiempo y fui muy feliz con él.

—Pero vosotros no yacisteis juntos, ¿verdad?

—¿De dónde te has sacado esa idea, niña? —inquirió sorprendida.

Emily se ruborizó.

—Como no tuvisteis hijos...

—¿Quién ha dicho que...? —interrumpió sus palabras al comprender de pronto lo que sucedía. La madre de Emily había muerto cuando ella era apenas una niña, y seguramente su abuelo nunca le había explicado lo que sucedía en la relación entre un hombre y una mujer. Su única experiencia había sido amarga y dolorosa, y había traído al mundo a Allard. «¡Por todos los santos del cielo!». Sacudió la cabeza, molesta consigo misma por no haber comprendido antes la situación —. Un hombre y una mujer pueden yacer juntos sin tener hijos, también está el deseo, la pasión y el placer.

—¿Cómo puede haber placer en hacer... eso? —El estómago se le revolvió al pensar en Giles y lo que le había hecho.

Fiona le dirigió una mirada compasiva.

—Lo que te hizo esa rata inmunda, que el Buen Dios lo arroje a los fuegos del Infierno —añadió, haciendo la señal de la cruz—, no tiene nombre, y no se puede comparar con lo que sucede en un verdadero matrimonio. El placer no se obtiene con la fuerza, sino a través del afecto y del deseo mutuo, cuando las dos personas se entregan por igual.

—¿Cómo puedes saber cuándo deseas a un hombre?

—Bueno, supongo que cuando no puedes dejar de pensar en él y sientes un revoloteo en el estómago al verlo —expuso, intentando encontrar la mejor forma de explicarlo sin asustarla—, cuando quieres que te bese o te acaricie, y al pensar en ello tu cuerpo experimenta una tensión, como una necesidad.

—¿Como... como un hormigueo en la piel? —Quiso saber, recordando lo que había sentido esa mañana al pensar en Brodie mientras se lavaba. Un calor ardiente la asaltó de nuevo solo con pensarlo.

—Sí, y entonces, cuando él te toca es como si una chispa encendiera la yesca y..., bueno, de eso se trata —concluyó, acalorada.

Tomó la jarra de whisky que Emily había usado para macerar la avena, se sirvió un poco de licor en un jarro y lo apuró de un solo trago. Le sobrevino un acceso de tos cuando el líquido le quemó la garganta y el estómago. Se preguntó cómo podían llamar a aquel brebaje *uisge beatha*, «agua de vida», cuando ella se sentía morir con solo un pequeño trago.

Miró a Emily, que parecía tan acalorada como ella misma, a pesar de que la muchacha no había probado el licor. La vio mezclar el relleno de moras con un poco de miel y verterlo en el molde de harina que había hecho. Luego lo cubrió con una capa de masa y lo embadurnó todo con huevo antes de meterlo al horno de piedra.

—Deberías darle una oportunidad al *laird*, niña —le aconsejó—. Si lo

haces, puede que encuentres la felicidad al lado de tu esposo.

Al menos, deseaba de todo corazón que así fuera.

—¿Dis... disfrutabas con tu esposo en el lecho? —se atrevió a preguntar. Observó a Fiona de reojo y vio que la mujer se sonrojaba y desviaba la mirada hacia el horno.

—Bueno, Munro era un hombre muy fogoso —respondió un tanto azorada, no le resultaba fácil hablar de esos temas con Emily. A veces seguía viéndola como a una niña. Se volvió hacia ella. En sus ojos había un brillo de curiosidad, pero su semblante mostraba confusión. Suspiró—. Quiero decir que era muy apasionado. Le gustaba besarme y lo hacía en cada ocasión que podía. Y en la cama, bien, digamos que sabía cómo tocarme. Y ya no preguntes más sobre esto, niña. Es algo que tendrás que descubrir por ti misma.

Se levantó y comenzó a trastear por la cocina. Echó un vistazo al horno y tomó unos paños para sacar el pastel, que ya se había cocido.

Emily no dejó de observarla. En alguna ocasión, siendo niña, había escuchado a las damas del castillo conversar sobre esos asuntos, aunque no había comprendido la mayor parte de sus comentarios. Sin embargo, mostraban el mismo nerviosismo que Fiona cuando hablaban, soltando risillas como si fueran niñas o removiéndose inquietas. La conversación con su antigua aya no había hecho sino acrecentar su curiosidad al respecto.

—¿Qué es lo que hay entre tú y Angus? —le preguntó, cambiando de tema.

Fiona, que acababa de depositar el pastel sobre una repisa, se volvió a mirarla con el ceño fruncido.

—No hay nada entre ese viejo cabezota y yo —replicó con tono áspero—, no sé por qué lo preguntas.

—¿Os conocéis desde hace mucho?

—Cuando éramos jóvenes me cortejó —respondió después de un silencio, tomando asiento de nuevo tras colocar un plato con algo de fruta delante de la joven—, pero tenía demasiada arrogancia y orgullo. Era el mejor guerrero de los MacPherson y vivía solo para luchar. Fue culpa suya que yo me fuese a Inglaterra con mi hermana —le confesó—. Cuando regresé a la aldea, conocí a Munro y me casé con él. Desde entonces, Angus me guarda rencor.

Emily sacudió la cabeza. No creía que fuese rencor lo que sentía el anciano consejero por su aya, aunque, ¿qué sabía ella del amor? La imagen de Brodie, con una sonrisa en su apuesto rostro, apareció en su mente y un millar de mariposas se agitó en su estómago. Tenía ganas de verlo. La espera se le iba a hacer larga.

—¿No puedo esperar despierto a Brodie? —se quejó Allard, frotándose los ojos, somnoliento.

Emily lo empujó con suavidad para que se echase sobre el lecho y lo arropó.

—No, no puedes. Ya es muy tarde y tienes que dormir.

—Pero tú vas a esperarlo. —Bostezó, rendido por el cansancio del día, y sus ojos comenzaron a cerrarse—. Yo también quiero hacerlo. Quiero verlo.

Ella acarició su cabello y esbozó una suave sonrisa. «Ya somos dos», pensó. Aquel deseo se había acrecentado con el paso de las horas y no sabía bien qué hacer con él.

—Mañana lo verás.

Sus palabras se perdieron en el ambiente tibio de la alcoba. Allard se había quedado dormido.

Se levantó con cuidado para no despertarlo y se fue a su dormitorio. Estaba cansada e inquieta, por lo que se acomodó en la banqueta frente a la chimenea y comenzó a cepillarse el cabello con lentas pasadas mientras contemplaba el fuego. El sonido del golpeteo de los cascos de caballo sobre el empedrado del patio la hizo detenerse y corrió hacia la ventana. A la luz de las antorchas vio cómo Brodie descendía de su montura y el corazón le dio un vuelco en el pecho.

Dejó el cepillo y trenzó su cabello con tanta rapidez como pudo. Seguramente Brodie y sus hombres estaban cansados y hambrientos. Los siervos sabrían ya que habían llegado y estarían calentando la cena. Salió de la alcoba y bajó deprisa las escaleras hacia la cocina. En su camino se cruzó con algunos hombres que cargaban bandejas con carne humeante.

Cuando llegó a las cocinas se encontró un gran ajetreo. Isobel no se hallaba presente y quizá por eso reinaba un poco el caos. Esperaba que nadie le hubiese echado mano al pastel. Entró, procurando estorbar lo menos posible, y se acercó al estante. Por suerte, allí estaba todavía. Untó sobre la cubierta la mezcla de queso y miel que preparó en ese momento y colocó tres arándanos en el centro, a modo de adorno. Cuando estuvo satisfecha de lo que veía, se dirigió al comedor.

Por el camino se fue repitiendo a sí misma que aquello solo era una muestra de agradecimiento, su gesto no encerraba ningún otro significado. Tomó una inspiración profunda e ingresó en el salón.

Brodie conversaba con Gavin en ese momento. Al descubrir el brillo repentino que iluminó los ojos azules de su amigo, supo que Emily acababa de entrar. Se volvió despacio hacia ella y se deleitó contemplando su rostro y su figura. Su recuerdo lo había acompañado durante todo el día y había despertado en su interior el anhelo de volver pronto al hogar. Lo que deseaba en ese instante era tomarla en brazos y robarle el aliento con un beso profundo que saciase el hambre que tenía de ella, aunque sabía que no sería suficiente. Su

cuerpo ardía por tomarla y hundirse en su dulce interior, por saborear cada retazo de su piel y por beberse los gemidos de esa boca que lo provocaba con una tímida sonrisa mientras se acercaba a él.

—Buenas noches, *laird*. Lo he preparado para vos —le dijo, colocando el pastel sobre la mesa. Le pareció ver en sus ojos grises un fuego voraz que aceleró el ritmo de sus latidos. Nerviosa, entrelazó los dedos y los apretó con fuerza—. Espero que sea de vuestro gusto.

—¿Eso que ven mis ojos es *cranachan*? —exclamó Owen, entusiasmado, al tiempo que alargaba su brazo hacia el pastel.

—Tócalo y te rebanaré la mano —lo amenazó Brodie, mostrándole el cuchillo que había usado para trinchar la carne—. Si quieres que te hagan uno, tendrás que buscarte una esposa.

Emily ocultó una sonrisa ante el gesto compungido del muchacho. Quizá antes las palabras de su esposo la habrían asustado, pero había llegado a conocerlo un poco mejor y sabía que su excesiva franqueza y sus bruscas respuestas ocultaban un corazón sincero, noble y lleno de ternura.

—Estoy segura de que Brodie os compartirá una tajada, puesto que es un hombre generoso, ¿no es así, esposo?

Él la miró, elevando una ceja arrogante, y ella se atrevió a sostenerle la mirada, hasta que este cedió con un gruñido. Dividió el pastel, incluyendo una parte para ella, que le ofreció antes de tomar la suya y comenzar a comerla.

Emily mordió su trozo y saboreó la cremosidad del relleno junto con la textura crujiente de la masa. Cuando se dio cuenta de la manera en que la miraba él, se sonrojó.

—Tienes...

Brodie detuvo sus palabras y, en cambio, alargó la mano y limpió con el pulgar la mancha de queso que había junto a la comisura de los labios femeninos. Luego se lamió el dedo sin dejar de mirarla. Vio cómo sus ojos se agrandaban y se alteraba su respiración. Cuando ella humedeció sus propios labios con la punta de su lengua, sintió un tirón en la ingle. «¡Dios!, vas a matarme, mujer».

El silencio que reinaba en el salón era tan denso que casi pudo escuchar el latir acelerado y errático de su propio corazón. Desvió la mirada de Emily y descubrió que sus hombres tenían la suya fija en ambos y unas sonrisas burlonas curvaban sus bocas. Habría querido borrárselas de un puñetazo y decirles que se largaran de allí, pero había comenzado a sentir un hormigueo en los labios. Un sudor frío perló su frente.

—Lady MacPherson, este es el mejor *cranachan* que he comido nunca —la alabó Ken—. ¿Dónde aprendisteis a hacerlo?

—Fiona me enseñó cómo prepararlo.

—¿De qué está relleno? —Quiso saber Owen, que no apartaba la

vista del último pedazo que quedaba.

—De arándanos y moras que he mezclado con... —se interrumpió al ver los rostros espantados de todos y cómo miraban hacia Brodie con preocupación.

—¡Maldición!

El exabrupto fue acompañado del golpeteo de la silla contra el suelo cuando Gavin se levantó con rapidez y sacudió a Brodie con fuerza, que tan solo dejó escapar un gruñido.

—¿Qué le sucede? —preguntó asustada.

—Las moras le causan indisposición. Tenemos que llevarlo a su alcoba —masculló, al tiempo que le hacía una seña a Alec para que le ayudara a cargarlo.

—Yo no sabía... —balbuceó—. Me dijeron...

El miedo anudó sus entrañas al ver que Brodie apenas reaccionaba y casi no se tenía en pie. Su semblante estaba contraído en una mueca de dolor, sus ojos se habían vuelto vidriosos y habían comenzado a aparecerle unas manchas rojizas en el cuello.

—Busque a Isobel —le ordenó—, ella sabe qué hacer.

Emily asintió y se marchó a toda prisa a las cocinas, rogando porque la mujer se encontrara allí. No la halló, pero sí a Fiona. De forma atropellada, le explicó lo sucedido.

—Cálmate, niña. Yo buscaré a Isobel. Seguramente le hará alguna infusión de hierbas y el *laird* se pondrá bien enseguida —la tranquilizó —. Tú prepara una jarra con agua fría y algunos paños. Aplícaselos en las zonas enrojecidas, eso le aliviará el picor.

Ella agradeció el poder ser útil de algún modo e hizo lo que le había indicado. Cuando llegó a la alcoba, se encontró con Gavin que salía del interior.

—¿Cómo se encuentra? —Quiso saber. El rictus serio en el rostro del guerrero le hacía temerse lo peor—. No va a... morir, ¿verdad?

Gavin negó con la cabeza.

—No comió mucho pastel, así que eso es bueno. Milady, ¿por qué le dio moras?

—Yo...

Apretó con fuerza la jofaina de agua que sostenía en sus brazos. Estaba segura de que esa víbora de Muriel lo había hecho de mala fe, con el fin de que la culparan a ella si algo le pasaba a Brodie. Sin embargo, dudaba de que tuviera intención de matarlo. ¿Acaso no sabía el efecto que producían en él las moras?

—Antes, en el salón, comentó que alguien le había dicho algo —señaló Gavin al ver que ella no respondía—. ¿Quién fue?

Emily lo miró. Nunca lo había visto tan serio. Sus iris azules asemejaban esquirlas de hielo.

—Esta mañana, en el mercado, me encontré con Muriel, la nieta de

Aldrich. Ella me dijo que a Brodie le gustaban las moras —contestó finalmente. Él conocía a la muchacha, así que dejaría que él fuese su juez.

Gavin asintió y se alejó sin añadir nada más. Ella entró en la alcoba y Alec, que vigilaba el estado del *laird*, se retiró al verla llegar. Se acercó al lecho y dejó la jofaina y los paños sobre la mesilla. Brodie tenía el rostro sudoroso y su respiración era rápida y superficial. Le desabrochó la camisa. Las erupciones rojizas se extendían por su pecho y el estómago. Empapó un paño en el agua fría, lo escurrió y se lo colocó sobre la piel ardiente.

—Lo siento —musitó, ahogando un sollozo.

Él abrió los ojos y enfocó su mirada en ella. Alzó la mano y apoyó la palma sobre su mejilla húmeda.

—Si me das un beso, me repondré antes.

A pesar de que su voz había sonado ronca y constreñida por el dolor, lo vio sonreír. En ese momento, Emily se dio cuenta de que deseaba pasar el resto de su vida contemplando aquella hermosa sonrisa.

Capítulo 21

A Emily la despertó el frío. Lo primero que notó fue la rigidez de su cuello y el agarrotamiento en los músculos por haber mantenido la misma posición durante tanto tiempo. Abrió los ojos somnolienta. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que se quedó dormida, pero vio que la vela de la palmatoria casi se había consumido; en el hogar apenas ardían unas brasas.

Alzó la cabeza, conteniendo un gemido por el dolor que le provocó el movimiento. Brodie dormía tranquilo. Isobel lo había obligado a tomar una infusión de hierbas, a pesar de las quejas de él a causa de su sabor amargo; luego lo había desnudado por completo, sin ningún reparo, y le había aplicado sobre el cuerpo paños empapados en vinagre de manzana. Ella habría querido salir corriendo cuando advirtió aquello, pero Isobel necesitaba su ayuda. A pesar de la vergüenza que experimentó, ya que nunca antes había visto a un hombre completamente desnudo, no pudo evitar echar una mirada al cuerpo de su esposo.

Era, sin duda, un hombre bien formado. Parecía esculpido en bronce, con músculos bien definidos y una complexión atlética que denotaba años de cuidadosa dedicación a los entrenamientos con la espada. Su pecho era firme y duro, y no había un solo gramo de grasa en su cintura ni en sus caderas firmes. Desbordaba virilidad y magnetismo, y despertó en ella una emoción intensa que la obligó a apartar la vista de su cuerpo en ese momento.

Poco después, y antes de marcharse, Isobel le había encargado que cambiase los paños cada cierto tiempo, remojándolos de nuevo, hasta que desapareciera la fiebre. Cuando cedió el picor y su respiración se hubo normalizado, Brodie se sumió en un sueño intranquilo. Ella estuvo velando a su lado, hasta que había caído rendida, vestida todavía con la túnica.

Se levantó del lecho con cuidado de no despertarlo y se fue detrás del biombo para quitarse las prendas y ponerse la camisola. Luego avivó el fuego de la chimenea y cambió la vela de la palmatoria antes de retirar los paños y humedecerlos de nuevo. Las zonas enrojecidas parecían haber disminuido. Pasó las yemas de los dedos sobre las marcas de las cicatrices que tenía en el costado derecho y lo sintió estremecerse bajo su roce. Su piel estaba tibia. Evitó mirar la zona de su cintura, que Isobel había cubierto con el tartán.

Una vez que hubo terminado, volvió a subir al lecho. Observó el

rostro de Brodie. Algunos mechones de su cabello cobrizo caían desordenadamente sobre su frente, otorgándole un toque salvaje y seductor a su apariencia. Bajo sus ojos, la piel había adquirido un tono oscuro y había un rictus de incomodidad alrededor de su boca.

Apartó con delicadeza los mechones y dejó que sus dedos recorrieran sus mejillas y rozasen su barba. Al contrario de lo que había pensado, era suave. Deslizó el pulgar sobre la plenitud de sus labios y el suave suspiro que brotó de ellos se lo humedeció. Su corazón comenzó a latir con fuerza y sintió que su propia piel ardía como si también tuviera fiebre. Se inclinó sobre él y posó su boca sobre la suya en un beso breve que solo despertó en ella la necesidad de más.

Acarició su pecho desnudo y se sobresaltó al descubrir que el corazón de Brodie latía a un ritmo salvaje en su interior. Se preocupó por si la fiebre le hubiese subido de nuevo y alargó la mano para tocar su frente. En ese momento percibió el ligero temblor de sus párpados y no supo si cubrir su rostro para ocultar su vergüenza o echarse a reír. Aquella señal había delatado a Allard en innumerables ocasiones, cuando fingía que dormía para que ella siguiera acariciando sus cabellos.

—Estás despierto —declaró en tono acusatorio.

Él no abrió los ojos, pero una lenta sonrisa distendió sus labios, y Emily sintió un revoloteo en el estómago.

—Mujer, no puedes regañarme, estoy enfermo. Además, soñaba que un hada del bosque me curaba con suaves caricias, y quiero seguir soñando.

Emily no supo si fue por el alivio que experimentó al darse cuenta de que se encontraba bien y su voz volvía a tener su timbre natural o si fue por lo absurdo de sus palabras, pero no pudo evitar echarse a reír. Al menos hasta que él abrió los ojos de golpe, casi sorprendido, y clavó en ella una intensa mirada gris que la inquietó.

—¿Qué... qué sucede?

—Tienes una risa hermosa. Nunca te había escuchado reír. —Tomó la mano de ella, que temblaba ligeramente, y jugueteó con sus dedos. Le agradó que no la apartara—. Me gustaría volver a oír ese sonido.

—Deberías intentar dormir un poco más —le dijo ella, sin saber bien cómo responder a sus palabras, mientras intentaba no centrarse en la sensación que le provocaba el roce de sus dedos—. Necesitas descansar.

Brodie estaba convencido de que le sería imposible volver a conciliar el sueño después del estado en el que ella lo había dejado con sus inocentes caricias y ese beso fugaz que había encendido su deseo, dejándolo adolorido.

—Entonces, duerme conmigo. —Entrelazó los dedos con los suyos y tiró de ella con suavidad para recostarla contra su pecho. Si no podía

tener más, al menos se conformaría con eso.

Emily se tumbó a su lado; sin embargo, era demasiado consciente de la calidez y firmeza de su cuerpo, del aroma que desprendía su piel —una mezcla de manzanas y cuero—, y de la ternura con la que sus dedos se deslizaban sobre su brazo, provocándole un cosquilleo que iba extendiéndose por su interior del mismo modo que la lluvia empapaba la tierra árida y seca. Ella también necesitaba saciar esa sed que hasta hacía poco ni siquiera sabía que tenía: sed de sus besos y de sus caricias; sed de esas miradas intensas que la hacían temblar, y de sus palabras dulces, cargadas de sinceridad y de deseo.

—Mis padres murieron cuando yo era una niña —comenzó a decir. Percibió el cambio que se obró en él, que pareció dejar de respirar. Sabía que la estaba escuchando y no pudo evitar que un nudo de nervios le atenazara el estómago. Se mordió el labio inferior y tomó una inspiración antes de proseguir—. Me crie con mi abuelo, un hombre bueno que me cuidó como pudo. Fui feliz, pero demasiado ingenua. Creí que todo el mundo era como mi abuelo. Cuando tenía dieciséis años, lo conocí. Al padre de Allard. —Se detuvo unos instantes con el corazón latiendo a tanta velocidad que sintió que le faltaba el aire. Entonces notó el suave roce de los labios de Brodie sobre su cabello y todo volvió a estar bien—. Me cortejó con palabras bonitas y me hizo creer que sus sentimientos eran sinceros. Sin embargo, solo fueron mentiras. Un... un día, mientras estaba en los establos, él... él...

Brodie apretó con fuerza la mandíbula. Una rabia silenciosa bullía en su interior y tuvo que hacer un esfuerzo ingente para controlarla. Estrechó a Emily entre sus brazos y la tranquilizó con caricias.

—Te forzó —completó, procurando mantener un tono neutro, aunque las palabras le supieron amargas. Sintió contra su pecho desnudo el leve movimiento de su cabeza en un asentimiento.

—Mi abuelo me envió lejos, pero después del nacimiento de Allard cometí el error de volver a casa y Giles lo descubrió.

«Giles». No olvidaría ese nombre, y cuando encontrara a ese desgraciado le grabaría el suyo sobre la piel con la punta de la espada.

—¿Te pegó alguna vez?

Emily se estremeció ante el tono frío de su voz, a pesar de saber que la furia que encerraba no iba dirigida a ella.

—Ahora estoy a salvo contigo —le dijo para tranquilizarlo.

—¿Lo hizo?

Ella habría preferido que él no insistiera en eso, no solo porque no deseaba recordar esos momentos, también porque tenía miedo por Brodie. Puede que fuera un gran guerrero, pero Giles era taimado y poseía un ejército numeroso. Además, contaba con el apoyo del rey Juan, por eso su abuelo no había podido enfrentarse a él. Su esposo no

debía enterarse nunca de quiénes eran el barón Bertram y su hijo.

Brodie aguardó una contestación que no parecía llegar, si bien estaba seguro de conocer la respuesta. No deseaba presionar a Emily, sobre todo ahora que había comenzado a confiar en él y le había contado parte de lo sucedido. Necesitaba relajarse para que no se percatase de la tensión que embargaba su cuerpo.

La piel se le erizó cuando notó cómo ella deslizaba las yemas de sus dedos sobre su pecho desnudo y se dedicaba a dibujar sobre su piel. Pensó que se trataba de un gesto debido al nerviosismo, aunque de inmediato comprendió que se había equivocado.

—¿Intentas distraerme? —le preguntó. Escuchó el timbre ronco de su propia voz y tuvo que tragar saliva. Puede que aún no se le hubiera pasado la indisposición, pero, desde luego, a su parte inferior no le importaba en absoluto. Detuvo su mano, apretándola contra su pecho —. Si es así, debo decir que no se te da nada mal.

Emily dejó escapar una risilla nerviosa. No sabía bien lo que estaba haciendo, aunque se mentiría a sí misma si admitía que no sabía por qué lo hacía.

—Quiero...

Cuando se interrumpió, Brodie contuvo el aliento. Se quedó quieto, con los músculos en tensión.

—¿Qué es lo que quieres, Emily? —la interrogó al ver que ella permanecía en silencio. La tomó de la barbilla y alzó su rostro para que lo mirara. Fuera lo que fuera a decir, deseó que no se arrepintiese.

Ella se perdió en el mar de plata de sus ojos.

—Que me hagas olvidar —respondió finalmente, imponiéndose a sus miedos en la oscura y cruel batalla que se libraba en su alma. Llevaba años sepultándolos en su interior, viviendo como si no existieran, y todo lo que había hecho no había sido sino alimentarlos hasta volverse esclava de ellos. Pero Brodie se había abierto paso hasta su corazón para devolverle la libertad—. Quiero tus caricias y tus besos, y que me enseñes lo que es el placer.

«Quiero tu corazón». Aquel deseo la sobresaltó. Sin embargo, se dio cuenta de que era cierto. Anhelaba el amor del *laird*, no solo que la protegiese y la cuidase del mismo modo que hacía con el resto del clan. Pero ¿cómo se conquistaba el corazón de un guerrero escocés que solo vivía para su espada? Su esposo era un hombre honorable y había sido sincero con ella cuando le explicó las razones de aquel matrimonio de conveniencia. ¿Podría cambiar aquello? Decidió que lo intentaría con todas sus fuerzas.

—Ven. —Brodie tiró de ella y la colocó encima de su cuerpo. Sabía que debía ir despacio y controlar el ímpetu de su deseo hasta que Emily estuviera preparada para aceptar su pasión. Apretó los dientes cuando ella rozó su erección, que palpitaba debajo del tartán que

cubría su cintura—. Soy todo tuyo, haz lo que quieras conmigo.

Ella abrió los ojos por la sorpresa. El rubor cubrió sus mejillas a causa de la vergüenza que le suponía estar a horcajadas sobre él y con los muslos expuestos, ya que la camisola se le había subido, aunque aquella posición la tranquilizó bastante. Había temido que al sentir el peso de él sobre su cuerpo, los recuerdos la asaltaran y no fuese capaz de soportarlo. Contempló su pecho firme, cubierto por una fina capa de vello cobrizo, y la fuerza de sus brazos, capaces de empuñar una espada. No quiso pensar en esa abultada parte masculina que rozaba su trasero y que le causaba tanta curiosidad como temor.

Se inclinó sobre él y acarició sus labios en un beso corto y rápido. Cuando se apartó, Brodie le dedicó una sonrisa cautivadora que le provocó un aleteo en el estómago. El cosquilleo le recorrió la piel y se alojó en el centro de su femineidad. Se removió, inquieta, y el suave roce del tartán despertó en ella una sensación extraña y placentera. Volvió a inclinarse sobre él, apoyándose en esta ocasión contra su pecho. Experimentó una agradable calidez cuando sus senos presionaron el torso masculino y se preguntó qué sentiría si estuviesen piel contra piel.

—Bésame como lo hiciste el día de nuestra boda —susurró contra su boca.

Brodie rogó poder controlar el deseo que le quemaba las entrañas. El peso de sus senos contra su pecho había producido un latigazo de placer que atravesó su vientre y aumentó su erección. Tuvo que apretar los puños para no alargar las manos hacia ellos y mimarlos como deseaba. Se centró en sus labios, acariciándolos con la lengua, hasta que ella los abrió para él y se introdujo en su interior cálido y aterciopelado. Se movió dentro, con un ritmo dulce y pausado, saboreándola y provocándola para que saliera a su encuentro. Cuando ella se atrevió a hacerlo, sus caderas se sacudieron en un reflejo involuntario.

Emily gimió cuando él la devoró con más intensidad, pero aún no era suficiente. Crecía en ella una inquietud que no sabía cómo calmar. Acarició los fuertes músculos de sus brazos y sus hombros. Su piel era cálida y tenía la textura del terciopelo. Cuando él posó sus manos sobre sus pantorrillas, todo su cuerpo se estremeció y supo que era eso lo que quería.

—Déjame tocarte —le pidió Brodie, como si comprendiese lo que deseaba.

Ella asintió. Aunque él la besó de nuevo, su atención se centró en el roce de sus manos. Giles le había alzado la túnica, rasgándola mientras la manoseaba con rudeza para obligarla a abrir las piernas, y no pudo evitar que las náuseas la asaltasen. Sin embargo, las caricias de Brodie, lentas y confiadas, casi como si venerase cada trozo de piel

que rozaba, lograron tranquilizarla. Entonces comenzó a experimentar una sensación diversa. La lenta ascensión de sus manos acariciando sus muslos acumuló fuego líquido en el centro de su femineidad. Cuando alcanzó sus caderas, deseó que descendiese y la tocase allí para calmar su ansiedad, pero él no lo hizo. Subió por sus costados hasta que rozó sus senos y un remolino de sensaciones sacudió su vientre. Gimió en su boca cuando frotó con los pulgares las cumbres de sus pechos, que se irguieron exigiendo más atenciones. Brodie dejó de besarla y atrapó uno en su boca, humedeciendo la tela con su cálido aliento.

—Brodie... —Enredó los dedos entre su cabello y susurró su nombre, sin comprender bien lo que deseaba. Solo sabía que todo su ser palpitaba, concentrado entre sus piernas, y que su corazón latía tan deprisa que iba a estallarle de un momento a otro si él no calmaba su necesidad.

Con un solo movimiento, Brodie la alzó por las caderas y la colocó sobre su erección. Al sentirla contra él, su cuerpo se elevó en busca del de ella y, a pesar del tartán, el placer lo recorrió, tensando sus músculos. De la garganta de Emily brotó el sonido más hermoso que había escuchado nunca, un gemido de deseo. La sostuvo con firmeza mientras se frotaba contra ella, que echó la cabeza hacia atrás en un gesto de abandono y puro éxtasis. El tartán se fue deslizando hacia un lado y de pronto se encontraron piel con piel.

Brodie se detuvo, ejerciendo toda su fuerza de voluntad al percibir la rigidez que asaltó a Emily cuando se sintió desprotegida y amenazada. Maldijo en su interior por haberse dejado llevar y apretó los dientes cuando su erección rozó la cálida y húmeda abertura que parecía darle la bienvenida.

—Emily, todo está bien —le aseguró, acariciando su mejilla—. Nunca te haré daño.

—Lo sé —repuso, conteniendo un sollozo. Apenas pronunció las palabras, supo que eran ciertas. Se removió inquieta, y la fricción le arrancó un gemido a ella y un gruñido de la garganta de él—. No pares —le rogó, entonces. Necesitaba deshacer el nudo de tensión que latía entre sus muslos.

Brodie masculló un juramento. Con cuidado de no entrar en su interior, comenzó a moverse contra ella, frotándose cada vez con más rapidez hasta que ambos se tensaron y llegaron juntos a la liberación. Emily cayó sobre su pecho, desmadejada. Él tomó su rostro entre las manos y la besó con dulzura, como si la noche no avanzara y el mundo fuera solo de ellos dos.

—¿Estás bien? —La miró a los ojos con preocupación.

—Así que este es el placer del que hablabas —respondió con los ojos brillantes y esbozando una sonrisa lánguida.

Él sonrió a su vez ante su inocencia y depositó un cálido beso sobre su frente.

—La próxima vez será mucho mejor —le aseguró, al tiempo que la empujaba con suavidad para que se recostase contra su pecho.

Aferró con un brazo su cintura, apretándola contra su costado, y comenzó a acariciar su cabello mientras la respiración de Emily se volvía más profunda y lenta. Solo cuando comprobó que ella dormía tranquila, permitió a su propio cuerpo entregarse al sueño.

Capítulo 22

Emily observó si faltaba algo en la canasta donde acababa de meter una hogaza de pan. Había preparado pastel de faisán, fruta, queso, huevos y algunas verduras. Se encontraba tan emocionada con aquel paseo prometido por Brodie que no podía quedarse quieta. Recorrió con su mirada la cocina y sus ojos se encontraron con los de Isobel y Fiona. Las dos mujeres estaban desplumando un par de gansos. En ese momento lucían una sonrisa divertida en el rostro que le provocó un sonrojo.

Brodie había pasado tres días en el lecho recuperándose de su indisposición, aun cuando Isobel le aseguró desde el primer día que ya se encontraba bien y que lo estaba mimando demasiado, razón por la cual no deseaba salir de la alcoba. Finalmente, la noche anterior le había dicho que la llevaría a ver una preciosa cascada, y a ella le había encantado la idea de poder salir de la fortaleza.

—¡Mamá!

Allard entró en las cocinas a la carrera.

—¿Qué te he dicho sobre entrar corriendo aquí? —Puso los brazos en jarras y lo miró con seriedad.

El niño se detuvo en seco.

—Que es peligroso porque hay fuego y puedo tirar alguna cosa. Además, distraigo a los demás —recitó con cuidado antes de soltar de carrerilla el resto de lo que tenía en mente—: Mamá, Owen me ha contado que Brodie y tú vais de paseo, ¿puedo ir con vosotros?

Estaba tan ilusionado que brincaba sobre sus pies mientras tiraba de su falda y la contemplaba con sus grandes ojos azules, y a Emily le costó negarse a su petición, aunque no tuvo más remedio que hacerlo.

—No es posible, Allard —respondió, acariciando su cabello—, tienes que quedarte para entrenar.

—¿Por qué? Yo también quiero ir a bañarme a la cascada —murmuró, frunciendo los labios en un puchero.

—No van a bañarse, cariño —le aseguró Fiona—, el agua estará demasiado fría. Tú y yo nos quedaremos aquí y hornearemos unos ricos pasteles.

—¡No quiero, solo las niñas cocinan!

—¡Allard! —llamó al ver que salía corriendo de la cocina.

—No os preocupéis, lady Emily, pronto se le pasará el enfado —declaró Isobel, convencida—. Mis hijos se comportaban del mismo modo a su edad. Se molestaban y refunfuñaban por cualquier cosa,

aunque enseguida se olvidaban de todo, sobre todo si les dabas pastelillos de miel con nueces. Seguro que a vuestro hijo también le gustan.

—Allard es muy goloso —admitió Fiona, con un cabeceo para afirmar sus palabras—. Vete tranquila y disfruta tu paseo. Yo me ocuparé de él.

Emily la miró dubitativa, pero acabó accediendo. Deseaba pasar tiempo a solas con Brodie. Durante los últimos tres días, no solo había disfrutado de la dulzura de sus besos y de sus caricias, también había descubierto que era un buen conversador. Le gustaba hablar de todo: de la historia de Escocia, de las ocasiones en que había visitado la corte, de la situación política actual y de otra variedad de temas, algunos de los cuales le arrancaban risas, que añadían un brillo a sus ojos; y otros, sonrojos. Sin embargo, nunca hablaba sobre su familia, y ella intuía que la herida causada por la pérdida de su madre seguía en carne viva.

—Está bien —aceptó finalmente.

Tomó la cesta y se dirigió al patio principal. Miró alrededor, pero no vio a Allard por ninguna parte, y el corazón le flaqueó un poco. Sin embargo, al ver a Brodie aguardándola de pie junto a su corcel negro, el corazón aceleró su ritmo y olvidó todo cuanto no fuera él: el cabello cobrizo que se mecía con la ligera brisa que soplaba, el brillo de sus ojos grises cuando la vio acercarse, los anchos hombros y los musculosos antebrazos, que dejaban ver su camisa arremangada, y las piernas fuertes que se adivinaban bajo la falda de tartán.

—Te echaba de menos, esposa —le susurró él al oído cuando llegó a su lado. El roce de su cálido aliento sobre la oreja la estremeció. Apenas habían pasado un par de horas desde que se habían separado.

—Isobel tiene razón, te he mimado demasiado —respondió con el tono de reprensión que usaría con un niño, aunque sus palabras la habían halagado.

—¿Acaso tú no me echabas de menos? —la retó él, al tiempo que colocaba las manos en su cintura para alzarla sobre su yegua, que aguardaba paciente sujeta por uno de los siervos que trabajaban en los establos.

Ella permaneció en silencio, a la espera de que la aupara hasta la montura, pero pronto comprendió que Brodie no tenía intención de hacerlo hasta que no le hubiese proporcionado una respuesta.

—Tal vez un poco —contestó al fin.

La sonrisa petulante de él la desconcentró y a punto estuvo de gritar, tomada por sorpresa, cuando él la levantó del suelo y la depositó sobre la cabalgadura. Apoyó una mano sobre su muslo y ella sintió el calor de su palma traspasar la tela de su falda. Él debía saber bien lo que le provocaba aquel roce, porque su sonrisa se amplió.

Emily miró al frente para no ver el fuego del deseo que ardía en sus profundidades grises y que había aprendido a reconocer. Entonces se encontró con unas sonrisas parecidas a las de su esposo en los rostros de Owen, Ken y Alec, que estaban plantados delante, con los brazos cruzados sobre el pecho. Había también otros guerreros contemplándolos, como si aquello fuera un espectáculo, y cuando vio a Gavin menear la cabeza con resignación, el calor trepó por su pecho y cubrió sus mejillas.

Quería marcharse de allí de inmediato, pero Brodie parecía no tener prisa. Seguía de pie junto a ella, acariciando su muslo con lentas pasadas de su mano, como si aguardara algo. Emily se inclinó hacia él todo lo que le permitió la cesta que sostenía entre los brazos.

—¿Por qué no nos vamos ya?

—Estoy esperando a que me des algo —contestó Brodie, acercándose aún más a ella.

Sus rostros quedaron tan cerca que Emily sintió cómo su aliento le acariciaba los labios. Posó la mirada sobre los de él y un revoloteo sacudió su estómago.

—Brodie MacPherson, no pienso darte un beso delante de todos tus hombres —le susurró en un tono mezcla de excitación y enfado.

—*Och*, mujer, solo estoy esperando a que me des la cesta.

Ella abrió la boca y la cerró de golpe, avergonzada por el rumbo que habían tomado sus pensamientos y que la habían conducido a un malentendido. Se irguió sobre la montura, procurando mantener una apariencia digna y, sin mirarlo siquiera, le entregó la canasta. Entonces él dejó escapar una carcajada profunda y grave que la indignó. Sin pensar en lo que hacía, le quitó las riendas de la yegua al hombre que las sujetaba, hincó los talones en los ijares del animal y partió al galope entre los vítores y silbidos de los guerreros.

Brodie masculló un juramento, saltó sobre su montura, procurando que no se volcase el contenido de la maldita cesta, y partió tras ella. Mientras la perseguía, se fijó en que era una consumada jinete, a pesar de lo cual no tardó en alcanzarla, puesto que Feasgar le ganaba en velocidad y potencia a la yegua de ella.

Cuando Emily escuchó cerca el batir de los cascos del caballo de Brodie sobre la tierra, disminuyó la velocidad. Se había sentido viva de nuevo galopando con libertad, sin el miedo que constantemente la acompañaba, porque tenía la seguridad de que su esposo la seguiría. Además, aunque Fiona le había dicho que la cascada se hallaba ubicada al este del territorio de los MacPherson, no conocía el camino exacto y no quería perderse.

Se sobresaltó cuando Brodie tiró con fuerza del bocado de la yegua y la frenó, al tiempo que hacía lo mismo con Feasgar. El miedo ronroneó en su pecho, como una fiera al acecho, al darse cuenta por

primera vez de lo que acababa de hacer: había escapado de él, dejándolo plantado en el patio. Las risas de los guerreros hicieron eco en su memoria y comprendió que tal vez había humillado a su esposo. ¿Sería capaz de golpearla él por eso? Un nudo de temor se aposentó en su estómago; aun así, se atrevió a mirarlo y resistió el impulso de echarse hacia atrás cuando se inclinó hacia ella con un gesto serio en el semblante.

—Esposa mía, ahora no estamos rodeados por mis hombres —señaló. Había un fulgor casi febril en sus iris grisáceos.

Emily tardó unos instantes en comprender el sentido de sus palabras, solo entonces dejó escapar el aire que, sin percatarse, estaba reteniendo en sus pulmones y un dolor sordo le atravesó el pecho.

—Lo siento —murmuró con voz ahogada.

Brodie la entendió. Sabía que no se refería solo al hecho de haber salido huyendo, sino al miedo que había sustituido por nubes negras de desconfianza el cielo azul de sus ojos. Acariciando su cuello, dejó descansar la palma de su mano en la nuca femenina y la atrajo hacia sí hasta que sus frentes se tocaron.

—El guerrero que sujeta por primera vez su espada no sabe luchar. Va aprendiendo poco a poco, enfrentándose a sus miedos, hasta que logra confiar en sí mismo y en ese acero que se convierte en parte de él —le dijo con voz tan suave como la brisa que soplaba, agitando sus cabellos—. Eres una guerrera MacPherson, Emily, y yo soy tu espada. Venceré tus temores y te protegeré. Confía en mí, porque soy parte de ti y tú de mí.

Sus palabras llevaban la dulzura de un bálsamo que se derramó con suavidad sobre las heridas de su alma, calmando todo su dolor y llenando de paz su corazón.

Él presionó sobre su barbilla con el pulgar y le hizo alzar la cabeza. Sus miradas se cruzaron un instante fugaz antes de que le robase el aliento en un beso en el que, comprendió por primera vez, Brodie se lo daba todo: su fuerza, su sinceridad, su valentía, su confianza y perdón, el goce de su cuerpo y, lo que más anhelaba ella, su corazón.

Cuando abandonó su boca, se sintió mareada, como si se hubiera embriagado con el sabor de sus besos.

—Brodie, yo... —«Te amo», susurró su corazón. De sus labios solo brotó el silencio, porque no estaba segura de que él quisiera escuchar esas palabras—. Quiero galopar, pero no conozco el camino.

—Hagámoslo juntos, entonces.

Tiró de las riendas de Feasgar para alejarlo de la yegua y le dirigió a Emily una sonrisa de desafío antes de clavar los talones en los ijares de su montura, que relinchó con fuerza antes de partir al galope.

Emily lo siguió, con el viento azotando su rostro y el deseo de que este pudiera llevarse lejos también la tristeza de su corazón. No supo

cuánto tiempo estuvieron galopando antes de que Brodie aminorase la marcha para tomar un pequeño sendero que se desviaba hacia la derecha del camino principal. Cabalgaron un rato en silencio, escuchando el canto de los pájaros en las copas de los árboles, hasta que llegó a sus oídos el rumor del agua. Poco después, la angosta senda se abrió para dar paso a una extensa pradera verde, salpicada de amapolas y campanillas, que rodeaba una pequeña cascada. El agua saltaba desde unas grandes rocas, formando una laguna a los pies de estas.

—¿Te gusta? —le preguntó él cuando detuvo su montura cerca de la orilla de la cascada.

Descendió del caballo, que se alejó para pastar, y dejó la cesta en el suelo antes de ayudar a Emily a bajar de la yegua. Ella se deleitó contemplando los alrededores.

—Es precioso.

—Mis padres solían traerme aquí cuando era niño. —Era la primera vez que volvía allí desde la muerte de su madre. El miedo a los dolorosos recuerdos lo había mantenido alejado, pero deseó volver a verlo con Emily a su lado. Todo estaba tal y como era la imagen que guardaba en su memoria, y lo invadió una súbita nostalgia—. A mi madre le encantaban las campanillas. Siempre recogía un ramo y lo llevaba al castillo. Decía que un hogar sin flores era como un corazón sin amor: frío y solitario.

Miró a Emily. Así había vivido él tras la muerte de su madre y la profunda tristeza en la que se sumergió su padre, hasta que llegó ella: una flor que había echado raíces en su corazón y cuya fragancia traía serenidad a su alma.

—Los echas de menos —le dijo ella.

Brodie tan solo asintió en respuesta. Caminó hasta donde se encontraba Feasgar y tomó de la grupa una manta de tartán que extendió sobre la hierba. Luego cogió la cesta y la colocó encima.

Emily lo observó en silencio. Cuando vio que él se arrodillaba, dispuesto a sacar la comida, se acercó y lo abrazó por la espalda. Brodie no había derramado una sola lágrima, pero ella sabía que el niño que fue aún lloraba por dentro la pérdida de sus padres. Percibió la rigidez que adquirió su cuerpo ante su gesto y creyó que la apartaría. Sin embargo, después de unos instantes sus músculos se relajaron.

Permanecieron así un rato, envueltos en el calor del abrazo y acunados por el murmullo del agua y el rumor del viento que mecía las hojas en los árboles. Entonces él apartó las manos que rodeaban sus hombros y depositó un beso en sus palmas; luego tiró de ella con suavidad e hizo que se recostara sobre el tartán. El sol brillaba sobre su cabello de oro, recogido en una trenza, y un suave tono rosado

coloreaba sus mejillas.

«No puedo enamorarme de ella», se recordó a sí mismo, a pesar de saber que su corazón ya había derrotado a su mente en un combate desigual, antes siquiera de comenzar la batalla, desde el momento en que la vio en el bosque. Se inclinó sobre ella y se apoderó de sus labios con un roce suave y lento. La sedujo con su lengua hasta que arrancó un gemido de su garganta. Entonces la desnudó despacio y dejó que sus manos vagasen por las curvas de su cuerpo hasta rozar el centro de su femineidad. La carne tibia y húmeda palpitó contra su mano. Al toque de sus dedos, Emily elevó las caderas buscándolo. Brodie frotó con suavidad el pequeño botón, oculto entre sus pliegues, mientras sus labios descendían por su cuello con besos ardientes hasta alcanzar las cumbres de sus senos, que agasajó con su lengua.

Emily se sentía perdida en un mar de sensaciones que se concentraban en su vientre en una espiral de deseo que la desbordaba. Dejó escapar un gemido profundo y su cuerpo se arqueó cuando él introdujo un dedo en su interior. Por un instante, una nube de terror se descargó sobre su mente ante aquella invasión y se aferró al cuerpo de Brodie, no supo si con la intención de apartarlo. Sin embargo, relegó el miedo a un rincón y tomó fuerza de la confianza de su corazón. Sus manos buscaron la piel masculina, cálida y firme.

—Quiero sentirte contra mí —le susurró al oído.

Como respuesta, él mordisqueó la carne tierna de su seno, dándole un pequeño tirón, y ella gritó de placer. Una bandada de pájaros alzó el vuelo desde los cercanos árboles.

Brodie se deshizo de la camisa y de la falda de tartán, y Emily contempló, entre una neblina de deseo, la perfección de su cuerpo. Alargó una mano y rozó con las yemas de los dedos su vientre duro y plano. Con timidez y curiosidad, descendió un poco más abajo. Oyó el siseo que brotó de la garganta masculina cuando tocó su erección, que pareció erguirse aún más ante aquel simple roce. La piel estaba caliente y pulsaba al ritmo de su propio corazón, y Emily se sintió poderosa al saber que se debía al deseo que sentía por ella.

Permitió que su peso la cubriera por completo, piel contra piel; su deseo, buscando el de ella; sus corazones, latiendo al unísono.

Brodie sentía el cuerpo ardiente y la tensión acumularse en sus músculos mientras se contenía para no entrar en ella de una sola embestida como deseaba hacer. Quería que fuera ella quien le pidiera que la tomara, que la hiciera suya, porque el amor y la confianza de Emily eran para él mucho más valiosos que su propia satisfacción.

Volvió a besarla, imitando con su lengua los movimientos que seguían sus cuerpos, cubiertos por una pátina de sudor, y acrecentó la velocidad de la fricción. Cada roce era un latigazo de placer y de dolor que aumentó hasta que estallaron en mil pedazos.

Permanecieron tumbados juntos sobre la hierba, entrelazados sus cuerpos, hasta que el aire frío erizó el vello de su piel.

—Ven, vamos a bañarnos —le dijo él, poniéndose de pie y ofreciéndole la mano para ayudarla a levantarse.

Emily sintió pudor de caminar desnuda hasta la orilla de la cascada, a pesar de que Brodie parecía cómodo con su propia desnudez, y miró alrededor buscando su camisola interior.

—No, yo...

Dejó escapar un grito cuando él la alzó en brazos y, con una sonrisa impenitente, la condujo hasta la orilla y entró con ella a la laguna.

—¡Por todos los demonios! —espetó cuando el agua los cubrió hasta el pecho.

Emily se colgó de su cuello y se mantuvo pegada a su cuerpo, temblando de frío.

—Está helada, Brodie —le reprochó, mirándolo a los ojos. Él le devolvió la mirada y, de pronto, ambos se echaron a reír.

—Salgamos de aquí antes de que se nos congele la sangre en las venas.

Una vez fuera, Brodie la secó cuidadosamente con el tartán y luego hizo lo mismo con su propio cuerpo. Cuando estuvieron de nuevo vestidos, dieron cuenta de las viandas que había en la cesta mientras hablaban. Emily se emocionó al escuchar las historias que le contó sobre su infancia y sobre el amor que se tenían sus padres.

—Ellos fueron muy felices —le dijo tras escuchar una anécdota que acababa de contarle.

—Sí, pero cuanta más felicidad hay, más doloroso resulta cuando te la arrebatan.

Había amargura en sus palabras, y Emily recordó lo que le había referido Isobel sobre lo que había sucedido con el viejo *laird* cuando murió su esposa. Brodie se había sumido en la aflicción y parecía renegar de la felicidad, sin darse cuenta de que, en realidad, se estaba aferrando a ella con fuerza, podía verlo en su forma de vivir.

—Cuando iba a nacer Allard, estaba aterrada —le confesó—. Me asustaba el dolor que iba a padecer y tenía miedo a morir. Comenzaron los dolores y yo sentí que me desgarraban por dentro, solo deseaba que todo terminase de una vez. Y cuando creí que ya no podía más, lo escuché. Era un llanto fuerte, desconsolado. Era Allard. Y yo sentí que lloraba por mí, por todo lo que había tenido que soportar para que él viniera a este mundo. Entonces me di cuenta de que ya no estaba sola, y de que nunca lo estaría mientras compartiese con otro ser humano ya fuese el dolor o la alegría. La vida está tejida con retazos de diferentes momentos; la felicidad no son más que aquellos que traen más color al tapiz de nuestros recuerdos. Aferrarse a ellos es como volver a vivirlos. Negarlos es condenarse a vivir en la

oscuridad.

Estaban sentados junto a la orilla, de frente a la cascada, y Emily no se atrevió a mirar su rostro. «Tal vez no debería haber hablado», pensó, preocupada. Entonces sintió la calidez de la mano de Brodie que cubrió la suya, entrelazando sus dedos. Aunque él no la observó, a través de aquel delicado contacto supo que sus palabras lo habían alcanzado.

—Algún día, quizá cuando vuelva de nuevo la primavera —comentó él con un timbre dulce y pausado—, regresaremos aquí y traeremos con nosotros a Allard para crear recuerdos.

Emily sintió un nudo en la garganta y se tragó el sollozo que le provocaron sus palabras. La preocupación y el amor que Brodie sentía por su hijo acababan de robarle por completo el corazón.

Capítulo 23

Pasado apenas el mediodía, decidieron regresar a la fortaleza. Brodie debía retomar sus obligaciones como *laird*, que había descuidado un poco mientras se hallaba en cama, y ella estaba preocupada por Allard. Nunca antes se había comportado de aquel modo. Había cambiado poco a poco en aquel entorno, y la seguridad y confianza en sí mismo que había ido adquiriendo le hacían mostrar mucho más sus sentimientos, que antes mantenía reprimidos a causa del temor. Y aunque aquello era algo bueno, tenía miedo de que no supiera manejar sus emociones y cometiera alguna tontería.

Brodie la ayudó a subir a su montura, después de darle un beso que la dejó con el corazón acelerado, y recorrieron el estrecho sendero para volver al camino principal. Cuando llegaron a este, le sorprendió encontrar allí a Gavin y a Owen, que parecían aguardarlos. O tal vez solo estaban protegiéndolos, reflexionó para sí, ya que si hubiese sucedido algo importante, sin duda los hubieran interrumpido.

—¿Qué pasa? —preguntó Brodie, acercándose a ellos.

Gavin lo miró con gesto serio.

—Dermont ha regresado.

Él cabeceó un asentimiento de conformidad mientras apretaba con fuerza las riendas. Esperaba que el hombre le dijera quién era el bastardo que había abusado de su esposa y dónde encontrarlo, una información que ella había evitado proporcionarle.

—Emily, regresarás con Owen, yo tengo asuntos de los que encargarme. —Le hizo un gesto a Gavin y ambos partieron al galope.

Ella se quedó mirándolos sin saber si debía preocuparse o no. Escocia se hallaba en una situación delicada a causa de la enfermedad del rey y los rumores de rebelión para acabar con la monarquía. La voz de Owen la distrajo de sus pensamientos.

—Hace un bonito día, ¿no cree, lady MacPherson?

Emily miró al cielo, que se había ido cubriendo de nubes grises a lo largo de la mañana.

—Pronto llegará el invierno —señaló en voz alta. Se estremeció cuando una ráfaga de aire frío azotó su rostro. Pensó en Walter. Su abuelo solía resfriarse en esa estación a causa de las fuertes corrientes de aire que había en el castillo, y se preguntó si alguien cuidaría de él. Lo echaba de menos.

Regresaron a la fortaleza con paso tranquilo y agradeció la compañía de Owen. Era un muchacho alegre, de buen carácter y divertido,

además de apuesto. Siempre la trataba con formalidad, a pesar de que tenían casi la misma edad.

Cuando llegaron al patio principal, él la ayudó a desmontar.

—Yo llevaré la yegua a los establos —le dijo, al tiempo que le tomaba las riendas de la mano.

—Gracias, Owen.

—Si deseáis agradecerme, podéis hacerlo guardándome un pedazo grande de uno de esos pasteles de queso y frambuesa que preparáis, milady —declaró, guiñándole un ojo con picardía.

Emily sonrió divertida y asintió.

—Haré uno solo para ti.

—Si no fuerais la esposa del *laird*, me casaría ahora mismo con vos —replicó con un tono exageradamente ferviente.

Ella sacudió la cabeza y se dirigió hacia la puerta que daba a las cocinas.

—Ya habéis vuelto —le dijo Isobel a modo de saludo, dejando de amasar por un momento—. Creí que os demoraríais un poco más.

Emily se dio cuenta de que Fiona no se encontraba allí y supuso que estaría con Allard. La preocupación que sentía se fue diluyendo poco a poco.

—Brodie tenía algunas cosas que hacer —respondió mientras tomaba asiento. En ese momento, vio entrar a Fiona en la cocina y se levantó para acercarse a ella—. ¿Dónde está Allard?

—Vaya, has vuelto temprano.

Casi parecía decepcionada, al igual que Isobel. Se preguntó qué habrían esperado las dos mujeres. Sacudió la cabeza y la miró, aguardando su respuesta. La mujer dejó sobre la mesa la vasija de barro que traía y que desprendía un aroma dulce.

—¿Allard? —le recordó.

—Oh, no debes preocuparte por él, niña, enseguida se le pasó el enfado —le aseguró. Destapó la vasija y Emily vio que contenía miel —. Al poco de marcharte tú, entró corriendo de nuevo para llevarse algo para almorzar. Me dijo que se iba de caza con Michael al bosque que hay al este de las tierras de los MacPherson.

La preocupación arrugó su frente al escucharla. ¿Se habían ido solos? Eran apenas dos niños, ¿y si les ocurría algo?

—¿Se encuentra muy lejos ese lugar?

Fiona negó con la cabeza al tiempo que se dejaba caer sobre una de las banquetas que rodeaban la enorme mesa de madera de roble.

—Es un bosque que hay un poco más allá de la cascada a la que vos y Brodie habéis ido esta mañana —respondió Isobel en su lugar.

—Y parece que lo has pasado bien —agregó Fiona, esbozando una sonrisa satisfecha—. Tienes un brillo especial en la mirada.

Emily se sonrojó y comenzó a limpiar la inexistente suciedad de la

mesa, que Isobel mantenía impoluta.

—Bueno, el agua estaba muy fría —comenzó a decir— y...

—¡Esos malditos Gordon! —rezongó uno de los siervos que trabajan en las cocinas y que entró por la puerta cargado con una cesta de huevos. Se detuvo para sacudir las suelas de sus zapatos, llenas de barro, en la esterilla de paja que había al ingreso.

—¿Qué sucede? —le preguntó Isobel.

El hombre levantó la mirada hacia ella y se percató entonces de la presencia de su señora.

—Disculpad mi lenguaje, lady MacPherson, no os había visto. Es que le he oído decir a uno de los soldados que los campesinos habían avistado guerreros del clan Gordon en las tierras del este. Seguramente es otra incursión para robarnos ovejas y...

Emily no aguardó a que terminara la frase. Con las pupilas dilatadas por el terror, atravesó la cocina con tanta prisa que casi chocó contra Owen, que entraba en esos momentos.

Él se quedó mirando la figura de la mujer que se alejaba presurosa en dirección a los establos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se ha marchado lady MacPherson de esa manera? —les preguntó, frunciendo el ceño con preocupación. Brodie le había encargado que cuidase de ella.

Isobel se encogió de hombros, puesto que ignoraba el motivo, y el siervo guardó silencio también. Tal vez su señora se había asustado al escuchar sus palabras, pero no deseaba que lo regañaran por haber hablado de más.

Un soldado entró apresurado en las cocinas y se dirigió a Owen.

—Te estaba buscando. Los soldados del clan Gordon han incursionado en nuestras tierras —le informó—. Unos quince o veinte. ¿Debemos esperar las órdenes del *laird* o formamos una partida para ahuyentarlos?

Owen se quedó pensativo. Ni Brodie ni Gavin se encontraban allí. Quizá con unos ocho hombres bastaría para sacarlos de sus tierras, con Ken o Alec al mando.

—Tal vez...

—¡Por Dios bendito! —Fiona se levantó con brusquedad, arrojando al suelo la banqueta y sobresaltando a los presentes, que la miraron con extrañeza—. Los niños... Emily.

—Habla claro, mujer —le ordenó Owen con firmeza. La palidez de su rostro no anunciaba buenas noticias.

—Michael y Allard fueron esta mañana a cazar a las tierras del este, al bosque grande. Emi... Lady MacPherson ha debido de salir a buscarlos al enterarse de la presencia de los Gordon.

—¡Maldición! —Se volvió hacia el soldado que aguardaba sus órdenes—. Duncan, avisa a Alec y a Ken, que preparen una pequeña

partida y que esperen al *laird* y a Gavin en el cruce del camino al bosque grande, luego corre a advertir a Brodie de lo sucedido, se encuentra en la cabaña de Dermont. Dile que yo he salido en busca de lady MacPherson —añadió cuando ya había echado a correr hacia los establos.

La casa de Dermont MacPherson era una de las más grandes de la aldea. Construida en piedra y techo de madera cubierto con paja, se hallaba a las afueras de la aldea, cerca del molino y del arroyo en el que muchas de las mujeres lavaban la ropa.

Conforme Brodie y Gavin se acercaron, vieron el humo procedente de la chimenea del hogar. El invierno se aproximaba y pronto caerían las primeras nieves, haciendo los caminos intransitables. La idea de tener que esperar hasta la primavera para vengarse del hombre que había mancillado a Emily le resultaba insoportable a Brodie, pero no tenía más remedio que ser paciente.

Desmontaron junto a la casa y ataron las riendas a la valla que delimitaba un huerto bien cuidado. Un poco más allá, unas cuantas ovejas pacían en un cercado. Gavin llamó a la puerta y enseguida les abrieron.

—*Laird* MacPherson, esperaba su visita —lo saludó Dermont, echándose a un lado para flanquearles el paso.

—Hola, Dermont.

Ambos guerreros agacharon la cabeza para no golpearse contra el umbral y entraron al cálido interior. Unos troncos ardían en la chimenea y un agradable aroma salía de la olla que se cocinaba sobre el fuego. Muriel dejó el cazo con el que removía el contenido del caldero y se volvió hacia los recién llegados.

—Buenas tardes, *laird* Brodie. —Le dirigió una sonrisa, que él respondió con una seca cabezada, e ignoró a Gavin.

A este no le importó el desaire de la muchacha ni la mirada enconada que le dedicó. Tras lo ocurrido con el pastel de moras, le había echado un buen rapapolvo, advirtiéndola de las consecuencias de volver a molestar a lady MacPherson. La joven había alegado que todo había sido un malentendido, puesto que desconocía el hecho de que las moras le causaran indisposición a Brodie, tan solo pensaba que no le gustaban, ya que nunca las comía cuando visitaba a su padre y ella le ofrecía pastel.

Gavin la había creído, puesto que aparte de tratarse de una muchacha vanidosa y dada a los caprichos, no era mala persona; además, estimaba a Brodie y no habría querido hacerle ningún mal.

—Muriel —la llamó su padre—, sírvenos unas bebidas.

La joven se apresuró a preparar unos vasos que colocó sobre la mesa de madera frente a la que se habían acomodado, sacó una jarra de

cerveza y los llenó. Luego dejó unas rebanadas de pan, algo de queso y fruta.

—Gracias, Muriel —le dijo Brodie.

Ella le dirigió una sonrisa coqueta y fue a sentarse de nuevo en la banqueta junto al fuego, pero su padre la detuvo.

—Ve afuera hasta que yo te llame, hija.

Gavin vio cómo la muchacha apretaba los labios en un gesto de rebeldía, aunque obedeció. Tomó un chal de tartán y salió de la casa.

—¿Y bien? —preguntó Brodie en cuanto ella se hubo marchado.

Dermont se humedeció la garganta con un largo trago de cerveza antes de comenzar a hablar. Estaba seguro de que al *laird* no le iba a gustar lo que tenía que decirle.

—Visité a la hermana de la viuda de Munro y averigüé que ella y su esposo, un campesino inglés, no tuvieron hijos. Lady MacPherson no es sobrina de Fiona —declaró con cautela. Le sorprendió el gesto de asentimiento que le dirigió y comprendió que él ya conocía esa información.

Brodie aguardó con impaciencia a que el hombre le dijese si había averiguado algo más. Aunque él tan solo le había pedido a Gavin que indagase sobre la familia de Fiona, sabía que Dermont era bastante concienzudo cuando buscaba información, y tenía la esperanza de que supiese más de lo que acababa de contarles.

—¿Hay algo más? —lo apremió.

El hombre asintió y su semblante adquirió un aspecto grave.

—Me tomé la libertad de preguntarle a la mujer si conocía a vuestra esposa. Se mostró reacia a responder, al menos hasta que le aseguré que no pretendía hacerle daño alguno a la muchacha y le expliqué que se había casado con vos. Este hecho pareció aliviarla, y entonces me asaltó con preguntas que respondí hasta que quedó satisfecha. —Se detuvo y dio otro sorbo a su cerveza, evitando encontrarse con los ojos grises del *laird*, que lo observaban con impaciencia. Se fijó en que ninguno de los dos guerreros había probado todavía su bebida—. Por lo visto, algún tiempo atrás había recibido una carta de su hermana en la que la advertía de no hablar con nadie acerca de dónde vivía ni de su relación con la muchacha. No comprendió su importancia en ese momento, hasta que le llegaron rumores de lo que sucedía.

—Ve al grano, Dermont —lo urgió Brodie, contrariado por toda aquella verborrea que no le aportaba nada.

El hombre asintió y tomó una bocanada de aire antes de proseguir.

—Vuestra esposa, *laird* MacPherson, es la nieta de sir Walter, conde de Lingwood, uno de los nobles más ricos e influyentes de Inglaterra, al menos en la corte del rey Ricardo, pues fue uno de sus mejores guerreros —le informó, sintiéndose aliviado de inmediato al librarse de aquella carga—. Parece que el rey Juan no lo estima demasiado.

La información sacudió a Brodie como un mazazo, a pesar de que resultaba evidente, por la forma de hablar de su esposa y por la elegancia de sus movimientos, que procedía de noble cuna. Gavin, que aún permanecía asombrado por aquella revelación, sacudió la cabeza en un gesto de incomprensión.

—¿Y por qué demonios vino hasta aquí?

Dermont asintió. Esa misma pregunta se la había hecho él mismo, y quiso saciar su curiosidad interrogando a la mujer, a pesar de no estar seguro de si esta conocía el motivo.

—Huyendo de un barón —respondió.

Brodie tensó todos los músculos, conteniendo la ira que lo asaltó, y apretó con fuerza la empuñadura de la claymore que colgaba de su cintura.

—¿Quién?

El tono duro y afilado sobresaltó a Dermont. Cuando miró a su *laird*, retuvo apenas la tentación de santiguarse. Había escuchado decir que lo apodaban el Lobo de las Highlands, y en ese momento comprendió por qué. Sus ojos asemejaban a los de un demonio, a los de una bestia sedienta de sangre. Su mirada gris, fría y penetrante, infundía terror, como un anuncio de muerte.

Tragó saliva y su voz brotó temblorosa de su garganta.

—Sir Bertram Neville y su hijo Giles la andaban buscando. Por lo visto, el muchacho quería casarse con ella, pero vuestra esposa huyó de su pretendiente. Eso fue lo que Fiona le contó a su hermana.

Brodie sabía que aquella no era la verdad, pero agradeció la discreción de Fiona.

—¿Hay algo más?

Dermont se acarició la barbilla, pensativo.

—Bueno, están los rumores.

—¿Qué rumores? —Se interesó Gavin.

—La mujer me contó que había escuchado que vuestra esposa huyó con un niño, hijo de sir Giles, porque este quería usar al chico para obtener las tierras y los bienes del conde de Lingwood, que le corresponderían al niño por derecho. El conde ya es un anciano, y puede que no viva mucho tiempo.

—Además, no puede reclamar ante el rey porque no goza del favor de Juan —comprendió Gavin.

La codicia era capaz de provocar los actos más execrables con tal de satisfacer sus ansias de poseer, pensó mientras dirigía su mirada hacia Brodie. Percibió el fuego de la venganza que ardía en sus ojos y que dilataba las venas de su cuello. Probablemente querría viajar a Inglaterra y dar muerte a sir Giles. Sería una locura que podría desencadenar una guerra, pero él lo acompañaría hasta el mismísimo Infierno si era necesario.

Un movimiento al otro lado de la ventana acaparó su atención y frunció el ceño, pero Brodie se levantó en ese momento, distrayéndolo, y se apresuró a hacer otro tanto.

—Dermont, no es necesario que os advierta de que nada de cuanto se ha hablado aquí puede salir al exterior.

El hombre, puesto en pie, asintió.

—Tenéis mi palabra, *laird*.

En ese momento la puerta se abrió, golpeando con fuerza contra la pared, y Duncan entró en la cabaña con el cabello despeinado, como si hubiese cabalgado a todo galope.

—¿Qué ocurre? —lo interrogó Brodie, frunciendo el ceño.

—Unos veinte hombres del clan Gordon han entrado en territorio MacPherson por las tierras del este... Michael y Allard fueron allí esta mañana para cazar.

—¡Maldita sea! —exclamó, furioso. Los soldados Gordon no solían atacar a los aldeanos, aunque con ellos nunca se podía estar seguro—. ¿Has traído algunos hombres?

—Ken y Alec os aguardan en el cruce con una pequeña partida de guerreros. Pero, señor...

La pausa que hizo Duncan y el tono que usó para dirigirse a él provocó que su estómago se tensase a causa de un mal augurio.

—Habla.

—Lady MacPherson se enteró y partió sola a caballo para ir en busca de los chicos. Owen ha ido tras ella.

Brodie sintió como si alguien apretase su corazón con tanta fuerza que podría estallar de un momento a otro. El dolor casi le hizo doblarse en dos y un rugido de angustia y rabia se atoró en su garganta. Abandonó deprisa la cabaña de Dermont y de un salto montó sobre la grupa de Feasgar, poniéndolo al galope como si llevase al diablo en el cuerpo.

Capítulo 24

Allard caminaba arrastrando los pies. Estaba cansado y hambriento, pero el almuerzo que había preparado antes de partir se había quedado en las alforjas junto al caballo de Michael, que este había dejado atado a una rama en la linde del bosque.

—Haces demasiado ruido —se quejó Michael—, vas a asustar a las presas.

Él dejó de remover las hierbas y matojos con el palo que había recogido en el camino para entretenerse y trató de moverse de forma más silenciosa, a pesar de que todo aquello le resultaba aburrido.

Después de salir corriendo de las cocinas, enfadado porque su madre no quería que los acompañara a ella y a Brodie al paseo, se había tropezado con Michael, que llevaba un arco a la espalda y tiraba de las riendas de un caballo tordo. Al enterarse de que iba de caza, le insistió para que le permitiera ir con él. Al final había cedido a su petición, aunque no de buen grado, y se había pasado la mayor parte del camino reprendiéndolo por todo.

—¿Por qué no te gusto?

Michael detuvo sus pasos y se volvió a mirarlo. En verdad no le desagradaba el muchacho. Era imposible no cogerle cariño, con aquel rostro de ángel y una sonrisa de pillo. Además, el chico lo admiraba, a pesar de su cojera, y lo seguía a todas partes como un perrillo. Contempló su semblante compungido y los celos y la envidia que lo corroían se disolvieron.

—Eres el hijo de mi señor, y como a tal te respeto, Allard —respondió. Bajó la cabeza antes de proseguir—: No es que no me gustes, pero tengo envidia de ti, porque tienes aquello que yo quiero.

Allard lo miró sin comprender. No sabía qué podía poseer él que Michael quisiera, pero no deseaba perder a su único amigo.

—Entonces, te lo daré.

Michael soltó una carcajada amarga.

—No se puede comerciar con el afecto, chico. Tú te ganaste el cariño de mi señor y ahora eres su hijo, mientras que yo soy solo un pobre tullido al que el *laird* Brodie ni siquiera toma ya en cuenta para servirlo. Si tú no hubieras venido a la aldea, yo habría continuado siendo al menos su ayudante, en vez de cuidar de un mocoso como tú.

—Yo no... —Allard rascó la tierra con la punta del pie. Sentía el corazón pesado y unas ganas terribles de llorar, pero se contuvo, porque a su madre no le gustaría que lo hiciera—. Nunca he tenido un

padre antes, ni tampoco un hermano. Ahora Brodie es mi padre y... y tú puedes ser mi hermano, si quieres.

Levantó la cabeza y lo miró esperanzado, aguardando su respuesta. Michael le devolvió la mirada y suspiró. Alargó la mano y acarició su cabello ensortijado.

—Tú no tienes la culpa, Allard. Cada hombre es responsable de los sentimientos de su corazón. Ven, vamos a ver si encontramos algún conejo.

Él lo miró, esbozando una sonrisa enorme.

—Y si cazamos uno, ¿podemos comérnoslo? —le preguntó al tiempo que echó a andar a su lado, avanzando a pequeños brincos—. Tengo hambre.

Michael elevó la vista a las copas de los árboles, pero el bosque era tan tupido que apenas dejaba pasar la luz del sol, por lo que le resultó imposible saber qué hora era. Escuchó el rumor de unas ramas que se quebraban y se detuvo, pidiéndole con un gesto a Allard que hiciera lo mismo. Sacó una flecha del carcaj y la colocó en el arco mientras vigilaba unos arbustos que se agitaban. Unos minutos después, un hermoso conejo gris saltó desde el interior del matorral y se quedó quieto durante unos instantes, olfateando el aire y moviendo las grandes orejas. Cuando se sintió seguro, bajó el hocico y husmeó la tierra.

Con cuidado, tensó la cuerda de su arco y soltó la flecha, que dio en el blanco. Se colgó el arco del hombro y se acercó a la pieza. Extrajo la daga que solía llevar guardada en la bota y con ella sacó la punta de la flecha. Luego limpió la hoja en la hierba y volvió a ocultarla en su calzado. Cogió al conejo por las patas y volvió a donde se encontraba Allard.

—Si quieres comer, será mejor que volvamos a donde está el caballo. Yo no soy buen cocinero.

Caminaron de regreso a la linde del bosque, donde había atado su montura. Conocía bien aquellos senderos, puesto que se había criado en una pequeña aldea cercana y solía ir allí de caza con los otros muchachos del lugar.

—¿Me enseñas a usar el arco? —le preguntó Allard, que se había mantenido en silencio hasta ese momento, mientras observaba al pobre conejo con una mezcla de compasión y entusiasmo.

—¿No prefieres que lo haga Owen?

Allard negó con la cabeza.

—Quiero que lo hagas tú. Eres casi tan bueno como...

Se sobresaltó cuando Michael le cubrió repentinamente la boca con la mano y se detuvo asustado, con el corazón latiendo con rapidez en su pecho. Vio la seña que él le hizo para que se mantuviera en silencio y asintió mientras observaba cómo Michael se alejaba. Entonces le

llegó el sonido de unas voces cercanas y se preguntó por qué se escondían de los guerreros MacPherson.

Caminó intentando hacer el menor ruido posible y se acuclilló junto a Michael parapetado tras unos arbustos. Entre los huecos de las hojas observó al grupo de seis o siete hombres que estaban junto al caballo que ellos habían sacado de los establos para llegar hasta allí. No reconoció sus rostros, aunque no fue eso lo que despertó su miedo, sino el hecho de que lucían un tartán que nunca había visto antes. Uno de ellos estaba hurgando dentro de sus alforjas mientras los otros charlaban y, de vez en cuando, soltaban alguna risotada. Recuerdos de sus pesadillas lo asaltaron, inmovilizándolo en el sitio. El terror se apoderó de él y su cuerpo comenzó a temblar de forma incontrolada. Sus ojos se llenaron de lágrimas y se mordió el labio con fuerza para no dejar escapar ningún sonido.

Michael se tragó una maldición cuando vio que se trataba de guerreros del clan Gordon. Debían haber hecho una incursión para robar algunas ovejas. Allard y él tenían que marcharse de allí y avisar a Brodie; el problema era que no podían llegar hasta su montura ni recorrer a pie el camino hasta la fortaleza.

Notó un tirón en la manga de su camisa y se volvió a mirar a Allard. El niño se había aferrado a él con fuerza y sus ojos azules, agrandados por el miedo, se veían inmensos en su pequeño rostro, que se había puesto tan blanco como la leche. Lo sintió temblar, y su corazón se estremeció cuando recordó la conversación que había escuchado entre Gavin y Brodie la noche de la ceremonia de boda de este, la referencia a los hombres malos y cómo habían golpeado a lady MacPherson. Apretó las mandíbulas con fiereza al tiempo que tomaba una decisión; sacaría de allí a Allard y lo llevaría de vuelta, sano y salvo, a la fortaleza, aunque tuviera que cargarlo en su espalda durante todo el camino.

Le tocó la mano, que estaba fría, y le hizo señas para que retrocediera. Apenas había dado un paso hacia atrás, cuando una mano firme y dura se cerró entorno a su cuello, obligándolo a ponerse de pie.

—Mira qué tenemos aquí, dos conejillos MacPherson —se burló el guerrero.

Michael se debatió contra el férreo agarre. Por el rabillo del ojo pudo ver a Allard, quieto y pálido como un muerto.

—¡Suéltanos, hijo de mala madre!

El hombre chasqueó la lengua con fastidio.

—*Och*, muchacho, ¿es que nadie te ha enseñado modales?

—Los modales no se usan con los perros.

—Cuidado con lo que dices —replicó, aplicando más presión sobre el cuello del chico mientras arrastraba a sus dos presas hacia donde se

encontraban sus compañeros—, o puede que te inculque a golpes el respeto a tus mayores.

Los soltó con un empellón en el centro del claro donde se hallaban el resto de los guerreros, y Michael trastabilló. Esbozó una mueca de dolor cuando forzó la pierna herida para mantenerse en pie.

—¡Hey!, Douglas, creo que estás perdiendo la vista —se mofó uno de los hombres, esbozando una sonrisa burlona—. Eso que traes no son ovejas.

—Cierra la boca, Hamish, o te haré escupir todos los dientes de un puñetazo —replicó el aludido—. Estos mocosos nos estaban espiando.

—¡No lo hacíamos! —lo contradijo Michael, furioso—. Estáis en nuestras tierras y venís a robarnos el ganado, sois unos ladrones. Deberíais marcharos de aquí antes de que llegue el *laird* y sus hombres.

Uno de los guerreros sacó una daga y se acercó a Michael mientras jugaba con la hoja acerada.

—No me gusta que nadie me dé órdenes y, mucho menos, que me insulten. Quizá debería cortarte la lengua.

—Basta, Lachlan, ¿no ves que estás asustando a los críos?

—A este, no. Si pudiera me mataría, lo veo en sus ojos. —Su mirada se desvió hacia Allard, que estaba temblando, con la vista fija en la tierra—. Al niño podemos llevárnoslo con nosotros y enseñarle lo que es ser un verdadero guerrero.

Allard, al oírlo, se movió hacia Michael, aferrándose a sus piernas y ocultando su rostro entre los pliegues de la falda de tartán. Él le pasó un brazo protector por los hombros.

—No hay mejores guerreros que los MacPherson —declaró con orgullo—. Y cuando llegue Brodie, acabará con vosotros.

—¿Y cuándo va a venir tu *laird*? Es tan cobarde como el resto de los MacPherson. —Lo cogió de la pechera de la camisa y lo sacudió sin miramientos.

Michael le escupió en el rostro y Lachlan le propinó un puñetazo que le hizo perder el equilibrio.

—¡Maldito bastardo! Voy a desparramar tus entrañas por el suelo para que se las coman las alimañas. Dadle una espada, para que no diga que no se le ofreció una oportunidad para defenderse.

—No digas estupideces, Lachlan —lo reprendió Douglas—. ¿Acaso no ves que el chico es un tullido?

Michael notó tensarse su cuerpo a causa de la furia y se preparó para luchar, pero el quedo sollozo de Allard lo hizo reaccionar. Se tragó el orgullo por él y se mordió la lengua para no contestar.

—Se acerca un jinete por el camino —advirtió Hamish.

Emily había temido no encontrar a su hijo y a Michael, pero

descubrirlos rodeados de enormes guerreros la sobrecogió y no pensó en nada más que llevarse a Allard de allí. Su corazón tembló de pura rabia cuando lo vio refugiado en el tartán de Michael y su amor de madre le dio el valor para enfrentarse a aquellos hombres igual que lo había hecho con sir Bertram y Giles.

Descendió de la yegua y se acercó a los guerreros, manteniendo una distancia prudente.

—Dejad en paz a mis hijos —les gritó con la voz más firme que pudo arrancar a su garganta, estrangulada por el miedo.

Michael dio un respingo al escuchar sus palabras y un nudo apretó su estómago. Sujetó con más fuerza a Allard, que trató de alejarse de él para correr junto a su madre. No quería que en el intento acabase en manos de alguno de los Gordon. Le había sorprendido que el niño no había llorado ni gritado, ni pronunciado palabra alguna, ni siquiera cuando advirtió la presencia de su madre. Presionó su hombro con firmeza.

—Todo va a salir bien —le susurró.

Al menos eso quería creer, porque si le ocurría algo a lady MacPherson, el *laird* le arrancaría la piel a tiras.

—Sois demasiado joven para tener un hijo de esa edad —dijo Lachlan con una sonrisa socarrona, señalando a Michael, mientras avanzaba hacia ella recorriendo con la mirada su cuerpo—. Y demasiado bonita. Tu marido es un hombre afortunado. A lo mejor no le importa compartir lo que es suyo.

Douglas sacudió la cabeza, molesto. No debería haber llevado a Lachlan, era un imbécil que no hacía más que meterlos en problemas. Admiró el valor y la entereza de la joven que intentaba dominar el miedo que sentía. Tuvo que reconocer que era una mujer hermosa y tenía el porte de una reina.

—Mi esposo no comparte lo que es suyo. —La escuchó decir. Un matiz de orgullo se filtró en su voz.

«Sí, sería digna esposa para un *laird*», reflexionó. El pensamiento encendió una alarma en su interior. Su belleza, sus modales, la serenidad que mostraba a pesar de estar rodeada de guerreros, la fina yegua que montaba... «¡Maldición!». Si se trataba de la esposa del MacPherson, ya podían darse por muertos. Negó con la cabeza. No podía ser. Les había llegado la noticia de la boda del *laird*, pero era imposible que tuviese un niño, y no cabía duda de que el pequeño era hijo de la muchacha, puesto que se asemejaban como dos gotas de agua.

—¡Lachlan, déjala en paz! —le gritó con voz de mando. Más valía prevenir.

Soltó un juramento cuando vio que, en vez de detenerse, se abalanzaba sobre la mujer. Atrapada contra la yegua, no pudo escapar

y comenzó a debatirse en brazos de Lachlan mientras el resto de sus hombres coreaban su hazaña con risas. Caminó hacia él dispuesto a inculcarle la obediencia aunque fuera a golpes. Antes de que hubiera dado dos pasos, el chico MacPherson pasó junto a él empuñando una daga en la mano. «¿De dónde demonios la ha sacado?».

De no haber sido por su cojera, que le permitió a él alcanzarlo, Lachlan habría terminado con la hoja de acero hundida entre los omoplatos. Empleó toda la fuerza de su brazo para detenerlo, y el impulso que llevaba el joven lo arrojó de espaldas al suelo, levantando una nube de polvo.

—Lo siento, muchacho —le dijo Douglas, apartando con la punta de la bota el puñal que había escapado de su mano—. Será mejor que te quedes ahí.

Lachlan se giró y perdió los estribos al comprender lo que había sucedido. Tirando del brazo de Emily, se acercó al chico y lo pateó en el estómago.

—¡Maldito bastardo! ¿Qué pretendías hacer? ¿Apuñalarme por la espalda, como los cobardes?

Michael se encogió sobre sí mismo para protegerse de los golpes mientras apretaba los dientes para contener el dolor. Se sentía humillado. No era más que un inútil que no servía para proteger a nadie. Escuchó un sollozo y no supo si provenía de Allard o de su propia garganta.

—¡No lo golpees!

Emily se revolvió furiosa, intentando detener al guerrero. Sus ojos buscaron los de Allard, a quien otro de los guerreros sujetaba. No se movía ni decía nada, pero todo su cuerpo se estremecía con pequeños temblores. Estaba aterrado. Un dolor agudo y lacerante le atravesó el pecho por no poder acudir a su lado y abrazarlo. Sabía que debía de pensar que sus pesadillas se habían vuelto realidad.

—¡Basta, Lachlan! —tronó Douglas. «Demonios, ¿acaso soy el único cuerdo aquí?», rezongó. Tiempo atrás él también había sido un joven arrogante y pagado de sí mismo. Tal vez los años lo habían vuelto más sensato—. Suelta a la mujer y dejad que se vayan.

—Venga, Douglas, solo estamos divirtiéndonos un poco, no seas aguafiestas —le espetó Hamish con fastidio.

Un alarido escalofriante rasgó el aire y todos se volvieron hacia el camino. Un guerrero cabalgaba hacia ellos con la claymore en alto. Saltó de la montura casi antes de que esta se detuviera.

Emily sintió que el corazón se le paralizaba en el pecho. El semblante de Owen era una máscara demoniaca. Sus apuestos rasgos y su rostro juvenil se habían deformado en un rictus de dureza y frialdad que le provocó un estremecimiento. No quedaba ni rastro del joven agradable y alegre que ella conocía.

—Soltadlos ahora y os dejaré vivir —declaró con una calma escalofriante.

Lachlan arrojó de un empellón a Emily en los brazos de Douglas y se acercó a Owen.

—¿Tú solo? —se burló, curvando los labios en una sonrisa cínica, y desenvainó su propia espada—. Eres un perro arrogante. Somos siete. Entre todos te daremos una paliza que no olvidarás nunca.

Owen no movió ni un músculo, parecía incluso relajado. Douglas lo observó con atención y comprendió que, a pesar de su apariencia, ese joven guerrero era mucho más peligroso de lo que creían. Miró a la mujer, que se estremecía entre sus brazos.

—Dime, mujer —musitó en voz baja—, ¿acaso eres la esposa del MacPherson?

Ella lo miró con un brillo desafiante en sus preciosos ojos azules.

—Lo soy —repuso con orgullo.

«¡Mierda!».

Capítulo 25

Emily contempló el ceño fruncido del hombre y supo que aquella situación le agradaba poco o nada. Aunque la tenía sujeta, no ejercía presión sobre su muñeca. Parecía más sensato que los otros y quizá podría hacerlo recapacitar. No perdía nada por intentarlo.

—Debéis detener esto —le rogó—. Si dejáis que nos marchemos, podremos evitar que se derrame sangre. Ordenadle que pare.

Dirigió su mirada hacia donde se encontraba Owen y sus ojos se cruzaron con los de él, que pareció evaluar si se encontraba bien.

—Milady, puede que Lachlan sea un imbécil —respondió, torciendo la boca en una mueca—, pero sigue siendo el hermano del *laird* Gordon.

—Entonces, permitid al menos que mi hijo venga a mi lado. Es solo un niño y está asustado.

Douglas la observó un momento y asintió. Se volvió hacia uno de los guerreros que estaba a su lado y le ordenó:

—Trae aquí al niño.

El hombre hizo lo que le pedía y, tras discutir unos instantes con Hamish, este lo dejó marchar. Cuando Allard se acercó, Emily lo cogió en brazos y lo sostuvo con fuerza, apretándolo contra su pecho. Sintió su cuerpo temblar y sus hombros sacudirse con los silenciosos sollozos.

—Todo va a estar bien, cariño —le susurró mientras acariciaba su espalda para tranquilizarlo. Rogó con fe que sus palabras fueran ciertas—. Todo va a estar bien.

—¿Y Mi... Michael?

Uno de los guerreros lo había alzado del suelo sin demasiados miramientos y lo mantenía sujeto. Su semblante lucía una palidez cadavérica, excepto por una sombra purpúrea que se extendía por su mejilla derecha. Se sostenía firme a duras penas y, aunque se había comportado con valentía, probablemente el miedo acechaba su corazón. Al fin y al cabo, él también era un niño. Sin embargo, no estaba segura de que le permitieran ir a su lado.

—Pronto volveremos todos a casa.

Miró a Owen, que se mantenía tranquilo a pesar de que tres guerreros más se habían posicionado junto a Lachlan, con las espadas desenvainadas.

—¿Por qué no te comportas como un buen chico y te largas de aquí? —se burló este.

—Estáis en nuestras tierras, habéis robado nuestro ganado y molestado a nuestros aldeanos —señaló con frialdad—. Merecéis un castigo.

—¿Qué edad tienes? ¿Diecinueve, veinte? Mis hombres son soldados curtidos, entrenados en batalla, ¿qué crees que vas a poder hacer contra nosotros?

Owen estaba agotando su paciencia; sin embargo, no quería ser el primero en atacar. No deseaba crear más tensión entre los dos clanes de la que ya existía. No tenía intención de desatar una guerra, pero tampoco iba a dejar que aquel fanfarrón se marchase sin un escarmiento por haberle puesto una mano encima a lady Emily, asustado a Allard y golpeado a Michael.

—Un solo MacPherson vale por diez guerreros del clan Gordon —lo provocó. Vio que el rostro del guerrero enrojecía a causa de la ira y se mantuvo alerta ante cualquier movimiento.

—Voy a acabar con ese engreimiento tuyo con un solo tajo de mi espada. —Lo oyó mascullar furioso justo antes de alzar la claymore por encima de su cabeza y descargar contra él un poderoso golpe que detuvo con la hoja de su espada.

En medio del silencio expectante, el sonido metálico resonó en el aire, creando una música salvaje que acompañaba sus movimientos ágiles y fluidos. Owen esquivó con habilidad un tajo horizontal y contraatacó con un rápido golpe descendente que habría partido en dos el cráneo de su oponente si este no lo hubiese detenido, aunque con dificultad.

Lachlan comenzó a sudar mientras intentaba que la hoja de acero no lo alcanzara. El muchacho peleaba como si llevase al diablo en el cuerpo y era indiscutible que estaba bien entrenado. Soltó una maldición cuando un mandoble estuvo a punto de sajarle el pecho de parte a parte. Logró saltar hacia atrás a tiempo, aunque la punta de acero rasgó su camisa y un fino hilillo de sangre brotó del corte superficial.

—¡Maldita sea! ¿Qué estáis esperando? —les gritó a sus hombres—. Acabad con este bastardo de una vez.

Los tres guerreros se unieron a Lachlan y rodearon a Owen, que no retrocedió ante los envites.

Douglas observó la contienda con intranquilidad. La lucha pintaba mal. Aquel engendro del demonio parecía capaz de acabar él solo con todos los guerreros. Estaba considerando si unirse a la refriega o detenerla cuando escuchó un sonido procedente del bosque que había a sus espaldas. El follaje se abrió y emergió el resto de los soldados que conformaban la partida que había salido aquella mañana desde la fortaleza de los Gordon hacia las tierras de los MacPherson.

Los diez hombres se detuvieron y contemplaron aquella pelea dispar

que, a pesar de todo, parecían estar perdiendo ellos.

—¿Qué demonios sucede aquí? —lo interrogó Callum, uno de los lugartenientes del *laird* Gordon.

—Lachlan no ha hecho más que crear problemas —contestó, deseando que le pusiese fin a aquella necedad. Él podía hacerlo, ya que solo respondía ante el *laird* Gordon.

Sin embargo, no pareció escucharlo, y al ver las dificultades en que se encontraban sus hombres, dio orden a los demás de que se unieran a la lucha.

—No es posible que un solo perro MacPherson derrote a mis mejores hombres —gruñó con furia—, ¡acabad con él de una vez!

Emily se estremeció y el pánico cerró su garganta. Vio cómo Michael se debatía para librarse del guerrero que lo sujetaba y acudir en auxilio de Owen. Ahogó un grito cuando el hombre golpeó al chico en la cabeza con el pomo de su espada y Michael cayó al suelo desmadejado. Su mirada se dirigió hacia Owen, que permanecía rodeado por una quincena de guerreros Gordon, contra los que arremetía con tal furia que estos se mantenían alejados lo más que podían de su espada.

—No puede dejar que hagan eso —le suplicó a Douglas—, lo van a matar.

—Entonces morirá con honor, aunque la causa sea estúpida —añadió, demasiado hastiado ya para intentar detener aquella locura que se les había ido de las manos.

El repentino golpear de unos cascos de caballo hizo retemblar la tierra y un grito poderoso hendió el aire.

—¡Por los MacPherson!

Emily sintió un alivio inmediato que hizo que le flaquearan las piernas y cayese al suelo de rodillas sin que Douglas pudiese hacer nada para evitarlo.

—Gracias al cielo —musitó con la voz enronquecida por las lágrimas que contuvo con esfuerzo.

Contempló la llegada del grupo de guerreros, menos numeroso que los Gordon, y sus ojos buscaron con avidez la figura de Brodie, que iba a la cabeza. Su semblante era oscuro y borrascoso como una tormenta de invierno. Detuvo a Feasgar frente a sus enemigos, que habían dejado de combatir contra Owen, y el resto de los hombres lo flanquearon, formando una fila alineada. Vio a Gavin, a Ken, Alec, Duncan y otros cuyos nombres no conocía todavía. Ocho formidables guerreros MacPherson contra diecisiete del clan Gordon. Sin embargo, por algún motivo, Emily no pensó que fuese una lucha desigual.

—Habéis tardado —les reprochó Owen. En su voz no había enfado ni alivio, simplemente la constatación de un hecho.

—Pensamos que te vendría bien hacer un poco de ejercicio antes de

que viniéramos a salvarte el trasero —se burló Ken, recostado contra la cruz de su montura—, aunque parece que no necesitabas nuestra ayuda.

Brodie no prestó atención a la conversación ni miró a Owen, estaba seguro de que se encontraba bien; él mismo lo había entrenado. Lo que necesitaba en ese momento era ver a Emily, a Allard y a Michael y asegurarse de que estaban a salvo.

Paseó la mirada por el lugar y descubrió a Michael, que se levantaba del suelo aturdido y con el pómulo inflamado. La rabia inundó su sangre. Su corazón bombeó con más rapidez, rugiendo en sus oídos, mientras sus ojos buscaban a su esposa. Cuando la descubrió, de rodillas sobre la tierra con su hijo en brazos, se sintió mareado por el alivio al ver su rostro sereno. «Mi valiente Emily», pensó, lleno de orgullo. Durante el trayecto hasta el bosque —el más largo que había recorrido en su vida, a pesar de la escasa distancia que los separaba—, no había hecho más que pensar en lo que podrían hacerle aquellos malnacidos y en que podría perderla, y la angustia había horadado su pecho, provocándole un dolor tan profundo como si la hoja de una espada hubiese penetrado en su corazón, partiéndolo en dos. Solo entonces había comprendido la verdad: amaba a su esposa. Amaba a Emily.

Su madre había muerto durante el parto de su hijo, pero sus padres pudieron disfrutar de su amor mutuo hasta aquel día. La muerte podía salirte al encuentro en cualquier instante, pero mientras llegaba ese momento, ¿por qué privarse de gozar de la compañía y del amor de Emily y condenarse a una vida incompleta y solitaria?

Con un somero vistazo comprobó que se hallaba bien y centró su atención en los hombres que apuntaban amenazantes sus espadas hacia ellos.

—¿Quién de vosotros es el jefe? —No elevó la voz, pero su sonido profundo reverberó en el aire, llenando el espacio que los circundaba.

Lachlan fue a dar un paso, pero Callum lo detuvo del brazo y negó despacio con la cabeza.

—Yo lo haré. ¿Acaso no sabes quién es? Es el *laird* Brodie MacPherson.

—Y qué, no le tengo miedo —replicó, amparado por la superioridad numérica de sus hombres.

—Pues deberías —le aseguró Callum. Él había visto combatir al MacPherson en alguna ocasión y sabía de lo que era capaz ese demonio—. No sé lo que haya sucedido aquí ni lo que hayas hecho, pero es mejor que nos marchemos sin luchar.

—No somos unos cobardes.

—¡No seas necio! —lo reprendió en un susurro—. ¿Quieres comenzar una guerra que tu hermano ha estado tratando de evitar?

Una cosa son las incursiones, otra muy distinta enfrentarse al *laird* MacPherson.

—¡Bah! —Se adelantó como un gallito de corral—. Soy Lachlan Gordon, hermano del *laird* Gordon.

Brodie le lanzó las riendas de Feasgar a Gavin y descendió del animal con un movimiento fluido. Extrajo la claymore de su vaina y avanzó hacia el hombre hasta detenerse frente a él. Lo observó con atención. Había oído hablar de Lachlan Gordon y de los quebraderos de cabeza que estaba dándole a su hermano por su carácter impulsivo y belicoso. Pudo ver en sus ojos, de mirada nerviosa y huidiza, que carecía del temple del *laird*.

—Tienes algo que me pertenece, y nadie toca lo que es mío.

Lachlan dejó escapar una carcajada hueca, aunque sonó demasiado forzada. Tuvo que hacer un esfuerzo por no dar un paso atrás cuando vio al MacPherson de cerca. Sus músculos y su altura impresionaban, pero eran esos ojos grises, fríos como la plata más pura, con una mirada penetrante y profunda lo que atraía y paralizaba a la vez.

Aunque sus hombres tenían las espadas preparadas y los superaban en número, la tensión vibraba en el aire como la cuerda de un arco. La rabia lo mordió al ver la tranquilidad en los rostros de los MacPherson, como si estuvieran seguros de su victoria, y el temor y respeto que cubría el semblante de los suyos. A él nunca lo miraban así. Iba a demostrarles que Brodie MacPherson era solo un hombre y que también sangraba.

—¡Ah!, ¿sí? Entonces ¿qué tal si nos das un rescate para que te lo devolvamos?

—Michael —gritó Brodie, ignorando las palabras de Lachlan—, llévate de aquí a mi esposa y a mi hijo.

Lachlan dio un paso adelante, furioso.

—¡No dejéis que se vayan!

—Si alguno de tus hombres se mueve, te haré un agujero en las tripas para que se las coma la carroña —siseó Brodie, apuntando la espada hacia su vientre.

Él miró a sus guerreros, que permanecían en sus lugares, algunos con la vista clavada en el suelo y otros en Callum, aguardando sus órdenes.

—¡Atajo de cobardes! —rugió, aunque no osó moverse, vigilando la punta de la espada—. Somos más numerosos, podemos con ellos.

Michael se zafó del agarre del guerrero que lo sujetaba, desató su caballo y caminó a trompicones, aguantando el dolor de la pierna y de las costillas, hasta donde se encontraba Emily. Esta miró a Douglas, que la ayudó a ponerse de pie.

—Será mejor que os vayáis, milady. Aquí las cosas van a ponerse feas.

—Gracias, Douglas.

Él se permitió una sonrisa. Lástima que fuese la esposa del *laird*, se dijo. Luego miró a Lachlan, tendría que hacer todo lo posible para que no lo mataran.

Brodie no miró a Emily cuando ella pasó a su lado, aunque el aire se impregnó de su aroma y él lo aspiró, reteniéndolo en sus pulmones con avidez. Cuando escuchó el golpeteo de los cascos del caballo sobre la tierra, alejándose, miró a Lachlan.

—Y ahora, tú y yo, pedazo de basura, vamos a ajustar cuentas.

Emily no pudo evitar mirar hacia atrás cuando el sonido metálico del entrechocar del acero restalló en el aire junto con los gritos de guerra. Su corazón retumbaba en el pecho con dolorosa fuerza y rogó en silencio que nada le sucediera a Brodie, mientras estrechaba entre sus brazos a Allard, que se estremecía con el ruido de la batalla.

Llegaron a la fortaleza y uno de los siervos se acercó para coger las riendas. Fiona salió de las cocinas y corrió a su encuentro.

—¡Dios bendito! ¿Estáis bien? —Tomó a Allard en brazos, aunque este comenzó a revolverse, intentando volver con su madre, de la que no deseaba separarse—. Pasad dentro. Tú también, Michael —le ordenó al chico cuando vio que se dirigía hacia los establos.

Emily dio la bienvenida al ambiente cálido de la cocina. No se había dado cuenta hasta ese momento del frío que se le había metido en el cuerpo. Se sentó en una banqueta, frente a la lumbre del hogar, con Allard en brazos. Fiona sirvió unos tazones de un líquido caliente y se lo puso delante mientras Isobel calentaba agua para curar las heridas de Michael, que no había dicho ni una sola palabra en todo el camino.

—¿Qué te han hecho? —le preguntó, tomándolo del mentón y chasqueando la lengua ante la fea hinchazón de su mejilla.

Él se retiró con gesto hosco.

—Esto no es nada.

—Michael Wallace MacPherson, te conozco desde que no levantabas un palmo del suelo, así que no me hables así —lo regañó—. Y ahora vas a dejar que te cure, así que quítate la camisa y mantén la boca cerrada.

Él dejó escapar un gruñido de disconformidad, pero hizo lo que le había pedido. Contuvo un gesto de dolor mientras se despojaba de la camisa, y Emily ahogó un jadeo al ver el tono púrpura que sombreaba toda la zona de su costado, donde Lachlan lo había pateado.

—Allard, cariño, ve un ratito con Fiona. —Acarició su cabeza y lo besó en la frente. Él se aferró a sus hombros con fuerza, sin querer soltarla—. Solo voy a curar a Michael.

El niño la miró con sus grandes ojos azules y luego, poco a poco, sus deditos se aflojaron y dejó que Fiona lo sentara en su regazo. Emily se

acercó a Michael, que desvió la mirada, y tomó el paño húmedo y caliente de la mano de Isobel para continuar con su tarea.

—¿Te duele? —le preguntó al ver que apretaba los dientes. Él le respondió negando con la cabeza—. Michael, mírame.

Sabía que el chico se sentía avergonzado y humillado por no haber podido defenderlos.

—Yo no... —Sus ojos se humedecieron y apretó los párpados con fuerza para no dejar caer las lágrimas.

Emily pasó la palma de su mano sobre su mejilla sana.

—Gracias por protegernos.

—Pero no he podido... —Apretó los puños sobre sus muslos—. Soy un tullido inútil que...

—¡Eso no es cierto! —replicó con firmeza. Luego cubrió uno de sus puños con la mano—. Si no hubiese sido por ti, no sé qué habría podido ocurrirnos. Además, ganaste tiempo para que llegara Owen. Lo has hecho bien. —Tomó su rostro entre las manos, alzándolo hacia ella, y lo besó en la frente—. Un día serás un gran guerrero, estoy segura —le susurró para que solo él pudiera oírlo.

Isobel sacó de uno de los estantes una bandeja de pastelillos de miel y nueces y la puso sobre la mesa.

—Estos bollos os quitarán el susto del cuerpo. Allard, cariño, ¿no quieres uno?

El niño levantó la cabeza del pecho de Fiona y observó el dulce. Tras unos instantes, alargó la mano, tomó uno y lo mordisqueó. Luego cogió otro y se bajó del regazo de Fiona, se acercó a Michael y se lo ofreció. Cuando el chico lo aceptó, se acomodó en una banqueta a su lado, comiéndose el pastelillo.

Isobel terminó de vendar las costillas de Michael y, poco a poco, la cocina se llenó con una charla tranquila. De repente, el vano de la puerta quedó oscurecido por una figura que tapaba la luz del exterior.

Brodie atravesó el umbral y se detuvo con la mirada clavada en Emily, que se había puesto de pie al reconocerlo. Al llegar a la fortaleza, se había detenido para lavarse la sangre, no quería que ella lo viese así. A pesar de todo, ahora que la tenía delante, no se atrevía a avanzar, aunque todo lo que deseaba era envolverla en sus brazos y besarla.

—*Laird* —dijo Fiona, rompiendo el silencio que se había instalado con su llegada—, bienvenido.

—Bro... Brodie... —Él se volvió hacia el pequeño Allard, que había pronunciado su nombre tembloroso—. ¡Papá!

Salió corriendo y se arrojó en sus brazos. Brodie lo atrapó y lo estrechó contra su pecho, cerrando los ojos con fuerza para retener las lágrimas que le quemaban el pecho. Luego los abrió y contempló a Emily, que había dejado brotar las suyas que, como finas perlas, se

deslizaban por sus mejillas. Se acercó a ella.

Isobel hizo una seña a Michael y a Fiona para que dejaran a solas al *laird* y a su esposa. Cuando Michael pasó junto a ellos, Brodie lo detuvo, colocando la mano sobre su hombro.

—Gracias, Michael. Estoy orgulloso de ti.

Allard despegó la cabeza del cuello de su padre y rozó con cuidado la pequeña herida que lucía en su mejilla antes de mirarlo.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Él defendió a mamá, aunque le pegaron.

—Lo sé —respondió Brodie, notando cómo la rabia volvía a brotar en su interior—. Fue muy valiente.

Allard miró a Michael, que se había sonrojado, y asintió con ímpetu.

—Entonces ¿puedo llamarlo «hermano»?

Brodie miró al chico y luego a Michael, que parecía estar conteniendo el aliento.

—Tienes mi permiso.

Allard sonrió, entusiasmado, y se removió en los brazos de Brodie para que este lo bajara. Cuando estuvo en el suelo, tomó la mano de Michael y tiró de él.

—Mamá, Brodie tiene una herida. Puedes darle un beso para que se le cure —le dijo, antes de seguir a Fiona y a Isobel.

El silencio llenó la estancia, roto tan solo por el crepitar de la lumbre en el hogar. Brodie no sabía qué hacer. A pesar de que se había controlado en el campo de batalla para no dejarse llevar por la furia que lo corroía, no sabía si ella se había asustado por su comportamiento.

—Emily...

Ella dejó escapar un sollozo y se arrojó a sus brazos. Luego alzó la cabeza y lo besó con dulzura.

—¿Estás bien? ¿Te han herido?

—Nunca he pasado tanto miedo en mi vida —reconoció él, tomando su rostro entre sus manos y esparciendo suaves besos por sus mejillas —. Si te hubiera sucedido algo, yo... Te amo, Emily MacPherson, con todo mi corazón.

Inclinó la cabeza y atrapó su boca en un beso lleno de pasión y ternura. Sus labios sabían a sal, por las lágrimas derramadas, y a hogar.

Capítulo 26

El mes de diciembre vino acompañado de fuertes nevadas que dejaron impracticables los caminos y cerrados los pasos de montaña, y de malas nuevas para los clanes escoceses: Guillermo el León, rey de Escocia, había cerrado los ojos a este mundo el 4 de diciembre, sucediéndole en el trono su hijo Alejandro, con tan solo dieciséis años, sumiendo así a Escocia en la incertidumbre.

Brodie entró en el pequeño salón, caldeado por el fuego que crepitaba en el hogar y ocupado por Gavin, Ken, Alec y Owen, que se calentaban las entrañas con whisky de malta. Sacudió la nieve que se había pegado a las suelas de sus botas y se acercó a la lumbre para entrar en calor.

—Hace un frío de mil demonios ahí afuera.

—Nosotros aquí estamos muy bien —señaló Owen con una sonrisa beata y las mejillas coloradas por el fuego y por el alcohol.

—Creo que voy a necesitar a alguien que corte más leña para las chimeneas —comentó Brodie, dirigiéndole una mirada intencionada.

Gavin se levantó de su asiento y, al pasar junto a Owen, le dio un pescozón. Ignorando sus quejas, sirvió un nuevo vaso de licor y se lo entregó a Brodie, que lo apuró de un solo trago.

—¿Qué ha dicho el mensajero? —le preguntó al *laird*.

—MacUilleim y MacHeths se han negado a asistir. —Aunque la coronación de Alejandro II ya había tenido lugar, el rey había convocado a todos los jefes de clanes para que asistieran a la corte a inicios de primavera con el fin de jurarle lealtad—. Además, hay rumores de que están incitando a otros clanes a la rebelión. El rey desea saber si puede contar con los MacPherson en caso de que se inicie una guerra. Estaremos preparados para cuando nos necesite.

Gavin y los demás asintieron conformes. A pesar de la nieve y el frío, los entrenamientos continuaban durante las mañanas; por las tardes, sin embargo, debido a que el sol se ocultaba antes contaban con menos tiempo para entrenar. Las tareas agrícolas se habían reducido también y la mayoría de los aldeanos se refugiaban en sus casas al calor del hogar.

Alguien dio unos golpes en la puerta y Brodie concedió su permiso para que entrasen.

—*Laird*, los aldeanos esperan —dijo un sirviente, que enseguida se retiró cuando Brodie asintió con una cabezada.

—Bien, muchachos, espero que ya hayáis entrado en calor. —Palmeó

con fuerza la espalda de Alec justo en el momento en que este bebía un trago.

—¡Maldita sea! —rezongó el guerrero, poniéndose en pie mientras sacudía su tartán. El golpe había hecho que el licor se derramara antes de que pudiera beberlo—. ¿Por qué has hecho eso? ¿Qué demonios voy a hacer ahora para mantenerme caliente?

Owen esbozó una amplia sonrisa al tiempo que abandonaba su asiento junto a la chimenea.

—Siempre puedes robarle un beso a Megan bajo el muérdago, seguro que así te calientas lo suficiente. —Le guiñó un ojo al pasar a su lado.

—Pues me parece que se le va a congelar el trasero —se burló Ken —, ni siquiera es capaz de darle los buenos días a la muchacha.

Un coro de carcajadas acompañó el comentario. Alec gruñó en respuesta.

—Me casaré con ella —les aseguró con tono de promesa.

—Ya sabes lo que se dice: «*Is ó mhnáib do·gabar rath nó amhrath*»[4]. —A modo de brindis, Ken alzó el vaso de licor que sostenía—. Te deseamos que la tuya sea buena, amigo.

—Dejaos de esa cháchara de viejas y coged vuestras hachas —los reconvino Brodie—. Esta noche no debe apagarse el fuego en los hogares.

Cuando salieron de la fortaleza, el patio se hallaba repleto de aldeanos: hombres, mujeres y niños. Brodie vio de inmediato a Emily y a Allard. Se acercó a su esposa y la tomó por la cintura, pegándola a su costado.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le susurró ella, agradeciendo el calor que desprendía el cuerpo de Brodie y acurrucándose contra él.

—Siguiendo las tradiciones, mujer —comentó, esbozando una sonrisa pícara. Luego se volvió hacia su gente enarbolando el hacha en alto y alzó la voz—: Esta noche celebramos el nacimiento de Nuestro Señor. Él es la Luz que vino a iluminar las tinieblas de nuestro mundo, por eso esta mañana iremos a buscar troncos para alumbrar nuestras casas y encenderemos en nuestros hogares un fuego que convertirá la noche en día, que fecundará nuestros campos con sus cenizas y nos dará calor en estos fríos días del invierno. Bien, ahora nos dividiremos en grupos dirigidos por Gavin, Alec, Ken, Owen y yo mismo. Quienes consigan el tronco más grande, ¡tendrán doble ración de bebida!

Un clamoroso estruendo brotó de todas las gargantas y la tierra pareció temblar. Luego los presentes se fueron separando, dividiéndose en grupos en una alegre algarabía. Emily vio que muchas de las muchachas de la aldea se añadían al grupo de Owen y sus labios se curvaron en una sonrisa, que desapareció cuando vio a Muriel acercándose a Brodie con un nada sutil contoneo de caderas.

—*Laird* Brodie, ¿puedo ir contigo?

—Tú vienes conmigo, muchacha —dijo Gavin, cogiéndola del brazo y tirando de ella para alejarla.

Emily le dirigió una ligera inclinación de cabeza a modo de agradecimiento.

—¿Crees que hay algo entre esos dos? —le preguntó Brodie con curiosidad mientras observaba cómo se alejaban en medio de lo que parecía una discusión.

Ella puso los ojos en blanco. A veces no alcanzaba a comprender a su esposo, tan perspicaz para unas cosas y tan lento para otras.

Pasaron la mañana fuera, en el bosque, cortando troncos que arrastrarían luego entre varios hombres hasta la aldea. Brodie le explicó que, en la antigüedad, los celtas celebraban en esas fechas las fiestas de Yule para conmemorar el solsticio de invierno, y ellos seguían manteniendo esa festividad con motivo del nacimiento del Salvador. Durante esos días los aldeanos comían, bebían y danzaban. Esa noche, en el patio exterior de la fortaleza se encendería una hoguera para ahuyentar los malos espíritus. En el salón principal tendría lugar una gran cena, y en la chimenea central se quemarían los troncos del árbol más grande en un fuego que permanecería encendido durante toda la noche.

A pesar del frío, Emily disfrutó del ambiente alegre mientras ayudaba a las mujeres a recoger ramas de acebo y muérdago, que colocarían en el comedor.

—Lady MacPherson —reclamó su atención una joven de cabello rubio y mejillas sonrosadas—, venid a animar a vuestro esposo, que está compitiendo con Gavin.

Ella recogió del suelo la cesta en la que iba depositando el acebo y siguió a la muchacha hasta donde se encontraba Brodie. Ahogó un jadeo al ver que tanto él como Gavin se habían despojado de sus ropas de abrigo y tenían el torso desnudo. Cada uno se hallaba en un extremo del enorme tronco que yacía en tierra y propinaban contundentes hachazos para partirlo. Sus ojos recorrieron su espalda, hipnotizada por los ondulantes movimientos de sus músculos. Su piel, a causa del sudor, se veía brillante bajo los pálidos rayos de sol.

—¡*Laird*, vuestra esposa ha venido a animaros! —le gritó uno de los aldeanos que se habían reunido en torno a los dos guerreros—. Quiere veros ganar.

Brodie se detuvo, volviéndose a mirarla. Algunos mechones de su cabello cobrizo se habían adherido a su frente por el sudor.

—¿Y qué me daréis como premio si gano, esposa?

Emily se azoró y su mente se quedó en blanco. No supo qué responder, pero una mujer lo hizo por ella.

—Que os dé un beso, *laird*. Aunque tendréis que apresuraos, puesto que Gavin os lleva ventaja.

Brodie levantó el hacha sobre su cabeza y descargó un poderoso golpe que hizo saltar astillas del tronco. Las risas y los vítores estallaron entre cuantos los rodeaban al ver los esfuerzos denodados de su señor por ganar la recompensa de su dama, y Emily se ruborizó.

Aunque por muy poco, resultó vencedor. Todos aplaudieron entusiasmados. Emily sintió un revoloteo en el estómago cuando lo vio caminar hacia ella con un brillo triunfante en la mirada.

—Vengo a cobrarme mi recompensa, esposa.

Las comisuras de sus labios se elevaron y Emily supo que estaba disfrutando con eso.

—Necesitáis cubriros primero, vais a coger frío.

Él la atrapó por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Ahora mismo estoy ardiendo, mujer —le susurró al oído con tono ronco—. Bésame, Emily.

Ella le dio un casto beso en los labios.

Brodie chasqueó la lengua. Apoyó la palma de su mano en la nuca femenina y tiró de ella con delicadeza, apoderándose de su boca en un beso carnal y apasionado que la dejó agitada y temblando por el deseo que se arremolinó en su vientre y por los vítores exaltados de los aldeanos.

—Eres un bárbaro —le dijo, afectada por su beso y con las mejillas arreboladas.

Él esbozó una sonrisa orgullosa, como si le hubiese dedicado el mayor halago.

—Soy escocés, esposa.

—Mi escocés —musitó ella en voz baja para que solo él la oyera.

—Solo tuyo. —Acarició su mejilla con los nudillos en un gesto colmado de delicadeza—. Para siempre.

Los aldeanos, que ya habían dejado de prestarles atención, comenzaron a recoger los troncos para volver a la aldea. Ataron cuerdas alrededor de los maderos más grandes y los arrastraron.

Brodie se puso de nuevo sus ropas y tomó la mano de su esposa. Caminaron juntos de vuelta, con los dedos entrelazados.

La tarde transcurrió con rapidez, y Emily apenas vio a Brodie o a Allard, que estaba con Michael, de quien apenas se separaba desde lo sucedido con el clan Gordon. Pocos días después de aquel encuentro, el *laird* Gordon había enviado a Douglas y a dos guerreros más con ofrendas: dos ciervos y un jabalí, para disculparse en nombre de su hermano, quien se hallaba recuperándose de las heridas que le había provocado Brodie y a quien, según les confesó Douglas con un brillo en los ojos, el *laird* iba a enviar con unos parientes de las islas Skye para que le bajaran los humos.

Emily sonrió ante el recuerdo y paseó la mirada por el salón para asegurarse de que todo estaba preparado para aquella noche. Habían

colgado guirnaldas y ramas de acebo y de muérdago en diversos lugares; la chimenea estaba repleta con los troncos que habían llevado por la mañana y el suelo se había cubierto con esterillas nuevas. Se dirigió a las cocinas y asintió satisfecha al ver que Isobel y Fiona tenían todo bajo control.

Buscó a Megan, una de las jóvenes que trabajaban en el castillo y que solía echarle una mano con Allard en algunas ocasiones. La vio en un rincón, cerniendo la harina, aunque la mayor parte estaba cayendo sobre la mesa porque la muchacha tenía la mirada concentrada en la puerta, donde Alec y Ken hablaban en ese momento.

—Megan.

La joven dio un respingo, sobresaltada.

—Decidme, milady.

—¿Podríais buscar a Allard? Tiene que darse un baño antes de bajar a la cena.

—Claro, milady.

Poco después, Allard estaba refunfuñando en la alcoba por tener que bañarse. Cuando terminó, Megan lo vistió mientras ella se aseaba y se vestía con una sencilla camisa, una falda y la manta de tartán cruzada sobre el hombro y sujeta por un alfiler. Luego se recogió el cabello con dos pequeñas trenzas a modo de corona, para que el resto de su melena cayese suelta por la espalda.

Una vez que estuvo lista, recogió a Allard y bajaron al gran salón. Al pie de la escalera los esperaba Brodie. Su corazón se saltó un latido al verlo, no solo por su atractivo y por su imponente presencia, sino, sobre todo, porque solo ella conocía la dulzura y ternura de aquellas manos grandes y diestras para la batalla; la belleza de aquel cuerpo bien formado, de músculos firmes y duros como el acero; y la nobleza de ese corazón que latía en su pecho. La manera en que él la miraba en ese momento le provocó un delicioso estremecimiento.

—Estás preciosa —le dijo cuando llegó abajo.

Ella se ruborizó.

—Gracias.

—¿Y yo? —intervino Allard, buscando también halagos.

—Los dos estáis muy guapos.

El pequeño sonrió orgulloso y caminó con ellos hacia el gran salón donde los aguardaban todos los que participaban en la cena de esa noche.

—¿Puedo ir con Michael? —les preguntó, ansioso.

Brodie lo contempló con el semblante serio.

—¿Recuerdas todo lo que tienes que hacer? —Allard asintió—. Está bien, puedes ir.

Emocionado, se marchó a toda prisa y ellos lo siguieron. Al entrar en el salón, todos los presentes se pusieron en pie hasta que ocuparon sus

asientos en la mesa principal. Brodie hizo una señal. Un par de siervos se acercaron a la chimenea, que permanecía apagada, y prendieron la leña con el pedernal. El fuego comenzó a arder en el hogar y una suave luz anaranjada tiñó la estancia. Mientras se quemaban los troncos, otros siervos apagaron las velas y antorchas que iluminaban el salón y este se sumió en una tenue penumbra.

Entonces, según la tradición, el más pequeño entre los presentes se adelantó hasta la chimenea. Allard cogió la pequeña rama que uno de los siervos sacó de la lumbre y fue prendiendo con ella cada una de las grandes velas que había en el suelo.

—Ahora que la luz brilla en las tinieblas —dijo Brodie, rompiendo el silencio reverencial que reinaba en el salón una vez que estuvieron encendidas todas las velas—, es el momento de que cada uno pida su deseo a nuestro Salvador, que viene a nuestro mundo en esta noche santa.

El silencio se prolongó unos instantes. Luego los siervos fueron colocando las velas sobre las mesas distribuidas por el salón. Él tomó la copa que tenía frente a sí y la alzó.

—Que el Buen Dios escuche nuestros ruegos. ¡Que comience la celebración!

Todos alzaron sus copas.

—¡Dios guarde a nuestro *laird* y a lady MacPherson! —gritó Gavin.

—¡Dios guarde a nuestro *laird* y a lady MacPherson!

El salón se llenó de voces, risas y algarabía tras esa primera copa, a la que siguieron muchas más mientras los comensales daban cuenta de las bandejas de carne, quesos y verduras que los siervos distribuyeron por las mesas junto con el pan de Yule, amasado para la ocasión. Después siguieron las danzas, en las que los hombres aprovecharon para robar algún beso bajo el muérdago a las muchachas. Hubo un coro de «vivas» cuando Alec besó a Megan, cuyo rostro adquirió la misma tonalidad rojiza de su cabello y una dulce y tímida sonrisa asomó a sus labios.

Emily subió a su alcoba algunas horas después. Tras acostar a Allard, se sentía agotada por el peso del cansancio del día y por la tristeza. Se desvistió y se puso la camisola para dormir. Luego cepilló su cabello y, mientras lo recogía en una trenza, se quedó pensativa frente al fuego del hogar. Ni siquiera escuchó entrar a Brodie, que se acercó por detrás y la envolvió en sus brazos.

—¿En qué piensas? —Quiso saber.

Emily respiró hondo y él la sintió temblar.

—En mi abuelo —respondió, con la voz teñida de emoción—. En cómo se sentirá esta noche, si estará triste o solo. Si...

No pudo seguir. Un sollozo brotó de su garganta. Brodie la giró en sus brazos y la estrechó con fuerza contra su pecho.

—Te prometo que pronto volverás a verlo —le aseguró. En cuanto los caminos fuesen transitables, acabaría de una vez con aquel asunto —. Palabra de MacPherson.

La alejó un poco y, tomándola de la barbilla, alzó su rostro. Las lágrimas brillaron en sus mejillas a la luz de la lumbre, y él las enjugó con sus labios. Poco a poco, con cada beso, el fuego que ardía en el hogar fue prendiendo también en sus cuerpos y en sus almas.

—Brodie, hazme el amor —le rogó ella.

Él la levantó en sus brazos y la depositó sobre el lecho. Sin apartar la mirada de la suya, comenzó a despojarse del tartán, dejando caer la parte superior sobre sus muslos mientras se quitaba la camisa.

Emily contempló fascinada la belleza de su torso de músculos esculpidos. Lo vio quitarse las botas y contuvo el aliento cuando retiró el grueso cinturón de cuero que sujetaba el tartán. La pesada manta cayó a sus pies y Brodie quedó gloriosamente desnudo ante ella. Si la perfección existía, pensó, estaba encarnada en él.

El colchón onduló bajo su peso cuando subió al lecho y se colocó de rodillas frente a ella. Emily apoyó las palmas sobre su torso y percibió el calor que emanaba de él. Se inclinó y depositó un beso sobre su piel. Nunca antes había tomado la iniciativa en esas lides, pero esa noche un deseo intenso recorría sus venas. Necesitaba a Brodie, necesitaba su amor y sus caricias, lo necesitaba dentro de ella.

Deslizó las manos por su pecho y las bajó por los costados hasta la cintura, notando la tensión que el roce de sus dedos provocaba en aquellos músculos duros. Con el corazón embarcado en una loca carrera, se atrevió a ir más allá, y sus palmas rozaron el firme trasero de su esposo, arrancándole un gemido ronco. La escasa distancia que separaba sus cuerpos le permitió percibir el efecto que tuvieron sus caricias sobre su virilidad. Deseó sentirla contra su piel, así que se despojó de la larga camisola. Un hormigueo la recorrió al ver la mirada ávida de Brodie sobre sus senos.

—Tócame.

Él supo lo que deseaba. Se apoderó de su boca en un beso lento y sensual mientras se dejaban caer sobre el lecho. Sus manos acariciaron sus pechos, arrancándole suaves gemidos que él se bebió, hasta que el cuerpo de Emily exigió más, alzando sus caderas. Entonces deslizó la mano por su vientre plano y sus dedos se perdieron en la calidez de su femineidad, al tiempo que sus labios y su lengua jugueteaban con sus senos.

Emily notaba la espiral de placer que se arremolinaba en su interior, tensando su vientre. Sabía lo que eso significaba, pero esta vez no quería llegar sola. Deslizó la mano entre sus cuerpos y tomó su miembro, que palpitó en su palma. Brodie se quedó quieto un instante, con la respiración jadeante y los músculos de la mandíbula

contraídos en un rictus de doloroso placer.

—Emily...

—Hazme tuya —le susurró ella.

—¿Por qué?

Había un mundo de preguntas en ese simple «por qué».

—Nuestro Señor vino esta noche al mundo para salvarnos. —Acunó su mejilla y lo miró a los ojos—. Tú entraste en mi mundo y has cambiado mi vida; me rescataste de mí misma, de mis miedos, y me lo has dado todo sin exigirme nada a cambio. Me has enseñado el placer y la pasión. Te amo, Brodie MacPherson. Eres un hombre honorable y generoso, y esta noche quiero ser yo quien te lo dé todo.

Él giró la cabeza y besó su palma abierta. Luego descendió hasta sus labios y susurró contra ellos:

—Te amo, Emily MacPherson.

La besó con lentitud, su lengua coqueteando con la de ella en un roce sutil y provocativo, mientras sus manos dibujaban caricias sobre su piel enfebrecida. Poco a poco fueron aumentando la intensidad y la pasión hasta que sintió que su cuerpo palpitaba de deseo, buscando en el suyo el alivio para aquella hambre voraz. Sus dedos palparon la carne tibia de su feminidad y la encontró húmeda. Se colocó sobre ella y sintió una poderosa sacudida cuando rozó la entrada. Apretó los dientes y tomó una brusca inspiración. De un solo envite se deslizó en el estrecho interior.

Percibió la incomodidad de ella y la rigidez que tensó su cuerpo, y calmó su miedo con besos tiernos, suaves caricias y palabras dulces. Emily se aferró a él con tanta fuerza que pudo sentir el latido acompasado de sus corazones como si se hubieran fundido en uno solo.

Comenzó a moverse despacio sobre ella, con un movimiento rítmico, y la fricción desencadenó una sensación placentera que le erizó el vello de la piel. Emily se relajó, poco a poco, y juntos comenzaron una danza atemporal y eterna que los arrancó de la realidad y los llevó a un mundo propio, creado solo para ellos, hasta que el placer tensó sus músculos y estallaron juntos, fundidos en un solo cuerpo.

Capítulo 27

Marzo. Año del Señor de 1215

Emily contemplaba a través de la ventana el ajetreo del patio, donde los hombres se preparaban para partir. Llegaban hasta ella el repiqueteo de los cascos de los caballos sobre la piedra y las voces de los guerreros y de los siervos que cargaban las carretas. La nieve había comenzado a derretirse en los caminos, abriendo los pasos de montaña, y el rey había convocado a los clanes para que asistieran a la jura de lealtad en Scone.

Dejó escapar un suspiro. El aire todavía era frío, a pesar de que ya había dado comienzo la primavera. Se envolvió en el tartán y se abrazó a sí misma, posando las manos sobre su vientre, que acunaba una nueva vida, el fruto del amor entre Brodie y ella.

Había sido Fiona quien le había hecho notar la ausencia de sus periodos, ya que, desde que diese comienzo el nuevo año, no le había requerido los paños que solía usar durante esos días. Cuando comprendió que se hallaba encinta, el miedo se apoderó de ella, pues sabía bien que Brodie no deseaba tener hijos. Pospuso darle la noticia todo lo que le fue posible; sin embargo, con la llegada del mensajero del rey, no tuvo más remedio que confesárselo. Él deseaba enseñarle el castillo de Scone y la ciudad de Perth, que se hallaba a poco menos de tres millas del primero y era una de las regiones mercantiles más ricas del reino. Sin embargo, el viaje hasta Scone, situado en las Lowlands, era largo y pesado, y ella no se atrevía a realizarlo montada a caballo.

Le dio la noticia allí mismo, en la alcoba. Brodie había palidecido al escuchar sus palabras, tras lo cual había abandonado la estancia sin pronunciar una sola palabra. Sobrepasada por sus emociones y la exacerbada sensibilidad a causa de su estado, se había echado a llorar. Pero Brodie había regresado poco después. Arrodillándose frente a ella, la había abrazado por el talle y apoyado la frente sobre su vientre.

—Un hijo —había musitado con la voz ronca por la emoción.

—Nuestro hijo —le había respondido ella al tiempo que acariciaba su cabello y sonreía entre lágrimas.

Luego él había depositado un beso sobre su vientre. Emily se estremeció al recordarlo, preguntándose, igual que en aquel momento, cómo un guerrero rudo y fuerte como él podía ser capaz de tanta ternura.

Lo vio aparecer en el patio, acompañado de Angus —que junto a Magnus y Aldrich viajarían con él—, y lo observó con deleite. Nunca imaginó, el día en que le propuso matrimonio, que llegaría a amarlo tanto. Aún no se había marchado y la distancia ya le dolía. Sintió una opresión en el pecho al pensar en el tiempo que iba a pasar sin verlo, sin sus caricias y besos, sin dormir abrazada a su cuerpo.

Un muchacho llevó a Feasgar, sujetándolo por las riendas, y perdió de vista a Brodie. Supo que estaría junto a ella en pocos minutos y su corazón se aceleró. Se volvió hacia la puerta cuando esta se abrió de repente. Brodie entró en la alcoba, cerrando tras él y apoyándose contra la madera mientras la observaba con esa mirada intensa que la hacía estremecerse.

Emily no dijo nada. Tras unos segundos, que le parecieron una eternidad, él se acercó y la envolvió entre sus brazos . Ella recostó la cabeza contra su pecho, escuchando los firmes latidos de su corazón.

—Voy a echarte de menos —le dijo.

—Volveré lo antes posible. Cuida de nuestros hijos. —Besó su frente, puso los dedos bajo su mentón y presionó con suavidad para alzar su rostro—. *Is tu buille mo chridhe* —susurró contra sus labios antes de besarla con pasión.

Casi antes de que ella pudiera recuperar el aliento, Brodie se había marchado. La alcoba le pareció más fría y solitaria. Se volvió de nuevo hacia la ventana y quedó impresionada por lo que vio: filas de guerreros a caballo se alineaban en el patio de piedra, portando a la espalda las espadas. Su esposo apareció poco después y se le cerró la garganta al verlo despedirse de Allard y de Michael. Impartió unas últimas instrucciones a Duncan, que se quedaba al mando de la fortaleza, y con un movimiento fluido subió a la grupa de Feasgar, que resopló inquieto. Antes de partir, volvió la mirada hacia la torre del homenaje, donde se encontraba ella. Luego alzó la mano y la columna de guerreros se puso en marcha.

—Tú eres el latido de mi corazón.

Esas habían sido las últimas palabras de Brodie. Ella sintió que el suyo andaba perdido sin él.

Los días tras la partida de Brodie se volvieron monótonos y vacíos, a pesar de que la primavera iba avanzando y llenando los campos de flores que ya perfumaban el aire. Isobel y Fiona trataron de animarla, y esta última le propuso bordar algunas sábanas y túnicas para el bebé, por lo que pasaba mucho tiempo en la sala de bordado, a veces sola y otras, la gran mayoría, acompañada. Megan, la joven a la que Alec cortejaba, era una de las que solían pasar tiempo con ella y con la que más afinidad sentía.

La muchacha dejó escapar un resoplido junto a ella.

—No me queda bien. Por más que lo intento, no soy capaz de hacer esas puntadas como vos, milady.

—Se requiere mucha práctica —le dijo ella, inclinándose a mirar el bordado. Efectivamente, las puntadas habían quedado torcidas—. Tienes que pasar el hilo por aquí debajo y luego tirar.

Megan hizo lo que le decía.

—¿Así?

—Sí, lo has hecho bien.

—Gracias, milady.

La sonrisa que esbozó la joven otorgó a su rostro una dulzura especial. Emily comprendió por qué le gustaba al guerrero. Sería una buena esposa para él.

—¿Echas de menos a Alec? —le preguntó.

Megan se ruborizó y asintió con una leve cabezada. Luego se mordió el labio, como si dudase sobre si continuar hablando o no. Finalmente, decidió hacerlo.

—Hemos tenido poco tiempo para hablar y no estamos prometidos, me preocupa que en la corte encuentre a alguna dama...

—No lo creo —la interrumpió ella para tranquilizarla—. Por lo que yo sé, parece que le llevas gustando desde hace mucho tiempo.

—Pero en la corte hay doncellas muy hermosas y, según se cuenta, algunas de ellas son muy atrevidas —le comentó bajando la voz a un susurro—. ¿Vos no estáis preocupada? Mis disculpas, milady, no pretendía insinuar que... —Se calló, avergonzada por sus palabras.

—No es necesario que os disculpéis, Megan. Es cierto que la vida en la corte es así —admitió al recordar las ocasiones en que había visitado la corte de Ricardo en su infancia y luego la de Juan—, pero yo confío en el amor de mi esposo. ¡Oh, vaya!, se me ha acabado el hilo.

—¿Queréis que vaya a buscároslo, milady?

—No hace falta, iré yo misma.

Dejó su bordado a un lado y salió de la estancia, que se encontraba en el pasillo justo al lado opuesto de su alcoba, donde guardaba una caja con hilos. Mientras atravesaba el corredor, pensó en las últimas palabras que le había dicho a la joven. Era cierto que confiaba en el amor de Brodie. Puede que él no se prodigase en palabras bonitas y dulces, pero desde que se casaron, cada día le había demostrado con gestos y hechos el cariño y el amor que le tenía, y ella confiaba más en los actos que en las palabras huecas.

Entró en su alcoba y se acercó a uno de los arcones. Lo abrió y encontró dentro algunas prendas de su esposo. Tomó una camisa y se la acercó a la nariz, aspirando el sutil aroma que desprendía. Olía a Brodie. Una oleada de nostalgia y necesidad la invadió. Lo echaba demasiado de menos. Dejó la camisa en su lugar y cerró la tapa antes

de abrir el siguiente arcón. En ese encontró lo que buscaba: una pequeña caja con diferentes hilos. Cogió los que necesitaba y salió de la habitación.

Cuando volvía por el pasillo, descubrió a Michael al pie de las escaleras que daban acceso a los aposentos de la torre del homenaje. Supuso que estaba aguardando a Allard, que habría ido a su dormitorio a buscar alguna cosa. Michael se había tomado en serio la tarea que Brodie le había encomendado de cuidar al pequeño, y Emily le estaba muy agradecida por ello. En varias ocasiones había hablado con su esposo sobre la posibilidad de que el muchacho entrenara con los demás guerreros, a pesar de su cojera, y Brodie había terminado por concederle que pensaría en ello. Ella tenía la esperanza de que así fuera.

Él debió escuchar sus pasos, porque miró hacia arriba y, al verla, la saludó con una inclinación de cabeza que ella correspondió con una sonrisa antes de proseguir su camino hacia la sala de bordado.

Michael vio cómo se alejaba su señora y bajó la cabeza, un tanto avergonzado. Cada vez que ella le sonreía, con la misma sonrisa que le dirigía a Allard, sentía un cosquilleo de emoción en el pecho. Escuchó unos pasos y levantó la mirada. Frunció el ceño al ver que se trataba de uno de los chicos que ayudaban en las cocinas.

—¿Qué haces aquí, Neil?

El niño pareció aliviado al ver que se trataba de él.

—Tengo que entregarle esta carta a milady —le explicó, mostrándole la misiva que portaba. En el sobre había un sello lacrado con un emblema que no reconoció y unas iniciales.

—¿Quién te ha pedido que la entregues?

Neil se mordió el labio. Le habían pedido que no se lo dijese a lady MacPherson, pero no le habían dicho que no podía decírselo a Michael, así que tras unos segundos de vacilación contestó:

—Fue Muriel. Me dijo que esta carta era importante para la señora y que le alegraría mucho recibirla.

—Dámela y yo...

Se interrumpió al ver que sacudía la cabeza.

—Tengo que hacerlo yo mismo.

Michael dudó. Sin embargo, no podía negarse si resultaba ser cierto que la misiva contenía un mensaje de importancia para su señora. Ella era inglesa, y Dermont, el padre de Muriel, viajaba con frecuencia a la frontera, así que bien podrían haberle enviado la carta por su medio. Finalmente, aceptó.

—Sube la escalera y ve hacia la derecha, hasta la puerta que hay al fondo del corredor —le indicó.

Neil así lo hizo, con la carta apretada contra el pecho. Pensar en que tenía que dirigirse a su señora lo ponía nervioso, lo único que deseaba

era volver a las cocinas.

Cuando llegó al final del pasillo, se detuvo frente a la puerta, donde permaneció unos segundos sin saber qué hacer. Después tomó aire y golpeó con los nudillos sobre la madera.

—¡Adelante!

Empujó la puerta e ingresó. La habitación estaba iluminada por los rayos de sol que entraban por el gran ventanal. Un haz de luz bañaba la figura de la dama, inclinada sobre su bordado, otorgándole a su cabello el brillo del oro. Se habría quedado en silencio, contemplando la belleza de su señora, de no haber sido por la pregunta de Megan.

—Neil, ¿qué has venido a hacer aquí?

—Traigo u... una carta... para milady —balbuceó.

Emily, sorprendida, alzó la cabeza del bordado. Su corazón comenzó a latir con más rapidez al pensar que podía tratarse de una carta de Brodie. Dejó el bastidor a un lado del asiento y le pidió al niño que se acercara. Él le tendió la carta y, apenas lo hizo, salió corriendo de la estancia.

—¡Neil! —le gritó Megan—. Habrase visto qué modales. Cuando lo pille en las cocinas le voy a decir... Milady, ¿os encontráis bien? —le preguntó, mirándola con preocupación al ver las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Emily se enjugó el rostro e intentó sonreír.

—No es nada malo, son lágrimas de alegría —contestó. Había visto aquel sello en cientos de documentos, era el sello de su abuelo, junto con sus iniciales: W. L., Walter de Lingwood—. ¿Podrías dejarme sola unos momentos, Megan?

La joven se levantó con presteza.

—Claro, milady. Bajaré a las cocinas para ver si necesitan que les eche una mano.

Emily asintió distraída. Cuando escuchó que la puerta se cerraba, rompió el lacre con dedos temblorosos y leyó el contenido. Al terminar, las lágrimas volvieron a fluir.

Aquella era la tercera mañana desde que Neil había entregado la carta y Michael se hallaba preocupado por el estado de inquietud que mostraba su señora.

—No me estás escuchando —se quejó Allard.

—Lo siento, estaba pensando en otras cosas.

—¿A que no sabes qué?

Michael intentó centrarse en Allard. No iba a sacar nada con darle vueltas a algo que no comprendía. Pudiera ser que lady MacPherson se comportara así a causa del bebé que esperaba, aunque él no sabía mucho de esas cosas.

—¿Qué?

—Tengo un secreto —contestó ufano.

—Me alegro. —Contuvo una sonrisa al ver el gesto de decepción en su rostro a causa de sus palabras. Allard era pésimo ocultando secretos, al menos con él, y estaba seguro de que pronto le contaría este, igual que le había confesado que su madre se hallaba encinta.

—¿No quieres saber cuál es? —insistió.

—Has dicho que es un secreto, eso significa que nadie puede saberlo.

—Pero a ti te lo puedo contar —replicó, haciendo un puchero—. Tú eres mi hermano, ¿no? —Y sin poder contenerse más, añadió—: Mamá y yo vamos a ver al abuelo.

La emoción que transmitió su voz resultaba contagiosa, pero a él le provocó un escalofrío.

—¿A tu abuelo? —inquirió sin comprender.

—Bueno, es el abuelo de mamá, pero también es mío. —Frunció el ceño sin saber cómo explicarlo mejor—. Vive lejos de aquí, pero mamá ha dicho que va a venir a visitarnos y lo voy a ver. ¿Tú crees que le gustaré?

—Es imposible que no le gustes —respondió, revolviéndole el cabello y tratando de que él no notase su preocupación—. ¿Hace mucho que no lo ves?

Allard asintió con la cabeza.

—No me acuerdo de él. Nos fuimos de su casa porque allí estaban los hombres malos. —Su voz disminuyó hasta un susurro cuando pronunció las últimas palabras, casi como si esperase que, al decirlas en voz alta, los hombres pudieran aparecer ante él—. Pero mamá dice que el abuelo me quiere mucho. ¿Crees que si le digo que se quede a vivir con nosotros lo hará?

—No lo sé, tendrás que preguntárselo a él. ¿Cuándo lo vas a ver? —continuó, intentando obtener más información, si bien no tenía ni idea de qué haría con ella.

Si se lo contaba a Duncan, milady podría enfadarse con él por habérselo dicho; pero si se lo callaba y el abuelo de Allard quería llevárselos de nuevo a Inglaterra, sería Brodie quien se enfadaría con él por no haber cuidado de ellos.

—Mamá me ha dicho que mañana tendremos que levantarnos pronto, tan pronto que a lo mejor ni siquiera haya salido el sol. —Le oyó responder—. Pero a mí me gusta dormir.

—¿Cómo se llama tu abuelo?

—Walter de Lingwood. ¿Y sabes qué? Yo también me llamo Walter, igual que él...

La voz de Allard se convirtió en un molesto zumbido. Mientras el niño le explicaba las cosas, él se preguntó qué demonios debía hacer. Una sensación de intranquilidad se cernió sobre su alma.

Brodie lo había nombrado guardián de Allard y de milady. Ya les

había fallado una vez, no quería volver a hacerlo.

Capítulo 28

—Allard, despierta. Ya es hora.

Sacudió con suavidad su cuerpo, tibio por el calor de las sábanas. Su hijo abrió los ojos y se los restregó, somnoliento.

—¿Vamos a ver al abuelo?

—Sí, cariño. —Lo tomó en brazos y lo sacó del lecho. Notó que pesaba más, Allard había crecido. Walter lo encontraría muy cambiado—. Nos está esperando.

Recibir su carta la había emocionado, a pesar de las escasas palabras que contenía. En ella le decía que los echaba de menos y deseaba verlos, a ella y al niño, que los esperaría esa mañana en la casa de Fiona.

Al principio le había desconcertado recibir la misiva. A comienzos del año, Fiona le había confesado que al verla tan triste por la ausencia de su abuelo, le había enviado una carta a su hermana para que se la entregara a Walter. En esta le contaba cómo se encontraban ella y el pequeño Allard, y las buenas nuevas de su matrimonio. Su aya le había asegurado también, al ver la palidez que había adquirido su semblante, que su hermana se cuidaría de que nadie supiese acerca de la carta.

Durante todo el mes de enero estuvo nerviosa, a la espera de una respuesta por parte de su abuelo que nunca llegó. Por eso la sorprendió recibir la nota. ¿Por qué se había puesto en contacto con ella después de tanto tiempo y había decidido viajar hasta aquellas tierras inhóspitas? Puede que tan solo deseara verlos, como decía su carta, y conocer a su esposo. Además, era probable que precisamente después de tantos meses sir Bertram hubiese relajado la vigilancia a la que sometía el castillo de Lingwood, o tal vez su abuelo hubiese encontrado una forma de salir sin que lo siguieran —al fin y al cabo era un conde, y no podían retenerlo en el castillo—. Por otro lado, nadie sino él conocía dónde se encontraba la casa de Fiona, y luego estaba el sello de lacre que Walter guardaba bajo llave en un cajón del escritorio de su despacho y que ninguna otra persona podría haber utilizado.

Terminó de vestir a Allard y salieron de la alcoba. Llevaba una bolsa con algunos alimentos que había tenido la precaución de preparar el día anterior, ya que no deseaba pasar por las cocinas, donde, a pesar de lo temprano de la hora, Isobel y Fiona se encontrarían amasando pan. Estaba segura de que esta última no pararía hasta descubrir qué

se traía entre manos y se empeñaría en acompañarlos. Así que enfiló el corredor en sentido contrario y salió por una portilla lateral de la fortaleza que solían usar los soldados. Luego se dirigió hacia los establos.

—Buenos días, Murdock.

El hombre, inclinado sobre una bala de heno que preparaba para los caballos, se levantó sorprendido.

—Buenos días, milady. Buenos días, Allard —saludó al chiquillo, que le sonrió—. ¿Puedo ayudaros en algo?

—¿Podríais preparar mi yegua? Allard y yo saldremos a dar un paseo.

—¿Iréis solos, milady? —inquirió con tono nervioso—. Si me aguardáis un instante, puedo acompañaros yo mismo o decirle a Duncan que prepare una escolta. Es demasiado temprano y la niebla aún no se ha levantado.

Emily le dirigió una sonrisa confiada con la que buscó tranquilizarlo.

—No será necesario, aunque os lo agradezco. En realidad solo iremos hasta la casa de Fiona. El trayecto es corto y podríamos realizarlo a pie, pero Allard se cansa enseguida —mintió, aunque se sintió mal por ello—. Quiero ir a ver cómo están el huerto y las flores que planté. Hay unas semillas que quiero traer para cultivar aquí.

—Ya —respondió lacónico el hombre, rascándose la cabeza—, comprendo. Pero...

—Estaremos de regreso para la comida. Usted tiene mucho que hacer aquí, y si nos acompañan algunos soldados, solo se aburrirán y perderán el tiempo, y yo me sentiré culpable por ello, Murdock.

Esperaba que sus palabras lo convencieran y preparase la montura, si no, tendría que pensar en otra manera de ir hasta su antiguo hogar.

—Como desee, milady. Si es solo hasta el mediodía... —señaló, aún dubitativo.

—Lo prometo. Muchas gracias, Murdock.

Él sacudió la cabeza y comenzó a preparar la yegua. Más tarde le diría a Duncan para que enviase a alguno de los soldados a hacer guardia. Terminó de apretar la cincha y sacó al animal del cubil, que avanzó con un trote suave y relinchó al percibir el olor de la muchacha.

—Aquí está. —Entrelazó los dedos de las manos y le ofreció sus palmas como apoyo para alzarla hasta la grupa. Una vez que ella estuvo acomodada, tomó a Allard de la cintura y lo levantó—. ¡Arriba!

Emily lo cogió y lo colocó delante de ella.

—Muchas gracias, Murdock. Si encuentro algunas fresas, se las traeré.

El hombre sonrió agradecido.

—Está bien, milady.

Permaneció un rato observando cómo se alejaban de los establos. Luego meneó la cabeza y volvió a sus quehaceres. Sin embargo, apenas había retomado su tarea cuando alguien más entró en el recinto.

—¡Ah, muchacho!, eres tú. ¿Quieres ayudarme, ya que hoy no tienes que cuidar del pequeño?

—Necesito un caballo, Murdock.

Él se enderezó, abandonando de nuevo el heno por unos instantes, y lo miró con suspicacia.

—¿Y para qué quieres tú un animal?

Michael miró nervioso hacia el exterior. Si lady MacPherson tomaba demasiada distancia, puede que no lograse encontrarlos.

—El *laird* me pidió que cuidara de milady y de Allard —comentó—. No puedo dejar que se vayan solos.

—Bueno, solo van hasta la casa de la viuda de Munro, no está demasiado lejos —señaló, pensativo—. Aunque te confieso que me quedaría más tranquilo si hubiese alguien con ellos. Sea pues, llévate a Seanns. Es tranquilo y fácil de manejar.

Él se lo agradeció y aguardó a que le colocara los arreos. Cuando estuvo listo, se subió a un tocón para poder montarlo.

—Gracias, Murdock.

—Ten cuidado con la niebla, muchacho. —Palmeó el cuello del zaino, que resopló por los ollares—. Espero que te traiga la buena suerte que porta su nombre.

Michael partió al galope siguiendo el camino del este, hacia la laguna, cerca de donde se levantaba la casa de Fiona. Tenía que ser cuidadoso para que milady no descubriese que los había seguido o quizá se enfadaría, a pesar de que no consideraba que estuviese haciendo nada malo, tan solo quería asegurarse de que estarían bien.

Conforme avanzaba por el sendero, la niebla se iba disipando, convirtiéndose tan solo en jirones que serpenteaban bajo los cascos del caballo. Aminoró el paso cuando le pareció distinguirlos a lo lejos y se mantuvo al trote, procurando no perderlos de vista.

Emily escuchaba la cháchara de Allard con una sonrisa. Cuando alcanzó el desvío hacia la cabaña, dejó el camino principal y siguió por este. El corazón se le aceleró al pensar que pronto llegarían y podría encontrarse de nuevo con su abuelo.

—¿Es ese el abuelo? —le preguntó Allard cuando divisaron la casa. A un costado de la misma había un hombre inclinado sobre los rosales que ella había plantado y en el que comenzaban a despuntar algunos brotes. El suelo de su jardín estaba cubierto por campanillas de las nieves, cuya blancura contrastaba con la negra capa en la que se hallaba envuelto el visitante.

Emily se estremeció. El aire era más frío allí debido al bosque que los rodeaba y a la cascada cercana. Su abuelo no pareció escuchar el sonido de los cascos de su yegua, amortiguados por la hierba y la tierra del sendero. Desmontó y bajó a Allard, que permaneció junto a ella, cogido de su mano; al fin y al cabo, él tenía pocos o casi ningún recuerdo de Walter. Comenzó a caminar hacia su abuelo. Sin embargo, conforme avanzaba, sus pasos se volvían más lentos. De alguna manera, tenía la sensación de que algo no estaba bien.

—¿Abuelo? —lo llamó.

Se detuvo antes de alcanzarlo y lo observó con el ceño fruncido. Una pátina de inquietud templó su corazón y se alojó en su estómago. De pronto comprendió qué estaba mal: los pájaros. Deberían escucharse sus cantos y gorjeos, pero no se oía nada, tan solo un silencio extraño con el lejano rumor de la cascada de fondo.

Antes de que pudiera darse la vuelta para regresar junto a la yegua, el hombre se giró hacia ella y tiró de la capucha que cubría su cabeza. El miedo la golpeó con fuerza y dejó escapar un gemido de angustia.

—Mi querida lady Emily, me habéis procurado demasiados quebraderos de cabeza.

La voz sibilante de Giles le provocó náuseas. Aun así, por el bien de Allard y el suyo propio, respiró hondo e intentó controlar los latidos de su corazón, que corría desbocado dentro de su pecho.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó, al tiempo que pegaba a Allard a su costado y comenzaba a retroceder con lentitud hacia la yegua.

—¿Acaso no os alegráis de verme después de tanto tiempo?

Su sonrisa taimada le revolvió el estómago.

—Si he de veros, preferiría que fuese muerto —replicó con la voz cargada de un odio visceral.

Giles la escudriñó con la mirada.

—Habéis cambiado.

La frase podría haberle parecido un halago de no haber sido por el matiz de desdén que se filtró en sus palabras. A pesar de todo, se dio cuenta de que él tenía razón: había cambiado. Puede que el miedo todavía recorriese sus venas a causa de los recuerdos que la asaltaron, pero ya no era la misma mujer que había huido, temerosa, de Inglaterra. Brodie la había cambiado con su paciencia, sus caricias, su confianza y, sobre todo, con su amor.

—Y vos, por lo que veo, no. Seguís siendo el mismo ser despreciable que recordaba.

Giles dejó escapar una carcajada, casi diabólica, que la hizo retener el aire en sus pulmones.

—Tan orgullosa como siempre, pero más arrogante y atrevida. —Sus ojos la recorrieron con una mirada de lascivia y sus labios se curvaron en una sonrisa pérfida mientras avanzaba hacia ella—. Será un placer

domar vuestro carácter cuando celebremos nuestro matrimonio.

—Llegáis demasiado tarde, ya estoy casada.

Por unos instantes, sus palabras parecieron sorprenderlo y se detuvo, lo que ella aprovechó para retroceder aún más. Le preocupaba Allard, que se mantenía pegado a su falda, con el cuerpo tembloroso.

—Eso no es cierto. ¿Con quién podríais haberos casado en un lugar inhóspito como este?

—Con el *laird* MacPherson, ahora soy su mujer.

Giles apretó los dientes con rabia. No había considerado aquel giro en los acontecimientos cuando recibió un mensaje en el que alguien le informaba de que conocía el paradero de la nieta del conde de Lingwood.

—Os habéis entregado a un salvaje —señaló con desprecio—, pero vuestro matrimonio no tiene validez alguna.

—Mis votos los pronuncié ante Dios y delante de un representante de la Iglesia —le aseguró—. Así que os ruego que os marchéis y nos dejéis en paz.

Giles negó con la cabeza.

—No puedo permitir que mi propio hijo se críe entre salvajes. El rey Juan anulará vuestro matrimonio y, entonces, celebraremos nuestros esponsales.

—Allard no es hijo vuestro, nunca lo fue y nunca lo será —replicó furiosa.

Tan solo unos pocos metros la separaban de la yegua. Alzó a Allard en sus brazos y echó a correr hacia ella. Sin embargo, antes de que hubiese podido acercarse siquiera, un soldado salido de no sabía dónde le cerró el paso. Poco a poco comenzaron a aparecer algunos más y Emily se reprendió a sí misma por su estupidez al pensar que Giles podría haber ido solo.

Él la aferró dolorosamente del brazo y la obligó a volverse, su mano se cerró sobre sus mejillas, presionando con tanta fuerza mientras le alzaba la cabeza que se le saltaron las lágrimas.

—Es hora de que volváis a Inglaterra y ocupéis el lugar que os corresponde, igual que un perro a los pies de su amo —se burló—. Seguro que al viejo conde le alegrará volver a veros. ¡Subidla al caballo y pongámonos en marcha!

Emily sintió que la mandíbula le palpitaba de dolor cuando él la soltó con brusquedad, pero al menos tenía que agradecer que Giles no le hubiese dirigido siquiera una mirada a su hijo. La empujaron hacia la yegua y alguien le quitó de los brazos a Allard, que comenzó a revolverse y a patalear intentado regresar con ella. La alzaron hasta la montura sin miramientos y enseguida pusieron de nuevo a Allard en sus brazos. Lo apretó contra su pecho y le acarició la cabeza.

—No te preocupes, cariño, todo va a estar bien.

—¿Sabes qué, mamá? —susurró él, con el rostro hundido contra su pecho.

—¿Qué?

—No tengo miedo, ¿y sabes por qué?

—No, dímelo tú —respondió, con la garganta apretada en un nudo.

—Porque cuando Brodie lo sepa vendrá a buscarnos, ¿a que sí?

Contuvo un sollozo al escuchar sus palabras, preñadas de inocente confianza infantil. Ella, en cambio, no tenía más remedio que admitir la realidad: Brodie se hallaba demasiado lejos de allí y nadie en la fortaleza sabría a dónde habían ido si los buscaban. Además, en el improbable caso de que Brodie pudiera sospechar que el padre de Allard se los había llevado de vuelta a Inglaterra, no podría buscarlos, puesto que ella nunca le contó nada acerca de Giles ni tampoco quién era su abuelo. ¡Si tan solo hubiese confiado un poco más en él!

Pronto se encontró rodeada por varios soldados a caballo que la custodiaban para que no pudiera huir. Giles subió a su montura y se puso a la cabecera de la comitiva.

—¡Mi señor! —Un soldado salió de la cabaña—. ¿Qué hacemos con la otra mujer?

Emily se sobresaltó. ¿Habían capturado en el camino a alguna de las moradoras de la aldea? El estómago se le encogió por la preocupación, sabiendo de lo que era capaz Giles.

—Si ya os habéis saciado con ella, entregadle el dinero, al fin y al cabo ha cumplido bien su papel de Judas.

La respuesta de Giles hizo que su preocupación se trocase en horror al darse cuenta de que alguien la había traicionado. No sabía quién podría haber sido, puesto que solo Fiona conocía la existencia de su abuelo y nunca la vendería de esa manera, pero sintió lástima por la mujer. Había pagado un precio muy alto por su traición.

El grupo se puso en marcha y ella abandonó todo pensamiento sobre el asunto. Lo único en lo que necesitaba concentrarse era en cómo mantenerse con vida hasta que encontrase una manera de huir de nuevo y volver al hogar que en esos momentos estaba dejando atrás.

Michael vio cómo se marchaban desde su escondite. Cuando llegó a la cabaña después de que lo hicieran Allard y su señora, se había ocultado para observar el encuentro del que le había hablado el chico. Al escuchar el diálogo y comprender lo que aquel maldito inglés quería, había estado a punto de saltar para enfrentarlo. Tuvo suerte de que el soldado que estaba apostado un poco más allá de donde se encontraba él no lo hubiese descubierto cuando salió de la espesura al claro.

La ansiedad lo había golpeado con fuerza al ver la situación, hasta que se obligó a enfriar la cabeza y razonar. No podía encararse a los

soldados, puesto que no serviría de nada —eso ya lo había comprobado en el encuentro con los guerreros del clan Gordon—, y si volvía a la aldea para buscar ayuda, nunca sabría dónde se los habían llevado. Así que optó por la única cosa sensata que podía hacer en esos momentos.

Volvió a donde había dejado su caballo, subió al lomo y, guardando una prudente distancia con el grupo que lo precedía, los siguió.

Capítulo 29

El sol comenzaba a descender sobre el horizonte y la comitiva no se había detenido más que una sola vez. Michael tenía hambre, se encontraba cansado y le dolía todo el cuerpo, especialmente la pierna tullida, por haber pasado el día entero sobre la grupa del caballo. Se aferró con firmeza a las riendas de Seanns para no dejarse caer de la montura.

Suspiró aliviado cuando escuchó a lo lejos el tañido de una campana. Habían cruzado hacía un buen rato el río Tweed, la frontera natural que separaba Escocia de Inglaterra, por lo que en ese momento se hallaba en suelo inglés. El miedo le anudó el estómago y estuvo a punto de vomitar. Nunca había estado tan lejos de casa. Apretó los párpados con fuerza para no dejar que las lágrimas que anegaron sus ojos resbalaran por sus mejillas. No iba a decepcionar a Brodie, tampoco a lady MacPherson ni al pequeño Allard. Azuzó al caballo para acotar distancias con la comitiva. No sabía si entrarían a la aldea o tomarían otro camino, y no deseaba perderlos de vista.

Conforme avanzaba y podía divisar mejor la aldea desde la linde del bosque por el que se movía junto al camino para mantenerse oculto, comprendió que no tendría problemas para encontrar a los soldados ingleses, puesto que debían dirigirse al castillo que se alzaba sobre una loma poco más allá de la aldea. No tenía ni idea de lo que podía hacer una vez que llegara a ella, pero sí sabía que si entraba en el lugar con el tartán llamaría demasiado la atención. Así que, cuando se encontraba cerca, se internó un poco más en el bosque y buscó un lugar donde dejar al caballo. Desmontó y ató las riendas a un árbol.

—Espérame aquí, Seanns —le dijo, palmeando el cuello del animal —. No te vayas a ir sin mí.

Mientras se alejaba, echó un último vistazo al caballo, luego se perdió entre la espesura. El bosque se fue abriendo conforme se acercaba al límite y pudo divisar unas pequeñas cabañas de las que salía humo. En una de ellas habían puesto ropa a secar al sol. Un perro ladraba en la lejanía.

Se movió con rapidez y tomó prestados unos pantalones. Volvió al bosque, a donde había dejado el caballo, y cambió la falda de tartán por la prenda. Le quedaba algo grande, así que cogió su propio cinturón de cuero y se ajustó los pantalones a la cintura. Luego se arremangó las perneras y se aseguró de que llevaba el puñal en la bota. Después de guardar su tartán en las alforjas, salió al camino

principal y se dirigió a la aldea.

Había un gran ajetreo en las calles, sucias y malolientes: comerciantes y campesinos, niños correteando, mujeres con cestas llenas de verduras. Probablemente había un mercado. Se detuvo en mitad de toda aquella algarabía sin saber bien qué hacer a continuación. Miró alrededor y descubrió una herrería. Un hombre de músculos prominentes, con el torso desnudo cubierto con un delantal de cuero, descargaba con fuerza el martillo sobre el yunque, sosteniendo con una tenaza una herradura incandescente.

—¿Qué se te ha perdido por aquí, muchacho? —le preguntó el hombre cuando él se acercó hasta la fragua—. Lárgate y déjame trabajar en paz.

—¿Cómo se llama este lugar? La aldea... —aclaró.

El herrero interrumpió su trabajo y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Vienes de Sprouston? Aquí no nos gustan los escoceses, solo traen problemas. —Al ver que el chico se mantenía en silencio, a la espera de su respuesta, dejó escapar un suspiro de resignación—. Estás en Carham, muchacho.

—¿Y esa fortaleza? —Señaló la construcción que se elevaba sobre la aldea.

—Es el castillo de Wark —respondió, al tiempo que reanudaba los golpes—. Pertenece a la Corona inglesa, y ahora está en manos de un barón, sir Bertram Neville. Ni se te ocurra acercarte a pedir trabajo, solo conseguirás que te azoten, en el mejor de los casos.

Michael se removió nervioso. Si habían llevado allí a lady MacPherson y a Allard, ¿cómo iba a ayudarlos a escapar si no podía entrar? Observó la fortaleza, que se alzaba sobre un afloramiento rocoso. La torre del homenaje resultaba impresionante. La piedra que la revestía parecía bañada en oro con los últimos rayos del sol, que ya comenzaba a ocultarse en el horizonte.

—Tiene cuatro pisos —comentó el herrero, que había interrumpido de nuevo su trabajo y miraba en su misma dirección—. Dicen que los vigías que patrullan las almenas de la torre pueden ver el castillo de Norham, que se encuentra a diez millas de distancia. El castillo está en un punto de cruce entre Inglaterra y Escocia, así que siempre está lleno de soldados, ¿comprendes?

Él asintió, agradecido por la advertencia. Una idea cruzó su mente.

—¿Hay más castillos cerca de aquí?

—¿Acaso eres estúpido, muchacho? —A pesar del tono hosco que usó, a Michael no le disgustaba aquel hombre—. Estamos en la frontera, por supuesto que hay más, casi a todo lo largo del río Tweed.

—¿Hay alguno con el nombre de Lingwood? —se interesó, recordando el nombre que Allard le había dicho.

—¡Cierra la boca! —le ordenó él al punto—. ¿Quieres que te pongan

en una pica?

Michael retrocedió un paso, parecía tan nervioso que temió que fuera a golpearlo con el martillo.

—Yo...

El herrero sacudió la cabeza.

—El viejo conde es un buen hombre. Yo viví durante un tiempo en la aldea de Lingwood. Allí había prosperidad, no como aquí. —Desvió la mirada hacia la calle sucia y las casas miserables, luego volvió a centrarse en el chico—. Puede que allí te den trabajo, aunque sir Walter no es el mismo desde que desapareció su nieta, lady Emily. El castillo se encuentra a unas veinte millas de aquí, por el camino del sur.

—Muchas gracias, señor.

Comenzó a alejarse de la herrería, pero el hombre lo detuvo.

—¡Eh, muchacho!, ¿tienes hambre? Si es así, pásate por la taberna El cisne blanco, en la plaza —prosiguió cuando lo vio asentir—. Dile a John, el tabernero, que tu comida corre de mi cuenta, que no le cobraré las herraduras de Maisy.

—¡Gracias, señor!

Hallar la plaza no resultó complicado, tampoco la taberna, ya que los gritos y risas del interior se oían desde la calle. Apenas entró, su estómago rugió por el aroma a carne asada que flotaba en el ambiente. Buscó al tabernero, que lo miró con desconfianza cuando le dio el recado, aunque enseguida cambió su semblante cuando mencionó a Maisy.

—Está bien, siéntate por allí, muchacho —le dijo, señalando un rincón.

Michael caminó hacia el lugar, pero se detuvo un instante al ver que la mesa contigua se hallaba ocupada por soldados. Reconoció a uno de ellos, el que había pasado muy cerca de él cuando estaba escondido junto a la cabaña de Fiona, por la fea cicatriz de su mejilla que iba desde el ojo hasta la mandíbula. Continuó hasta su mesa y trató de captar algo de su conversación.

—Ese maldito hijo de perra no nos va a dar ni un momento de tregua —rezongó uno de los soldados de mal humor—. Si ya tiene a la mujer, ¿para qué tanta prisa?

—Quiere asegurarse de amarrarla bien, no sea que el pajarillo vuele otra vez —se burló el de la cicatriz—. Por eso quiere que partamos mañana temprano.

—Al menos Norham no está lejos. ¿Creéis que podremos regresar mañana mismo?

El hombre de la cicatriz se encogió de hombros.

—En Norham se encuentra ahora mismo el rey Juan con su ejército, ellos podrían ocuparse de vigilar a la mujer y al chico, pero con el

barón nunca se sabe. Es demasiado desconfiado.

—Y no es de extrañar. Esa rata tiene más enemigos que monedas en sus arcas. Con gusto, yo mismo le clavaría un cuchillo en las entrañas.

—Cállate si no quieres que alguien te escuche y termines ahorcado —le advirtió uno de sus compañeros, mirando con recelo a su alrededor y bajando la voz—. Hay quien vendería hasta a su propia madre por un par de libras de plata.

Michael no pudo escuchar más porque una muchacha llegó portando un plato humeante de estofado, un poco de pan y una jarra de cerveza rebajada. Cuando los dejó en la mesa y se disponía a marcharse, los soldados la atraparon y se olvidaron de la conversación. Sin embargo, él ya había escuchado lo suficiente como para darse cuenta de que nada lograría hacer por Allard y su señora mientras estuviera solo. No podría enfrentarse al ejército del rey inglés.

Comió con voracidad. Tenía que regresar con Seanns antes de que la noche cayera sobre la aldea y no lograse encontrar el lugar donde lo había atado. Además, necesitaba pensar en el plan que se le había ocurrido.

Se despertó con el trino de los pájaros. Abrió los ojos y vio a su caballo, que pastaba tranquilamente a su lado.

—Buenos días, Seanns.

A pesar de haberse cubierto con el tartán, sentía el cuerpo frío y entumecido, pero no tenía tiempo para lamentarse por ello. Guardó sus cosas y se encaramó a la grupa del animal. Lo guio hasta salir de la espesura y, una vez que estuvieron en el camino, lo espoleó para que emprendiera el galope en dirección sur.

El trayecto le llevó poco menos de dos horas y aminoró la marcha cuando divisó la aldea a lo lejos. El cielo estaba cubierto de nubes grises que contrastaban con el verdor de los campos que se extendían ante él. Las suaves colinas al fondo del paisaje apenas podían distinguirse a causa de la niebla. El castillo de Lingwood se elevaba soberbio muy cerca del pueblo, como si fuera un gigante dispuesto a engullirlo.

En esta ocasión, no entró en la aldea, sino que dio un rodeo para acercarse a la fortaleza. El castillo tenía una muralla almenada y varias torres de vigilancia; de aspecto sólido, parecía inexpugnable. Se preguntó cómo demonios iba a entrar. No creía que los soldados apostados en cualquiera de las puertas le permitieran acceder así como así.

Desde su posición en lo alto, pudo ver varias personas a pie y algunas carretas tiradas por mulos que se dirigían hacia el castillo. Supuso que se trataba de comerciantes que llevaban sus mercancías para las cocinas. Ató las riendas de su caballo a un árbol y descendió

la colina. Se unió al último carro, que llevaba pequeños barriles, y se colocó junto a la parte trasera de este. Los soldados que custodiaban la puerta principal fueron revisando las carretas y la mercancía, pero no pusieron ningún impedimento para que pudieran entrar.

Michael se sorprendió cuando accedió al interior. Asemejaba a una pequeña ciudad. El patio empedrado era bastante grande y en él había algunos edificios, la herrería, establos, pequeñas construcciones que debían ser almacenes y, más allá, le pareció distinguir incluso una capilla. Comenzó a deambular por el lugar, observándolo todo con curiosidad, hasta que descubrió la torre principal del castillo, que debía ser la morada del conde. Había guardias entrando y saliendo por la puerta grande, así que buscó otra forma de colarse en el interior: por las cocinas.

Como supuso, las puertas estaban abiertas para que saliera el humo y el calor de las chimeneas en las que cocinaban. Vio junto a estas un carro del que estaban descargando sacos. Se acercó y, echándose uno al hombro, cruzó la puerta. El jaleo del interior, con el ir y venir de los siervos, le permitió escabullirse sin ser notado. «El problema», pensó mientras recorría un pasillo que no sabía a dónde conducía, «va a ser esquivar a los guardias y encontrar al conde».

Llegó a un gran vestíbulo del que partían unas escaleras que llevaban a la planta superior. Si la torre se parecía a la fortaleza de los MacPherson, entonces la alcoba del conde se hallaría en ese piso. Aguardó unos instantes y ascendió los escalones de piedra lo más rápido que pudo, maldiciendo su cojera que lo volvía torpe. Cuando llegó arriba, tomó la decisión de ir hacia la derecha. Abriría una por una todas las puertas del corredor, si era necesario, hasta dar con el conde.

Por desgracia, antes de que pudiera intentarlo con la primera, esta se abrió de repente y casi se dio de bruces con un soldado ataviado con una cota de malla sobre la que llevaba un tabardo con un león rampante en blanco sobre fondo azul. Del cinto de su costado colgaba una espada. Apenas lo vio, el corazón comenzó a golpear con fuerza en el interior de su pecho y las piernas le temblaron. Creyó que lo mejor sería actuar como un siervo. Agachó la cabeza para no mirarlo a los ojos y echó a caminar por el pasillo con paso lento, a pesar de que solo deseaba salir corriendo.

—¡Eh, tú, muchacho!, ¿dónde vas?

Michael apretó los puños a los costados. No podía responderle o se daría cuenta de su acento escocés.

—¿No me has oído? —insistió el soldado, dando un paso hacia él—. ¿Acaso estás sordo? Te he hecho una pregunta, respóndeme.

Él masculló un juramento por lo bajo y supo que no tenía más remedio que echar a correr para escapar. Sin embargo, no logró ir

demasiado lejos. Apenas había dado unos pasos, el soldado lo agarró del brazo y lo retuvo, apretando con fuerza.

—Pequeña sabandija, ¿qué es lo que pretendías robar?

—¡No soy un ladrón! —replicó furioso e indignado, revolviéndose contra él para librarse de su agarre.

Con un movimiento rápido, extrajo el puñal de su bota y atacó al soldado con furia, pero a este le bastó un único movimiento para desarmarlo.

—Si vas a atacar a tu oponente, asegúrate de que puedes vencerlo, pequeño bárbaro escocés —lo aleccionó el guerrero.

—Reginald, ¿qué sucede?

—He cazado a este ratón merodeando por aquí, mi señor.

Michael había cesado en su lucha por zafarse del soldado cuando escuchó la voz y vio al anciano que se acercaba con paso seguro y porte regio. Sin duda, tenía que tratarse del conde.

—¿Sois sir Walter? —le preguntó, lleno de ansiedad.

Reginald lo sacudió del brazo, provocándole dolor.

—¿Quién te envía? ¿Qué pretendías hacer?

Él lo ignoró y se dirigió al conde con la esperanza de que lo escuchara.

—Señor, vengo del clan de los MacPherson, necesito hablar con vos sobre lady Emily.

Apenas pronunció el nombre, el anciano palideció. El soldado lo sacudió con rabia.

—¿Qué sabes tú de milady?

—Reginald, basta —ordenó el conde, reponiéndose de la sorpresa—, vas a hacerle daño al chico. Por lo pronto, tráelo a mi despacho.

Michael suspiró aliviado, aunque lo llevaran a rastras en pos del conde. La sala en la que entraron tenía tapices colgados de las paredes de piedra y la chimenea encendida, por lo que el ambiente resultaba cálido en el interior. Había también algunas estanterías con libros y manuscritos, y una gran mesa de roble en el centro.

El soldado lo soltó, empujándolo hacia delante.

—¡Habla! ¿Qué pasa con milady?

—La tiene el barón... —Maldición, no se acordaba del nombre.

—¿Neville? —completó el conde—. Eso no es posible. Mi nieta no se encuentra al alcance de su mano.

—Señor, debéis creerme. Ayer por la mañana vino ese barón con sus soldados a la aldea y se llevaron a milady y a Allard.

Al escuchar pronunciar el nombre del hijo de su nieta, supo que el muchacho decía la verdad, puesto que nadie, ni siquiera sir Giles, lo conocía.

—Dices que perteneces al clan MacPherson, entonces ¿por qué ni el *laird* ni ninguno de sus hombres hizo frente al barón cuando se llevó a

la dama? —replicó con sorna Reginald, reacio a creer en sus palabras.

Michael le dirigió una mirada cargada de furia.

—El *laird* Brodie y sus guerreros se hallaban en Scone, con el rey —espetó con sequedad. Luego se volvió de nuevo hacia el conde—. Milady fue engañada, recibió una carta con un sello de lacre y creyó que provenía de vos.

—Reginald, si mi nieta y su hijo se encuentran en el castillo de Neville, tenemos que sacarla de allí.

—Milord, sabéis que os matarán si...

—Señor —lo interrumpió Michael—, no está allí. Escuché en una conversación que esta mañana partían para el castillo de Norham.

Walter palideció.

—¡Ese maldito y vil gusano! —estalló furioso. Apretó los puños con desesperación. Si fuese más joven, podría haber hecho algo, se lamentó. «Aunque quizá todavía pueda hacerlo», se dijo cuando una idea rondó su mente—. ¿Cómo has entrado en el castillo, muchacho?

—Con las carretas de los comerciantes que traían la mercancía para las cocinas.

Él asintió.

—Milord, ¿qué estáis pensando? —preguntó Reginald con tono preocupado. Su señor agitó una mano, pidiéndole calma.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Michael, milord.

—Michael, ¿crees que podrías ayudarme a salir del castillo sin que lo descubrieran los guardias apostados a la entrada? No forman parte de mis hombres, son soldados del rey Juan y tienen orden de matarme en cuanto salga de este castillo.

—Sí, creo que podría hacerlo —admitió él tras pensarlo unos instantes.

Reginald dio un paso adelante, con el cuerpo cimbreante a causa de la tensión.

—Como capitán de vuestro ejército, no permitiré que cometáis esa locura. ¡Por todos los santos!, no podéis presentaros solo en el castillo de Norham estando allí el rey Juan —señaló, intentando que reflexionara.

Un brillo destelló en los ojos del anciano y en su semblante se dibujó un gesto decidido.

—No os preocupéis, mi buen Reginald, no tengo intención de acudir solo a Norham.

Capítulo 30

Durante el invierno, Brodie los había llevado a Michael y a él a cazar al bosque. La nieve había puesto un manto blanco sobre la tierra y las ramas de los árboles. Mientras avanzaban en silencio, habían escuchado unos gemidos cercanos, tras unos arbustos. Cuando fueron a ver de qué se trataba, descubrieron un cachorro de lobo que estaba comiéndose a un roedor que había cazado. Era de pelaje gris y blanco, con unos profundos ojos negros que lo cautivaron de inmediato. Emocionado, le preguntó a Brodie si podían llevárselo al castillo, puesto que era pequeño y se encontraba solo. No entendió su respuesta cuando él le contestó que podían llevárselo si conseguían cogerlo. Dado que su altura apenas llegaba por encima de su rodilla, creyó que no sería demasiado pesado y, si lo fuera, Michael podría ayudarlo a cargarlo.

Cuando se acercó a cogerlo, el cachorro comenzó a gruñir y a mostrarle los pequeños y afilados colmillos. Después de varios intentos para atraparlo, tuvo que rendirse. Brodie había apoyado una mano sobre su hombro a modo de consuelo por su decepción. «La destreza de un guerrero no proviene de su tamaño, sino de su voluntad de luchar y de la fuerza con la que ama aquello que protege», le había dicho entonces.

El recuerdo le hizo apretar los puños con toda la energía de que era capaz mientras se repetía a sí mismo: «Mi nombre es Allard MacPherson. Soy un MacPherson». Clavó la mirada en su madre, que se mantenía erguida y desafiante frente al hombre que los había llevado a aquel castillo. Quería ir con ella, pero un soldado lo sujetaba, impidiéndole moverse. Se mordió el labio para no llorar. A Brodie no le habría gustado que lo hiciera. «Soy un MacPherson», volvió a repetir en su interior.

La angustia por Allard hacía zozobrar el ánimo de Emily; sin embargo, no desvió su mirada de Giles. No quería ver el miedo acechando en los ojos de su hijo. La voz del barón le provocó un estremecimiento de repulsa.

—Mañana por la tarde celebraremos nuestro matrimonio en presencia del rey Juan, ¿no os alegráis de ello? —se burló, rondando alrededor de ella como si fuese un ave carroñera—. Tendremos un magnífico banquete y, luego, nuestra noche de bodas.

El estómago se le revolvió al escucharlo y los recuerdos se agolparon en su mente, haciendo que su corazón latiese tan rápido que le

causaba dolor.

—No habrá ninguna celebración, milord. Ya tengo un esposo, y vos no sois ni la mitad de hombre de lo que es él.

Un destello de ira cruzó por sus ojos, y Emily temió que la golpease, pero enseguida vio cómo sus labios se torcían en una sonrisa ladina.

—En cuanto a lo segundo, parece que tendré que volver a haceros una demostración de lo errada que estáis. —El siseo sibilino con el que pronunció las palabras le puso el vello de punta—. Y respecto a ese esposo que mencionáis, me temo que vuestro matrimonio es inválido y, como tal, así lo declarará el abad de Jedburgh.

—No podéis invalidar un matrimonio celebrado ante Dios, ni siquiera el rey Juan tiene esa potestad —aseguró con firmeza, a pesar de que el nerviosismo comenzaba a hacer presa en ella.

—¡Oh!, claro que es posible, milady, si hay un matrimonio anterior.

Emily sacudió la cabeza.

—Pero yo no...

—Vuestro abuelo firmó un contrato de esponsales conmigo, y vos sabéis que el matrimonio tiene efecto plenamente jurídico desde que se redacta ese documento.

—¡Mentís! Mi abuelo jamás lo habría firmado sin decirme —gritó. Una mezcla de furia y desesperación estalló en sus entrañas, conociendo la inutilidad de sus palabras, a pesar de saberlas ciertas. Tenía que detener aquella locura—. Además, debéis saber que estoy esperando un hijo de mi esposo.

Giles detuvo sus pasos y se volvió hacia ella con violencia. En sus ojos ardía una cólera fría.

—No es cierto.

Por un instante, al ver su semblante descompuesto, Emily creyó que había vencido.

—Lo es.

—¡Zorra miserable! ¡Te has abierto de piernas para un despreciable escocés y has engendrado un maldito bastardo!

No vio venir el puño que alcanzó su mejilla con tanta fuerza que la arrojó contra el suelo. Le pareció escuchar un grito de angustia, proveniente de Allard, aunque no podía estar segura, ya que un zumbido persistente se había instalado en sus oídos y, durante unos momentos, creyó que iba a desmayarse. Se llevó las manos al vientre para proteger a su hijo mientras aguardaba un nuevo golpe.

Un repentino aullido de dolor hendió el aire y el sonido se abrió paso entre la roja neblina de rabia que velaba la mente de Giles, haciendo que se detuviera. Furioso, se volvió a mirar al soldado que debería haber estado sujetando al crío; sin embargo, este lo había mordido para que lo soltara, y solo encontró su rostro retorcido por el dolor mientras maldecía y sostenía contra el vientre su mano, por la

que se deslizaba un hilillo de sangre.

Tras escapar, el chico se había interpuesto entre él y su madre. Al mirar su rostro, descubrió tanto odio en sus ojos azules que dio un involuntario paso hacia atrás.

—¡No vuelvas a pegarle a mi madre! —rugió Allard, con las manos empuñadas temblándole de furia.

Giles se recompuso, mientras se decía a sí mismo que era tan solo un niño, un pequeño engendro del demonio al que podría partirle el cuello con una sola mano. A pesar de ser hijo suyo, no tenía ningún parecido con él, pero era el heredero de Lingwood y, por el momento, lo necesitaba. Primero se desposaría con Emily y se desharía del bastardo que esperaba; después, una vez que él hubiese puesto su semilla en su vientre, mataría al chico, porque cuando un perro se había criado entre lobos, resultaba imposible domesticarlo y podría volverse peligroso.

Observó a la mujer, que yacía en el suelo, y se encontró los mismos ojos azules inyectados en odio que había contemplado en el semblante del niño. Él se encargaría de domar a la fiera. Una sonrisa de satisfacción elevó las comisuras de sus labios al pensar en el placer que le procuraría su dolor, y su virilidad reaccionó inflamándose con lujuriosa avidez.

—Mañana, después de nuestra boda, nos divertiremos vos y yo —le dijo, al tiempo que se llevaba una mano a la entrepierna—. Lo esperaré con ansia. O puede que venga a veros esta misma noche.

Emily se cubrió la boca con una mano para contener las náuseas provocadas por sus palabras y, mientras lo veía abandonar la habitación, deseó con toda su alma que Giles estuviera muerto.

—¿Te... te duele?

La voz trémula de Allard atrajo su atención y se volvió hacia él. Arrodillado frente a ella, le temblaba el labio inferior y su mirada tenía un brillo acuoso.

—Se me pasará si me das un beso. —Intentó sonreír, pero el pómulo le palpitaba de dolor—. Porque un beso... —Esperó a que él terminara la frase.

—... es la mejor medicina para curar el co... corazón. —No pudo mantener la entereza hasta el final. El aire escapó tembloroso entre sus labios y gruesas lágrimas descendieron por sus mejillas—. Mamá...

Emily lo rodeó con sus brazos y lo atrajo contra su pecho.

—Has sido muy valiente, cariño. Estoy orgullosa de ti, y Brodie también lo estaría.

Los sollozos convulsionaron el cuerpo de Allard. Durante unos instantes, ella se unió a su debilidad y se dejó arrastrar por un llanto amargo en el que se mezclaron el dolor, el miedo y la desesperanza. En ese momento le habría gustado tener a Brodie a su lado para que la

abrazase con fuerza mientras le susurraba con su voz cálida y preñada de seguridad que todo iba a estar bien.

Salir del castillo de Lingwood no fue tan difícil como había creído. A pesar de que los soldados del rey Juan vigilaban las entradas y salidas por la puerta principal, no eran tan cuidadosos a la hora de examinar las mercancías que portaban los comerciantes. Por eso, con ayuda de Reginald —que resultó ser el capitán de la guardia del conde—, Michael escondió a este en una carreta cargada de heno que él sacó del castillo y condujo por el camino, atravesando la aldea, hasta el lugar donde había dejado a Seanns.

Ayudó a bajar del carro al anciano conde, que se había vestido como un campesino para no llamar la atención, y retiró los arreos del caballo para que pudiera usar al animal como montura. Michael se preguntó si tendría que ayudarlo a subir a la grupa, pero se sorprendió al ver que lo hacía con un movimiento elegante y fluido.

—No soy tan viejo como crees, muchacho —comentó, como si le hubiera leído el pensamiento—. Todavía puedo pelear mis propias batallas. Y ahora, pongámonos en marcha.

—¿Hacia qué dirección, señor?

Walter contempló al chico, impresionado por la madurez que demostraba a tan corta edad. Sin duda se convertiría en un gran guerrero en un futuro. Deseó que Allard también fuese así. «Pero para mirar hacia el futuro es necesario afrontar con valentía el desafío del presente», se dijo.

—A Scone.

Partieron al galope, evitando los caminos principales por si se encontraban con patrullas. Si no se detenían, podrían cubrir el trayecto en unas cuatro o cinco horas. Con suerte, llegarían antes del anochecer.

Agotado, y al filo de los últimos rayos del atardecer que recortaban la silueta de los montes Grampian, que se extendían a lo largo del horizonte, Michael divisó Moot Hill, lugar de la coronación de los reyes, donde se encontraba la Piedra del Destino, y el inmenso edificio que constituía la abadía de Scone, junto a la colina. Había escuchado a los viejos contar la historia del lugar. Se decía que el mismísimo Kenneth MacAlpin, el primer rey de Escocia, había llevado la piedra y recibido su corona sentado sobre ella. A partir de entonces, todos los nobles y jefes de clanes acudieron a la colina para jurar lealtad a su señor, puesto que los tiempos eran turbulentos y peligrosos y no habría sido prudente que cualquier monarca emprendiera largos viajes a otras partes de su reino. Dado que un escocés solo juraba en su propia tierra, la llevaron en sus botas, arrojándola al montículo como señal de su lealtad.

Con el cielo teñido de naranjas y lilas, se sintió sobrecogido por la fuerza que emanaba del lugar tanto como por el esplendor de la impresionante abadía, donde debía hallarse el rey y su *laird*.

—¿Quién va?

Michael tiró de las riendas cuando escuchó el grito de los soldados de guardia. Miró al conde y este le hizo una señal para que respondiera.

—Michael, del clan MacPherson. Traigo un mensaje para el *laird* Brodie.

—¿Hay problemas, muchacho? —le preguntó uno de los soldados cuando pasaron a su lado—. Ayer llegó otro mensajero de vuestro clan.

Él se encogió de hombros, pero no respondió. Luego continuó el camino cuando el guardia le dio las indicaciones de hacia dónde debía dirigirse. Dejaron las monturas al cuidado de unos siervos y entraron por una puerta lateral que conducía al palacio del abad. Un monje con el que se cruzaron en el corredor les indicó el camino hacia la sala en la que se encontraba Brodie, reunido con el rey.

Tras las puertas de madera se escuchaban voces airadas. Miró alrededor en busca de algún guardia o siervo que pudiera avisar a Brodie de su llegada, y maldijo por no haber nadie cerca. En ese momento, la puerta se abrió.

—¡Por todos los...! Michael, ¿cómo has llegado hasta aquí?

Sintió alivio al ver a Gavin, a pesar de que lo sujetaba con tanta fuerza por los hombros que le hacía daño.

—Necesito hablar con el *laird* Brodie.

—¿Qué ha pasado con lady MacPherson y con Allard? ¿Dónde están?

—Fue Muriel —respondió, con una maraña de nervios anudándole el estómago—. La vendió al inglés.

El rostro de Gavin se endureció y un relámpago de ira cruzó sus ojos azules.

—Ven conmigo.

Michael comenzó a seguirlo con paso renqueante, sintiendo con más intensidad el peso del cansancio y la tensión que había acumulado en esos días. Volvió la cabeza para asegurarse de que el conde lo seguía.

Walter observó a los guerreros que llenaban la sala y al joven, apenas un muchacho, que ocupaba el sitial principal. Frunció el ceño, preocupado. No sabía si su plan prosperaría, el rey era demasiado joven.

—¡Por el amor de Dios, Brodie! ¡No puedes ir a Inglaterra sin tener la certeza de que está allí! —Oyó exclamar a un anciano cuya figura, de algún modo, le resultaba familiar—. ¿Acaso quieres provocar una guerra? ¿Y si se trata de los Gordon otra vez?

—Sé que está allí. Duncan los ha buscado por todas partes y ya sabes

cómo encontraron la cabaña de Fiona. Iré solo.

Observó con atención al guerrero que acababa de responder. «Así que este es el esposo de mi nieta», se dijo, bastante complacido con lo que veía. No solo su altura y su figura de músculos poderosos imponían, era sobre todo la fiereza que destilaba y la confianza en sí mismo las que resultaban hipnóticas. Sin embargo, lo que realmente lo convenció de que era el hombre adecuado para su nieta fue el matiz de angustia y preocupación que teñía su tono. Aquel guerrero amaba a Emily.

Vio adelantarse hasta el centro de la sala al hombre con el que se habían encontrado en la puerta.

—Están en Inglaterra —aseguró en voz alta, al tiempo que señalaba al chico.

Entonces el *laird* se acercó a grandes zancadas hasta Michael y, mientras lo asaeteaba a preguntas, Walter lo contempló a placer. A la luz de las antorchas, sus ojos claros llameaban como ascuas incandescentes, lo mismo que su cabello rojizo. Sus miradas se cruzaron durante unos instantes y un escalofrío, como no lo había sentido desde sus tiempos de juventud, lo recorrió. Fiona le había comentado en su carta que se le conocía como el Lobo de las Highlands y, ciertamente, lo parecía. Mientras que el otro guerrero ni siquiera había reparado en su presencia cuando hablaba con Michael, el *laird* no solo no lo había descartado creyéndolo un campesino, sino que lo había escrutado a fondo.

—Mi señor —dijo Brodie, volviéndose hacia el rey—, habéis escuchado al muchacho, ahí tenéis las pruebas que necesitabais. —Dirigió una mirada furiosa a Angus—. Dadme vuestro permiso para marchar sobre Inglaterra para traer a mi esposa y a mi hijo de vuelta.

El rey lo observó con atención durante unos instantes y luego se puso en pie. Puede que Alejandro II fuese aún joven, pero no por ello era un ignorante. Su padre, Guillermo el León, lo había preparado bien para gobernar desde el trono que ahora ocupaba.

—Comprendo vuestra inquietud y preocupación, *laird* Brodie, pero enfrentarse a ese barón es oponerse al rey Juan, según lo que ha contado el muchacho, y no podéis luchar solo contra todo el ejército del bastardo inglés.

—No lo hará solo, majestad —declaró Walter, adelantándose al centro—. Si vos nos prestáis vuestro brazo, los barones de Inglaterra lucharemos con vos contra el rey Juan.

—¿Y vos quién sois?

—Sir Walter, conde de Lingwood.

—¿Hay alguien que pueda dar fe de ello?

—Yo, mi señor —se apresuró a confirmar Michael.

—Lo es, majestad —intervino Angus, dejando escapar un suspiro de

resignación mientras se acercaba al conde—, es Walter de Lingwood, doy fe de ello.

Alejandro meditó sus palabras durante un rato. Si se unían a la lucha de los barones ingleses contra el rey Juan, quizá podrían recuperar algunas de las tierras del norte que les habían sido arrebatadas. Así podría demostrar a los clanes que deseaban su derrocamiento que Escocia prosperaría con un rey como él.

—Que así sea. Vos, *laird* MacPherson, recuperaréis a vuestra esposa, y Escocia reconquistará las tierras del norte a cambio de nuestra ayuda. Si aceptáis el trato en nombre de los barones de Inglaterra, milord, los clanes escoceses alzarán sus espadas contra vuestro rey Juan.

—Acepto —respondió Walter—, y que Dios se apiade de todos nosotros.

Capítulo 31

Las conversaciones para preparar los planes de batalla se habían dilatado hasta altas horas de la madrugada. La preocupación del rey por no recibir a tiempo la ayuda de los ejércitos ingleses fue disipada por sir Walter, quien anunció que antes de partir de Inglaterra había dispuesto que su capitán sir Reginald diese aviso a los barones del norte para que estuviesen preparados para marchar sobre Norham.

El descontento de los nobles llevaba meses fraguando en el ánimo de estos el impulso de rebelarse contra el abusivo gobierno del monarca. Durante el mes de enero se habían reunido en un concilio en Londres con el rey, y con sus agentes en Oxford, para discutir algunas reformas, pero todo había quedado en palabras mientras Juan reclutaba nuevas tropas mercenarias. Por eso decidieron organizarse ante un posible enfrentamiento abierto y tenían sus ejércitos listos para cualquier llamamiento.

Brodie apenas había dormido y se levantó cuando las campanas de la abadía tocaban para maitines. Tras asearse, se vistió, tomó su espada y abandonó la habitación en la que había pasado la noche, aunque habría preferido dormir al raso junto a sus hombres.

En el corredor se encontró con sir Walter, quien tampoco parecía haber descansado demasiado. Durante la planificación del asalto a Norham había compartido su preocupación por el hecho de que Emily y Allard se encontrasen en el interior del castillo durante ese momento y que el rey Juan o sir Bertram y su hijo pudieran tomar represalias contra ellos o usarlos en su contra. Sin embargo, no había hallado la manera de sacarlos de aquella fortaleza inexpugnable antes del ataque.

—Yo lo haré —había declarado Brodie—. Aunque tenga que derribar el castillo piedra por piedra.

Finalmente, y tras una acalorada discusión, acordaron que él partiera solo al amanecer para intentar un rescate. Si para cuando llegasen los ejércitos no lo había logrado, el rey había dispuesto que tendría que renunciar y esperar el devenir de los acontecimientos.

—*Laird* Brodie... —lo llamó Walter cuando pasó a su lado.

Él se detuvo y lo miró.

—Sir Walter —saludó a su vez. Ver sus ojos azules, tan parecidos a los de Emily y Allard, hizo que se le encogiera el estómago al pensar en ellos. ¿Estarían asustados? ¿Les habría hecho algo ese malnacido?

Intentó sacar esos pensamientos de su mente y se centró en el

anciano.

—No hemos dispuesto de mucho tiempo para hablar, quizá cuando todo esto termine podamos hacerlo con tranquilidad. —Su voz era suave, aunque no carecía de firmeza—. Por ahora, me gustaría haceros una sola pregunta: ¿amáis a mi nieta?

—Sí.

Walter asintió. Dado el carácter del guerrero, no había esperado que se explayara en alabanzas y motivos románticos, pero la rotundidad y firmeza de su afirmación le bastaban.

—Entonces, sacadlos de ese infierno y traedlos de vuelta. Confío en vos.

Con una seca cabezada de asentimiento se despidió de él y prosiguió su camino en busca de su caballo, que se hallaba en el establo anexo al edificio de la abadía. Cuando atravesó la puerta principal, se detuvo en seco. Gavin, Alec, Ken y Owen lo aguardaban sobre sus monturas mientras Duncan sostenía las riendas de Feasgar.

—¿Qué demonios hacéis aquí?

—No pensarías que nos ibas a dejar atrás, ¿verdad? —inquirió Gavin, sabiendo que esa había sido su intención.

Brodie sacudió la cabeza.

—He de ir solo. —Observó las sonrisas burlonas en los rostros de sus amigos y dejó escapar un suspiro de resignación. Tozudos como eran, sabía que nada de cuanto dijese los haría cambiar de opinión—. Será peligroso —les advirtió.

—Estamos contigo en esto —insistió Gavin.

—Bien. Entonces, en marcha.

De un saltó subió sobre la grupa de Feasgar y partió al galope, seguido por sus amigos. «Emily, espérame».

Hacia las cuatro de la tarde, con las monturas extenuadas por el esfuerzo que les habían exigido, redujeron el paso al llegar a un cruce de caminos desde el que podía divisarse la fortaleza. Elevada sobre un promontorio, las murallas se alzaban abrazando la inmensa torre de piedra de cuatro pisos de altura. Un baluarte que resistía los envites del tiempo y de sus enemigos.

—¿Tienes alguna idea de cómo entrar ahí?

Brodie habría querido proporcionarle una respuesta a Gavin, pero no la tenía. Sus ojos se clavaron con dolor en el castillo. Allí, en algún lugar de aquella fortificación, se encontraban su esposa, que llevaba en el vientre a su hijo no nacido, y el pequeño Allard, al que amaba como si fuera propio.

—Vamos a necesitar un milagro para poder colarnos ahí —declaró Ken, sacudiendo la cabeza mientras contemplaba también la fortaleza.

—Me parece que nuestro milagro se acerca por el camino —observó Owen con tono risueño.

Todos se volvieron hacia él y siguieron la dirección de su mirada. Por el sendero procedente del sureste se acercaba un grupo de monjes que avanzaban con lentitud a lomos de unas mulas. Brodie hincó los talones en los ijares de Feasgar y partió hacia allí al galope con sus hombres detrás. Cuando los alcanzaron, se detuvo frente a ellos, con Gavin a su lado, mientras los demás los rodeaban.

—¡Por el amor de Dios! Nos asaltan los demonios, ¡vamos a morir! —gritó histérico uno de los monjes.

—Hermano William, cálmese, por favor —le dijo el monje que encabezaba el grupo. Su tono sereno agradó a Brodie, al menos podría razonar con él—. Son solo hombres.

El monje no pareció muy convencido mientras miraba a aquellos gigantes de aspecto salvaje.

—Son... son escoceses.

Owen se inclinó hacia él sobre su montura.

—¡Bu! —Sopló cerca de su oreja y el monje brincó en su montura elevando un grito.

Brodie le dirigió una mirada severa, pero Owen esbozó una sonrisa pícara y le guiñó un ojo. Él sacudió la cabeza y se centró en el que parecía el jefe de los monjes.

—Buenas tardes, hermano —le dijo este—. Soy el padre Cuthbert, abad de Jedburgh. Nos encaminamos al castillo de Norham para celebrar una boda.

—Buenas tardes, padre. Mi nombre es Brodie, soy el *laird* MacPherson.

El hombre frunció el ceño.

—Os halláis lejos de vuestras tierras, *laird*. ¿Qué os ha traído a Inglaterra?

—Impedir una boda.

El tono ominoso del guerrero escocés le provocó un estremecimiento. A pesar de tratarse de un hombre de Dios, no tenía intención alguna de reunirse pronto con su Creador.

—¿Y por qué motivo querríais impedir el matrimonio de lady Emily con sir Giles Neville?

—Porque ella es mi esposa.

—¡Eso es mentira! —espetó indignado el hermano William—. Una dama inglesa jamás se desposaría con un salva... con un escocés —se corrigió al ver el ceño fruncido del guerrero que tenía al lado y que no le quitaba el ojo de encima.

—Hermano William —le dijo Owen con tono suavemente afilado—, si yo fuese vos, mantendría la boca cerrada.

El padre Cuthbert suspiró con cansancio. La abadía de Jedburgh, situada en la frontera entre Escocia e Inglaterra, se había convertido en el objetivo preferido de ambos bandos, pasando de mano de unos a

otros. Él estaba decidido a mantener la paz.

—Decidme, *laird* MacPherson, ¿cómo es eso posible?

—Hicimos nuestros votos ante Dios —gruñó—. Ella es mi esposa. El padre Patrick MacPherson celebró el matrimonio.

El abad asintió. Conocía al padre Patrick, era un buen sacerdote.

—Está bien, os creo. Os doy mi palabra de que no celebraré esa boda.

—Eso no me basta, padre.

—¿Qué es entonces lo que queréis? —inquirió, frunciendo el ceño.

—Vuestras ropas, padre. Voy a recuperar lo que me pertenece.

Un murmullo de protestas se elevó entre los monjes. El padre Cuthbert los acalló con un gesto de su mano.

—Haced lo que dice.

—Esto es indignante —se quejó el hermano William mientras se despojaba de sus ropas—. Este hábito es sagrado. No debería usarlo un... un hombre como vos.

Owen tomó la áspera prenda.

—Hermano William, con gusto le ofrecería a cambio mis propias ropas, el problema es que no llevo nada debajo.

—¡Por los clavos de Cristo! Sois un auténtico salvaje.

Owen soltó una carcajada al ver el semblante escandalizado del monje.

—Gracias por vuestra colaboración, padre —le dijo Brodie al abad cuando le pidió a uno de sus acompañantes que le entregase su hábito.

—Tendré que ir con vos. Sir Bertram me conoce.

Brodie lo observó con atención durante unos instantes y, finalmente, cabeceó un seco asentimiento.

—Que así sea, padre, pero sus hombres tendrán que quedarse aquí. Nos llevaremos las mulas.

Descabalgó de Feasgar y ordenó a sus hombres que hicieran lo mismo. Alec recogió todas las riendas y llevó a los animales hasta la espesura, donde los dejó atados, ocultos a cualquier viandante que pasase por el camino.

Una vez acomodados sobre las mulas, emprendieron el camino hacia Norham, dejando a los pobres monjes en medio de una nube polvorienta.

Conforme acortaron las distancias, la fortaleza fue apareciendo frente a ellos en toda su magnificencia. El abad les indicó que se pusieran las capuchas sobre las cabezas y Brodie alzó la suya para observar a los vigías sobre las almenas.

—Padre, le recomiendo que abandone el castillo en cuanto diga que no habrá boda —le advirtió—. Es posible que las cosas se pongan feas pronto.

—¿Y vos y vuestros hombres?, ¿cómo pensáis salir?

—Lo haremos cuando recupere a mi mujer y a mi hijo —gruñó.

El padre Cuthbert asintió. Había escuchado con atención la historia que él le había contado durante el trayecto y comprendía la angustia del *laird*. Ante Dios, sir Giles había pecado gravemente, y de la misma mano del Creador recibiría su castigo.

—Hay un pasadizo por el que podréis salir.

Brodie alzó una ceja, sorprendido. El abad esbozó una suave sonrisa.

—Norham ha sido atacado en numerosas ocasiones y, aunque es una fortificación inexpugnable, el rey Juan pasa muchas temporadas en el castillo. Nunca lo haría si fuese una ratonera —le explicó. Luego le contó los detalles sobre el pasadizo mientras se aproximaban a la entrada de la fortaleza. Poco antes de llegar a ella, se volvió hacia los guerreros que lo acompañaban—. Mantengan las cabezas bajas, como corresponde a un hombre de Dios, y, por lo que más quieran, no se les ocurra pronunciar una sola palabra. Dejen que hable yo.

Los guardias que custodiaban las enormes puertas de Norham les cerraron el paso.

—¿Quién va?

—Soy el abad de Jedburgh, y estos son algunos de mis hermanos.

—Adelante, padre, os están aguardando.

Cruzaron el portón y se adentraron en el patio interior de la fortaleza. Brodie observó que estaba lleno de soldados que iban de un lado a otro de las diversas dependencias exteriores o se mantenían ociosos, charlando con sus compañeros. Los estandartes del rey Juan ondeaban junto a los del barón Neville.

Dejaron que un par de siervos se hiciesen cargo de las mulas. Antes de retirarse, besaron la mano del abad en señal de respeto.

—Como alguno me coja la mano para besármela, se la corto de un tajo —masculló Ken en voz baja mientras ingresaban a la torre, situada en una esquina del patio.

—Cierra la boca —lo amonestó Alec—, y procura que tu espada no asome por debajo de esos hábitos.

El soldado que los guiaba se acercó a unas puertas tras las que les pidió que aguardaran unos instantes.

—Cuando entremos en la sala, quédense al fondo y no llamen la atención —les advirtió el padre Cuthbert.

Las puertas se abrieron y Brodie y sus hombres siguieron al abad. La sala era amplia. De una de las paredes de piedra colgaban hermosos tapices, en la opuesta había diferentes escudos y emblemas. Al fondo se alzaba una tarima con un sitial sobre el que se encontraba sentado el rey Juan. Sin embargo, Brodie apenas perdió tiempo en observarlo, sus ojos se dirigieron a los dos ingleses que estaban junto a él. Un odio visceral le quemó las entrañas y tuvo que hacer un esfuerzo por no sacar su espada y acabar allí mismo con aquel maldito. Se mantuvo

atrás, tal y como había indicado el abad, mientras este se adelantaba.

—Majestad —saludó al rey, que agitó la mano en señal de correspondencia. Parecía aburrido y deseoso de acabar con todo aquello cuanto antes—. Barón Neville, sir Giles.

—Llegáis tarde, padre Cuthbert —le reprochó este.

—Las mulas no entienden de horarios, señor.

Su réplica arrancó una sonrisa maliciosa al rey Juan e hizo fruncir el ceño a Giles.

—Empecemos cuanto antes con la ceremonia —gruñó molesto.

—Majestad, os pido vuestro permiso para que mis hermanos puedan descansar un rato, el viaje ha sido largo. El hermano Alfred se ocupará de escuchar en confesión a la novia para prepararla.

—Haced lo que os plazca —repuso Juan con desidia. Le importaba bien poco aquella boda, si no fuera porque con ella se adueñaría de los dominios del conde de Lingwood por medio del barón, ni siquiera permanecería allí cuando tenía asuntos más importantes que solucionar, como los problemas con Francia.

—¡Pero, Majestad! —protestó Giles.

—Si no podéis contener vuestro ardor hasta esta noche, sir Giles, desfogaos con alguna sierva. Imagino que siempre tendréis mujeres dispuestas a calentar vuestro lecho.

A pesar de conocer bien la falta de convicción religiosa del rey, el padre Cuthbert apretó los labios con disgusto. Volvió la cabeza e hizo una seña a los guerreros para que se marcharan y rogó al cielo que no hubiese derramamiento de sangre.

—¿Quién es el hermano Alfred? —preguntó uno de los dos soldados que salieron con ellos cuando abandonaron la sala. Brodie se adelantó en silencio—. Venid conmigo, os llevaré con la dama.

Brodie lo siguió, fijándose en la disposición del castillo mientras realizaban el recorrido. Subieron al segundo piso y se introdujeron por un estrecho pasillo, al fondo del cual había un guardia frente a una puerta. El soldado le hizo una seña y el guardia la abrió.

—Milady, os traigo al hermano Alfred, que os escuchará en confesión.

Capítulo 32

Las sombras comenzaban a alargarse en el interior de la alcoba conforme el sol descendía. La claridad que pasaba a través de la doble ventana de arco ojival le permitió ver la austeridad de la habitación, que más parecía una celda que un dormitorio. Había escasez de muebles, fuera del lecho con dosel, en el que descubrió a Allard acurrucado y dormido. El alivio le inundó el pecho y sus ojos volaron a la figura de Emily que, de espaldas a él, contemplaba el paisaje a través de la ventana.

La luz doraba su cabello, que caía suelto hasta la cintura. Lo asaltó un fiero anhelo de abrazarla, pero no se movió por no asustarla. Se preguntó cuándo había llegado a amar tanto a aquella mujer, cuándo se había metido tanto en su cuerpo y en su alma que ya formaba parte de sus huesos y de su sangre. En ese momento comprendía por qué su padre dejó de vivir el día en que murió su madre. Emily era toda su vida, pero también su fuerza y la única razón de su felicidad.

La vio suspirar. Aquel lamento le arañó el pecho hasta hacerle sangrar el alma.

Emily percibía detrás de ella la silenciosa presencia del monje, que no se había movido ni hablado desde que la puerta se había vuelto a cerrar.

—Estáis perdiendo el tiempo, hermano Alfred —señaló con tono cansado, al ver que se alargaba el silencio—. No me casaré con sir Giles, porque ya tengo un esposo: un hombre bueno y honorable, un orgulloso guerrero escocés. Y tampoco necesito confesión, puesto que no me arrepiento de nada. ¿Acaso es pecado amar a un hombre con toda el alma? —Clavó los dedos en el repecho de piedra de la ventana cuando el dolor pareció atravesarle el corazón ante el recuerdo de Brodie.

—No lo es si ese hombre ama del mismo modo a su mujer.

Emily se giró con brusquedad al escuchar aquella voz profunda y melodiosa que habría reconocido en cualquier parte. Miró al monje con el corazón latiendo con furia en su pecho. Cuando él se retiró la capucha y descubrió el rostro amado de Brodie, toda la firmeza que había mantenido hasta ese instante a fuerza de voluntad se resquebrajó. Ahogó un sollozo en la palma de su mano y corrió hacia él, arrojándose en sus brazos.

—Brodie, estás aquí.

Él la abrazó con tanta fuerza que temió hacerle daño, aunque no la

soltó. Su aroma lo embriagó y respiró hondo para llenarse los pulmones con su esencia. Cerró los ojos y se mantuvo así durante un rato, mientras intentaba controlar la ira que le quemaba el pecho al descubrir su pómulo hinchado, teñido de un color violáceo. Se juró a sí mismo que le infligiría a aquel malnacido una muerte lenta y dolorosa.

Con renuencia, se separó de Emily y acarició con delicadeza su mejilla.

—No es nada, ya no me duele —le dijo ella, viendo en el gris de sus ojos cuánto le afectaba.

Brodie asintió y se inclinó para besar sus labios con ternura.

—Tenemos que salir de aquí.

Solo en ese momento cayó Emily en la cuenta de la situación en la que se encontraban y la ansiedad se enroscó en su vientre como una víbora venenosa.

—Pero ¿cómo...?

Él volvió a besarla.

—Confía en mí —susurró contra sus labios—. Despierta a Allard, que no haga ruido. Luego quedaos junto a la pared.

Emily tuvo que esforzarse para que Allard no corriera hacia Brodie y se abrazara a él apenas lo vio. En su lugar, ella lo tomó con fuerza, reteniendo las lágrimas que amenazaban con desbordarse de sus ojos. Luego le explicó lo que debían hacer. Allard asintió.

—Brodie nos va a salvar, ¿a que sí? —susurró en su oído—. Te lo dije, mamá.

Ella sonrió y acarició su rubia cabeza al tiempo que lo tomaba en brazos para sacarlo del lecho.

—Sí, cariño, tenías razón.

El *laird* depositó un beso tierno sobre la frente de Allard y rozó con suavidad los labios de Emily cuando ambos se colocaron donde les había pedido, tras lo cual les hizo un gesto para que estuvieran preparados y tocó a la puerta.

—Pronto habéis terminado, hermano —le dijo el guardia cuando le abrió. El soldado que lo había acompañado seguía allí, aguardándolo para conducirlo de regreso con el resto de los monjes.

—Lo que hay que hacer es mejor hacerlo rápido —contestó con un profundo acento escocés, al tiempo que derribaba al soldado de un solo golpe.

El otro guardia, que estaba cerrando la puerta, se volvió sobresaltado, pero no alcanzó siquiera a desenfundar la espada antes de que Brodie lo golpeara en el estómago y luego estrellara su cabeza contra la pared.

—¡Rápido, salid! —les indicó a Emily y Allard, asomándose al interior de la alcoba. Le quitó a uno de los soldados el puñal que

llevaba y se lo entregó a ella—. Tal vez lo necesites.

Sacó su espada de debajo del hábito y enfiló el corredor hacia las escaleras, al pie de las cuales debían esperarlos Gavin, Alec, Ken y Owen. Estaban a punto de alcanzar el último escalón, cuando apareció frente a él sir Giles.

—Hermano, ¿qué hacéis...? —Abrió los ojos, sorprendido, al ver a Emily oculta tras el corpachón del monje. Entonces se percató de la espada que este sostenía. Extrajo la suya de la funda y se enfrentó a él —. Vos sois el maldito escocés. ¡A mí la guardia! ¡A mí la guardia!

Brodie atacó con furia. La claymore descendió como una espada vengativa, sesgando el aire, pero el inglés detuvo la hoja con su acero, aunque todo su cuerpo tembló con el impacto del golpe.

Giles comenzó a sudar por el esfuerzo. Las salvajes estocadas se sucedían una tras otra sin que él pudiera atacar. Comprendió que estaba en inferioridad de condiciones contra aquel gigante escocés que manejaba la espada como si fuera una prolongación de él. Siseó entre dientes cuando recibió un corte en el brazo, si bien no era profundo.

—Uno —pronunció Brodie con una calma letal—. Os haré un corte por cada uno de los días que habéis hecho sufrir a mi esposa y a mi hijo; derramaré vuestra sucia sangre inglesa lentamente y vuestro cuerpo se secará como un cascarón vacío. Luego, os atravesaré el corazón.

Otros dos cortes sobre el pecho y el hombro sellaron su sentencia. La túnica blanca, con bordados de plata, comenzó a teñirse de rojo.

—¡Maldito seas, perro escocés! —Redobló sus esfuerzos para intentar romper su guardia, aunque fue inútil. Sin embargo, sus labios dibujaron una sonrisa maligna cuando vio a los diez soldados que se acercaban corriendo por el pasillo, espada en mano—. Ahora seré yo quien os cortará la garganta y clavará vuestro cuerpo en una pica para que se lo coman los cuervos.

La rabia lo carcomió cuando vio aparecer por el extremo opuesto un grupo de guerreros escoceses que frenó el avance de sus guardias.

—Habéis tardado —reprendió Brodie a sus hombres.

—Nos estábamos divirtiendo en otra parte —comentó jovial Owen mientras hundía su espada en el pecho de su adversario.

Giles dejó escapar un aullido cuando la distracción le costó un corte en el muslo y luego otro en el vientre. El maldito escocés calculaba su fuerza para que los tajos no fuesen lo bastante profundos como para matarlo. Comenzó a transpirar. El sudor y el miedo se mezclaron con su sangre.

La desesperación lo acució cuando el espeso líquido rojizo que se deslizaba por sus brazos hasta las palmas de sus manos le dificultó el agarre de la empuñadura, que se había vuelto resbaladiza. Su respiración se tornó rápida y superficial, y un molesto zumbido llenó

sus oídos mientras el corazón golpeaba con fuerza contra su pecho con cada latido. Iba a morir. El miedo lo impulsó a huir, pero al girarse se encontró con una muralla humana. Los guerreros escoceses habían acabado con sus soldados, que yacían muertos o gemían a causa de sus heridas. ¿Por qué demonios no acudían más guardias?, se preguntó acobardado.

Se volvió a tiempo para detener otra estocada, aunque las fuerzas le fallaron y la afilada hoja de su enemigo abrió un corte en su hombro. Cada herida de su cuerpo latía, provocándole un dolor punzante. La espada escocesa continuó lacerando su carne hasta que cayó de rodillas, con el cuerpo entumecido y bañado en su propia sangre.

—Maldito seas. —Sus ojos lo miraron colmados de un profundo odio; los de él eran de un gris tan frío como el acero—. ¡Mátame de una maldita vez!

—Gavin —lo llamó Brodie sin apartar la vista del inglés—, llévate a Emily y a Allard. Os alcanzaré enseguida.

Ella terminó de descender la escalera, donde había permanecido durante la lucha para no distraer a Brodie, y cubrió el rostro de Allard para que no viese el estado en que se encontraba Giles ni a los soldados muertos. Al llegar junto a los guerreros, puso en manos de Owen a su hijo. El joven lo tomó en brazos y lo pegó a su pecho.

—Ven, muchacho —le dijo, acariciando su espalda—. Es hora de volver a casa.

Allard no dijo nada, pero se aferró con fuerza a su cuello.

—¿Lady Emily?

Gavin aguardó a que lo siguiera. Ella negó con la cabeza, y él comprendió lo que quería. Tenía que enfrentarse a sus propios monstruos para no volver a temerlos nunca más. Asintió y la dejó sola con Brodie y el inglés.

—Mujer, te he dicho que te fueras.

A Emily la asaltaron las náuseas cuando miró a Giles, convertido en un despojo humano, y se volvió hacia su esposo sin hacer caso de su tono brusco.

—Esta es mi venganza.

Brodie la contempló durante unos instantes. A pesar de su vulnerabilidad, había una firme determinación en sus ojos. Dio un paso hacia atrás, cediéndole el lugar.

Ella avanzó y se colocó frente a Giles. No sentía pena por él, aunque tampoco estaba segura de que fuese capaz de quitarle la vida. Apretó con fuerza la empuñadura del puñal que Brodie le había entregado. La risa hueca que brotó de la garganta de Giles le provocó un estremecimiento.

—Esto es lo que deseabais, ¿verdad, zorra? —escupió con rabia. La sangre que manaba de los cortes de su rostro se deslizaba en hilillos

por sus mejillas, tiñendo de rojo sus labios y sus dientes—. Queríais verme sufrir, porque no os atrevéis a reconocer que fui el primer hombre que os hizo sentir bien. Aún recuerdo vuestros gritos y cómo os retorcías de placer cuando me hundí entre vuestros muslos blancos y suaves. Sé que os gustó.

No se atrevió a mirar a Brodie, avergonzada por la vulgaridad de las palabras de Giles, pero podía sentir a su espalda la presencia firme y serena de su esposo.

—No sabéis nada —replicó, con el cuerpo temblando de rabia—. Solo pensáis en vos mismo y en saciar vuestros apetitos egoístas.

—¿Acaso no os encaprichasteis de mí? Fuisteis vos quien me buscasteis y me provocasteis. Estabais ardiendo en deseos de sentirme entre vuestras piernas. Yo solo os di aquello que pedíais.

—Vos no sabéis lo que es el amor. Jamás lo habéis sentido.

—¿Y vos creéis que lo habéis encontrado en este perro escocés? Sois demasiado estúpida o demasiado ingenua, un par de lisonjas bastan para que os comportéis como una vulgar cortesana. No le importáis ni vos ni ese hijo vuestro. Este lobo salvaje —jadeó, sintiendo cómo se le escapaba la vida—, cuando se canse de vos, os echará a sus perros leales para que disfruten y se sacien con vuestro cuerpo igual que lo hice yo.

Emily sacudió la cabeza.

—Juzgáis a todos los hombres con vuestra misma medida, pero ni mi abuelo ni mi esposo se parecen en nada a vos. Ellos jamás necesitaron golpearme para demostrar su poder sobre mí, ni me exigieron nada que no estuviera dispuesta a dar. Lo que vos habéis obtenido es el justo pago por vuestros pecados, sir Giles, y tendréis que rendir cuentas ante el Creador.

—No podéis matarme; no seréis capaz de hacerlo, os faltan agallas —se burló él, con una carcajada hueca, tambaleándose cuando le sobrevino un mareo y escupiendo sangre—. Sois lady Emily de Lingwood, una maldita dama inglesa que se cree superior a los demás, pero no es más que una vulgar ramera.

—Os equivocáis. Soy lady Emily MacPherson, la esposa de un *laird* escocés al que he entregado mi corazón sin reservas —lo corrigió.

—¡Maldita zorra! Más vale que me mates, porque si no lo haces, volveré a buscarte, a ti y a ese hijo que te engendré. Hundiré en él mi espada frente a ti y esparciré sus entrañas...

No pudo terminar su amenaza. La hoja del puñal que Emily sujetaba en la mano le atravesó la garganta. Se oyó un gorjeo y la sangre manó roja y limpia mientras Giles se desplomaba sobre el suelo con los ojos abiertos por la incredulidad.

—Jamás tocarás a mi hijo.

Se tambaleó, estremecida, tras pronunciar las palabras, y sintió unos

brazos fuertes que la abrazaban por detrás. Se dio la vuelta en ellos y escondió el rostro en el pecho de Brodie al tiempo que unos sollozos incontenibles sacudían su cuerpo. Se sentía aliviada y horrorizada a partes iguales.

—Se lo merecía. El mundo estará mejor sin él —le dijo Brodie, intentando tranquilizarla—. Será mejor que nos marchemos antes de que venga algún guardia.

De hecho, le extrañaba que no hubiese aparecido ninguno más, y agradeció que la suerte los favoreciera de aquella manera. Se apartó de Emily para despojarse del hábito y suspiró satisfecho al volver a sentirse él mismo. La tomó de la mano y atravesaron el corredor, siguiendo las indicaciones que le había proporcionado el abad. Tras doblar una esquina, llegaron por fin al final del pasillo, donde los aguardaban los demás.

Gavin observó a Emily. Su semblante lucía pálido, pero emanaba de ella una entereza que no había visto antes. Se volvió hacia Brodie y este asintió para indicarle que todo había terminado.

Alec y Ken movieron un tapiz que colgaba de la pared. Tras él había una pequeña puerta de madera. Forzaron la cerradura con la punta de la espada y una suave brisa fresca surgió de la oquedad que se abrió ante ellos. Tomaron un par de antorchas de las que colgaban de unos ganchos de metal de la pared del pasillo y, colocándose uno delante y el otro al final de la comitiva, comenzaron a descender las escaleras.

Después de un buen rato de descenso, no hubo más escalones y debieron seguir por una estrecha galería que desembocó, al cabo de unos minutos, en otra puerta atrancada. Cuando la traspasaron, se encontraron frente a una tupida arboleda. Apenas salieron, comenzaron a sonar las campanas de alarma.

Descendieron la colina, abriéndose camino entre la espesura, y llegaron hasta el límite del bosque. El cielo estaba en llamas. Rojos, dorados y naranjas componían el tapiz del firmamento en el que comenzaban a despuntar las estrellas. Pero más impresionante que el paisaje que se extendía ante sus ojos fueron las filas de guerreros escoceses y los soldados ingleses alineados frente al castillo. Aquel era el motivo de que hubieran sonado las campanas en la fortaleza. Había comenzado el sitio de Norham y la rebelión contra el rey Juan.

Brodie tomó a Emily de la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Todo ha terminado —le dijo, retirando un mechón de su frente y deslizando las yemas de sus dedos sobre su mejilla.

Ella negó con la cabeza y esbozó una sonrisa temblorosa mientras tomaba el rostro de Brodie entre sus manos.

—No, esposo mío, ahora es cuando comienza todo. Tenemos una vida entera por delante. Te amo, Brodie MacPherson. —Besó sus labios con suavidad y se perdió en el gris húmedo de su mirada.

—Desde el momento en que te vi por primera vez supe que eras mi destino, mi amor eterno. —Rozó con el pulgar su labio inferior. Tenía hambre de ella—. No importa lo que nos depare el futuro, mientras esté a tu lado podré enfrentarlo todo. Te amo, esposa mía.

Se apoderó de su boca en un beso tan suave como la brisa del atardecer que soplaba sobre ellos. Los envolvió una dulce pasión que llevaba el aroma del brezo y un juramento de amor eterno.

Epílogo

Septiembre. Año del Señor de 1215

El asedio al castillo de Norham duró cuarenta días; y aunque Alejandro II y los barones ingleses no pudieron tomarlo, al menos estos últimos consiguieron que el rey Juan firmase la Carta Magna el 15 de junio, después de haber renunciado a sus lazos feudales con este, marchado hacia Londres con un ejército y tomado la capital, Lincoln y Exeter.

—No creo que el rey mantenga su palabra ni los acuerdos de la Carta Magna por mucho tiempo —comentó sir Walter, sentado frente a la chimenea en el gran salón de la fortaleza de los MacPherson—. Parece que pronto estallará una nueva revuelta, aunque me temo que, en esta ocasión, derivará en una guerra dinástica por el trono de Inglaterra. Los barones han acudido al príncipe Luis, el hijo y heredero del rey de Francia, que también lleva sangre inglesa por línea materna. —Hizo una pausa y miró a Brodie—. ¿Me estás escuchando, hijo?

—Hum.

Sir Walter se volvió hacia los cuatro guerreros que estaban acomodados frente a la larga mesa de madera, bebiendo una jarra de ale mientras observaban a su *laird* caminar de un lado a otro de la sala, y los vio negar con la cabeza.

—Creo que no ha oído nada, milord —confirmó Gavin al ver que Brodie alzaba la cabeza como si tuviera necesidad de contemplar el techo.

—Nunca lo había visto tan nervioso —señaló Ken tras apurar su jarra y contemplar la del *laird*, que aún se hallaba llena—. Ni siquiera ha querido acompañarnos en la celebración.

—Tú también estarías así si estuvieras esperando tu primer hijo —le aseguró Alec.

Un grito de dolor agónico llegó desde el piso superior y el semblante de Brodie se puso blanco como la cera.

—Gavin, manda de inmediato a buscar a lady Maitland, ella ha traído al mundo a otros niños. Tráela aunque sea a rastras y...

—Brodie. ¡Brodie! —Alzó las manos para pedirle calma—. No puedo arrastrar hasta aquí a la mujer del *laird* Maitland, a menos que quieras que comencemos una guerra. Tienes que calmarte. Tu esposa va a estar bien.

Él se pasó las manos entre el cabello, desesperado. Emily iba a morir

por su culpa. Cuando le propuso matrimonio le había dicho que no deseaba tener hijos, pero el día que ella se había entregado a él no había podido contener la pasión. Cuando ella le confesó que esperaba un hijo, el mundo se había resquebrajado a su alrededor y un terror absoluto le había apretado las entrañas. Ella lo había mirado con una mezcla de ilusión e incertidumbre en sus ojos claros, pero no había podido responderle. Por primera vez en su vida, el miedo lo había hecho comportarse como un cobarde y había huido, dejándola sola en la alcoba.

En el corredor se había dejado caer contra la pared mientras una angustia como no había experimentado nunca le oprimía el pecho. «Un hijo. Un hijo de su carne y de su sangre». Su corazón golpeó con tanta fuerza contra sus costillas que creyó que se le romperían. Cada latido le hacía la misma pregunta: «¿Te arrepientes de amarla?». Porque ese hijo era el fruto de su amor, y renegar de él era tanto como proclamar que no amaba a Emily. Eso jamás podría hacerlo. Siempre había creído que el honor y su espada eran lo más importante en su vida; ahora sabía que si perdía el honor podría continuar viviendo, pero si renunciaba a Emily moriría. Había vuelto a la alcoba y se había arrodillado frente a su esposa en una silenciosa súplica de perdón, al tiempo que besaba el vientre que acunaba a su hijo.

Un nuevo grito lo arrancó de sus pensamientos y lo hizo estremecerse.

—¡Dios!, se va a morir por mi culpa.

—Muchacho. —Walter se levantó y se acercó al *laird*, poniendo una mano en su hombro—. Mi esposa dio a luz seis veces. Dejad de preocuparos por lo que no está en vuestras manos, sino en las Dios, y confiad en vuestra esposa. Mi nieta es mucho más fuerte de lo que parece.

El sonido de unos pasos apresurados hizo que todos volvieran las cabezas hacia la entrada del salón. Isobel apareció en el umbral con un hato de lienzos manchados de sangre que provocó que el corazón de Brodie se detuviese en su pecho, hasta que la vio sonreír.

—Ya podéis subir a ver a vuestra esposa, *laird*.

Si ella no se hubiera apartado, se la habría llevado por delante en su prisa por llegar cuanto antes a la alcoba. Ascendió los escalones de dos en dos y recorrió el pasillo en dos zancadas. Sin embargo, se detuvo junto a la puerta dominado por la inquietud de lo que encontraría tras ella. El llanto de un bebé rompió el silencio que reinaba en el lugar y entró al interior. Vio a Fiona, que sostenía un pequeño bulto en los brazos, pero su mirada viajó de inmediato hacia su esposa, que yacía en el lecho con el semblante pálido y sudoroso. Sus ojos emitieron un brillo de felicidad y la sonrisa más hermosa que había visto nunca asomó a sus labios.

—Estoy bien —lo tranquilizó, extendiendo una mano hacia él.

Brodie se sentó en el lecho, tomó su mano entre las suyas, que temblaban, y la besó. Luego le acarició la frente y las mejillas, como si necesitara asegurarse de que en verdad se hallaba bien. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que Emily enjugó con suavidad las lágrimas que se deslizaban por su rostro.

—No sabía que los guerreros escoceses también lloraban —le dijo ella, mirándolo con tanto amor que Brodie se olvidó de su orgullo.

—Nunca delante de alguien que pueda verlos —respondió, recordando las palabras que le dijo a Allard cuando lo conoció en el bosque. Se inclinó hacia ella y besó sus labios—. Eres toda mi vida, Emily MacPherson. La única mujer a la que amo y amaré siempre.

—Me temo, *laird*, que eso no es verdad.

Él frunció el ceño, desconcertado.

—Te juro que...

Emily cubrió su boca con los dedos para silenciarlo.

—Tendrás que compartir todo ese amor que guardas en tu pecho con otra mujer: tu hija, Brodie.

Fiona se acercó y le tendió al bebé para que lo cogiera. Él lo tomó con torpeza y contempló aquella carita sonrosada que se acomodó con un suspiro contra su pecho mientras dormía. Tenía una suave mata de cabello cobrizo y una nariz diminuta que se movía con cada respiración. Le pareció lo más bello del mundo.

—Una niña —musitó, maravillado.

Sonaron unos golpes suaves en la puerta y Gavin entró en la estancia.

—¿Cómo se encuentra, lady Emily? —le preguntó.

Antes de que ella pudiera responder, entró Owen, seguido de Ken y Alec.

—Felicidades, milady —le dijo el primero.

—Nos alegramos de que se encuentre bien —comentó Alec. Ken, a su lado, asintió, confirmando sus palabras.

Emily sonrió al recordar una escena parecida el día en que los conoció.

—Gracias —respondió. Solo ella sabía cuánto escondía aquella simple palabra. El día en que huyó a Escocia, sola y con su hijo en brazos, no podía imaginar que en esas tierras agrestes y salvajes encontraría una verdadera familia, amigos leales y al gran amor de su vida.

Brodie se volvió hacia sus amigos con una sonrisa orgullosa en los labios.

—Es una niña.

Los cuatro se acercaron a mirarla.

—Se parece a Brodie —señaló Alec.

—Pero ¿qué dices? Es mucho más bonita que nuestro *laird* —aseguró Ken con una sonrisa burlona.

—Es diminuta. —Owen la miró asombrado—. Y está completa.

Gavin acarició con un dedo la suave mejilla de la niña, que pareció sonreírle.

—Es perfecta. ¿Cómo se va a llamar?

Brodie miró a Emily.

—Me gustaría que se llamara Hannah —respondió ella. Vio el gesto de sorpresa de Brodie al escuchar el nombre de su madre y cómo en sus ojos de plata se derramaba el amor.

—Hannah MacPherson, te presento a tus tíos.

—¡Mamá! —Allard entró a la carrera en la alcoba, seguido por sir Walter y por Michael, que se quedó en el umbral de la puerta—. Mamá, ¿estás bien? El abuelo me ha dicho que he tenido un hermanito, ¿es verdad?

—Es una hermanita. —Acarició su cabello con ternura.

—Allard —lo llamó Brodie—, ven a conocer a Hannah.

Sir Walter ocupó el lugar del niño cuando este acudió junto al *laird*. Tomó la mano de Emily y se la apretó con cariño.

—Veo que te encuentras bien, me alegro. ¿Eres feliz?

Ella asintió.

—Más de lo que podría haber imaginado nunca.

—Brodie es un buen hombre... para ser escocés —añadió, guiñándole un ojo.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí, abuelo.

Walter le dio unas palmaditas cariñosas en la mano.

—Tus padres estarían muy orgullosos de ver la mujer en la que te has convertido.

Emily desvió la mirada hacia Brodie y sus ojos se detuvieron sobre Michael, que aún seguía en la puerta.

—Michael, ¿no quieres pasar a conocer a Hannah?

Sabía que había sido gracias a él que Brodie había podido rescatarla, ya que los había seguido el día en que Giles se los llevó. También supo que había sido Muriel quien había informado al barón de su paradero. Cuando regresaron de Norham, Brodie y el Consejo la sometieron a juicio por su traición, aunque dado que ya había recibido su castigo a manos de los ingleses, tan solo la condenaron al exilio.

Michael titubeó.

—Yo no...

—Ven aquí, Michael —le ordenó Brodie. Él obedeció de inmediato y se acercó cojeando—. Esta es Hannah, y tendrás que cuidar de ella y protegerla de ahora en adelante. Para eso eres su hermano mayor.

El chico lo miró con los ojos cuajados de humedad y asintió con solemnidad. Brodie volvió la cabeza hacia Emily y sus miradas se

enlazaron, lo mismo que sus almas estaban enlazadas por los lazos indisolubles del amor verdadero.

Pasarían muchas primaveras y muchos inviernos; Emily sabía que jamás dejaría de amar a aquel orgulloso y tozudo escocés, el tiempo solo volvería su amor más profundo.

Abril. Año del Señor de 1216

La pradera se hallaba cuajada de amapolas y campanillas. El alegre rumor del agua acompañaba el gorjeo de los pájaros que anidaban en las frondosas copas de los árboles que rodeaban la laguna en la que desembocaba la cascada.

Brodie había cumplido su promesa y habían regresado a aquel precioso rincón para crear recuerdos. Ella terminó de recoger el ramo de campanillas que iba a llevar a la fortaleza y se acercó a su esposo que, acomodado sobre el tartán, jugueteaba con la pequeña Hannah, quien no paraba de reír: un sonido musical, un sonido feliz.

—¡Michael! —Emily llamó al chico, que se encontraba junto a la orilla de la laguna—, no dejes que Allard se meta al agua.

—Te has acordado de las campanillas —le dijo Brodie cuando vio el ramo que ella traía.

Emily asintió.

—Pondré algunas en nuestra alcoba y otras en las tumbas de tus padres.

—¿Te he dicho ya que te amo, lady MacPherson?

—Desde esta mañana, no —repuso ella, con la mirada radiante. El sol besaba sus cabellos dorados, haciendo que resplandeciese como si fuera un ser mágico.

Él se inclinó hacia ella y la besó con suavidad.

—Te amo, Emily. —Hannah palmeó su pierna mientras balbuceaba palabras incomprensibles, y él la alzó en sus brazos, hacia lo alto—. Y a ti también, mi pequeña guerrera.

Emily sacudió la cabeza, aunque una sonrisa tiraba de la comisura de sus labios.

—La mimas demasiado.

—¿Acaso estás celosa, esposa mía? —Depositó a Hannah sobre el tartán y se inclinó sobre Emily, provocando que se tumbase—. Entonces, déjame que te mime también a ti.

Besó su boca, acariciando con dulzura sus labios. Se abrió paso hacia el interior y exploró con su lengua las paredes aterciopeladas. Ella le salió al encuentro con la suya y se enzarzaron en una danza sensual que encendió en ellos la pasión.

Emily gimió cuando sintió las manos de Brodie sobre sus senos, hinchados y sensibles. Los labios masculinos se deslizaron sobre la piel de su cuello y una de las manos de su esposo descendió hasta el centro

de su femineidad que palpitaba de anhelo. Su cuerpo se arqueó en busca del de Brodie mientras se aferraba a los firmes músculos de su espalda.

De pronto, la carita de Hannah apareció entre ellos y su risa infantil se coló en sus oídos. Brodie ahogó un gruñido de frustración. Miró a Emily y ambos se echaron a reír.

—Terminaremos esta noche lo que hemos comenzado aquí, mi señora —le prometió, depositando un rápido beso sobre sus labios.

Aquella noche, su esposo cumplió su promesa con creces, despertando en ella una dulce pasión que la arrebató de la tierra para elevarla a ese paraíso de placer que habían creado entre los dos, un mundo en el que sus cuerpos y sus almas se fundieron para crear una melodía única que perduraría para la eternidad: el sonido de dos corazones latiendo al unísono, unidos por el amor.

FIN

Notas de autora

1) El clan MacPherson: de origen eclesiástico, es un nombre derivado del gaélico Macphersein, que significa «hijo de Parson». Se dice que el clan fue fundado por Murdo Cattenach, un sacerdote de Kingussie en Badenoch.

Los MacPherson formaban parte del gran clan Chattan, y frecuentemente disputaban el liderazgo de esta federación con la familia MacKintosh. Finalmente reconocieron el reclamo de MacKintosh como «capitán del clan Chattan», pero les mostraron poca lealtad en los años siguientes.

La tradición dice que Robert de Bruce prometió conceder las tierras de Badenoch al jefe de los MacPherson, con la condición de que destruyera a sus acérrimos enemigos, los Comyn. Este asesinato fue cometido por el jefe, Ewan Ban MacMhuirich, y sus tres hijos. En reconocimiento a este acontecimiento, al clan MacPherson se le suele denominar «el clan de los tres hermanos».

2) Alejandro II de Escocia (Haddington, East Lothian, 24 de agosto de 1198- Kerrera, 6 de julio de 1249): fue un rey escocés, hijo de Guillermo el León y Ermengarda de Beaumont. A la muerte de su padre, el 4 de diciembre de 1214, lo sucedió con tan solo dieciséis años, siendo coronado el 6 de diciembre.

Al año siguiente de su ascensión al trono, Alejandro se unió a los barones ingleses contra el rey Juan Sin Tierra, y envió tropas para apoyarlos. En 1215, dos clanes rebeldes de Moray, MacUilleim y MacHeths, liderados por Donald Ban, bisnieto del rey Duncan, estallaron en rebelión contra el rey Alejandro II, cuyo padre había muerto en diciembre de 1214. Fuerzas leales a la casa real de Dunkeld lideradas por un poderoso señor celta, Farquhar MacTaggart, sofocaron rápidamente la rebelión. MacTaggart era el abad laico del monasterio de Applecross. Después de la victoria de junio de 1215, Alejandro lo nombró caballero por decapitar a los líderes rebeldes.

Tras la muerte del rey Juan, y a la conclusión de la paz entre el joven sucesor de este, Enrique III, y el rey francés Luis VIII con Alejandro, se concertó el matrimonio del escocés con Juana Plantagenet, hermana del rey de Inglaterra. Este se celebró en 1221.

Después de sofocar la rebelión del distrito semiindependiente de Argyll, las fuerzas leales a Alejandro aplastaron otra rebelión en Galloway en 1235. También se resolvieron las disputas limítrofes con Inglaterra con el Tratado de York de 1237, que definió la frontera con

Inglaterra, virtualmente sin cambios hasta el presente.

Cuando dirigía su ejército contra el rey Haakon IV de Noruega, fue atacado por una fiebre en la isla de Kerrera, en las Hébridas Interiores, donde murió en 1249. Fue sepultado en la abadía de Melrose, en Roxburghshire. Lo sucedió su hijo, Alejandro III.

3) Tradiciones nupciales en la época medieval: las prácticas nupciales celtas escocesas fueron parte de las ceremonias durante muchos cientos de años y tenían sus raíces en rituales paganos. «Atar el nudo» se originó cuando los novios rasgaban sus *plaids* de boda (tartanes de clan) y amarraban las dos tiras como símbolo de la unidad de las dos familias.

En la antigüedad era una práctica normal que un pueblo entero participara en los preparativos del «gran día». La gente se alineaba en las calles hacia la iglesia para animar a la feliz pareja antes de que hicieran sus votos. En tiempos anteriores a la reforma, hay evidencia de que con frecuencia se llevaban a cabo dos servicios de bodas escoceses. Uno en el que el sacerdote se dirigiría al grupo en dialecto escocés y celebraba una ceremonia fuera de la iglesia, mientras que la misa latina más formal y la ceremonia nupcial se llevarían a cabo en el interior.

El intercambio de anillos siempre ha sido una característica principal en las ceremonias nupciales escocesas desde la antigüedad. Un anillo no tiene principio ni fin y, como tal, simboliza el amor dentro del matrimonio. El beso de la novia sigue a este intercambio de anillos.

Después de la ceremonia formal en la iglesia, un flautista o un grupo de gaiteros conducían a todo el grupo de invitados por las calles hasta la casa de un familiar, para una noche ininterrumpida de celebración, banquete y disfrute. Músicos locales, liderados por gaiteros, iniciaban el baile y la tradición indicaba que la primera danza, normalmente un «reel», involucraría a la pareja de recién casados.

Cuando terminaban las celebraciones de la boda, los novios se marchaban a pasar la noche en su nuevo hogar. La antigua práctica de llevar a la novia hasta la puerta estaba vinculada a la superstición de que los espíritus malignos habitan en los umbrales de las puertas. Por lo tanto, la novia era llevada en brazos y pasada por debajo del umbral hacia el lecho nupcial. En la época medieval, un sacerdote solía bendecir la casa y la cama matrimonial en ese momento.

Había otros rituales nupciales, como la costumbre de las Tierras Altas de «arrastrar la cesta del novio», que implicaba que el novio llevara una gran cesta llena de piedras de un extremo al otro de un pueblo. Debía continuar con esta ardua tarea hasta que su futura esposa salía de su casa y lo besaba. Solo si lo hacía, sus amigos le permitirían escapar de «arrastrar la cesta del novio», de lo contrario tendría que continuar hasta completar el circuito de la ciudad.

4) Handfasting: se trataba de una ceremonia en la que las personas quedaban obligadas por un contrato a vivir juntas durante un año y un día, siendo libres de separarse en cualquier momento y buscar nuevos cónyuges si el matrimonio no funcionaba. Si la unión se mantenía fuerte, a menudo se esperaba que las parejas celebraran después un matrimonio «completo».

Se cree que esta tradición tiene sus raíces en la cultura nórdica del país.

En Escocia, el enlace se utilizaba para unir a los hijos e hijas de los jefes de clan. Un artículo del *Edinburgh Evening News*, publicado en 1896, decía: «El hijo de un jefe se casaría con la hija de otro jefe, con el trato de que vivieran juntos durante un año y un día. Si el hijo nacía dentro del año y el día, el hijo sucedía en todos los derechos, pero si no nacía dentro del año y un día, entonces el contrato se disolvía y las partes quedaban en libertad de volver a casarse».

Hoy en día, esta tradición ha resurgido y forma parte de muchas ceremonias nupciales en Escocia, durante la cual las manos de las parejas se atan con cuerdas y cintas para indicar su vínculo y unidad duraderos.

5) Ghillie Callum: no existe ninguna danza de las Tierras Altas más antigua o más conocida que la Danza de la Espada o *Ghillie Callum*.

La Danza de la Espada es una antigua danza de guerra y se dice que se remonta al rey Malcolm Canmore, quien venció en un combate mortal contra uno de los jefes de MacBeth en la batalla de Dunsinane en 1054.

Según la leyenda, tomó su propia claymore ensangrentada y la cruzó sobre la espada bañada en sangre del jefe derrotado y bailó sobre ambas con júbilo.

Esta danza de júbilo se convirtió en una tradición entre los guerreros de las Tierras Altas, y en batallas posteriores, los miembros del clan cruzaban sus espadas y bailaban a su alrededor de la misma manera. Además de ser una prueba de habilidad y agilidad, se creía que si podían completar la danza sin tocar las espadas era un buen augurio de que saldrían victoriosos en la batalla venidera. Sin embargo, tocar o desplazar las espadas era un mal presagio e indicaba pérdidas o incluso derrota.

En el primer paso, el bailarín realiza los movimientos fuera de la espada, girando alrededor de esta. Los pasos siguientes se bailan sobre las espadas cruzadas, aunque una vez dentro de estas, el bailarín nunca les da la espalda, porque «solo un tonto le daría la espalda a un arma». Se requiere una tremenda destreza para no desplazar las espadas golpeándolas con la punta del pie.

6) La festividad de Yule: hasta la Reforma protestante de mediados

del siglo XVI, en Escocia, al igual que en el resto de países europeos de tradición germánica y anglosajona, se celebraba Yule entre el 25 de diciembre y el 6 de enero. Pagana tanto en sus inicios como durante buena parte de la Edad Media, Yule se cristianizaría en Escocia durante el siglo XI en forma de *Christmastide* o Navidad, manteniéndose como una de las fiestas más celebradas del año.

Muchas de las tradiciones que hoy mantienen bastantes países europeos proceden precisamente del festival de invierno de Yule, como los villancicos, las imágenes de animales como cabras y jabalíes, el hecho mismo de besarse bajo el muérdago o el popular tronco de Navidad.

El tronco de Navidad, tronco de Yule o tronco navideño es un tronco escogido especialmente para ser quemado en un hogar como tradición invernal en algunas regiones de Europa y, de manera subsiguiente, en América del Norte. El origen de esta costumbre popular no es claro. Como ocurre con otras tradiciones asociadas con las festividades del Yule, es posible que haya derivado del paganismo germánico.

7) Moot Hill: es uno de los sitios históricos más importantes de Escocia. En el 297 d. C., los pictos fueron los primeros en apreciar la ubicación geográfica de Scone, convirtiéndola en la capital de su reino, conocido como Pictavia. En el siglo VII, otro grupo de personas llegó y se estableció allí, conocidos como los Culdees. Eran seguidores de San Columba y construyeron una comunidad monástica en Scone, que duraría 500 años. Durante la Edad Media, Scone siguió floreciendo como un lugar de importancia religiosa. En 1114, el rey Alejandro I fundó un priorato agustino junto a Moot Hill, que 55 años más tarde sería elevado a la categoría de abadía, un lugar digno de la coronación de reyes.

El primer monarca en ser entronizado allí fue Kenneth MacAlpin en el 843. Fue Kenneth I quien compró la Piedra del Destino para Scone, estableciéndola así como el lugar de las coronaciones en Escocia hasta 1296. Durante esos años, muchos reyes escoceses fueron investidos allí: Macbeth en 1040, Robert de Bruce en 1306 y Carlos II en 1651, que se convertiría en el último monarca coronado en Scone. Se cree que el nombre Moot Hill se deriva de una antigua práctica que tuvo lugar durante las primeras ceremonias de coronación. Durante aquellos tiempos turbulentos y peligrosos, no habría sido prudente que cualquier monarca emprendiera largos viajes a otras partes de su reino, por lo que sus nobles acudían a él llevando en sus botas una muestra de tierra de sus propios dominios. Esta sería arrojada al montículo como señal de su lealtad.

8) La abadía de Jedburgh: Jedburgh es una de las cuatro grandes abadías establecidas en las fronteras escocesas en el año 1100. David I

fundó allí un priorato en 1138 y lo elevó a la categoría de abadía en 1154. Es posible que los hermanos hayan ido allí desde la abadía de St Quentin, cerca de Beauvais, Francia.

Los agustinos eran sacerdotes que en su mayor parte vivían una vida apartada y contemplativa, pero también salían a ministrar al pueblo.

La vida monástica era en gran medida rutinaria. Pero la ubicación fronteriza de la abadía significó que había quedado atrapada en el conflicto entre Escocia e Inglaterra a finales de la Edad Media. Los canónigos tuvieron que evacuar el lugar durante las Guerras de Independencia en el siglo XIII.

9) El castillo de Norham: el fundador de Norham fue Ranulph Flambard, obispo de Durham desde 1099 hasta 1128. En el período medieval, los obispos de Durham disfrutaban de poderes casi reales, a cambio de imponer el orden a lo largo de la frontera entre Inglaterra y Escocia.

La región podía ser salvaje y sin ley, y en ocasiones estalló en conflictos abiertos. En tiempos de guerra, la guarnición inglesa de Norham defendió los vados del río Tweed, un punto de cruce fácil hacia Inglaterra. Junto con los castillos cercanos de Berwick y Wark, Norham era una parte esencial de las defensas de la frontera oriental.

La importancia de Norham quedó ilustrada cuando Enrique II ordenó a Hugh du Puiset, quien se convirtió en obispo de Durham en 1153, que reconstruyera el castillo. Esto lo hizo el obispo Puiset a gran escala, erigiendo una enorme torre en el lugar de la sala original de dos pisos, para proporcionar alojamiento de alto estatus.

Entre 1208 y 1212 el rey Juan también gastó grandes sumas de dinero en el castillo. Su fuerza quedó demostrada en 1215 cuando Alejandro II de Escocia sitió Norham durante 40 días, pero no logró tomarla. La paz entre Inglaterra y Escocia se firmó en Norham en 1219 y duró a lo largo de la frontera durante la mayor parte del siglo XIII.

10) Juan Sin Tierra (1167-1216): considerado testarudo e impredecible, era ridiculizado porque su padre, Enrique II (1133-1189), lo había ignorado al repartir su herencia. Su apelativo, Juan Sin Tierra (John Lackland, en inglés), aludía a los hechos.

Desde un inicio sufrió por ser el sucesor de su popular hermano Ricardo Corazón de León (1157-1199). Adicionalmente se enfrascó en una constante pugna con la Iglesia. El clero evitaba con cautela que Juan Sin Tierra ganara influencia en los asuntos eclesiásticos. Pero lo que fue decisivo en la rápida pérdida de prestigio del rey fueron los largos años de disputas con Francia en torno a las posesiones continentales de la corona inglesa en el norte francés.

Desde el año 1202, Juan Sin Tierra estaba sometido a la constante

presión del rey Felipe II de Francia, llamado Felipe Augusto (1165-1223). A veces las posesiones británicas en Francia eran confiscadas, para luego ser restituidas a través de regulaciones contractuales.

En 1209, Juan Sin Tierra fue excomulgado. A principios de 1214 el rey francés lo amenazó con un ataque a Inglaterra, adelantándose Juan Sin Tierra con una invasión de Francia, pero la invasión fue un rotundo fracaso. La vergüenza de la derrota acabó sublevando a la nobleza inglesa contra el soberano. En 63 artículos los nobles estipularon los derechos que querían que el rey les garantizara a ellos y a sus descendientes.

La exigencia más importante era el derecho a que no se aumentaran los impuestos sin la aprobación de la nobleza. De la misma forma, ningún ciudadano libre podría ser apresado por funcionarios reales sin que se investigaran las razones de su detención. Adicionalmente establecieron para sí privilegios inalienables, que no podían ser revocados por el rey ni por el Papa. Para el rey las consecuencias de estos privilegios eran claras. A partir de entonces, por primera vez, un rey inglés no gobernaría por «gracia divina», ni con la bendición papal, sino que primero tuvo que entenderse con la nobleza y más tarde con el pueblo, para llegar a un equilibrio de intereses.

Sin embargo, al rey no le quedó otra alternativa que firmar la Carta Magna aquel histórico 15 de junio de 1215 en Runnymede, en el condado de Surrey, al sur de Inglaterra. Los nobles realizaron varias copias del documento, una para cada condado. De esta forma el contenido y las consecuencias de la Carta Magna fueron divulgados en todo el país en el transcurso de unos cuantos días.

En forma modificada, la Carta Magna firmada en 1215 es fundamento de la actual legislación británica. Junto con la Declaración de Derechos (*Bill of Rights*) de 1791, se convirtió en la base de la leyes de Estados Unidos, cuya Constitución la alude en numerosos puntos. (Fuente: Matthias von Hellfeld).

Agradecimientos

Querida lectora, muchas gracias por viajar a través de estas páginas a las Tierras Altas de Escocia, acompañando a Brodie y a Emily. Espero, de todo corazón, que hayas disfrutado la historia.

Siempre he sido una gran amante de los relatos de Highlanders. Las primeras novelas que leí con este argumento fueron las de Julie Garwood, y me enamoraron. Por eso quise rendirles un pequeño homenaje en esta historia. En su novela *El secreto*, primera de la serie *Lairds de las Highlands*, cuyos protagonistas son Judith y Iain Maitland, se menciona que los MacPherson eran enemigos de los Maitland. Así que me tomé la libertad de nombrar a Iain Maitland, junto a los Buchanan (otros de los protagonistas de la Garwood), en una de las escenas de mi novela.

Otra de las cosas que me he permitido tomar de ella ha sido el uso de la palabra «tartán» para designar la vestimenta de los escoceses de la época. Como sabéis, el tartán está hecho de lana y teñido con tintes naturales de origen vegetal, y presenta un patrón de cuadros simple que es similar a muchos modelos de tartán modernos. No uso la palabra *kilt* para referirme a la falda escocesa. La razón tras ello es porque el ejemplo más antiguo conocido de falda escocesa se remonta al siglo XVI, cuando los montañeses comenzaron a usar un tipo de prenda conocida como *feileadh mòr* o «gran *kilt*». Esta prenda era esencialmente una gran pieza de tela, a menudo tejida con lana de tartán, que podía medir hasta cinco metros de largo y dos metros de ancho. Cubría todo el cuerpo y se sujetaba con un cinturón. La tela se lavaba y batanaba, lo que implicaba remojarla en agua caliente y luego golpearla para hacerla más espesa y duradera.

No fue hasta el siglo XVIII que comenzó a surgir el *kilt* escocés tal como lo conocemos hoy. Esto se debió en parte a los esfuerzos del inglés Thomas Rawlinson, propietario de una fábrica de acero en Escocia, que estaba interesado en promover la industria textil local. Rawlinson encargó que se hiciera una falda escocesa al estilo del *féileadh mòr*. Este nuevo estilo de falda escocesa se conoció como *small kilt*, y rápidamente ganó popularidad tanto entre los montañeses como entre los habitantes de las tierras bajas.

Durante este tiempo, el gobierno británico prohibió el atuendo de las Highlands, incluida la falda escocesa, en un intento de suprimir la cultura de estas tierras y sofocar cualquier posible rebelión. Sin embargo, esta prohibición se levantó en 1782 y los montañeses

volvieron a ser libres de usar su vestimenta tradicional.

Y ese es el motivo por el que, a lo largo de la novela, me he referido siempre a la falda que usan Brodie, sus amigos, e incluso Allard, como «tartán».

He disfrutado mucho escribiendo esta historia. Ha sido refrescante salir de los modales encorsetados de los duques, marqueses y condes que suelo usar como protagonistas y dar vida a unos pillos tan encantadores y divertidos como los amigos de Brodie, a los que mis lectoras beta apodaron como «el club del visillo» porque siempre andaban curioseando todo lo relacionado con Brodie. Me han dado muy buenos momentos, y espero que también a vosotras.

Gracias, una vez más, querida lectora, por escoger mi historia entre tantas otras, por acompañarme en este camino y por dejarme de una forma u otra tus comentarios y opiniones, que tanto me ayudan y animan.

Quiero agradecer de modo especial a mis lectoras beta: a Isa y María, a Lorena, Paqui, Esther y Paqui CM. Me habéis hecho pasar unos ratos estupendos con vuestros comentarios, me habéis hecho reír y me he enamorado aún más de cada uno de los personajes de la historia. Gracias por vuestra ayuda —cuando necesite una guía para torturar a algún personaje, ya sé a quién acudir, ja, ja, ja— y por vuestros ánimos. Espero que podamos seguir colaborando en futuras historias.

No puedo olvidar agradecer a quienes hacen posible que cada una de mis novelas vea la luz, al equipo de Selecta, en especial a mi editora, Lola, por confiar en mí y animarme siempre a seguir adelante, y gracias por esa amistad que me has brindado y que aprecio de corazón. Gracias también a Laura, mi estupenda correctora, que hace que mis historias lleguen perfectas a vuestras manos; y a Bárbara, que hace maravillas con los esbozos de ideas que yo tengo en mi cabeza, creando preciosas portadas que siempre me enamoran. Gracias a todo el equipo de Selecta por hacer realidad cada uno de mis sueños como escritora.

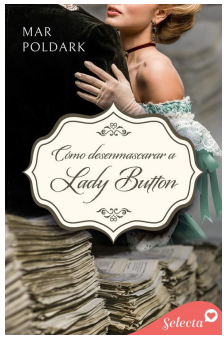
Queridas lectoras, no olvidéis lo mucho que nos ayudan a los escritores vuestros comentarios, opiniones y reseñas. También nos encanta hablar sobre nuestras historias y nuestros personajes, así que no dudéis en buscarme en mis redes sociales:

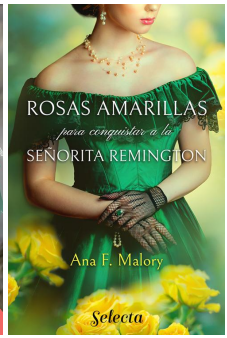
Twitter: @martaljnb
Facebook: martalujanautora
Instagram: @martalujanescritora
O en mi correo: christinecrossautora@gmail.com

Si te ha gustado

Duce pasión

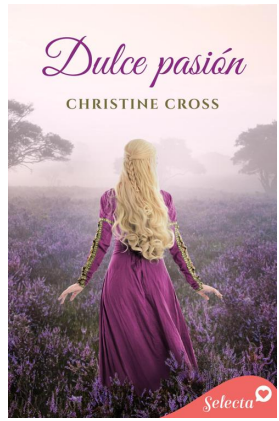
puedes disfrutar de estas


MAR
POLDARK
Cómo desenmascarar a
Lady Button
Selecta


ROSAS AMARILLAS
para conquistar a la
SEÑORITA REMINGTON
Ana F. Malory
Selecta

Un matrimonio de conveniencia entre un rudo guerrero que no necesita el amor y una mujer que no confía en los hombres.

La más dulce pasión puede florecer en el corazón de las Highlands.



Lo único que Emily deseaba era dejar atrás su pasado y comenzar una nueva vida, libre de peligros y alejada del miedo. Y si para ello debía ocultarse en el rincón más profundo de las Tierras Altas de Escocia, lo haría.

Vivir en el clan de los MacPherson le devuelve la paz que buscaba, aunque también le hace tomar conciencia de que el pequeño Allard necesita un padre. Pero ¿cómo elegir uno entre esos rudos guerreros cuya sola presencia la hace temblar?

La claymore heredada de su padre es el único amor que conoce Brodie MacPherson, la única amante a la que puede confiarle su corazón y su vida. Sin embargo, el Consejo lo presiona para que tome una esposa y conciba un heredero.

Encontrar una mujer entre los miembros del clan dispuesta a casarse con él no resulta difícil. La cuestión es que él no tiene tiempo ni paciencia para cortejar a ninguna de ellas; además, no está dispuesto a entregar su corazón. **Necesita a alguien que acepte un matrimonio de conveniencia. Pero ¿dónde encontrar una mujer que no suspire por el amor?**

Christine Cross es el pseudónimo que usa la escritora Marta Luján para sus novelas de romance histórico y contemporáneo. Nacida en Cuenca, en 1970, ya desde niña sentía pasión tanto por la lectura como por la escritura. Deseaba que sus historias hicieran soñar a muchos lectores y los enamoraran. Tras vivir durante veinte años en el extranjero, regresó a España y decidió dedicarse a la escritura de forma completa. Siendo una apasionada lectora de novela romántica, en 2018 comenzó a publicar romance histórico con la editorial Selecta: historias ambientadas en el Londres victoriano y de Regencia; algo que continúa haciendo en la actualidad, con cerca de treinta títulos publicados en diversas editoriales y géneros.

Christine Cross es una gran amante de la Historia, de las culturas antiguas y de todo lo relacionado con la mitología. Disfruta de una buena lectura, del cine clásico y de un buen anime japonés.

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: junio de 2024

© 2024, Christine Cross
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-03-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Cuanto más alto es el árbol, más fuertes son los vientos que lo azotan.
[2] Un hombre vive después de perder su vida, pero no vive después de perder su honor.
[3] Un hombre vive después de perder su vida, pero no vive después de perder su honor.
[4] De las mujeres proviene la fortuna, buena o mala.

Índice

Dulce pasión
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Epílogo
Notas de autora
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Christine Cross
Créditos
Notas